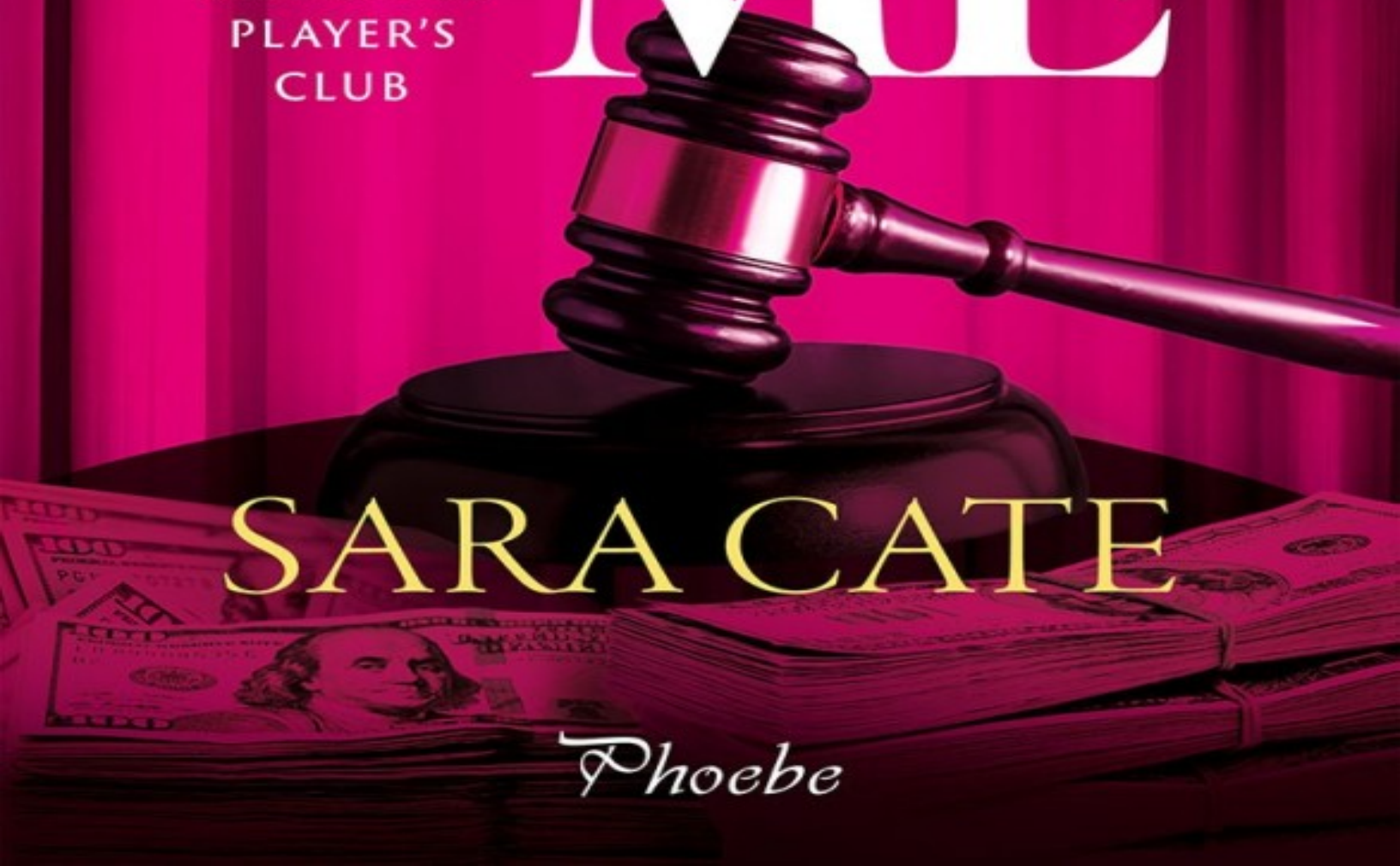
Es un pequeño precio que debe pagar
por la mujer que ama

CO DÍCIA ME

SALACIOUS
PLAYER'S
CLUB



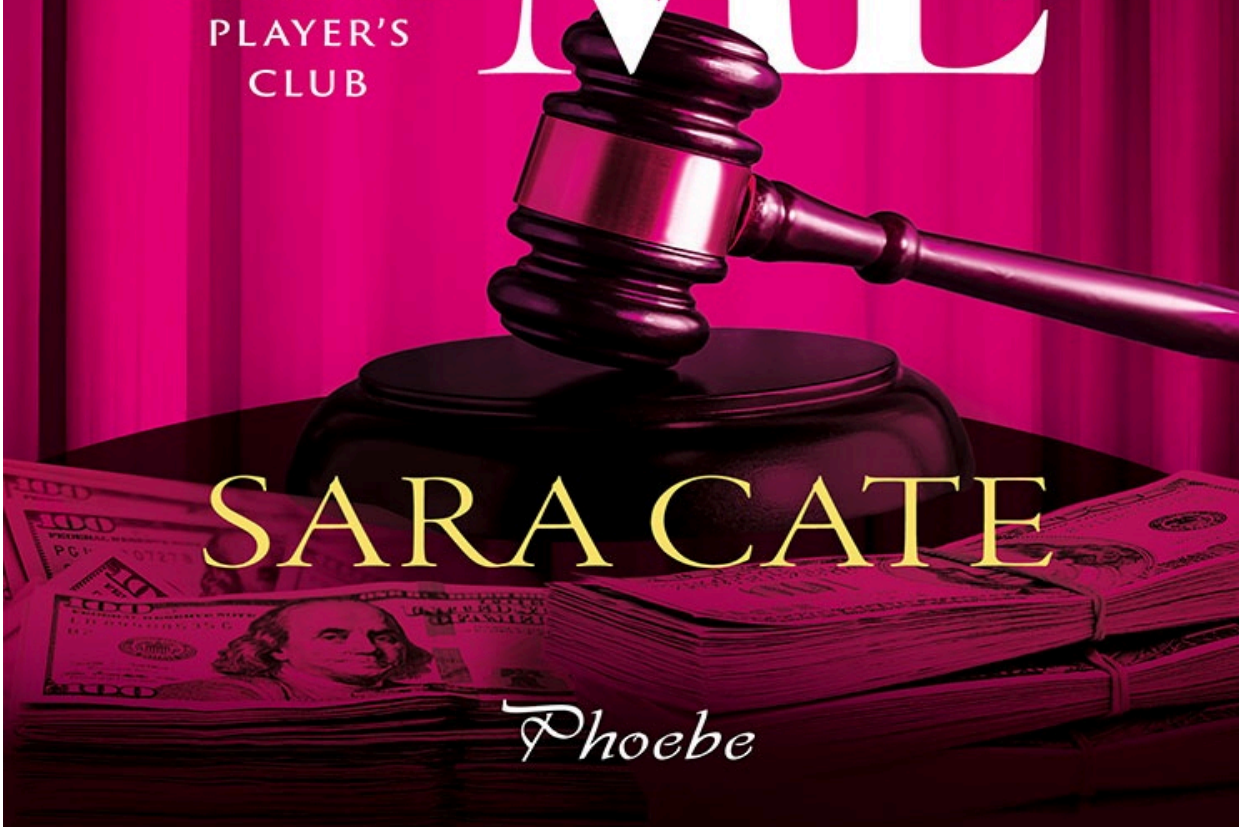
SARA CATE

Phoebe

Es un pequeño precio que debe pagar
por la mujer que ama

CO DÍCIA ME

SALACIOUS
PLAYER'S
CLUB



SARA CATE

Phoebe

SARA CATE

CO DÍCIA ME

SALACIOUS PLAYER'S CLUB

Traducción de Silvia Barbeito



Phoebe

Título original: *Highest Bidder*

Primera edición: enero de 2026

Copyright © 2023 by Sara Cate

© de la traducción: Silvia Barbeito Pampín, 2025

© de esta edición: 2026, Ediciones Pàmies, S. L.
C/ Monteverde
28042 Madrid
phoebe@phoebe.es

ISBN: 979-13-87787-18-9
BIC: FRD

Arte de cubierta: CalderónSTUDIO®

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Índice de contenido

1. Nota de la autora
2. Advertencia de contenido
3. Prólogo
4. Regla nº 1
5. Regla nº 2
6. Regla nº 3
7. Regla nº 4
8. Regla nº 5
9. Regla nº 6
10. Regla nº 7
11. Regla nº 8
12. Regla nº 9
13. Regla nº 10
14. Regla nº 11
15. Regla nº 12
16. Regla nº 13
17. Regla nº 14
18. Regla nº 15
19. Regla nº 16
20. Regla nº 17
21. Regla nº 18
22. Regla nº 19
23. Regla nº 20
24. Regla nº 21
25. Regla nº 22
26. Regla nº 23
27. Regla nº 24
28. Regla nº 25
29. Regla nº 26
30. Regla nº 27
31. Regla nº 28

32. Regla nº 29
33. Regla nº 30
34. Regla nº 31
35. Regla nº 32
36. Regla nº 33
37. Regla nº 34
38. Regla nº 35
39. Regla nº 36
40. Regla nº 37
41. Regla nº 38
42. Regla nº 39
43. Regla nº 40
44. Regla nº 41
45. Regla nº 42
46. Regla nº 43
47. Regla nº 44
48. Regla nº 45
49. Regla nº 46
50. Regla nº 47
51. Agradecimientos

Hitos

1. Prólogo
2. Página de título
3. Página de copyright
4. Introducción
5. Aviso
6. Agradecimientos

Para todas las chicas de papá.

Nota de la autora

Advertencia: contiene *spoilers* de los cuatro primeros libros de la serie.

¡Bienvenidos de nuevo a Juegos Prohibidos!

Ha pasado algún tiempo desde la última vez que pisamos el club, así que aquí tenéis un breve resumen de lo que ha ocurrido con vuestros fetichistas favoritos.

Codíciame retoma la historia dos años después del comienzo de *Compláceme*. Charlotte es la señora Grant, y su exnovio, Beau, está en Phoenix, donde regenta su propio club con su nueva madame, Maggie.

Los miembros de nuestra trieja favorita, Drake, Isabel y Hunter, son orgullosos padres de gemelas y están casi listos para intentar tener un tercer hijo.

Garrett y Mia están felizmente casados tras una boda celebrada el otoño pasado en el lago.

Últimamente las cosas han estado tranquilas en el club, lo que ha llevado al miembro más rico a buscarse sus propios problemas…

Advertencia de contenido

Estimado lector:

Como siempre, esta historia tiene algunos temas intensos que me gustaría que tuvieras en cuenta antes de embarcarte en este viaje con los personajes. Se hace mucho hincapié en el dolor, la pérdida de los padres y la pérdida de un hijo. También hay curación, recuperación y recuerdo. Ten por seguro que nunca habría escrito las partes tristes sin las partes felices. El dolor y la alegría coexisten, queridos lectores.

Disfrutad.

Con cariño

Sara

Prólogo

HACE NUEVE AÑOS

RONAN

De: *Emerson Grant*

Para: *Ronan Kade*

Asunto: Oportunidad de inversión

Ronan:

Estoy pensando en crear una nueva empresa y me gustaría hablar contigo sobre una oportunidad de inversión. Te daré más información durante nuestra reunión, pero tengo motivos para creer que sería una buena incorporación a tu cartera de acciones, tanto por razones financieras como personales.

Llámame cuando te sea posible.

Espero que te encuentres bien y que pueda tener noticias tuyas pronto, amigo.

Emerson Grant

—Ronan, ¿me estás escuchando?

Levanto la vista de la pantalla del ordenador y veo a Shannon con los ojos llorosos en la puerta, mirándome con la angustia en el rostro. Joder, ni siquiera la he visto entrar. Qué gilipollas soy.

Hace solo unos momentos ha intentado decirme que lo nuestro había terminado y, en lugar de afrontar la verdad, me he escapado a mi oficina. Le he dicho que necesitaba un momento para pensar, pero en lugar de eso me he puesto a revisar mis correos como si algo en mi bandeja de entrada pudiera borrar el daño que va a hacerme perder a otra mujer a la que amo.

Rápidamente, apago el monitor y me levanto de mi asiento.

—Lo siento —respondo atravesando la estancia hasta llegar frente a ella.

—¿Te das cuenta? —murmura, tomándome las manos entre las suyas—. Lo nuestro no va a funcionar. Tú estás obsesionado con tu trabajo y yo estoy obsesionada contigo. Tengo una hija que cuidar, Ronan, y ella merece más mi atención.

—Tráela a Briar Point —respondo con una súplica desesperada—. Déjame cuidar de vosotras dos. Te prometo que trabajaré menos.

Ella cierra los ojos con fuerza y una lágrima se desliza por su hermosa mejilla. Se la seco y la pego a mí, deseando aislarme del mundo y quedarme abrazándola.

Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que amé tanto a una mujer y me enamoré en tan poco tiempo. Shannon llegó a Briar Point desde Indiana hace seis semanas para cerrar un trato inmobiliario y nos conocimos por casualidad. Su viaje de quince días se triplicó cuando nos enamoramos perdidamente el uno del otro. Pero sabíamos que esta aventura iba a tener que terminar tarde o temprano.

Ni siquiera mi última esposa pudo robarme el corazón como lo ha hecho Shannon. Pero Shannon no es como las otras mujeres con las que he estado: no le importan el dinero ni la seguridad. Lo único que quiere de verdad es estar a mi lado, y lo mejor que puedo darle es una pizca de mi tiempo.

Soy tonto.

—No puedo —susurra contra mi pecho—. Tengo que irme a casa. Ya es bastante malo haber estado fuera todo el verano, y Daisy se merece una vida normal y una madre que la ponga en primer lugar.

—Sabes que eso hace que te quiera más —susurro, levantándole la cara para poder mirarla. Incluso con los ojos azules inyectados en sangre por el llanto y las manchas rosadas en sus pálidas mejillas, sigue siendo impresionante. Lleva el amor escrito en sus rasgos, el amor por mí y el que siente por su hija: es una mujer dividida en dos.

Incapaz de contenerme, la abrazo con fuerza, estrechándola contra mí como si pudiera evitar la verdad: que este torbellino de verano debe llegar a su fin y que, cuando Shannon se vaya para siempre, volveré a estar solo.

La angustia y la desesperación crecen en mi interior y siento la necesidad de arreglarlo. De solucionarlo. De tirar el dinero con la esperanza de que de alguna manera el dolor desaparezca. Me aparto suavemente.

—Déjame darte algo.

Ella niega con la cabeza y cierra los ojos con fuerza.

—No, Ronan. Por favor. No quiero tu dinero.

—No soporto la idea de que quieras o necesites algo, Shannon. Por favor —suplico.

Ella abre los ojos, con las lágrimas aún corriendo por sus mejillas, y esboza una sonrisa triste. Vuelve a tomar mis manos entre las suyas, apretándolas con fuerza, y las palabras que salen de su boca me dejan sin aliento.

—No, Ronan. Te amo sin condiciones.

Me quedo paralizado, contemplando lo que sé que es el último amor verdadero que sentiré en esta vida. ¿Qué clase de tonto deja escapar algo así? Pero ¿qué puedo ofrecerle a su hija? Sé el peso que tiene ese amor. La voluntad de sacrificar lo que sea necesario por él. Es un amor tan intenso que estarías dispuesto a ahogarte en él. Y, con eso, se me ocurre una idea.

—Entonces, déjame darle algo —digo, desesperado.

—Ronan…

Me dirijo a mi escritorio y cojo mi talonario del cajón superior.

—Por favor, Shannon. Si no lo aceptas por ti, acéptalo por ella. Para que sepa que entiendes que ella es tan importante para mí como tú. Para que nunca le falte nada. Para que sepa que lo vale. Hazlo por tu hija, Shannon. —La miro con expresión suplicante—. Sé cómo es el amor de un padre.

Hay un atisbo de compasión en sus ojos cuando toma el cheque de mis dedos y su mirada se desliza lentamente hacia el número escrito en el papel. Cuando sus ojos se abren de par en par, sé que está a punto de discutir conmigo.

—Es demasiado…

—Mi asesor financiero se pondrá en contacto contigo. Puedes ingresarlo en una cuenta a nombre de tu hija, para que genere intereses. Cuando empiece la universidad, no tendrá que pagar ni un centavo. Podrá estar tranquila y sabrá que han cuidado bien de ella.

Cuando vuelve a levantar la vista hacia mí veo la dulzura de su expresión. Al instante siguiente, vuelve a estar en mis brazos. Inhalo el aroma de su champú y memorizo la forma en que encaja en mis brazos, acurrucada justo debajo de mi barbilla.

Le susurro al oído:

—Para mí no has sido solo una aventura. Lo sabes, ¿verdad?

Cuando asiente, oigo un pequeño sollozo escapar de sus labios. Quiero intentar convencerla otra vez de que se quede. Ojalá tuviera el valor de dejarlo todo por ella. Vender la empresa y mis propiedades y regalar todo mi dinero solo para darles a ella y a su hija la vida normal que se merecen.

Pero tengo demasiado miedo de que mi dolor vuelva a aparecer y lo eche todo a perder. Sin un trabajo en el que sumergirme, ¿qué queda de mí?

Shannon y su hija se merecen algo mejor.

—Déjame llevarte al aeropuerto —murmuro, pero ella niega con la cabeza.

—No. No soporto alargar esto más de lo que ya lo he hecho. Tengo que irme, Ronan.

Cuando se suelta de mis brazos, me siento como si me hubieran dado otra puñalada en el pecho. Otra pérdida. Otra mujer que se me escapa de las manos. Es como vivir ese mismo día trágico una y otra y otra vez.

No puedo ver cómo se marcha, así que me doy la vuelta y miro por la ventana que da a la ciudad, y entonces oigo el sonido de la puerta principal al cerrarse, como el estruendo de un disparo que casi me mata.

Y así, sin más, se ha ido.

Y yo me quedo solo.

El dolor es agudo e implacable, así que, en lugar de permitirme sentirlo, me siento ante mi escritorio y vuelvo a encender el monitor; el correo de Emerson aún aparece abierto en la pantalla.

Sin pensarlo dos veces, hago clic en *«Responder».*

De: *Ronan Kade*

Para: *Emerson Grant*

Asunto: Re: Oportunidad de inversión

Emerson:

Podemos quedar cuando te vaya bien. Estoy muy interesado en conocer tu nueva empresa, y tengo la agenda completamente libre.

Atentamente

Ronan Kade

Regla nº 1

Menos palabras y más acción

DAISY

—La rubia guapa de las pestañas largas —digo; dejo la bandeja con las bebidas en la barra y capto la atención de Geo, que está sirviendo una pinta de cerveza. Entrecierra los ojos mientras observa a la multitud que se agolpa cerca del escenario.

—¿Tú crees? —responde con una sonrisa.

—Sí, lo creo. Lo tengo calado. Nunca puja por las primeras chicas y últimamente le gustan las rubias de más de treinta años —digo con confianza, poniendo unos martinis en mi bandeja.

Él se encoge de hombros y asiente.

—Yo apuesto por la instructora de shibari.

—¿La instructora de shibari? —respondo, asombrada—. Imposible. Es demasiado dominante para él.

—Quizás le apetezca un cambio.

—Geo, ese hombre tiene cincuenta y seis años. Dudo que quiera cambiar nada a estas alturas.

Mientras deja otro martini en mi bandeja, me lanza una mirada de suficiencia.

—Todavía tienes mucho que aprender de este sitio, Daisy.

Llevo tres meses trabajando en Juegos Prohibidos y tengo que admitir que, cuando era pequeña, no veía en mis propósitos de futuro que a los veintiún años iba a ser camarera en un club de sexo. Sucedió sin más, y aunque no lo he explorado mucho, tengo que confesar que este lugar no es lo que esperaba. Es cierto que no he mirado lo que hay detrás de ninguna cortina, pero lo único que me importa es que los propietarios son amables, la dirección es justa y gano lo suficiente para vivir.

No es como un local de *striptease* de mala muerte o un asqueroso club solo para socios. Nadie intenta tocarme el culo ni me silba cuando paso por delante. Los propietarios hacen un buen trabajo

asegurándose de que todo se mantenga dentro de los límites del respeto.

Y es uno de los mejores sitios del mundo para observar a la gente. Cuando era niña, mi madre me llevaba a veces al centro comercial, comprábamos unos helados y nos dedicábamos a estudiar a los clientes, inventando historias absurdas sobre ellos para divertirnos. Bueno, pues ahora lo hago en un club de sexo, y es cien veces mejor.

En una buena noche puedo encadenar varias letras de canciones a partir de un solo turno contemplando a la gente, tarareando la melodía inventada mientras trabajo.

Hacer apuestas en la noche de subastas con el sexy camarero de cabello oscuro también ha sido un aliciente divertido del trabajo. Geo y yo comenzamos cada jueves por la noche echando un vistazo a los chicos y chicas que se han inscrito para subir al escenario. Luego hacemos nuestras apuestas sobre cuál de ellos es más probable que obtenga las pujas más altas de los miembros más ricos del club.

Hasta ahora permanezco invicta.

Sacudo la cabeza ante Geo, llevo la bandeja llena de copas hasta la mesa alta y las dejo sobre la superficie con una sonrisa cortés.

Al volver, veo al mismísimo señor Kade, el miembro más rico de todos, entrando por la puerta principal para dirigirse a su sitio habitual en la parte de atrás. Es imposible no fijarse en él, con ese pelo plateado y su estilo exquisito. Puede que no me gusten los hombres mayores, pero entiendo por qué un hombre como él es tan popular entre las mujeres de este lugar.

Lleva unos pantalones negros ceñidos y una camisa blanca con los dos botones superiores desabrochados. Su mirada no se aparta del frente mientras anda. Me he fijado en que es así como lo hace: cualquier persona normal echaría un vistazo a su alrededor al entrar, pero él no. Va directamente hacia su mesa, mira sobre su hombro para buscar a Geo y le hace un gesto con la mano para indicarle que quiere una copa.

Debo de estar mirándolo fijamente durante demasiado tiempo porque Geo se da cuenta.

—Vaya, has estado mirando mucho al señor Kade. —Geo me guiña un ojo mientras prepara el *bourbon* solo de Ronan.

Pongo cara de asco ante su insinuación de que mi interés por Ronan Kade es de naturaleza sexual.

—No es eso.

Él se echa a reír.

—¿Qué? ¿No te gustan los hombres mayores?

Me acerco a él.

—No, y tampoco les gustan a ninguna de esas chicas. Todas sabemos que solo les interesan por los diamantes y los implantes mamarios.

En cuanto las palabras —que han sonado más duras de lo que deberían— escapan de mis labios, hago una mueca. Eso no ha sido propio de mí. Yo no soy esa clase de chica.

Por otra parte, hace tiempo que no me reconozco a mí misma.

Bajo la mirada mordiéndome el labio y mis dedos juegan con el collar que llevo puesto; era de mi madre, y el colgante tiene forma de trébol.

La verdad es que sí que miro mucho a Ronan.

—Ronan no es así —responde Geo con una risita—. Lo creas o no.

—Si tú lo dices… —respondo con una sonrisa fingida—. Es que no me puedo imaginar a ningún multimillonario heterosexual de este planeta que no utilice su riqueza para meter en su cama a mujeres jóvenes y guapas.

—Me parece que necesitas descubrirlo por ti misma.

Si Geo supiera la verdad… No me fijo en Ronan para juzgarlo ni tampoco es por interés romántico. Es por pura curiosidad… Bueno, por eso y para resolver un pequeño misterio personal.

—¿Sigues apostando por la rubia de los pechos enormes? —pregunta Geo, dejando el *bourbon* en la bandeja. Echo un vistazo a la hermosa mujer que está saludando a Ronan con una sonrisa ardiente. Hay algo en la forma en que él le presta atención esta noche que me hace pensar que está a punto de hacer algo grande. No sé cómo lo sé, pero es solo una sensación.

—Al cien por cien —respondo.

Geo se ríe para sus adentros.

—¿Estás dispuesta a apostar dinero?

Frunzo el ceño.

—Muy gracioso. Sabes que estoy sin blanca.

Tras responderle, llevo el *bourbon* solo al lugar donde está sentado Ronan. La rubia se aleja justo cuando llego.

—Buenas noches, señor Kade —digo dulcemente, sin mirarlo a los ojos, mientras le pongo la bebida delante.

—Gracias, Daisy —responde, pronunciando mi nombre como si me conociera, cosa que no es así.

Como todas las noches cuando le sirvo su copa, me permito echarle un vistazo durante un momento y me fijo en las suaves patas de gallo alrededor de sus ojos y en el color salpimentado de su cabello. Luego escudriño su rostro, fijándome bien en su expresión. Esta noche se muestra un poco menos cordial y no aparta la vista del escenario. Parece decidido, como si estuviera deseando que comience la subasta.

Cuando vuelvo a la barra, me siento un poco más segura que antes.

—Bien… ¿Qué vamos a jugarnos esta noche? —le pregunto a Geo.

Él se ríe.

—Estás muy segura de ti misma. —Miro de nuevo a Ronan, que sigue contemplando el escenario. Definitivamente, esta noche está decidido a ganar. Apuesto a que ha tenido un día duro en el trabajo y no quiere molestarse en ligar o en conseguir una cita de la forma habitual, así que va a jugar para ganar—. El perdedor friega —responde mientras limpia la barra.

—¿Eso es todo?

—¿Se te ocurre algo mejor?

—El ganador elige el bar mañana por la noche y el perdedor paga la primera ronda.

Él frunce el ceño, angustiado.

—Vas a elegir el piano bar que está calle abajo, ¿verdad? —Le sonrío dulcemente por toda respuesta. Geo, de inmediato, pone los ojos en blanco—. Uf, vale. —Sonrío triunfalmente, deseando ya escuchar las versiones cursis de los temas de Billy Joel. Entonces su expresión cambia a otra más contemplativa. Después de limpiar el

vaso que tiene en la mano, lo deja en la estantería y se vuelve hacia mí—. En realidad, tengo una oferta mejor.

—Ah, ¿sí? ¿Cuál?

—A ver, si se decide por la rubia, te acompañaré a ese piano bar. Pero si no elige a la rubia, entonces gano yo y tú tienes que subir al escenario.

Señala el lugar con la cabeza y yo me giro para ver a qué se refiere. La subasta está a punto de comenzar, pero aún no hay ninguna chica ni ningún chico en el escenario. Sin embargo, la multitud de postores está creciendo, como suele ocurrir todos los jueves por la noche.

—¿Qué? ¿Al escenario? ¿Por qué?

—Entre los que se van a subastar, Daisy.

Se me desencaja la mandíbula. No puede hablar en serio.

—¿Yo?

—Sí, tú.

Me apoyo sobre la barra para acercarme a él.

—¿Estás loco, Geo? ¡No voy a subir ahí!

—¿Por qué no, Doña Criticona? Creo que te vendría bien cambiar de perspectiva.

—No soy una criticona —argumento—. Solo estaba bromeando. Ni loca me subiría a ese escenario.

—Entonces, ¿no hay trato? —pregunta en tono burlón.

Miro el lugar y luego me vuelvo de nuevo hacia mi amigo. Después dirijo la vista hacia Ronan, que ya casi ha terminado su *bourbon,* que normalmente tarda más en beberse.

A estas alturas, ni siquiera se trata ya de querer ir a ese piano bar. Es más una cuestión de orgullo. Nunca he perdido una apuesta en lo que respecta a Ronan Kade y no pienso hacerlo ahora. Después de un año lleno de malas decisiones, necesito esta victoria. Aunque solo sea para demostrarme a mí misma que sé reconocer una buena oportunidad cuando la veo.

No voy a acabar en esa subasta. Dentro de veinticuatro horas estaré cantando *Piano Man.*

—Está bien —digo secamente—. Trato hecho. Le tiendo la mano y Geo sonríe con malicia mientras me la estrecha. Luego me doy la

vuelta y canto a voz en cuello *«Sing us a song, you're the piano man»* mientras llevo otra bandeja repleta de copas al proscenio. Geo se ríe a carcajadas a mi espalda y, al pasar, capto la mirada curiosa de Ronan. Yergo los hombros e intento parecer más segura de lo que me siento. Por dentro, estoy temblando porque no puedo evitar preguntarme si acabo de hacer un trato peligroso.

Regla nº 2

Evita ser predecible

RONAN

Muevo el vaso y el *bourbon* que queda en él, que no es mucho, gira lentamente y el aroma suave pero ahumado llega hasta mi nariz; observo el bullicio de la multitud a mi alrededor. El club está muy animado, como todas las veladas de subasta. La ostentosa exhibición de riqueza, la promesa de sexo, el potencial de lo que puede traer consigo una puja ganadora… Estas son, sin duda, mis noches favoritas en Juegos Prohibidos.

Aunque hoy he estado a punto de no venir. Ha sido un día horrible. No pude dormir anoche, no he podido concentrarme en el trabajo hoy y no he podido reunir las fuerzas ni el deseo necesarios para el sexo por más que lo he intentado.

Pero, claro, los aniversarios de una muerte te hacen sentir así. Son como pequeños recordatorios malvados que permanecen en tu calendario, que no hay que celebrar, pero que es imposible ignorar. Incluso después de veintiocho años.

Le doy el último sorbo a mi copa justo cuando la camarera pasa junto a mí.

—¿Otra, señor Kade? —pregunta con una sonrisa inocente.

—Sí, por favor, Daisy.

Con un suave movimiento de su cabeza, coge mi vaso vacío y se aleja. Esta chica apareció en el club después de las vacaciones, y la encuentro extrañamente intrigante. Es joven y tiene un aspecto demasiado angelical para ser camarera en un club sexual.

Tengo el ojo lo bastante agudo como para darme cuenta de que yo también le intrigo por la forma en que su mirada se vuelve siempre hacia mí, especialmente los jueves por la noche. Para ella soy un enigma, alguien a quien contemplar boquiabierta, alguien a quien admirar o sobre el que preguntarse para sus adentros, pero al que nunca se acercaría, con el que nunca hablaría.

Mucha gente reacciona así ante mí, sobre todo quienes piensan que no soy más que un director ejecutivo insensible o un amo arrogante. Y tal vez sea cierto, pero sé lo mucho que me gusta que me sorprendan las personas que conozco. Solo desearía que se me concediera la misma cortesía.

Justo cuando Daisy me trae el *bourbon,* bien servido, le dedico una mirada curiosa.

—Feliz subasta —dice con una sonrisa melosa.

—Gracias —murmuro antes de llevarme la copa a los labios. No tiene sentido decirle que esta noche no voy a pujar.

En ese momento, la subasta comienza con algunas caras conocidas, hombres y mujeres que adornan el escenario casi todas las semanas. Sé por experiencia que muchos de ellos harán que cada centavo pagado por su tiempo merezca la pena. Tampoco es que el sexo sea obligatorio en esta situación: solo ofrecen una hora, ya sea para tomar unas copas en el bar o en una sala más o menos privada.

De todos modos, lo que valoro es la actitud entusiasta y audaz hacia el sexo, lo que significa que no he ganado el derecho a gozar del tiempo de un participante dispuesto que no me haya gustado.

Cuando la hermosa mujer con rizos rubios que le llegan hasta los hombros sube al escenario, un poco más nerviosa que las demás, desearía estar de humor para disfrutar de su compañía esta noche. Parece la clase de mujer con la que se puede tener una buena conversación… antes de follar como animales, naturalmente.

Hay dos hombres al fondo de la sala pujando por ella, y me alegra ver que su cita supera los diez mil dólares. Ella también parece muy satisfecha consigo misma.

Justo cuando la subasta se pone más interesante, Daisy se acerca a mi lado. Al principio me sorprendo, preguntándome si ya ha regresado para servirme otra copa, pero luego me doy cuenta de que tiene una expresión de ansiedad.

—¿No vas a pujar por ella?

Frunzo el ceño y la miro, confundido. ¿Qué le preocupa tanto a Daisy?

—¿Hay alguna razón por la que deba hacerlo? —pregunto, escéptico.

Daisy se muerde el labio inferior y se acaricia nerviosamente con los dedos el colgante de plata de su collar.

—No, no hay ninguna razón —balbuce—. Solo sentía curiosidad. Ella… parece tu tipo, eso es todo.

Esta vez abro mucho los ojos y me vuelvo de todo en su dirección.

—¿Parece mi tipo? Dime, ¿cuál es exactamente mi tipo, Daisy?

Esto sí que me divierte. Es, con diferencia, la conversación más larga que he tenido nunca con Daisy, y no puedo evitar preguntarme si la mujer que está ahora mismo en el escenario ha incitado a la joven camarera a dirigirse a mí para hacer todo lo posible por animarme a pujar.

La subasta continúa mientras yo estudio a Daisy con curiosidad. Palidece mientras observa al subastador, que en realidad es solo el maestro de ceremonias que Garrett ha contratado para dirigir estos eventos. Sigo esperando la respuesta de Daisy a mi pregunta cuando el locutor hace un anuncio para el público.

—¡Vendida al hombre del fondo por quince mil!

Daisy tiene los ojos como platos, y, antes de que pueda preguntarle qué leches está pasando, sale corriendo como un ratoncito asustado.

Mientras tanto, la rubia sonríe radiante al caballero, que sube al escenario y la toma dulcemente de la mano para guiarla hasta la silla vacía que queda junto a la suya. Ella parece encantada con lo bien que ha resultado todo, y yo sonrío para mis adentros mientras me llevo el *bourbon* a los labios, dándome cuenta de que el club parece haber cumplido su función esta noche. Por primera vez en todo el día, no siento dolor, y es un alivio muy bienvenido.

Pero cuando el participante siguiente sube al escenario, esta vez un guapo sumiso al que, según he oído, le gusta mucho el dolor, me doy cuenta de que no puedo dejar de pensar en Daisy. Me levanto de mi asiento cuando comienza la subasta y encuentro a Geo en la barra.

—Oye, ¿dónde se ha metido Daisy? —pregunto.

Geo, que está sirviendo una copa de vino, esboza una amplia sonrisa.

—Yo diría que a estas alturas ya está a medio camino de Sacramento.

—¿Qué?

Se echa a reír y deja la copa delante de la mujer que espera por ella.

—Ha perdido una apuesta y probablemente se esté escondiendo para que no le haga pagarla.

Frunzo el ceño y me paso la mano por la barba.

—¿Esa apuesta tiene algo que ver conmigo?

La sonrisa de Geo se vuelve más pícara.

—Quizás.

Niego con la cabeza y le lanzo una mirada severa antes de regresar a mi asiento. Eso explica el comportamiento peculiar de Daisy. Estoy seguro de que, si tuviera que trabajar todas las noches de subasta en el club, también buscaría una manera de hacerlo interesante.

Cuando Eden sube al escenario unos minutos más tarde, veo que Daisy casi derrama una bandeja de martinis debido al temblor de sus manos. No sé cuál era la apuesta, pero por lo que parece, no está muy dispuesta a saldar la deuda.

La guerra de pujas por Eden se libra entre muchos clientes, como suele ocurrir. La mitad de ellos no tardan en quedar fuera y ella sigue ahí, orgullosa sobre el escenario, mientras un hombre y una mujer se enfrentan por ella, lo que les cuesta una cantidad de seis cifras. Para la mayoría de esta gente eso equivale a veinte dólares en las cuentas bancarias del común de los mortales, y me hace muy feliz ver a mi mejor y más antigua amiga darse cuenta de lo mucho que estas personas desean pasar una hora sensual y repleta de sexo con ella.

Se lo merece.

La mujer acaba ganando la puja y Eden tiene una expresión entusiasmada cuando se escabulle del escenario y casi lleva a la mujer a rastras hacia las escaleras.

Supongo que la velada ha terminado… No ha sido una pérdida absoluta de tiempo venir al club; podría haber pasado las dos últimas horas de la noche de formas mucho peores, así que apuro la copa y voy a ponerme de pie cuando la subasta da un giro inesperado.

Justo después de que el presentador les dé las gracias a todos por venir y anuncie el final de la subasta, una voz resuena desde la barra.

—¡En realidad, tenemos una más!

El presentador le sonríe a Geo desde el escenario.

—¿Nuestro camarero se apunta a la subasta de esta noche? —pregunta, entusiasmado.

Geo se ríe entre dientes.

—No, yo no. —Entonces veo cómo señala a Daisy y todas las miradas de la sala se dirigen hacia ella—. ¡Nuestra camarera, Daisy, subastará una cita de una hora para esta noche!

El maestro de ceremonias la mira directamente.

—¿Daisy? Qué sorpresa. ¿Te gustaría subir al escenario?

Su sonrisa es forzada mientras se dirige torpemente al escenario. Tengo que morderme el labio inferior para no sonreír como un idiota cuando la veo ocupar su lugar al frente y en el centro.

Eso responde a mi pregunta: Daisy ha perdido la apuesta y ahora tiene que pagar.

Cuando se encuentra bajo los focos, que resaltan su cabello rubio casi blanco y su pequeña figura, de repente me sorprendo admirándola por primera vez.

Es una chica monísima. Lleva el pelo largo y ondulado recogido en una trenza, tiene unos impresionantes ojos azules y una nariz respingona. Pero es joven, demasiado joven.

Tampoco es que tenga ningún problema en salir con mujeres más jóvenes que yo, que estoy a punto de cumplir cincuenta y siete años, y no tengo preferencias de ninguna clase, pero una mujer tan joven como Daisy no va a sentirse interesada por un hombre de mi edad; al menos, no lo hará por las razones adecuadas.

He aprendido esa lección por las malas.

Ella está plantada en el centro del escenario, junto al maestro de ceremonias, con la falda ceñida del uniforme de camarera, un top negro y tacones rojos. Tiene las manos entrelazadas delante de ella y parece fuera de lugar. Casi me da pena.

Tras una presentación incómoda y algunas provocaciones de Geo desde la barra, comienzan las pujas, y yo tengo toda la intención de limitarme a ser un mero espectador. Un par de personas que conozco terminan animando el ambiente.

Me encuentro observando a la gente que puja; son pujas demasiado bajas, en mi opinión. Uno es un abogado de unos treinta años, otro es un chico más joven al que me he encontrado muchas veces en la sala *voyeur*... y luego hay un chico nuevo, al que nunca había visto aquí antes. Me muevo en mi asiento.

Confío en que Emerson y el resto del equipo examinen rigurosamente a sus miembros, pero hay algo al ver una cara nueva en el club que me hace dudar. Parece salido de la bolsa de valores: expresión arrogante, traje barato, actitud prepotente. Y no puedo resistirme.

—Quince —anuncio. Supongo que es culpa mía que ella esté ahí arriba. Lo menos que puedo hacer es salvarla de la desgracia de tener que pasar una hora con uno de esos tíos.

La mirada de Daisy se posa en mi rostro; tiene los ojos muy abiertos.

—¡Ronan Kade puja quince mil! —exclama el presentador—. ¿Hay algún competidor? ¿Alguien ofrece dieciséis?

—Veinte —responde el chico nuevo. Los otros dos permanecen en silencio.

Se me tensa la espalda cuando veo cómo sus ojos se posan en Daisy, y me queda claro que no la está mirando a la cara. Hay algo en él que me da mala espina.

—Veinticinco —digo con firmeza.

Esta vez el chico del traje se vuelve para mirarme con rabia, recolocándose la corbata a la altura del cuello, claramente incómodo. Cuando nuestras miradas se cruzan, veo cómo las ganas de pelea en su expresión se apagan: no va a pujar más que yo y lo sabe, así que

todo es cuestión de cuánto está dispuesto a arriesgar y cuánto desea quedarse a solas con esta chica asustada.

Pero te prometo que estoy dispuesto a apostar más.

Yergo los hombros y espero su próxima puja.

—¿He oído veintiséis del joven caballero del frente?

Él traga saliva y se vuelve hacia el escenario. Daisy parece enferma mientras espera el siguiente movimiento. El hombre, vacilante, levanta la mano.

—¡Veintiséis!

Todas las miradas se dirigen hacia mí, que asiento hacia el presentador.

—Treinta.

Daisy se muerde el labio.

Mi competidor se ríe, con aire arrogante.

—¡Cuarenta mil! —exclama, tratando de parecer valiente.

—Cincuenta —digo, sin pestañear.

El joven hace una nueva puja, y otra, y otra más, y yo las supero todas hasta que él parece nervioso.

—Setenta y cinco —balbuce.

—Cien mil dólares —proclamo, y tamborileo con los dedos sobre el cuero de mi asiento.

Se nota la sorpresa entre el público. La ya pálida piel de Daisy adquiere un nuevo tono de porcelana, como las teclas de un piano nuevo y brillante.

—Cien a la una…, a las dos… —Su mirada va del joven a mí—. ¡Cien mil para Ronan Kade! —anuncia el presentador, y Daisy parece a punto de desmayarse.

Veo cómo el joven rechina los dientes, frustrado. El público aplaude y me contempla, fascinado, mientras Daisy baja del escenario y viene dócilmente en mi dirección; se detiene al llegar a mi lado.

Me levanto y le tiendo la mano, en la que ella coloca sus delicados dedos. No aparta la vista de mi rostro, observándome con curiosidad. En cuestión de segundos, la multitud pierde el interés y se dispersa. Así que ahora solo quedo yo… con una camarera que parece nerviosa.

—¿Estás bien? —le pregunto. Le tiemblan las manos.

—Sí —responde sin convicción. Luego empieza a mover los pies, mirando a su alrededor, hacia la concurrida sala—. Tengo que terminar mi turno, pero si piensas quedarte un rato… —dice, y se vuelve hacia la barra.

Una parte de mí quiere considerar la posibilidad de aceptar la cita. Podría acompañarla arriba, a mi sala privada, para conocerla un poco mejor y quizá para demostrarle que, en realidad, no soy demasiado mayor, demasiado rico ni demasiado aburrido. Pero algo me frena. Esa vieja voz en mi cabeza que la ve como un potencial desengaño más que como cualquier otra cosa.

Así que le toco suavemente el brazo.

—En realidad, Daisy, ¿te importa si posponemos esa cita?

Su boca forma una pequeña O cuando se da la vuelta hacia mí.

—Por supuesto.

—Estoy deseándolo —respondo con una sonrisa, aunque no tengo intención de aprovechar esa oportunidad—. Que pases una noche estupenda, Daisy.

—Eeeh…, buenas noches, Ronan.

Y tras eso me voy solo hacia la salida, donde encuentro a mi chófer esperándome en la puerta. Cuando me acomodo en el asiento trasero, me doy cuenta de que no he llegado a averiguar cuál ha sido exactamente la apuesta que Daisy ha perdido, y me propongo preguntárselo en otra ocasión. Lo último que quiero es ser predecible.

Regla nº 3

Los que viven en furgonetas destartaladas no deberían juzgar a los demás

DAISY

Mi aliento sale en forma de nubes de vapor mientras navego por varias aplicaciones en mi teléfono. Llevo tres pares de calcetines en los pies, pero por mucho que los mueva sigo sintiendo un frío que me cala hasta los huesos. Mi pequeño calefactor hace un buen trabajo templando la furgoneta, pero huele a pelo quemado y me da miedo dormir con él encendido, así que me acurruco bajo tres mantas. Ojalá pudiera conciliar el sueño, pero no lo consigo por culpa del frío del ambiente.

Además, estoy demasiado ocupada reviviendo mi extraño encuentro con Ronan Kade. Apenas he intercambiado diez palabras con él en los tres últimos meses, a pesar de que lo veo casi todas las noches, y, entonces, de pronto esta noche puja cien mil dólares por tener una cita conmigo… que no aprovecha.

¿Por qué?

Quizás quería posponerlo de verdad. A lo mejor no estaba de humor o no se sentía bien. Entonces, ¿por qué ha pujado? Nada de esto tiene sentido. Incluso Geo se ha quedado sorprendido por el comportamiento de Ronan.

Por alguna extraña razón creo que me he ganado el derecho a presumir de todo esto. Durante los minutos que he estado en ese escenario he tenido la atención del hombre más rico de Briar Point. Y sí, lo he buscado en internet: tiene un patrimonio de mil quinientos millones de dólares.

Es más que rico: es multimillonario.

Y ha pujado por mí en una subasta. Probablemente no debería sentirme especial, porque le he visto hacer lo mismo con docenas de chicas, pero aun así me ha sentado bien.

A ver, de cualquier modo, no quería salir con él. Si Ronan Kade fuera unos treinta años más joven, me habría lanzado a por él. He visto fotos de él cuando tenía veintitantos años y era

verdaderamente guapo, pero por muy bien que haya envejecido, eso no cambia el hecho de que nos separan tres décadas y media. Sigue siendo guapo…, pero no consigo convencer a mi deseo sexual de que lo vea como algo más que un apuesto hombre maduro.

De repente, me encuentro riéndome a carcajadas como una loca. Porque aquí estoy, durmiendo en una furgoneta y juzgando a un hombre multimillonario por no ser lo bastante joven para mí.

Daisy, eres idiota.

Si fuera más lista, me habría lanzado a los brazos de ese hombre. He tenido la oportunidad perfecta para hacerlo, pero la he echado a perder.

Una chica inteligente habría aprovechado esta noche para acercarse a él. Quizás incluso se habría acostado con él para obtener un par de respuestas. Quiero decir…, acostarse con Ronan Kade no es precisamente un sacrificio. Estoy segura de que muchas mujeres lo hacen gratis.

Pero yo no soy tan inteligente, ni tan sexy ni tan astuta.

La verdad es que tengo una cuenta de ahorros con más de un millón de dólares, abierta hace nueve años por un hombre llamado Ronan Kade, a quien, hasta hace tres meses, no conocía, así que, sí, podría estar dispuesta a intercambiar sexo por esa información si llegara el caso.

Lo único que sé es que cuando mi madre falleció hace tres años había una carpeta entre sus archivos con un montón de papeles y una cuenta de ahorros de alto rendimiento en un banco de Briar Point, California, en la que yo figuraba como beneficiaria.

Mi madre, por increíble que fuera, no me dijo la razón por la que este completo desconocido me dejó suficiente dinero invertido a interés compuesto para que pudiera pagar la universidad. Y no voy a tocarlo hasta que sepa el motivo.

Por eso he llegado a extremos un poco desquiciados para averiguarlo, incluyendo un poco de acoso, mudarme al otro lado del país, conseguir un trabajo donde sé que él va y estudiarlo con calma durante tres meses.

¿Es lo más desquiciado que he hecho nunca? Sin duda.

¿Tengo algo mejor que hacer con mi tiempo? Por desgracia no.

Hasta que lo averigüe no pienso usar ese dinero para ir al conservatorio ni para empezar de cero. Necesito saber por qué está ahí antes de tocarlo.

Después de dejar el teléfono en la mesilla que tengo junto a la cama, me doy la vuelta. Pensar en mi madre es como hurgar en una herida que se niega a curarse, así que intento apartar esos recuerdos. Esto es lo que pasa siempre, como un cruel juego de seis grados de separación: pensar en el trabajo me hace pensar en Ronan, lo que me hace pensar en la cuenta, lo que me hace pensar en mi madre, lo que inmediatamente me hace pensar en su espantosa y tortuosa muerte, y es como si todo lo que aparece en mi mente me llevara a ese punto.

Ya me cuesta bastante dormir. Una vez que empiezo a pensar en ella en esa cama, hundida, pálida y luchando por respirar por última vez, todo va cuesta abajo. Y sé que no voy a poder conciliar el sueño.

Ahí voy otra vez: mi cerebro repite todo el asunto de nuevo a pesar de que le he rogado explícitamente que no lo haga.

Tenía dieciocho años cuando murió mi madre, una edad terrible para perder a un progenitor, aunque ninguna edad es buena para ello. Verse empujado a la edad adulta, tanto en sentido literal como figurado, ya es bastante malo de por sí, pero llevar además el peso del duelo es completamente injusto.

No tenía nada cuando murió mi madre —en sentido figurado, claro —, así que pasé tres años en una casa que apestaba a su ausencia, y pronto esa casa se convirtió en una prisión. Hasta que un día, a finales del año pasado, estaba revisando sus papeles en busca de algo que quería la compañía de seguros, pero en lugar de encontrarlo hallé un extracto bancario de cuando tenía doce años con el nombre de un hombre del que nunca había oído hablar.

Decir que me obsesioné sería quedarse cortos. Mi vida giraba en torno a ese misterio, y todavía lo hace.

Hubo algunas cosas que descarté de inmediato; primero, le pregunté a mi padre si conocía a un tal Ronan Kade en Briar Point, y me dijo que no.

Segundo, y esto es un alivio, Ronan y yo no somos parientes en absoluto. No es mi abuelo perdido hace mucho tiempo ni mi padre secreto. Gracias a los fuertes genes de mi padre me parezco mucho a él, y eso ha sido una bendición que nunca había creído necesitar.

Ronan es mayor, pero no lo suficiente como para ser mi abuelo, así que eso queda descartado.

Mi primera observación fue que Ronan Kade no me conocía. Trabajaba en el club, con mi etiqueta con mi nombre a la vista, y ni una sola vez me dijo algo como: *«Oye, ¿tú no eres la chica a la que le di un millón de dólares hace casi una década?»*. Ni una sola vez.

Así que, sea cual sea la razón, está claro que soy un misterio para él tanto como él lo es para mí.

Lo que me lleva a mis dos últimas teorías: una, que gané una lotería aleatoria de Ronan Kade por una cuantiosa suma y ninguno de mis padres decidió contármelo. Dudoso.

Dos: tiene algo que ver con mi madre.

Mis padres se separaron cuando yo tenía doce años, y ese primer verano, como hija de padres divorciados, lo pasé con mi padre mientras mi madre se iba a Briar Point por un viaje de trabajo. Eso es lo que pude averiguar gracias a las redes sociales, pero es todo lo que sé. Sé que estuvo aquí y, al parecer, se quedó más tiempo del que debía.

¿Tuvo mi madre una aventura con Ronan Kade?

Esta hipótesis, que parece imposible, sigue sin explicar por qué me dejó tanto dinero. Y sí, lo admito, podría preguntárselo, pero no creo que esté preparada todavía para conocer la respuesta. Es como una caja fuerte que me da miedo abrir.

Así que aquí estoy, sentada en una furgoneta convertida en caravana que compré con el dinero que obtuve por vender la casa, y lo llamo «libertad».

Libertad para alejarme de esa casa con todos sus recuerdos.

Libertad para escapar de todos los espacios vacíos que mi madre debería llenar.

Libertad para deshacerme de la sofocante carga de la decepción, sobre todo hacia mí misma.

Podría haber conducido esta furgoneta hasta cualquier otro lugar; despertarme en la playa o al pie de una cordillera. En cambio, me dirigí sin dudarlo a Briar Point porque sabía que él estaba ahí. Conseguí un trabajo en Juegos Prohibidos porque lo vigilé lo suficiente como para saber que iba a ese lugar. Ahora duermo en parques públicos y, de vez en cuando, en el sofá de Geo, hasta que obtenga las respuestas que necesito para seguir adelante… o el valor para hacer las preguntas oportunas.

Y en cuanto al dinero, hasta que sepa por qué está ahí, no voy a tocarlo.

Lo llamo libertad, pero incluso yo sé que es mentira. Solo he cambiado una prisión por otra.

Se supone que debería estar escribiendo mis propias canciones; se supone que debería estar llenando mis cuadernos con letras profundas y reflexivas, en busca del sentido de la vida.

Nada de eso está saliendo según lo planeado.

Veo cómo se ilumina la pantalla de mi teléfono en la estantería abarrotada que hay junto a mi incómoda cama. Me doy la vuelta, lo cojo y leo un mensaje de Geo.

> ***Geo:*** *¿Te das cuenta de que has perdido una apuesta pero has ganado una cita con Ronan Kade? Nadie tiene tanta suerte…*

Pongo los ojos en blanco al leer el mensaje y respondo, sonriente.

> ***Yo:*** *No ha habido cita, y dudo que vuelva a hablarme. Además, es demasiado mayor para mí.*
>
> ***Geo:*** *La edad es solo un número.*
>
> ***Yo:*** *Sí, y cincuenta y seis es un número enorme. Creo que a mi padre no le haría gracia que llevara a casa a un hombre mayor que él.*
>
> ***Geo:*** *Jajaja. Me encantaría ver su cara. Por favor, invítame cuando lo hagas.*
>
> ***Yo:*** *Eso no va a pasar. No voy a ir a esa cita.*
>
> ***Geo:*** *Claro. Sabes que te llevas una parte de ese dinero, ¿verdad?*

Me incorporo tan rápido que me golpeo la cabeza con la estantería que hay sobre mi cama.

—¡Ay, joder! —grito, agarrándome la frente mientras releo el mensaje.

Yo: *¿¡Qué!? ¿Cuánto?*

Geo: *El veinte por ciento.*

—¡Joder! —Rápido, ¿cuánto es el veinte por ciento de cien mil?—. El diez por ciento es… diez mil… Dios mío. ¿Veinte mil dólares?

Geo: *Estás flipando, ¿verdad?*

Yo: *¿Me estás diciendo que voy a recibir veinte mil dólares más en mi próximo cheque?*

Geo: *Sí.*

Yo: *¡Dios mío! ¡Geo! ¿Cuándo es la próxima subasta?*

Geo: *Tranquila, Pretty Woman.*

No me parezco en nada a Julia Roberts. Ella dependía de un hombre rico para salvarse. Creo que yo me he salvado a mí misma… con el dinero de un hombre rico.

Semántica.

Geo: *Espero que no estés aparcada en un sitio peligroso esta noche. El sofá está libre si no quieres sentirte una sin techo.*

Yo: *¿Tu juguete sexual está ahí?*

Geo: *Esta noche no. Está trabajando.*

Yo: *¿Te refieres a que está con su novia?*

Geo: *Esta noche estás siendo muy cruel. El dinero te ha cambiado.*

Me río para mis adentros. La ansiedad que sentía en la boca del estómago ha desaparecido y ha sido sustituida por la emoción. No puedo creerme que acabe de ganar veinte mil dólares.

Yo: *Gracias, Geo, pero esta noche estoy bien. He aparcado junto a la playa, en ese camping familiar. Me quedaré aquí hasta mañana por la noche. Lo prometo.*

Geo: *Vale, cariño. Me alegro de oírlo. Cuídate. Duerme un poco. Buenas noches.*

Yo: *Buenas noches.*

Cuando dejo el teléfono en la estantería, vuelvo a sentirme un poco mal. Le he mentido a Geo en lo de que me estaba quedando en el camping: en realidad estoy en un aparcamiento del centro de la ciudad, cerca del club. Por alguna razón, creo que, si no digo la verdad sobre lo maravillosa que es mi vida, de alguna manera haré que cambie a mejor, pero no es así. Sigue siendo el mismo desastre decepcionante de costumbre.

Regla nº 4

No se puede secuestrar a mujeres jóvenes que viven en sus furgonetas, ni aunque tengas buenas intenciones

RONAN

—Gracias, Agatha. Estaba delicioso —digo; dejo el tenedor en el plato y me reclino sobre la silla cuando el ama de llaves se acerca para recoger la mesa.

—Me alegro de que le haya gustado, señor Kade. —Cuando coge el plato y los cubiertos, miro el reloj y hago una mueca al darme cuenta de que ya es más de medianoche.

—Ojalá no insistieras en quedarte hasta tan tarde. Soy perfectamente capaz de calentar mi propia cena.

Ella se echa a reír mientras va hacia la cocina.

—Me gusta quedarme hasta tarde. Los chicos ya son mayores y se han ido de casa. Me siento sola allí.

—Asegúrate de que Tyson te acompañe al coche.

—Por supuesto, señor Kade.

Lava los platos en el fregadero, y el suave murmullo de su trabajo me calma los nervios; le doy vueltas a mi copa de *bourbon* y contemplo la ciudad a través del enorme ventanal. Cuando se vaya, todo estará demasiado tranquilo.

Creo que ella debe de saber que me reconforta oírla trabajar, porque se entretiene más de lo necesario, limpiando las encimeras, barriendo el suelo, preparando mi café matutino para que esté listo a las siete.

—Hasta mañana, señor Kade —se despide desde la entrada.

—Buenas noches, Agatha. Conduce con cuidado, por favor.

—Así lo haré. Se lo prometo. —Oigo el tintineo de sus llaves cuando las coge de la mesa que está junto a la puerta—. Ah, señor Kade —dice, y me vuelvo hacia ella, expectante—. Eric quería que le recordara lo del evento benéfico de mañana.

—¿En el puerto? —pregunto.

—Sí, señor.

—Perfecto. Dígale que estaré allí.

—Muchas gracias, señor Kade. —Tras eso, la oigo salir arrastrando los pies, con su abrigo y sus bolsas, siempre intentando hacer mil cosas a la vez.

Cuando se cierra la puerta, el apartamento se sumerge en el silencio: es ensordecedor.

Hay algo extraño en el silencio, como si me mantuviera cautivo. No me deja moverme. No me deja poner música ni la televisión. Y, desde luego, no me deja dormir. En cambio, me obliga a estar solo con mis pensamientos. Ese cruel silencio…

Pero al menos esta noche un rostro dulce ocupa mis pensamientos; unos grandes ojos azules y unas mejillas sonrosadas. No puedo quitarme de la cabeza la mirada nerviosa que Daisy tenía en el escenario.

Después de salir del club he ido directamente a casa. Agatha estaba aquí, con la cena preparada y esperándome. Y podrá decir que se ha quedado porque no le gusta el silencio, pero yo sé cuál es la verdadera razón: Agatha sabe qué día es hoy. Me esperaba porque nadie más va a hacerlo.

Es un detalle, pero ojalá no fuera mi ama de llaves viuda.

Debería haber llevado a Daisy a cenar. Me hace sentir patético admitirlo, pero debería haberlo hecho. Aunque solo fuera por tener compañía esta noche.

Y esta noche podría convertirse en un mes o en un año. Hasta que empiece a parecerme que le gusta demasiado los lujos que le proporciono. Entonces, inevitablemente, terminará… de forma dolorosa.

Pero la esperanza, esa mala hierba obstinada que crece en todas partes, me hace pensar que tal vez no sea así.

No, para. No sigas por ese camino.

Supongo que debería dormir un poco, pero no consigo calmar mi cerebro lo suficiente como para relajarme, así que ni siquiera me molesto en intentarlo. En lugar de eso, cojo mi teléfono de la mesa y mi chaqueta del perchero y me dirijo hacia la puerta principal. Después de entrar en el ascensor vacío, pulso el botón de la planta principal y no el del garaje. A veces salgo a dar una vuelta en coche

por la noche para relajarme, pero otras noches gozo de un tranquilo paseo por la ciudad. Esta es una de estas últimas.

El aire frío se me clava en el cuello, así que me abrocho la chaqueta al pasar por la puerta del vestíbulo. Parece que vamos a tener una última ola de frío antes de que la primavera se convierta rápidamente en verano.

—¿Quiere que le llame un taxi, señor Kade? —pregunta el portero.

—No, gracias, Tyson. Voy a dar un paseo nocturno.

—Que lo disfrute, señor.

Hay silencio, pero no es el mismo silencio que en mi apartamento. Allí significa soledad, pero aquí fuera los sonidos son como una melodía: tranquila y armoniosa; hay coches que pasan, semáforos, música en la distancia…

Las calles son relativamente seguras en esta parte de la ciudad. Los apartamentos de lujo y las *boutiques* se alinean a lo largo de las calles.

A unas pocas manzanas hay un bar. El sonido lejano de las voces resuena en las calles vacías. Es una reconfortante señal de vida: los noctámbulos divirtiéndose mientras el resto del mundo duerme. Siempre me ha gustado la vida nocturna, aunque ya no voy a bares como ese.

En mi juventud sí lo hacía. Después de que mi mundo se derrumbara, encontré consuelo en el alcohol y el sexo ocasional para distraerme y escapar de la realidad, para no tener que sentir todas las cosas insoportables que no quería sufrir.

Todo eso fue antes de descubrir este estilo de vida, lo que ocurrió por casualidad. Tenía treinta y tantos años y estaba desperdiciando mi vida en un círculo vicioso de dinero y sexo cuando empecé a acostarme con una mujer a la que le gustaba que la atara y someterse a mí. Fue entonces cuando descubrí que yo también tenía ciertas preferencias: el gusto por el placer y la dominación.

Así que empecé a buscar más mujeres que tuvieran deseos similares.

Pronto dejó de tratarse de sexo y de adormecer el dolor y pasó a ser más bien centrar mi atención en algo que de verdad me hacía sentir útil y necesario. Volví a encontrar mi propósito.

Y hace nueve años se lanzó la aplicación de Juegos Prohibidos y, por primera vez en casi veinte años, volví a tener algo parecido a una familia. Amigos como Emerson y Eden no me hacían sentir tan diferente por lo que me gustaba en la cama. Me dieron un lugar donde podía ser yo mismo, sin juicios ni burlas. Casi había olvidado lo gratificante que podía ser tener una familia así.

Sumido en mis pensamientos, continúo mi paseo. En lugar de seguir recto y dirigirme al bar, giro a la izquierda y, tras un par de manzanas más, llego a un parque urbano. Al otro lado de la calle hay una gasolinera que permanece abierta hasta tarde. La propietaria se llama Sherie y su marido falleció el pasado mes de mayo, así que últimamente intento pasar por allí más a menudo para ver cómo le va.

Sherie está detrás del mostrador cuando entro y el timbre de la puerta la avisa de mi presencia. Levanta la vista de su libro y me sonríe a modo de cálido saludo.

—Ronan —dice, ladeando la cabeza—. ¿Otra vez en la calle tan tarde?

—No puedo dormir —respondo, aturdido.

—Nunca puedes dormir.

—Es cierto. ¿Qué tal te va por aquí? —Echo un vistazo rápido a la tienda. Está en buen estado. No hay nada que parezca necesitar una reparación urgente.

—Todo va bien. El negocio funciona genial en esta época del año —responde—. Pero no estoy preparada para las vacaciones de Pascua. Habrá mucho trabajo.

Sonrío y asiento.

—Seguro que sí. Avísame si hay algo que pueda….

La puerta se abre detrás de mí y me doy la vuelta para ver quién llega tan tarde. Me quedo sorprendido al reconocer la gruesa trenza rubia que le cae sobre el hombro y esos ojos azules enormes que me miran fijamente como un ciervo ante los faros de un coche.

—¿Ronan? —dice, paralizada en la puerta.

Frunzo el ceño y me vuelvo hacia Daisy. Miro tras ella, esperando ver a su novio o a su marido, con la esperanza de que no haya

entrado sola en una gasolinera del centro a las dos de la madrugada.

Pero no hay nadie. Ni siquiera un coche aparcado en la puerta.

—¿Daisy? —pregunto, desconcertado al verla aquí a estas horas.

—¿Qué haces en una gasolinera? —pregunta, incrédula.

Miro el reloj.

—Son las dos de la madrugada. ¿Has venido sola?

—Eeeh… —duda—. Necesito agua caliente para el té, y Sherie me la da gratis.

Me doy la vuelta para mirar a Sherie, confuso, y después me concentro de nuevo en Daisy.

—¿Vas a prepararte un té en mitad de la noche?

—Es manzanilla. Me ayuda a dormir… Espera, ¿por qué te estoy dando explicaciones? Puedo ir adonde quiera —añade con la cabeza bien alta.

Tenso la mandíbula y me obligo a inspirar hondo para no espetarle que es muy ingenua.

—¿Por qué no tienes agua caliente en casa?

La mirada de Daisy baila entre Sherie y yo. Luego se recompone y yergue los hombros como si se obligara a ser fuerte.

—No es asunto tuyo.

Es casi adorable la forma en que lo dice, con esa voz suave, susurrante y aguda. O al menos lo sería si no fuera tan frustrante.

Me roza al pasar y se dirige directamente a la cafetera, coge un vaso de papel grande, lo llena de agua hirviendo, le pone una tapa de plástico y se lo lleva al pecho como para entrar en calor.

La estudio en silencio, intentando entender este giro inesperado de los acontecimientos. Me gusta que la gente me sorprenda, pero esta chica me desconcierta a cada paso.

—Buenas noches, Sherie —se despide. Luego me mira con seriedad y me dice con el ceño fruncido—: Buenas noches, Ronan. —Sale por la puerta principal sin añadir nada más, y me deja mirando a Sherie con muchas más preguntas que respuestas.

Daisy tiene razón. No es asunto mío. Pero ¿desde cuándo eso me ha detenido?

Sherie se encoge de hombros y sé que no va a revelarme ninguno de los secretos de la chica, así que voy hasta la puerta y veo a Daisy caminando por el oscuro aparcamiento hacia la calle, sola.

¿Pero qué coño…?

Mis pies se mueven solos. Atravieso la puerta y prácticamente la persigo por el aparcamiento. Lleva una sudadera gruesa y unos *leggings* negros ceñidos que dejan muy poco a la imaginación en cuanto a la forma de su culo.

Me quedo sin palabras mientras va sola hacia el parque. No irá hasta ahí, ¿verdad? Se está acercando peligrosamente a una furgoneta blanca de aspecto sospechoso que está aparcada bajo un roble gigante. ¿Qué puñetas está tramando esta chica?

—Daisy —la llamo desde el otro lado de la calle. Se vuelve hacia mí justo cuando llega a la furgoneta blanca. Su expresión es de congoja: tiene los labios apretados y los hombros en tensión, como si estuviera nerviosa.

—¿Qué? —responde, con voz hastiada.

—¿Qué coño estás haciendo?

—Buenas noches, Ronan. Vete a casa. —Con un suspiro exasperado, relaja los hombros; no puedo creerme lo que veo cuando abre la puerta corredera de la furgoneta y entra.

La puerta permanece abierta el tiempo suficiente para que pueda ver una pequeña cama con un montón de mantas gruesas, y mi enfado se esfuma. No puede estar viviendo ahí, ¿verdad? ¿Emerson lo sabe? Jamás permitiría que sus empleados pasaran por algo así.

Cruzo la calle a toda prisa. Cuando llego a la furgoneta doy unos golpecitos en la ventanilla.

—¡Daisy, abre!

—Ya te he dado las buenas noches, Ronan —me responde desde dentro.

—Sal de la puñetera furgoneta —ordeno entre dientes. Pensaba que iba a poder mantener la calma, pero supongo que me equivocaba. Al parecer, soy incapaz de controlarme en este momento. Estoy demasiado consternado y, para ser sincero, más que un poco enfadado.

Un momento después, la puerta se abre y ella me mira, molesta.

—¿Quién te crees que eres? —me regaña—. ¿Crees que por ser un hombre puedes darme órdenes?

—¿Duermes en tu furgoneta? —le pregunto, ignorando su pregunta provocadora.

Se acerca hacia mí y me clava esos ojos azules con ira.

—No es asunto tuyo —espeta, acentuando cada palabra. He perdido el control. De hecho, ya hace un rato que lo he perdido. Actúo por impulso, la agarro por la cintura, me la cargo al hombro y me doy media vuelta como si fuera a llevármela así a casa—. ¡¿Qué estás haciendo?! —grita ella.

Está claro que esto no va a funcionar. Me meterán en la cárcel en cuestión de minutos si intento secuestrar a esta joven que se debate entre mis brazos para llevarla a mi apartamento. La dejo en el suelo y se queda plantada frente a mí.

Recupera la cordura, Ronan. ¿Qué coño te pasa?

Cuando ella levanta la mano para abofetearme, la agarro por la muñeca antes de que llegue a hacerlo.

—Estás loca si crees que voy a dejar que duermas aquí fuera.

—No soy una sin techo —responde ella—. Hay un montón de gente que vive en furgonetas. Son como casas con ruedas… Tengo una cama. Y estoy a salvo.

—¿Crees que pasear por la noche, dejando que la gente te vea entrar en esa furgoneta, es seguro? Cualquier tío podría romper esa ventanilla con facilidad y hacerte daño. —En este momento estoy muy furioso.

—El único que me ha molestado has sido tú —responde fríamente, desviando la mirada hacia mi mano, que aún le sujeta la muñeca.

¿Estoy exagerando? ¿Me equivoco al querer evitar que esta chica duerma en una furgoneta en una de las calles del centro?

Daisy no significa nada para mí. ¿Por qué debería importarme lo que haga?

Debería marcharme ahora mismo.

Pero no puedo.

Hay algo que me retiene en este lugar, que me mantiene atado a ella y a esta situación.

«No puedes solucionarlo todo», solía decirme mi esposa. Y tenía razón, pero eso nunca me impedía intentarlo.

—Tengo mucho sitio en mi casa. Incluso puedes aparcar la furgoneta en el garaje para que esté segura.

Ella se estremece y me mira como si la hubiera ofendido.

—¿Estás loco? No puedo ir contigo.

—Sí que puedes, y lo harás —respondo, impaciente.

—¿Vas a volver a cargarme sobre tu hombro? —Sus labios dibujan una línea recta, y resulta bastante adorable lo segura que está al discutir conmigo, como si de verdad fuera a ganar.

Tenso la mandíbula y lucho contra el impulso de hacer precisamente eso. Iba a hacer que me sintiera mejor, pero solo iba a conseguir que se enfadara y así no va a decidirse a venir conmigo. Me agacho y la miro fijamente. Parece un poco sorprendida por mi proximidad, abre mucho los ojos y la tensión de sus hombros se desvanece.

—Daisy, solo intento ayudarte, ¿vale? Déjame ayudarte.

Separa los labios mientras se debate buscando una respuesta.

—No… no necesito tu ayuda.

—No tienes por qué necesitarla, pero aun así, acéptala. —Veo cómo se queda estudiándome hasta que por fin se obliga a tragar saliva y me doy cuenta de que va a dejar de discutir—. Este parque no es lugar para que una mujer duerma sola, y yo no podría descansar sabiendo que estás aquí fuera. Así que ven conmigo esta noche.

Frunce el ceño.

—¿Qué quieres… a cambio?

—Nada —respondo sin dudarlo.

—No necesitas engañar a mujeres jóvenes para que vayan a tu apartamento y así acostarte con ellas, ¿verdad?

Suelto una risita ante eso.

—La verdad es que no.

Ella suelta un hondo suspiro y mira detrás de mí, hacia la furgoneta, antes de hacerme un rápido gesto con la cabeza.

—Está bien. Si te hace sentir mejor, iré.

—Gracias —respondo.

—Siempre consigues lo que quieres, ¿no? —pregunta; se da media vuelta, cierra la puerta de la furgoneta y se dirige de nuevo hacia mí con expresión severa.

Por un momento, me pregunto si un giro del destino nos ha juntado dos veces en una noche. Si había algo más poderoso en juego cuando salí de mi apartamento para pasear por las calles sin saber que ella también lo estaba haciendo.

No me molesto en deleitarme con la vista de sus piernas largas y esbeltas ni con la expresión obstinada de su rostro. Me niego a aferrarme a la idea de que Daisy y yo somos algo más que conocidos porque sé que no es así. Ella tiene razón: no me cuesta mucho llevar a las mujeres a mi cama, pero sería una ilusión pensar que puedo conseguir que una como ella se quede.

Que me rompan el corazón ya es bastante doloroso. Pero que me lo rompa una mujer como Daisy podría matarme.

Así que miento. Y con una sonrisa, asiento.

—Sí, es cierto.

Regla nº 5

Algunas oportunidades son demasiado buenas como para dejarlas pasar

DAISY

Bueno, esto sí que ha sido un giro interesante de los acontecimientos. Estoy en un ascensor, en pijama, en mitad de la noche y con Ronan Kade, a punto de dormir en su apartamento, como una especie de vagabunda que ha encontrado en la calle. Lo cual…, bueno, técnicamente es lo que soy.

No sé si soy increíblemente afortunada o increíblemente estúpida.

Nos quedamos en silencio hasta que suena la campanilla del ascensor y se abren las puertas; entramos en un vestíbulo que él atraviesa a zancadas para abrir la sólida puerta con una llave. Al pasar se me descuelga la mandíbula: es un espacio amplio rodeado por ventanales que van del suelo al techo, con vistas a la ciudad y a la bahía que está más allá. La cocina es más grande que toda mi furgoneta y el salón tiene un televisor que seguramente es más alto que yo.

Él entra y sus zapatos repiquetean en el suelo de mármol, pero yo me quedo plantada en la puerta en silencio, preguntándome cómo he pasado de estar temblando bajo tres mantas hace una hora a estar en este momento en un ático en la ciudad.

—Entra, Daisy —dice, y su voz profunda y autoritaria inunda el espacio. —Lo sigo rápidamente, pero no puedo dejar de mirar a mi alrededor—. Agatha estará aquí por la mañana. Te preparará el desayuno y te traerá todo lo que necesites.

Me quedo parada.

—¿Quién es Agatha?

—Agatha es mi ama de llaves —responde con naturalidad.

Me lleva por un largo pasillo con puertas a los dos lados. La que está justo enfrente parece ser un despacho con otra gran ventana que deja ver el cielo nocturno. Me quedo mirando esa oficina porque sé que debe de contener mucha información importante.

—Esta es la habitación de invitados —explica, abriendo una puerta alta que da a un dormitorio enorme. Cuando entro, enciende la luz. La ropa de cama es de un blanco impoluto y hay más almohadas de las necesarias—. Aquí también hay un cuarto de baño. Usa todo lo que necesites.

Cuando me doy la vuelta para ver el baño, me encuentro cara a cara con Ronan. Sus ojos castaños me miran, expectantes.

—¿Por qué estabas paseando en mitad de la noche? —le pregunto.

Tensa la mandíbula.

—Me gusta salir a dar una vuelta cuando no puedo dormir.

—¿A las dos de la madrugada? ¿No te da miedo que te atraquen?

—No llevaba nada de valor. ¿Temes que te haya manipulado de alguna manera para que vinieras a mi casa? ¿Como si lo hubiera planeado todo?

La confusión de su rostro se transforma en una expresión juguetona, y hay una ligereza en su tono que es demasiado atractiva como para odiarla.

—Sí…, quizá sí. Es que es raro que un… multimillonario esté en una gasolinera cualquiera en mitad de la noche, donde yo también me encontraba por casualidad. ¿Me estabas siguiendo?

Cuando sonríe y se lame los labios, está casi sexy, y su expresión traviesa me hace sonreír a mí también.

—Ahora te preocupa tu seguridad —dice, divertido.

Tiene razón.

—Escucha, Daisy. Si quieres que me vaya, tengo otro lugar en la ciudad al que puedo ir y tú tendrás el apartamento para ti sola. También puedes llamar a cualquiera de Juegos Prohibidos para que dé referencias de mí. No tengo intención de hacerte daño ni de aprovecharme de ti. —Entonces, su expresión se ensombrece cuando añade con tono paternal—: Sin embargo, me alegro de que me estés interrogando. Debes hacerlo.

Me muerdo el labio inferior mientras lo miro fijamente, tratando de evaluar si lo dice en serio. Si algo tiene Ronan Kade es que parece ridículamente sensato para tratarse de un hombre de su riqueza y posición. Lo creo, lo que significa que, o es sincero, o es el tipo de

sociópata lo bastante bueno como para hacer que la gente se trague sus mentiras.

—No tienes que irte —digo tras un momento de reflexión—. No estoy preocupada. —Es extraño lo mucho que deseo que no se vaya.

—Bien. Te dejaré dormir un poco. Normalmente me levanto temprano, así que, si no estoy aquí cuando te despiertes, haz uso de lo que quieras del apartamento y Agatha te traerá lo que necesites.

—Gracias —murmuro.

Hay una larga pausa mientras me observa por un momento, y la tensión de este extraño encuentro carga el ambiente. Desde la puerta, vuelve a poner una expresión severa y frunce el ceño.

—No vuelvas a dormir en el parque. Es peligroso. ¿Queda claro?

Reprimo una risita y cruzo las manos detrás de la espalda.

—Sí, papi.

Su expresión tensa y su pausa momentánea son la prueba de que quizá haya empeorado las cosas al decir eso. Espero unos largos segundos tortuosamente incómodos antes de que por fin se marche llevándose consigo la tensión.

Después de encerrarme en mi habitación, tiro el bolso al suelo y me dirijo al baño. Por supuesto, es enorme, con una sofisticada bañera de gran tamaño, una ducha alicatada con dos cabezales y una elegante encimera de mármol.

Siempre me ducho en el club; hace meses que no me doy un baño de burbujas, y me encantaría hacerlo ahora mismo, pero estoy tan cansada que me da miedo desmayarme y ahogarme. Así que, en lugar de eso, me quito la ropa, me lavo la cara y me meto en la cama gigante. El colchón es tan blando que casi olvido que estoy en el apartamento de Ronan Kade; en vez de eso me parece que duermo en una nube.

Apenas estoy unos minutos a solas con mis pensamientos antes de caer en un sueño profundo.

No me muevo ni un centímetro hasta que me despierto. Puede que sea la mejor noche de sueño de la que he disfrutado en meses. Cuando por fin abro los ojos, la brillante luz del sol entra por la ventana y al instante recuerdo dónde estoy.

No hay un colchón de espuma fino. No hay una furgoneta mal ventilada y sofocante. No hay tráfico en la calle.

Estoy en el apartamento de Ronan Kade.

Qué extraño y fortuito giro del destino… Debe de ser una señal, ¿verdad? Estoy aquí por una razón, y todo lo que quiero está a mi alcance. Ahora solo tengo que estirar la mano y cogerlo.

Podría preguntárselo. Probablemente debería preguntárselo. Pero ya llevo tres meses trabajando en el club y, en cierto modo, he perdido la oportunidad de sacar a relucir el tema de que conocía a mi madre y me dejó un millón de dólares sin parecer una psicópata acosadora.

Pero si pudiera conseguir que se abriera y me hablara de la mujer que conoció o con la que salió brevemente en el pasado, al menos tendría algo. Entonces podría seguir adelante. Podría coger el dinero sabiendo que era en realidad lo que mi madre quería, y así también me llevaría una parte de ella conmigo.

Salto de la cama e inmediatamente oigo voces apagadas al final del pasillo. Abro la puerta con cuidado y escucho la conversación.

—Eres la mejor, Agatha —dice Ronan; su voz grave se oye a la perfección en el largo pasillo.

—¿Cuánto tiempo se quedará?

—Todo el tiempo que necesite —responde él con calidez—. No va a seguir durmiendo sola en esa furgoneta aparcada en cualquier parte de la ciudad. —Pongo los ojos en blanco ante su insinuación de que ahora él controla mi vida—. Es tan terca como dulce —añade, y yo me río en silencio. Cree que soy terca…

—Quizá sea lo que necesitas. Te mantendrá alerta —bromea la mujer.

—Sí, lo hará —responde él en voz baja.

Tan silenciosamente como puedo, cierro la puerta y voy al cuarto de baño. Mis dedos se deslizan con suavidad sobre la encimera de mármol hasta llegar a la ducha; giro el grifo hasta que el agua caliente sale a chorros por ambos cabezales. Tarareo para mis adentros una melodía que me ha estado rondando la cabeza durante unos días y, cuando estoy bajo el agua, juego con diferentes letras para encajarlas con la música.

La ducha es siempre mi lugar favorito para pensar, y después de meses de baños públicos me siento aliviada de tener por fin la intimidad y el tiempo necesarios para pensar con claridad.

Y, por primera vez en meses, la canción me sale con facilidad. Cuando salgo de la cabina, me siento más fresca y limpia de lo que he estado en mucho tiempo. Con nada más puesto que una toalla, cojo mi teléfono y apunto rápidamente en la aplicación de notas la letra, llena de errores ortográficos, antes de que se me olvide.

Después de vestirme con algo cómodo, me paso los dedos por el pelo mientras se me seca, para que quede con un aspecto ondulado y con textura. Admirando mi buen día capilar, decido dejármelo suelto.

Luego salgo del dormitorio y voy descalza por el pasillo hacia la sala de estar principal. No sé qué es más impresionante: la vista nocturna o la luz brillante que hace que todo el apartamento sea cálido y acogedor, como si viviera en una nube que flotara sobre el resto de la ciudad.

Me sorprende encontrar el lugar vacío cuando salgo, así que me tomo unos minutos para curiosear. Quiero decir…, ¿quién no lo haría?

El embriagador aroma del café me guía hacia la cocina, pero, en lugar de servirme una taza, sigo por el comedor y entro en otra gran sala de estar, un poco más formal que la otra. No hay fotos personales que inspeccionar, solo algunas obras de arte en las paredes y algunos recuerdos que parecen ser de sus viajes. Hay un bar y una estantería llena de libros antiguos y…

Se me corta el aliento y me quedo paralizada mientras mis ojos se empapan de la imagen que tengo ante mí: un piano de cola negro, impecable. Es, probablemente, el piano más bonito que he visto nunca.

Doy unos pasos hacia él y presto atención para ver si se acerca alguien, pero el apartamento está en silencio. Alargo la mano para tocarlo y, cuando mis dedos rozan la madera lacada en negro, fría y limpia, dejo escapar un suspiro ronco. Esta es la clase de piano que solo se ve en las películas.

Cuando tenía ocho años mi madre encontró un viejo piano vertical que alguien había dejado en una de las casas que vendió. El día que lo trajo a casa y lo metió en el pequeño y estrecho rincón de nuestro *bungalow* de dos dormitorios fue uno de los mejores de mi vida. Toqué ese piano sin descanso, para memorizar notas y escalas —y *Chopsticks,* el vals— una y otra vez durante todo un año.

La Navidad siguiente me regaló unas clases de piano con el dinero que había ahorrado de sus comisiones. Todos los martes después del colegio me sentaba con una anciana llamada Dorothy, que me enseñaba a tocar correctamente, pero no tardé mucho en rebelarme.

Cuando estaba a solas con el piano me sentía conectada con él. Como si fuera una extensión de mí misma. Hasta el punto de que no sabía si era yo quien escribía las canciones o era él. Pero juntos compusimos melodías, luego puentes, estribillos, coros y ganchos.

El día que vendí ese piano fue el segundo peor día de mi vida. Pero me recordaba demasiado a mi madre…

Estoy pasando los dedos por las teclas cuando una voz grave suena a mis espaldas.

—¿Tocas?

Doy un gritito y salto hacia atrás, como si me hubieran pillado con las manos en la masa.

—Dios mío, me has asustado.

—Lo siento —responde él con una risa—. No era mi intención.

—No pasa nada…

Con la mano sobre el pecho, observo el aspecto informal de Ronan. No lleva traje ni esmoquin, que es como suelo verlo. Ni siquiera la versión desaliñada de después del trabajo, en la que se quita la chaqueta y se desabrocha los primeros botones de la camisa para relajarse.

Hoy lleva una camiseta ajustada de manga larga, vaqueros y botas negras. Me siento tensa mientras evalúo rápidamente su aspecto. ¿Por qué me cuesta tanto aceptar lo guapo que es? ¿Por qué no puedo admitir que es espectacular?

—¿Y bien? —pregunta, con la mirada fija en el piano de media cola.

—Eeeh… sí. De hecho, sí. O… solía hacerlo. —Se me hace extraño revelarle detalles personales a Ronan, ser una persona normal delante de él, bajar la guardia lo suficiente como para dejarle ver a la chica que se esconde en mi interior. Quizás sea porque siempre nos vemos en un entorno laboral: yo lo veo como un hombre mayor y rico, y él me ve como una camarera con falda corta y tacones.

Cuando retira el banco, me pongo tensa.

—Bueno, pues adelante —dice suavemente.

—Oh, no, no puedo. Estoy muy oxidada.

—No hay público ni nadie a quien impresionar. Toca y ya está.

Esbozo una sonrisa forzada y suspiro profundamente, sabiendo que podría discutir más, pero una parte de mí no quiere hacerlo. Este piano me llama.

—Está bien… —murmuro, acercándome al asiento. Cuando me siento en el banco, él me deja sitio y se apoya contra la pared mientras me observa con esos ojos marrones y sombríos.

Las teclas son suaves al tacto cuando coloco los dedos sobre ellas con delicadeza. Es como si regresaran al hogar por primera vez en años. Tras tragarme los nervios, muevo ambas manos a la vez y la estancia se inunda con un sonido rico y embriagador. Al instante, me transporto. A otra época. A otro lugar. A ningún espacio concreto.

Las notas me transportan mientras toco una sencilla canción que compuse hace años, pero en realidad es una sensación la que me lleva lejos: la sensación de ser libre. Sin preocupaciones, sin miedos, sin estrés. La melodía apaga todo eso.

Me empiezan a picar los ojos con la amenaza de las lágrimas, así que mantengo la cabeza gacha.

Incluso el pedal de sostenidos es como mantequilla bajo mis pies desnudos mientras cada nota se funde con la siguiente, y de pronto es como si no pudiera parar. Toco de memoria, desviándome de la melodía y mezclando mis propios acordes y puentes hasta que encuentro un punto en el que detenerme. Incluso después de levantar los dedos, mantengo el pie sobre el pedal, dejando que el sonido fluya hasta que dejo de pisarlo y nos rodea el silencio.

Y así, sin más, desciendo al mundo real, en el que estoy sentada en el apartamento de un multimillonario, tocando un piano que no

es mío.

—Ha sido precioso —susurra él delicadamente, casi como si no quisiera perturbar el tierno momento en el que me encuentro.

—Gracias —respondo con la misma suavidad.

—¿Lo has compuesto tú?

Me encojo de hombros.

—Sí.

—¿Cuánto tiempo llevas tocando?

Cuando por fin alzo la vista hacia su rostro, me resulta casi difícil mirarlo a los ojos. La forma en que me estudia con interés es embriagadora, y me preocupa caer en su hipnótica trampa.

—Empecé a tomar clases cuando era niña, pero luego aprendí tocando a solas en el piano que teníamos en casa. Pero, para ser sincera… —digo, mirando las teclas—, creo que este es el primer piano afinado que he tocado.

Cuando me vuelvo hacia él, con una suave sonrisa en el rostro a la que él corresponde, por un momento juraría que me olvido de respirar.

—Puedes tocarlo cuando quieras.

Tenso la mandíbula y me trago el nudo de emoción que tengo en la garganta. La oportunidad de volver a tocar, de tocar de verdad, me ha impactado más de lo que esperaba.

—Gracias —respondo, carraspeando sin levantar la vista.

Ronan tiene esa extraña forma de parecer mucho más cercano de lo que debería. Quizás ese sea su truco para encantar a las mujeres: engañarlas para que piensen que de verdad se preocupa por ellas o que tiene más en común con ellas de lo que sería razonable suponer.

Lo peor es que creo que estoy cayendo en la trampa.

Y estoy segura de que mi madre también lo hizo.

Regla nº 6

Guárdate tus pensamientos obscenos para ti mismo

RONAN

Ella toca durante otra hora. Cuando salgo de la sala para ir a trabajar en mi despacho, Daisy toca aún mejor, como si el no tener mi atención le diera la libertad de perderse aún más en la música. El sonido se propaga maravillosamente por mi apartamento y, por primera vez desde que me mudé, mi hogar parece cobrar vida.

He celebrado fiestas con músicos, pero nunca han sido así, como si estuviera escuchando a Daisy y sintiéndola al mismo tiempo.

Soy tonto por dejarme enamorar tanto por eso. O por ella. Ni siquiera conozco a esa chica.

Mientras ella toca, yo me quedo mirando la pantalla del ordenador en mi despacho. Me llegan correos e informes de mi equipo, pero ni me muevo para responderlos. La verdad es que ya no necesito trabajar. No hay nada en mi empresa que requiera mi atención, mi experiencia o mi tiempo, pero lo hago porque no sé qué otra cosa iba a hacer. Ese silencio es el mismo demonio con el que lucho por la noche cuando intento dormir. Los dos me persiguen con recuerdos dolorosos y prefiero ahogarlos con cosas que puedo controlar, como el dinero, el trabajo y el sexo.

Y hoy he descubierto que tener a una veinteañera tocando el piano en mi apartamento tiene el mismo efecto. Si no más.

Estoy aceptando algo patético, y es que no quiero que se vaya. Ni siquiera me he acostado con ella y ya estoy pensando en formas de conseguir que se quede más tiempo. ¿Eso me convierte en un cretino?

Tampoco es que no me apetezca acostarme con ella. La imagen de esas hermosas piernas largas rodeándome la cintura ha invadido mi mente sin cesar durante las veinticuatro últimas horas, pero no voy a hacer ninguna jugada; en este caso no.

Soy un hombre que consigue lo que quiere. Casi nunca me dicen que no, y no hay nada que quede fuera de mi alcance.

Pero con Daisy las cosas son diferentes. Ella me necesita. Bueno, necesita a alguien, y yo estoy en posición de ayudarla. ¿Y qué pasa si me gusta ayudarla? Si nos acostamos, solo se complicarían las cosas. Por no mencionar que perdería el interés casi de inmediato.

En realidad, es un mecanismo de defensa: cuando no hay forma de saber si alguien está interesado en mí o en mi dinero, nunca acaba bien. Haber sufrido tantas decepciones amorosas me ha endurecido el corazón.

Estoy emocionalmente en bancarrota.

El silencio repentino me llama la atención y me saca de mis pensamientos deprimentes. El suave sonido de sus pasos me llega por el pasillo mientras viene a buscarme. Me levanto de la silla y voy hacia ella más rápido de lo que pretendía.

Ella está mirando dentro de una de las estancias vacías, y sus ajustados *leggings* negros me llaman la atención. Creo que nunca he visto unas piernas más bonitas en mi vida.

Cuando se da la vuelta y me ve mirándola, observo su expresión en busca de una señal. ¿Le repugno? ¿La asusto? Puede que esté soñando, pero… ¿le intereso?

Hay una ligera sonrisa en sus labios cuando nuestras miradas se cruzan, como si estuviera contenta de verme. Luego, el silencio se extiende entre nosotros durante unos momentos antes de que ella hable, y me encuentro esperando con expectación lo que va a decir.

—Lo siento. Probablemente quieras que me vaya de tu casa —murmura—. No me había dado cuenta de que ya son las dos de la tarde.

—¿Adónde crees que vas? —le pregunto en tono juguetón.

—Bueno, tengo que entrar a trabajar a las ocho —responde con una sonrisa pícara.

—No vas a volver a dormir en tu furgoneta.

Veo cómo se le endurece la expresión.

—¿Me estás secuestrando?

—Has venido conduciendo tú misma. —Apoyo el brazo contra la pared, manteniendo la sonrisa.

—Lo digo en serio, Ronan. No quiero molestar.

—No estás molestando. Yo tengo sitio y tú lo necesitas para mantenerte abrigada y a salvo. Fin de la discusión.

Sus ojos adquieren esa mirada dulce y juguetona, y lucho contra el impulso de empujarla contra la pared y besar esos rasgos cargados de inocencia de su rostro.

Llevo suficiente tiempo en esto como para saber cuándo una mujer está jugando conmigo, y puedo ver en los ojos de Daisy lo mucho que le gusta fingir ser dócil e ingenua simplemente para provocarme.

—Sí, pap… —empieza a decir, pero le tapo la boca con la mano para impedir que termine la frase. Puede que para ella sea una broma, pero para mí no lo es en absoluto. No quiere saber lo mucho que me afecta esa palabra. Cuando retiro la mano, sus labios luchan por esbozar una sonrisa—. Lo siento.

—¿Tienes hambre? —le pregunto para cambiar de tema.

—Un poco —responde.

Así que la llevo a la cocina tras indicarle que vaya delante de mí. Agatha ha salido a hacer la compra, pero yo puedo encargarme del almuerzo. Me remango y me lavo las manos en el fregadero. Daisy se apoya en la encimera de la cocina y me mira con interés, como si el hecho de que me lave las manos fuera lo más intrigante que haya visto nunca.

—¿Vas a prepararme el almuerzo? —pregunta con una sonrisa.

—Oye, soy buen cocinero.

—¿No tienes a nadie que te haga la comida?

De camino a la nevera, me encojo de hombros.

—No tengo tiempo para encargarme de todas las comidas, pero disfruto de ello siempre que puedo. Me relaja.

—¿Puedo ayudar? —pregunta cuando estoy cogiendo unas cebollas y sacando carne picada de la nevera.

—Claro —respondo, señalando la tabla de cortar que está apoyada contra la pared del fregadero—. Corta estas cebollas.

Ella asiente, saca un cuchillo grande de su lugar y se pone a cortar las cebollas en la tabla. Veo que me mira mientras sazono la carne y les doy forma a dos hamburguesas en un trozo de papel vegetal. Cuando me doy cuenta de que se está riendo en silencio, sonrío.

—¿Qué?

Ella niega con la cabeza.

—No eres para nada como esperaba.

—¿Qué esperabas?

—No lo sé.

—Dímelo —pido; saco una sartén y la pongo al fuego. Al girar el mando, se oyen un par de clics antes de que la llama emita un silbido audible. Me acerco a ella, cojo un puñado de cebolla picada y lo echo en la sartén. Al cabo de un momento, empieza a chisporrotear y en las mejillas de Daisy aparecen unos hoyuelos.

—Me parece raro estar ayudando a cocinar hamburguesas a mediodía al tipo más rico de Briar Point. —Luego se da media vuelta para quedar frente a mí y añade—: Y no has intentado acostarte conmigo ni una sola vez.

Nuestras miradas se cruzan por un instante antes de que me obligue a apartar la vista y fijarla en la cebolla que se está salteando en la sartén. Incluso mientras añado sal y un poco de jerez, dejo que sus palabras resuenen en mi mente, pensando en la forma adecuada de responder. ¿Quiere que intente acostarme con ella?

—Di algo, Ronan. Solo era una broma.

Podría responderle con otra broma. Restarle importancia a la conversación.

En cambio, opto por la sinceridad.

—No traigo mujeres a casa, Daisy. Por eso tengo mi propia sala en el club. No te he hecho venir a mi casa para intentar acostarme contigo. Podría haberlo intentado en Juegos Prohibidos.

Su sonrisa se tambalea por un momento. Cuando se vuelve hacia mí, su expresión está teñida de curiosidad.

—¿Tienes una sala privada en el club?

—Sí. ¿No lo sabías?

—No. Nunca he estado en una de esas salas.

Una profunda carcajada retumba en mi pecho.

—¿Estás bromeando?

—No. Espera. ¿No traes mujeres a casa?

—No.

—¿Por qué no? —pregunta, con auténtica curiosidad—. Este lugar es impresionante.

—Porque… —respondo, mientras busco la sal— no quiero.

Una vez que la cebolla está lista, frío las hamburguesas en la misma sartén y su delicioso aroma inunda la cocina. Daisy inspira profundamente y suelta un murmullo de aprobación.

—Huele genial.

Cuando me vuelvo hacia ella me doy cuenta de que está sentada en la encimera con las piernas colgando del borde, y tengo que apretar la mandíbula para no pensar en cosas muy inapropiadas, como que me gustaría colocarlas sobre mis hombros, sentir sus suaves muslos contra mis orejas y ver lo bien que sabe lo que hay entre ellos.

Me pregunto si es una amante tímida que gime dulcemente, o si es salvaje y atrevida, sin miedo a pedir lo que quiere. Teniendo en cuenta la dulzura con la que se comporta casi siempre, me gustaría pensar que es todo lo contrario en la cama. La idea de que me hunda los dedos en el pelo para que pegue mi boca más a ella hace que mi pene se tense con solo pensarlo.

Unas cuantas imágenes obscenas de ella corretean por mi mente. Pienso en hacer que se corra tantas veces que quede empapada y dolorida, en los ruiditos que haría mientras se mete mi miembro en la boca, en cómo se vería atada a mi cama, retorciéndose y suplicando su liberación.

Hay algo en esta chica: es tan dulce como ardiente. Podría divertirme descubriendo todas las formas de hacerla sentir bien, y sé que disfrutaría cada segundo.

Mi erección crece bajo los pantalones, y me siento fatal por ello. Ella no tiene ni idea de que, en este momento, en mi cabeza estoy lamiendo su sexo perfecto.

Y así va a seguir estando esto: solo en mi cabeza.

Cuando las hamburguesas están listas, las sirvo con lechuga en un panecillo tostado. Con el primer bocado, ella deja escapar un gemido ronco y mi pene palpita de nuevo dentro de mis pantalones. Supongo que acabo de obtener mi respuesta.

En ese momento, decido que no voy a perder de vista a esta mujer. Puede que no vaya a intentar follar con ella, pero verle devorar la comida que he cocinado me ha vuelto lo bastante loco como para no dejarla marchar.

—Te quedas aquí —le digo, sin importarme un carajo que mis palabras suenen como las de un puñetero hombre de las cavernas.

Ella se está limpiando la boca con una servilleta; abre mucho los ojos y me mira, sorprendida.

—Lo has dejado muy claro.

—Sin nada a cambio. Sin obligaciones. Puedes quedarte todo el tiempo que desees. Pero no quiero que duermas más en esa furgoneta.

Frunce el ceño con preocupación, traga la comida y toma un vaso de agua para acompañarla. Durante un largo rato, mira al frente, como si el almuerzo que tiene en su plato pudiera darle las respuestas.

—Ni siquiera nos conocemos.

Al oír eso me recuesto en mi silla y la miro fijamente.

—De acuerdo, Daisy. ¿Qué quieres saber?

Durante los siguientes minutos intercambiamos preguntas inocentes. Me cuenta que es de un pequeño pueblo de Indiana y que se mudó aquí en enero para empezar una aventura. Me pregunta por mi empresa y le explico con muy pocas palabras que soy dueño de un conglomerado de sociedades, pero me queda claro que con eso pierde el interés rápidamente, así que le respondo con una pregunta trivial, o al menos una que yo consideraba trivial.

—¿Cuál es tu libro favorito?

La pregunta pilla a Daisy desprevenida. Levanta la cabeza y me mira con el ceño fruncido y la boca un poco torcida hacia abajo.

—¿Solo puedo elegir uno?

—Sí.

La expresión de desaprobación desdeñosa no abandona su rostro.

—No puedes esperar que te responda a eso —replica con tono mordaz.

Me echo hacia delante y dejo mi vaso sobre la mesa.

—¿Por qué no?

—Porque no es una pregunta justa. ¿Cuál es el tuyo?

—*París era una fiesta,* de Ernest Hemingway —respondo sin dudar.

Ella parece ofendida.

—¿En serio?

—Sí… —Ahora estoy confundido.

—¿Sin importar el estado de ánimo en el que te encuentres?

—Sí…

—¿De todos los libros del mundo? —pregunta con los ojos desorbitados.

—Bueno, no he leído todos los libros del mundo, pero de los que he leído…, sí, ese es mi favorito. —Entrecierro los ojos y la miro con atención.

—Bueno, creo que pedirle a alguien que elija solo un libro es un poco grosero. Podría decirte cuál era mi favorito cuando era niña. O el libro que me parece más reconfortante. O mi contemporáneo favorito o mi clásico favorito. Mi libro de poesía favorito o mi ficción favorita.

Una sonrisa se dibuja en mi rostro mientras continúa reprendiéndome por hacer una pregunta tan injusta antes de detallar cada uno de sus favoritos con delicada precisión. *Ana de las Tejas Verdes, Jane Eyre, El cuento de la criada* y *El gran Gatsby.*

No puedo apartar los ojos de ella. De repente, se acomoda en la silla del comedor, con las piernas recogidas contra el pecho mientras sigue y sigue y sigue.

Absorbo cada una de sus palabras.

Regla nº 7

No tengas miedo de lo que hay detrás de la cortina

DAISY

El club está tranquilo para ser viernes. Lo cual es irónico, porque es primavera y siempre he pensado que la gente está más cachonda y folla más en primavera. O tal vez solo estoy recordando esa escena de *Bambi* en la que todos los animales machos se ponen cachondos con las hembras en primavera.

Y… acabo de comparar *Bambi* con un club sexual.

Así de aburrida estoy.

Geo está ocupado charlando con Drake al otro lado de la barra, y yo estoy observando a la clientela como un halcón, esperando a alguien que parezca necesitar una copa, pero esta noche todos beben muy despacio.

Hoy ha sido un día sorprendentemente divertido. He estado al piano casi todo el tiempo, y, cuando no tocaba, hablaba con Ronan. Debo de estar necesitada de conversación, porque la nuestra fluyó con mucha facilidad. Así que ahora espero que venga, para tener al menos a alguien con quien charlar.

Por supuesto, la gente va a un club sexual por una sola razón, así que dudo que quiera desperdiciar sus oportunidades de practicar sexo parloteando conmigo.

Cuando veo a uno de los propietarios bajando las escaleras hacia la planta principal, me obligo a parecer ocupada. Cojo un trapo del otro lado de la barra, limpio la superficie y me dirijo a una mesa vacía para limpiarla también, aunque está impoluta. Luego acomodo todos los taburetes —que ya están alineados— y oigo que alguien se acerca por detrás.

—Llevo suficiente tiempo en este negocio como para saber cuándo alguien solo está fingiendo estar ocupado.

Cuando me giro para mirar a Garrett Porter, esbozo una sonrisa forzada.

—Es mejor que quedarse parado sin hacer nada.

—Es cierto —responde él. De todos los propietarios, Garrett es mi favorito. Apenas veo a Emerson o hablo con él, ya que casi nunca viene por aquí. Y Hunter es distante y no muy hablador. Al parecer, había una cuarta socia, pero ya hace casi un año que no está aquí porque se fue para dirigir el nuevo club en Phoenix, pero Geo me dijo que era un poco estricta y siempre estaba haciendo algo, así que, de todos modos, me da la impresión de que ella y yo no habríamos llegado a ser amigas.

—Puedo ordenar el almacén si es necesario —digo, aunque sé que no hay ni una sola caja que abrir.

—No, estás mejor aquí, y no quiero prescindir de ti todavía. —De repente, enarca las cejas como si se le hubiera ocurrido una idea brillante—. ¿Por qué no vas arriba para ayudar a Marianna?

Tengo que hacer un esfuerzo para tragar saliva. Arriba. Solo he entrado una vez en la zona vip de Juegos Prohibidos y nunca he atravesado la cortina, aunque sé lo que ocurre allí. Es básicamente la zona de orgías, donde todo el mundo es libre de hacer lo que quiera a la vista de todos.

Y aunque el bar y algunos asientos están fuera de la siniestra cortina negra, los camareros tienen que servir las bebidas a los que están dentro. Porque quién no quiere un martini de ginebra mientras se lo monta en público con otros…

—Eeeh… claro —respondo con falso entusiasmo. Necesito este trabajo, y, aunque la dirección nunca me obligaría a hacer nada con lo que no me sintiera a gusto, no voy a admitir abiertamente que me incomoda, porque quizá no es así. Quizá… tengo un poco de curiosidad.

—Si te parece bien, claro —añade para asegurarse.

—¡Por supuesto! —Subo las escaleras con mi bandeja y, cuando estoy a mitad de camino, pienso en Ronan. Ha mencionado que tiene una sala privada, pero ¿alguna vez usa la zona vip para participar en orgías? ¿Ese es su estilo?

¿Por qué la idea de imaginármelo con otra persona me produce un escalofrío? Estoy segura de que Ronan Kade ha estado con más mujeres de las que puedo contar; ¿por qué pensar en ello ahora me hace sentir mal?

Al llegar arriba, me doy cuenta de por qué Garrett me ha enviado aquí. Está abarrotado. Y quizá por eso abajo está tan tranquilo. La fiesta de esta noche es en la planta vip.

—Oh, gracias a Dios —dice Marianna cuando me ve acercarme a la barra con la bandeja en la mano—. ¿Llevas esto a la mesa dos?

—Sí —respondo con una sonrisa. Luego pongo las dos cervezas y un cóctel en la bandeja y se los llevo a los dos hombres y a la mujer que están alrededor de la mesa. Me sonríen cuando les pongo las copas, y me fijo de pasada en que uno de los hombres tiene la mano sobre el muslo desnudo de la mujer. Levanto la vista hacia su rostro y noto la sonrisa relajada y el rubor rosado de sus mejillas.

Cuando nos formaban para los distintos puestos en el club nos enseñaron todos los signos reveladores que mostraría alguien si se encontrara en una situación en la que no quisiera estar. Evitar el contacto visual, tics nerviosos, cualquier uso de la fuerza o de ser retenido por otra persona.

Gracias a Dios, ahora mismo no veo ninguno de esos signos. Todavía no he tenido que informar de nada, y no quiero tener que hacerlo. Por lo que he oído, el proceso de selección en Juegos Prohibidos es estricto y la seguridad es de primera categoría. Pero las serpientes son buenas colándose por las rendijas.

Cuando me doy la vuelta hacia la barra, casi choco con un hombre vestido de negro.

—Ay, lo siento mucho —digo, y entonces mis ojos se posan en su rostro. Al instante lo reconozco como el hombre que pujó contra Ronan en mi subasta—. Ah, hola… —balbuceo torpemente.

—Vaya, hola —responde con una sonrisa tan amplia que aparecen unos hoyuelos profundos en sus mejillas—. Qué curioso encontrarte aquí. —Me río nerviosamente. Justo anoche estaba dispuesto a pagar miles de dólares por tener una cita conmigo—. Soy Clay —dice, tendiéndome la mano.

Me pongo la bandeja bajo el brazo y le estrecho la mano.

—Daisy.

—Daisy… —Pronuncia mi nombre con una sonrisa, y siento un extraño escalofrío recorriéndome la espalda.

Clay es muy guapo. Tiene una gran sonrisa y una expresión amable. Lleva el pelo castaño perfectamente arreglado y ropa que parece cara. No es mucho más alto que yo. Desde luego, no es tan alto como Ronan, aunque no sé por qué de repente los estoy comparando. Me pregunto cómo habría salido la noche si Ronan no hubiera superado la puja de Clay. Me imagino que habría terminado con él y conmigo desnudos en una sala en algún lugar del club. Sin duda, eso no habría estado tan mal.

Pero puedo garantizar que nunca me habría preguntado cuál es mi libro favorito ni me habría ofrecido un lugar donde quedarme. Ni me habría dejado tocar su piano de media cola. Ni me habría preparado el almuerzo al día siguiente.

—¿Puedo invitarte a una copa cuando termines tu turno?

De repente, dudo. ¿Por qué dudo? Clay es guapísimo. Mucho más adecuado para mí. Y probablemente también sea superrico.

—Eeeh… En realidad, tengo planes. Lo siento. —Noto que un músculo de su mandíbula se contrae ante mi respuesta, y al instante me siento mal por rechazarlo. Apuesto a que no es algo que le ocurra de forma habitual. Por supuesto, es mentira. No tengo planes después del trabajo. Salgo a las dos de la madrugada. A menos que sea una cita sexual, ¿quién hace planes a esas horas?—. En otra ocasión —le digo, rodeándolo para ir a la barra y seguir con mi trabajo. No viene detrás de mí, y, cuando me doy la vuelta, veo que ya se ha acercado a otra mujer que está sentada en el banco junto a la pared.

—Esto es para la pareja de la mesa doce de la sala vip. Hombre y mujer, mesa redonda —explica Marianna sin levantar la vista. Sobre la barra hay dos vasos de agua con hielo, y siento que se me encienden las mejillas al asimilar sus palabras. Tengo que llevar las aguas al otro lado de la cortina, y no hay forma de saber qué está haciendo esa pareja allí dentro.

Puedo hacerlo.

Ella debe de notar mi ansiedad, porque se echa hacia delante y me toca la mano.

—No hagas contacto visual. De hecho, no te concentres en nada. Solo entra, encuentra la mesa, deja las bebidas y vete.

Asiento tragando saliva. Lo tengo controlado.

Fingiendo confianza e indiferencia, cargo la bandeja y la levanto, abriéndome paso entre la gente que abarrota el bar, y me dirijo hacia la cortina. Uno de los porteros la aparta y paso al espacio oscuro como si fuera un día cualquiera y no estuviera entrando en el plató de una película porno.

Los sonidos llegan primero. Antes de ver nada, oigo gemidos y gruñidos, así como todos los demás ruidos que acompañan a la gente que se entrega sin pudor. Pero me mantengo concentrada. Busco a la pareja del extremo izquierdo, pero eso no me sirve de nada. La sala está llena de sofás, algunos empotrados, para darle un aspecto multidimensional. También hay algunas sillas y un par de mesas, aunque no dispone de camas ni de nada que permita a la gente tumbarse en el suelo.

Después de dar unos pasos hacia el interior, moviéndome hacia la izquierda, mi visión se adapta a la oscuridad y veo movimiento. Es surrealista y en nada parecido a lo que esperaba. No es tan vulgar ni tan asqueroso como imaginaba. En cambio, es casi… hermoso.

Hay cuerpos que se unen, se retuercen y se mueven para encontrar un ritmo, y me pregunto cuántas de estas personas son desconocidas y cuántas son parejas que han salido a pasar un buen rato.

No soy una mojigata. Me gusta el sexo tanto como a cualquiera. Pero no me considero muy aventurera. Me he acostado con unos cuantos hombres desde que tenía dieciséis años. Mi mejor amigo y yo bebimos suficiente vino de mi madre como para armarnos de valor y quitarnos la virginidad el uno al otro. Desde entonces, la experiencia ha mejorado mucho, pero nunca ha sido como lo que ocurre en Juegos Prohibidos. Y no sé muy bien si no me gustan los fetiches o si simplemente no he encontrado a la persona adecuada con la que ponerlos en práctica.

Cuando por fin veo a una pareja sentada contra la pared, sus miradas se cruzan con la mía, y sé que deben de ser sus aguas las que llevo. A juzgar por el aspecto ligeramente desaliñado de su cabello y por el hecho de que él lleva la chaqueta colgada del brazo

en lugar de sobre los hombros, supongo que estos dos acaban de terminar de divertirse un rato. Eso explica las aguas heladas.

—Gracias —murmura la mujer cuando les paso las bebidas.

—¿Les puedo traer algo más? —les pregunto, pero ambos niegan con la cabeza y se acurrucan un poco más el uno contra el otro.

Cuando me doy la vuelta para regresar a la barra, se abre la cortina y veo entrar a alguien; su silueta se recorta contra la luz que llega a sus espaldas, pero no necesito verle la cara para saber quién es. Llevo bastante tiempo en este club como para reconocer los andares y la postura de Ronan Kade. Quizá eso signifique que me intriga más de lo que estoy dispuesta a admitir. O quizá sea solo porque viene aquí a menudo, pero, sea como fuere, sé que es él.

Y me quedo paralizada cuando nos encontramos cara a cara. Al principio, una oleada de emoción me recorre el cuerpo cuando nuestras miradas se cruzan. Pero luego esa sensación de malestar regresa a mi vientre cuando me doy cuenta de adónde va y lo que está a punto de hacer.

Regla nº 8

La sala vip no es el mejor lugar para conversar

RONAN

—¿La ha mandado arriba? —le espeto a Geo, apretando entre mis manos el vaso de whisky.

—Aquí abajo estaba muerto —responde mezclando un martini.

En cuestión de segundos, abandono mi copa y subo las escaleras como si tuviera una misión. Soy consciente de que Daisy trabaja en un club de sexo. Y de que es adulta. Y de que en realidad no es mía. Lo que no entiendo es por qué de repente me convierto en una versión de mí mismo que no reconozco cuando se trata de ella. Solo han pasado veinticuatro horas desde que hice mi primera puja por una cita con ella y ya estoy perdiendo la puñetera cabeza.

No soporto la idea de que esté en la sala vip. No la soporto.

Y es irracional estar tan enfadado con Garrett por enviarla ahí. Solo está haciendo su trabajo. Si ella se sintiera incómoda, él no la habría mandado subir.

Ni un solo pensamiento racional entra en mi cabeza cuando llego al segundo piso, abriéndome paso entre la multitud y buscándola como un loco. ¿Qué voy a hacer cuando la encuentre? ¿Volver a cargarla sobre mi hombro? A ella no le gustó tanto como a mí. Estoy convencido de que, si lo hago aquí, en su trabajo, voy a ver su lado auténticamente furioso.

Cuando no la encuentro en la zona del bar, sé que debe de estar tras la cortina. Sin detenerme, la aparto y entro.

Y casi choco contra ella.

Primero su expresión se ilumina, como si se alegrara de verme.

Luego se endurece.

—Ronan —murmura, con los ojos clavados en mi rostro.

Rara vez me quedo sin palabras o no sé qué hacer a continuación, pero ahora mismo estoy mirando a Daisy, rodeado de sexo, y no tengo ni idea de cómo actuar.

Cuando siento que alguien entra en la sala detrás de mí, rápidamente apoyo mi mano en el brazo de Daisy y la guío hacia un rincón tranquilo al lado de la entrada.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta ella.

—No quiero que trabajes aquí —respondo.

Sus cejas de un rubio pálido se fruncen de esa forma adorable que he visto varias veces en las veinticuatro últimas horas.

—¿Por qué no?

—Porque… eres muy joven.

Su confusión solo se intensifica.

—Tengo casi veintidós años, Ronan. —*Exacto,* pienso, aunque soy muy consciente de que lo está utilizando como defensa—. Ronan, yo trabajo aquí.

—¿Por qué trabajas aquí, Daisy? Te he oído tocar. Te mereces estar en un escenario en lugar de sirviendo copas en un club de sexo.

—No lo entenderías —murmura después de que el impacto inicial desaparezca.

Entonces alguien gime ruidosamente detrás de mí y empujo a Daisy más hacia la esquina, como si pudiera protegerla de ello. Abre más los ojos y noto una sutil reacción en su rostro que demuestra que está un poco desconcertada por estar en esta sala.

Cuando me cierno sobre ella, noto que no se aparta. Al contrario, se echa un poco más hacia mí, como si fuéramos dos imanes a punto de chocar.

—¿Este lugar te hace sentir incómoda?

Levanta la vista rápidamente para encontrarse con mi mirada.

—Por supuesto que no.

Una sonrisa se dibuja en mis labios.

—Mentirosa.

—Tengo trabajo que hacer —espeta, claramente luchando por contener una sonrisa.

Con eso, la dejo marchar, pero justo antes de que desaparezca tras la cortina, se vuelve hacia mí, y me doy cuenta de que se está preguntando si voy a seguirla o si me quedaré en este lugar de pecado.

Dejar que se lo pregunte un poco más no le hará daño, así que me apoyo contra la pared y me cruzo de brazos hasta que se marcha.

Desde el otro lado de la estancia siento que alguien me observa, y no tardo mucho en reconocer a la persona que viene hacia mí. Le sonrío a Eden cuando se acerca.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta.

—No sé de qué me estás hablando.

—No juegues conmigo, Ronan Kade. Te conozco mejor que nadie.

Ante eso, sonrío. Por supuesto, tiene razón. Conozco a Eden desde antes de que fuera Madame Kink. Joder, la conozco desde antes de que fuera madame. De cuando estaba descubriéndose a sí misma: era joven y ambiciosa, pero estaba igual de asustada e intimidada por la gente a la que le gustaba quedarse con más de lo que estaba dispuesta a dar.

—Está bien, de acuerdo. Solo intento ayudar a esa chica. Creo que está pasando por un mal momento.

—Ah —responde Eden—, eso tiene sentido.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Has encontrado un proyecto —dice, y tenso la columna vertebral. Odio haberlo escuchado expresado en esos términos, por muy acertados que sean. No quiero ver a Daisy como un proyecto, pero me conozco, y llevo suficiente tiempo haciendo cosas así como para reconocer cuándo he encontrado algo que ocupa mi tiempo y mi mente.

—Me gusta —añado, tratando de no dejar que se note en mi rostro lo mucho que esta joven ha calado en mí en tan solo veinticuatro horas.

—Me doy cuenta. Pero ten cuidado —me advierte Eden, apoyándose contra la pared a mi lado.

—¿Qué es lo peor que puede pasar? —respondo con expresión severa, y cuando ella me toca la mano, siento el afecto que transmite ese gesto. Eden lo sabe todo, así que es consciente de lo mucho que me duele todavía.

—¿Seguro que no quieres buscar a alguien con quien jugar aquí arriba? Quizá te ayude a distraerte. —Eden me mira con las cejas

arqueadas y yo sonrío con aire burlón, negando con la cabeza.

—Esta noche no —respondo. No tengo muchos amigos dispuestos a participar en una sesión de sexo en grupo para animarme, pero estoy muy agradecido por Eden.

—Está bien. Buena suerte con tu precioso proyecto de ahí. —Con un guiño, Eden se separa de la pared y me da un beso en la mejilla.

En ese momento la cortina se abre de nuevo y Daisy entra y clava la vista en mí de inmediato. Me enorgullece mucho lo celosa que parece cuando Eden me acaricia el pelo con la punta de los dedos.

Regla nº 9

No hay que avergonzarse de pedir ayuda.Todo el mundo acaba en el baño de vez en cuando

DAISY

—¿Te has acostado con Ronan Kade?

Casi se me cae la bandeja llena de copas y por poco choco contra un hombre que pasaba por ahí cuando oigo a las mujeres de la mesa mencionar el nombre del único hombre que se ha colado en todas las facetas de mi vida en las últimas horas.

Primero lo pillo con Eden St. Claire en plan íntimo, justo después de dejarlo en la sala vip, y ahora esto. Después de eso me ha seguido fuera de la sala y, desde entonces, se ha comportado como mi sombra y no me ha dejado entrar sola en la sala vip. Ha sido un poco exagerado, la verdad.

Pero, al mismo tiempo… también me ha parecido casi tierno.

Mientras sirvo los cócteles en una mesa cercana, intento escuchar a las mujeres que están cerca, pero hay mucho ruido y no consigo pillar ni una palabra.

Son tres. Una mujer mayor con expresión orgullosa, una joven pelirroja guapa y una modelo de pasarela de piel oscura —o eso me parece, al menos—, con la cabeza rapada y unas piernas interminables. No he pillado quién ha hecho la pregunta, pero ahora estoy prácticamente intentando leerles los labios.

Una vez que vacío la bandeja, me acerco y finjo limpiar una mesa cercana mientras ellas continúan su conversación.

—Me corrí tantas veces que tuve que rogarle que parara —susurra la modelo de pasarela, y me quedo paralizada.

—Los hombres mayores siempre saben lo que hacen —responde la mujer mayor.

—Bueno, por no mencionar que es un amo del placer —añade una de ellas.

¿Un amo del placer? ¿Qué leches es eso?

Afortunadamente, la pelirroja está tan perdida como yo.

—¿Qué significa eso?

—Significa que te obliga a disfrutar. Se excita haciéndote disfrutar —responde la mujer.

—Me apunto.

Las tres se echan a reír antes de levantar sus copas para brindar. Ya no me queda ninguna mesa que limpiar, pero no estoy lista para abandonar esta conversación. Es una grave invasión de su intimidad y probablemente un motivo de despido, pero siento demasiada curiosidad como para marcharme.

Nada de esto es en realidad lo que quería saber sobre el hombre que puede que haya tenido una relación sentimental con mi madre, pero ya no pienso en eso. Ahora solo siento curiosidad… por otras razones.

—Bueno, está aquí esta noche. Está justo detrás de ti y está mirando hacia aquí —dice la modelo con su copa cerca de los labios.

Casi se me sale la cabeza del cuello cuando la giro a toda prisa, y, efectivamente, me está mirando fijamente. Y como estoy justo al otro lado de las mujeres, parece que las está mirando a ellas.

Cojo la bandeja y regreso a la barra con su mirada clavada en mi espalda, pero sigo escuchando a escondidas la conversación de las mujeres de esa mesa, que quizá intentarán acostarse con Ronan o quizá no. Tampoco es que sea asunto mío.

—¿Debería ir a hablar con él? —pregunta la mujer mayor, y de repente, me desvío; ya no voy hacia la barra, sino que me dirijo hacia él. Está sentado solo en una mesa baja, en una de las sillas de terciopelo azul. Esta noche no lleva la camisa desabrochada, sino una corbata a rayas azules, y su camisa blanca le queda tan ceñida en los brazos que parece que la tela se va a romper. ¿Cómo es posible que nunca me haya fijado en lo musculoso que es Ronan?

Está mal pensar en Ronan de esa manera, teniendo en cuenta que lo más posible es que saliera con mi madre y que estoy aquí con la misión de obtener respuestas, pero mi mente acaba jugando con eso de todos modos. Me pregunto cómo será bajo esa ropa. Intento imaginar cómo hace que sus sumisas se corran tantas veces: ¿con la lengua, con los dedos o con un juguete?

Ninguno de esos pensamientos es apropiado, pero los tengo de todos modos.

Ni siquiera sé por qué estoy yendo hacia él, pero cuando llego a su silla, me quedo plantada junto a él con la bandeja bajo el brazo.

—Las mujeres de esa mesa están hablando de ti —le digo en voz baja.

Una sonrisa pícara se dibuja en sus labios.

—Ah, ¿sí? ¿Qué han dicho?

—Bueno, al parecer te acostaste con una de ellas. Y la mayor está interesada en intentarlo.

Su sonrisa se amplía, pero ni siquiera mira en su dirección. Sus ojos permanecen clavados en mí.

—¿Y qué debo hacer? —pregunta, y me parece que se está burlando de mí. Pero ¿por qué? No me importa si se acuesta con alguna de ellas, o con todas, para el caso. Solo somos amigos.

Me obligo a parecer indiferente.

—No lo sé. Deberías ir a hablar con ellas, supongo.

—Podrías darles un mensaje de mi parte. ¿O qué tal si las invito a unas copas y te pido que se las lleves?

Vale, definitivamente se está burlando de mí. De repente, noto que los músculos de mi cuello están dolorosamente tensos, y tengo que forzarme a relajar los hombros.

—¿Qué te gustaría pedir? —le pregunto con expresión fría.

Él se lame los labios y siento un cosquilleo en la parte baja del estómago.

—Whisky doble, solo —dice.

—No creo que beban whisky. Una de ellas está tomando un refresco sin alcohol. —No puedo evitar que mi respuesta suene reprobadora.

Ronan se limita a reírse.

—No es para ellas. Es para mí —responde con tono juguetón—. Y para ti, si te tomas una copa conmigo.

—Estoy trabajando.

—¿No quieres darles celos? Te dejaré sentarte en mi regazo mientras te la tomas —responde con una sonrisa burlona.

Me cuesta mantener la expresión tensa. Me acerco a él, pongo una mano en los apoyabrazos de su silla y me agacho para susurrarle al oído.

—No va a utilizarme para enfrentar a esas mujeres entre sí, señor Kade.

Su rodilla está entre mis piernas y, con un pequeño empujón, la desliza contra la parte interior de mi muslo, y yo dejo escapar un pequeño grito ahogado cuando lo hace.

—¿Quién dice que estoy haciendo que se enfrenten? Te sorprendería lo que una mujer celosa es capaz de hacer para ganarse la atención de un hombre, Daisy. —Su voz es grave, con un gruñido ronco que hace que el cosquilleo en mi estómago parezca más un retortijón.

—Eres un cerdo —respondo en broma, tratando de apartarme, pero tan pronto como lo intento, él me rodea la parte posterior del muslo con una mano y hace que me acerque hasta que mi rodilla aterriza en la silla entre sus piernas, peligrosamente cerca del lugar en el que, sin ninguna duda, no quiere que aterrice.

De repente, estoy casi en su regazo, a horcajadas sobre una de sus piernas, y él sonríe, pero en lugar de ser una sonrisa maliciosa, es cálida y llena de diversión.

—Daisy, relájate. Estoy bromeando. Pero creo que me gusta verte así de enfadada.

—Muy gracioso —respondo, dándole un golpecito en el pecho.

Tengo que levantarme, pero tardo lo que me parece una eternidad. Salir de su regazo es como saltar a un estanque helado. Aquí hace mucho más calor y se está más cómodo. En cuanto me levanto y pongo distancia entre nosotros, quiero volver a su regazo.

Su risa me sigue mientras voy hacia la barra para coger su bebida. De camino, les echo un vistazo a las mujeres de la mesa y veo que me miran con odio mezclado con celos, y sé que es horrible, pero me hace sonreír.

Son casi las tres de la madrugada y estoy bajo la ducha caliente del enorme cuarto de baño alicatado del ático de Ronan.

En mi cerebro agotado no hay ni una sola letra para una canción, solo queda un vacío nebuloso y sin pensamientos mientras dejo que el agua caliente me temple hasta los huesos. En el club había demasiado ruido. Después de horas y horas allí, todavía puedo oír la música sonando en mi cabeza como un eco, cuando lo único que quiero de verdad es silencio.

Esta noche hay un nuevo sonido mezclado con la música. El sonido del sexo, y de mucho sexo.

No puedo evitar preguntarme cómo sería estar en la sala vip, y no como camarera, sino siendo yo misma. Me imagino paseándome desnuda por la sala. Ronan nunca me dejaría hacer eso, por supuesto. Me encontraría. Me empujaría contra la pared y cubriría mi cuerpo desnudo con el suyo.

Quizás me pondría sobre sus rodillas. Me daría unos azotes. Casi puedo sentir la palma firme de su mano contra mi trasero.

Esto está muy mal, lo sé, pero todos tenemos picores que hay que rascar de vez en cuando. Cojo el mango de la ducha, lo saco de la base y aumento la intensidad. Luego, con la espalda contra la pared, lo sostengo sobre el punto palpitante entre mis muslos, que me duele después de una larga noche de excitación.

Es él quien invade todos mis pensamientos.

Ronan levantándome la falda.

Ronan haciendo que me recueste sobre el sofá.

Ronan follando conmigo hasta hacerme gritar.

La fantasía es obscena y dura, pero también tan buena que no quiero que termine.

El chorro constante de agua sobre mi clítoris me lleva al límite tan rápido que tengo que morderme el labio para contener el grito. Todo mi cuerpo se pone rígido cuando me corro y apoyo una mano contra la pared para mantenerme erguida. El orgasmo late y late y late durante lo que parece una eternidad.

Cuando por fin termina, bajo el cabezal de la ducha e inhalo el aire caliente y vaporoso.

Justo cuando cierro el agua me invade una sensación de debilidad abrumadora. Me pesan los brazos como si estuvieran hechos de plomo cuando alcanzo la toalla que cuelga del gancho. Al principio,

me digo a mí misma que son el vapor y el agotamiento los que me hacen sentir fatigada, pero entonces la visión de túnel se me echa encima como un tren de mercancías.

Y sé que no es el vapor en absoluto.

—Joder, joder, joder —murmuro mientras todos los músculos de mi cuerpo cuelgan como un peso muerto, y rezo para que el episodio pase rápidamente. Mi frente se perla de sudor y me tiemblan las manos—. Ahora no. Ahora no —musito.

Es entonces cuando me desmayo. En mis oídos zumba ese sonido estático que al principio me parece débil y difuso, pero cuando me tropiezo con la puerta de la ducha, sé que es fuerte porque resuena en mi cerebro hasta que todo se oscurece.

Solo estoy inconsciente un momento. Normalmente, cuando me desmayo, siento como si hubiera estado inconsciente durante horas. Pero esta vez mi piel sigue caliente y húmeda, así que sé que solo han pasado un par de segundos.

Y justo cuando creo que estoy a salvo, la puerta del baño se abre de golpe.

—¡Dios mío, Daisy! —exclama Ronan, y se apresura a levantar mi frágil cuerpo desnudo del suelo.

—¡Estoy bien! —lo tranquilizo, pero su mano está en mi trasero desnudo, y, después de la fantasía que acabo de proyectar en la pantalla de películas porno de mi mente hace dos minutos, me resulta un poco chocante.

—¿Te has desmayado? —pregunta, llevándome al lavabo del baño.

—Estoy cansada. ¡Me he caído! —Sueno demasiado histérica y asustada. Lo sé, pero estoy en medio de un episodio de hipoglucemia. Probablemente mi nivel de azúcar en sangre esté muy bajo, lo que significa que mis emociones están descontroladas.

Pero él no tiene por qué saber eso.

Muevo los brazos para taparme los pechos mientras él me examina la cabeza.

—Lo he oído desde mi habitación. ¿Seguro que estás bien?

—¡He dicho que estoy bien! ¿Me traes una toalla, por favor? —Mi orden es tajante, y por fin me hace caso. Con aspecto un poco

aturdido, se aparta, coge la toalla y vuelve para envolverme con ella —. Por favor, vete. Estoy bien.

Frunce el ceño como si estuviera confundido, y estoy segura de que lo está. Puedo ver que duda. No quiere dejarme sola, y supongo que no se irá muy lejos. No estoy acostumbrada a que me cuiden tanto.

—Está bien, me voy. —Con las manos en alto en señal de rendición, retrocede hacia la puerta.

Lucho por contener las lágrimas hasta que oigo el clic de la puerta al cerrarse. Me cuesta todas las fuerzas que me quedan ir tambaleándome hacia mi bolso, que está sobre el inodoro. Una vez que lo alcanzo, busco torpemente dentro las gominolas de glucosa aplastadas que están al fondo, junto con algunas migas y pelusas y tickets varios. Cuando oigo el crujido del paquete, apoyo la espalda contra la pared y me deslizo hasta el suelo; rompo el plástico y devoro las gominolas azucaradas como una animal.

Luego me derrumbo contra el frío suelo de baldosas y espero a que el azúcar haga efecto en mi organismo.

Mientras estoy aquí tirada, pienso en mi madre y en lo decepcionada que estaría. Siempre he sido terrible con la comida y controlando mi nivel de azúcar en sangre. Y, por eso, he tenido la suerte de desmayarme cada vez que baja. Como no he comido nada desde la hamburguesa que me preparó Ronan, esta vez me ha afectado mucho.

Sin motivo alguno me pongo a llorar. Las cálidas lágrimas resbalan por mis mejillas y caen al suelo.

Ahí es cuando todo se me viene encima. El dolor es un depredador despiadado que ataca cuando estoy más débil. Un montón de preguntas crueles y sin respuesta posible dan vueltas en mi mente. ¿Por qué mi madre tuvo cáncer? ¿Por qué tuvo que morir? ¿Por qué tengo que estar sola?

No sé cuánto tiempo permanezco aquí tumbada y sollozando, pero poco a poco siento cómo mi cuerpo recupera las fuerzas a medida que el azúcar llega a mi torrente sanguíneo. Me levanto con cuidado del suelo, busco el pijama y me lo pongo como en un aturdimiento alcohólico.

Cuando abro la puerta del dormitorio, él está ahí.

No dice nada, solo se queda apoyado contra la pared como si me estuviera esperando. Debe de ser obvio lo mucho que he llorado, y tiene que estar increíblemente confundido, pero no me importa, porque no dice nada: solo abre los brazos para mí, y yo me lanzo a ellos como una polilla a la luz.

—Estoy bien, te lo prometo —murmuro—. Es solo que… estoy hecha un desastre. No merezco tu ayuda. Yo me metí en esta situación y no quiero depender de ti para salir de ella. No tienes ni idea de lo difícil que me resulta aceptar tu ayuda, como si fuera… inútil. Un fracaso. —Dejo escapar esas palabras, sintiéndome patética, pero también segura.

Él suspira profundamente y yo espero ansiosa hasta que habla, necesitando que diga algo alentador, rezando a Dios para que no me dé un sermón, ni me reprenda ni me hable como si fuera una cría.

—No eres un fracaso, Daisy. Aceptar mi ayuda no significa que me necesites para salir de la situación en la que te encuentras. Significa que has cuidado de ti misma durante tanto tiempo que te mereces un descanso. No te ofrecería mi ayuda si pensara que con ello iba a hacer que dependieras de mí. —Hace una pausa antes de añadir en voz baja—: De hecho, soy yo quien necesita salir de la situación en la que me encuentro. En mi vida ya no hay nada que me emocione, y al escucharte tocar hoy… me he dado cuenta de lo mucho que te necesito.

Exhalo un suspiro tembloroso.

—Gracias —susurro antes de que pueda añadir nada más.

Regla nº 10

Nunca rechaces un viaje gratis a París

DAISY

Rozo con los dedos los lomos de los libros de la librería de Ronan. Tiene una estantería que va del suelo al techo en su salón principal, junto al piano, y estoy echándoles un vistazo a los títulos mientras él prepara unas infusiones para los dos. Porque sabe que la manzanilla me ayuda a dormir.

Cuando veo *París era una fiesta,* mis dedos se detienen al recordar que él mencionó que era su libro favorito. Con una media sonrisa, lo saco de la estantería. Le doy la vuelta y leo la breve descripción de la contraportada. Debajo hay una foto de Hemingway, rudo y pensativo, y sonrío para mis adentros. Me recuerda a alguien.

Llevo el libro al salón y lo sostengo en mi regazo mientras me acurruco en el enorme sofá y doy gracias a mi buena estrella por no tener que pasar otra noche de frío en la furgoneta. Se oye un clic seguido de un delicado silbido, y miro al otro lado del salón cuando aparece un fuego en la elegante chimenea de mármol blanco empotrada en la pared. Siento el calor de inmediato, pero aun así cojo la manta del respaldo del sofá y me envuelvo en ella.

No me ha hecho ninguna pregunta después que me haya desmayado, y le estoy agradecida por ello. La vergüenza y la incomodidad por haber dejado que mi nivel de azúcar en sangre bajara tanto ya son una tortura suficiente. Por no mencionar que también me duele un poco la cabeza.

Me apoyo en el lateral del sofá y miro a Ronan, que está en la cocina cogiendo dos tazas del armario antes de encender el hervidor eléctrico. Después de colocar las bolsitas de manzanilla en las tazas, se desabrocha los botones de las muñecas y se remanga hasta los codos.

¿Por qué es tan sexy? Sus fuertes antebrazos quedan al descubierto, y, por un momento, me pregunto si esto es lo que sienten los hombres al ver un escote.

Ojalá Ronan tuviera una edad más parecida a la mía. ¿Seguiría sintiéndome tan extraña por estar aquí con él? Hay tantas barreras entre nosotros… La edad, el dinero, el estilo de vida… Él es un multimillonario de cincuenta y seis años. Yo soy una chica de veintiún años del Medio Oeste que actualmente vive en una furgoneta. Mi comida favorita son las patatas fritas de Wendy's acompañadas de un Frosty. Seguro que su comida favorita son las colas de langosta o el caviar. Lo más caro que he comprado nunca ha sido mi furgoneta, y estoy dispuesta a apostar que el sofá en el que estoy sentada cuesta más.

Y, ah, sí, es muy probable que saliera con mi madre.

Pero cuando me mira como lo está haciendo ahora, como si pudiera leerme la mente, no me parece que existan esas barreras.

Incluso si cruzáramos los límites y nos acostáramos, no sería más que una historia loca que les contaría a mis amigos dentro de unos años. *«Una vez estuve con un* sugar daddy*…».*

Deja mi taza en la mesa de centro antes de sentarse al otro lado del sofá. Nos quedamos en silencio durante unos instantes y siento su mirada amable sobre mí. No me presiona ni me juzga. Esta repentina sensación de seguridad con él es muy extraña, sobre todo porque empieza a mezclarse con una sutil atracción. Quiero decir, me he masturbado hace una hora pensando en él, así que creo que se puede decir que ya no me opongo tanto a la idea, aunque sigo sin saber muy bien qué significo para él.

Hojeando el libro que tengo en el regazo, leo unas pocas páginas, y me siento como si estuviera entrando en su mente. Casi todo son párrafos cortos y algunas palabras largas, pero de todos modos leo por encima algunos trozos.

—¿Te gusta? —pregunta con un suave murmullo, y algo en esas palabras que escapan de sus labios me hace sentir otra vez un cosquilleo en el estómago, esta vez más abajo que antes.

Arrugo la nariz mientras paso la página.

—¿De verdad crees que es su mejor obra?

—No he dicho que sea la mejor. He dicho que es mi favorita —responde con orgullo.

—*Touchée*. ¿Has estado en París? —inquiero, aunque sé que es una pregunta estúpida. Nadie diría que la oda de Hemingway a la Ciudad de la Luz es su favorita sin haber estado allí, y menos aún un hombre tan rico como él.

—Tengo un apartamento en la ciudad —dice con indiferencia.

No puedo evitar poner los ojos en blanco mientras le doy un sorbo a mi infusión.

—Claro que sí.

—¿Eso ha sido un juicio de valor? —bromea, y yo reprimo mi vergüenza por haber dejado que mi rostro expresara demasiado.

—No… —miento—. Llámalo envidia.

—Entonces, ¿nunca has estado en París?

Resoplo.

—No. Nunca he estado en París.

—Lo dices como si fuera algo absurdo —responde, con una leve sonrisa torcida.

—Para la mayoría de la gente, señor Kade, es un poco absurdo.

—Deberíamos ir.

Casi me atraganto con la manzanilla cuando dice eso, y suelto una risita mientras la vuelvo a dejar sobre la mesa.

—¿Deberíamos ir a París?

—Sí, ¿por qué no? Tienes pasaporte, ¿no?

Lo miro desde el sofá, entrecerrando los ojos para intentar discernir si habla en serio o si me está tomando el pelo. No quiero hacerme demasiadas esperanzas.

—Sí… —respondo, vacilante—. Mi madre y yo fuimos a Canadá cuando tenía dieciséis años.

—Bueno, te debo una cita, ¿no?

Esta vez me río con ganas. Unas carcajadas agudas y chillonas brotan de mi pecho, no puedo evitarlo. Cuando Ronan ni siquiera sonríe a modo de respuesta, empiezo a tener la sensación de que habla en serio.

—Estás bromeando, Ronan.

—No, hablo en serio.

—No podemos ir a París.

—¿Por qué no? —Parece tan indiferente al respecto… Como si ir a Francia fuera tan fácil como ir al supermercado.

Pero cuando abro la boca para discutir y no me sale nada, me doy cuenta de que no tengo una sola respuesta válida para esa pregunta. Quiero decir, la razón más obvia para no ir a París siempre ha sido una cuestión económica, pero ese no es el caso.

¿Pero está mal que me aproveche de eso? ¿Sobre todo cuando guardo un secreto y un fondo fiduciario que me niego a tocar?

Probablemente.

Sin duda.

Pero sería estúpido dejar pasar un viaje gratis a París, ¿no?

—Eeeh…, vale, supongo —respondo, con una sonrisa radiante en el rostro mientras vuelvo a mirar el libro que tengo en el regazo. En la portada hay un extenso jardín, y no puedo dejar de sonreír por más que lo intento.

Cuando paso la página, se queda enganchada en un lugar marcado con una foto en lugar de con un marcapáginas. Saco la foto del libro y la miro. Ronan tiene la taza de manzanilla a medio camino de su boca y se queda paralizado.

La foto es antigua, lo sé por lo granulada que está, como si se hubiera revelado a partir de una película y no se hubiera tomado con una cámara digital. Es una foto de una joven hermosa, con un niño pequeño en su regazo. Ella parece tener unos veinte años y, si tuviera que adivinar, diría que el niño tiene unos cuatro o cinco.

—¿Quién es? —pregunto. En mi cabeza solo estoy siendo educada y curiosa. Pregunto por esta foto porque quiero conocerlo mejor, ya que básicamente estoy viviendo en su casa y todo eso.

Pero, al fijarme en las personas que aparecen en la foto, me doy cuenta de que probablemente la escondió por alguna razón y trago saliva con miedo, como si tuviera algodón seco en la garganta.

El silencio que sigue a mi pregunta es ensordecedor.

Me deja mirar la foto un momento antes de quitármela suavemente de los dedos. Lo contemplo con pesar mientras traga saliva, echándole un vistazo a la imagen solo un instante antes de volver a dejarla en el libro.

—Son mi esposa, Julia, y mi hijo, Miles. Murieron en un accidente de coche hace veintiocho años.

El suelo se hunde bajo mis pies. Mi piel arde por la vergüenza y el bochorno, además de por una pena paralizante, y las lágrimas están a punto de brotar de mis ojos. Ni siquiera recuerdo haberme llevado la mano a la boca, pero está ahí mientras murmuro suavemente.

—Dios mío, Ronan. Lo siento mucho.

Cuando me sonríe, no es la sonrisa llena de vida y ligereza que suele mostrar. Esta es un poco triste, como para consolarme, lo que es absurdo.

—No te disculpes, Daisy. No lo sabías.

Mientras él le da un sorbo a su infusión, yo sigo sin palabras por esta nueva información. ¿Cuántas personas saben esto? ¿Cómo es posible que él se comporte con tanta seguridad en sí mismo mientras el resto de nosotros desfilamos a su alrededor como tontos, sin saber por lo que ha pasado, lo que ha perdido?

Después de terminar su manzanilla, se levanta.

—Es tarde. Deberías descansar.

—De acuerdo —musito.

Entonces me tiende la mano y me ayuda a levantarme. Impresionada por esta nueva información, con solo unos centímetros entre nosotros, lo miro a los ojos. Esos intensos ojos marrones me contemplan fijamente, y, de repente, me siento más cerca de él de lo que me he sentido de nadie en mucho tiempo. Como si ahora existiera todo un mundo entre nosotros, y eso que solo han pasado dos días.

Debería decir algo, pero ni siquiera sé qué; me siento vacía y no tengo palabras para expresar lo que siento.

Demasiado pronto, se aleja de mí y se dirige al pasillo que conduce a la habitación de invitados, y yo, a regañadientes, paso junto a él y lo sigo. Antes de cerrar la puerta que nos separa, asomo la cabeza y lo miro a los ojos.

—Buenas noches, Ronan —me despido.

—Buenas noches, Daisy —responde, y puede que esté loca, pero juraría que él también duda antes de darse la vuelta y dejarme sola.

Regla nº 11

Si no puedes dormir en tu cama, prueba en la suya

DAISY

El sol saldrá en cualquier momento, pero sigo sin poder dormir. Por mucho que me haya quedado tumbada en esta cama suave como una nube con los ojos cerrados, rezando para que mi cerebro se deje llevar, parece que no consigo conciliar el sueño.

No dejo de pensar en esa foto: su esposa, su hijo. Siento una tristeza aguda en el pecho por él, junto con la vergüenza y el arrepentimiento por haber abierto mi bocaza. ¿Por qué no he podido volver a poner la foto en su sitio sin más y dejar pasar el momento? Estábamos genial, tan felices pensando en nuestro futuro en París…

Y entonces he tenido que echarlo todo a perder sacando a relucir lo único en lo que, estoy segura, él no quiere pensar jamás.

No debería haberme ido a la cama tan rápido. ¿Por qué no lo he consolado o le he dicho algo más, en lugar de quedarme allí sentada, en silencio y pretendiendo no haberme enterado?

Son casi las cinco cuando finalmente renuncio a dormir y me levanto de la cama. La casa está tranquila y a oscuras. Su despacho está vacío y me quedo mirándolo, pensando por un momento que quizá allí encuentre algunas de las respuestas que busco. Pero solo llego hasta la puerta antes de detenerme.

¿Por qué estoy haciendo esto? ¿Qué leches voy a encontrar? ¿Fotos de ella? ¿Pruebas de que podría estar enamorándome del mismo hombre del que se enamoró mi madre hace nueve años? ¿Es eso lo que quiero? ¿O quiero una razón para que me desagrade? Algo que lo haga menos que perfecto. Quizás estaba comprando el silencio de mi madre. Quizás le hizo daño de alguna manera, y ofrecerme un futuro brillante fue lo que ella quiso a cambio.

No. Ronan no. No encaja con él.

Cuando decido que no hay nada en ese despacho que vaya a hacer que me sienta mejor, abandono la idea y me doy media

vuelta. En lugar de regresar a mi habitación, voy hacia la sala de estar principal y veo una tenue luz que proviene de su habitación.

No sería apropiado entrar allí. Ronan y yo apenas somos amigos. Pero admito que parece que estamos metidos en terreno desconocido, acercándonos peligrosamente a algo, pero sin cruzar la línea. ¿Por qué de repente quiero hacerlo?

Por curiosidad, por soledad.

Quizás por ambas cosas.

O tal vez solo quiero ser alguien especial para Ronan. Alguien a quien él buscaría primero en una sala llena de gente. Nunca he querido eso de ningún hombre, pero, curiosamente, de él sí.

Sin hacer ruido, sigo la tenue luz que ilumina la casa y recorro el corto pasillo hasta llegar a su puerta entreabierta.

Llamo suavemente con los nudillos y miro hacia el interior de la habitación.

—¿Ronan?

—Pasa, Daisy —responde con un tono frío y ronco.

Entro con los brazos cruzados sobre el pecho y lo contemplo: está sin camisa sobre la cama, vestido solo con unos pantalones de chándal gris oscuro y con el portátil sobre las piernas. Lleva gafas, pero se las quita despacio y las deja en la mesita de noche antes de cerrar el ordenador.

—¿Estás bien? —pregunta, pero yo estoy demasiado ocupada mirándolo. Este deseo repentino que siento por él es como una quemazón intensa y devoradora. ¿Cuándo ha pasado esto?

—No puedo dormir —respondo. La habitación está en silencio; lo único que oigo es el rugido de la sangre en mis oídos y la cadencia temblorosa de mi respiración.

—Ven aquí. —Su voz suena fría y autoritaria cuando da unas palmaditas en el sitio libre de su cama.

Por un momento dudo. ¿Estoy traspasando una línea? ¿Es demasiado íntimo? ¿O es algo que dos personas pueden hacer sin que haya expectativas? Después de tragar saliva para calmar mis nervios, atravieso la habitación y me meto en su cálida cama. Su familiar aroma llega a mi nariz cuando apoyo la cabeza en la almohada junto a la de él.

Él deja su portátil en la mesita, apaga la luz y se tumba a mi lado.

—¿Por qué vas a llevarme a París? —pregunto.

—Porque quiero —responde sin más.

—¿Pero por qué a mí?

Se oye una risita ahogada procedente de su lado de la cama.

—La mayoría de las mujeres no me ponen tantos problemas por algo así —dice—. Pero, claro, la mayoría de las mujeres piensan que tienen que acostarse conmigo para conseguir viajes a París, regalos y joyas.

—Eso no es cierto —digo con un bostezo—. La mayoría de las mujeres quieren acostarse contigo.

Él se ríe de nuevo.

—Quizás sea así.

—Esas mujeres del club, esta noche, sin duda querían. —Ronan suspira, y me acerco a él—. ¿Puedo hacerte una pregunta personal?

Se vuelve hacia mí y pone su musculoso brazo doblado bajo la almohada; con la poca luz que entra por la ventana, puedo distinguir la curva de su bíceps.

—Por supuesto.

—¿Eres… un amo del placer? —Esto es lo que te hace trabajar en un club sexual: ya no te da vergüenza hacer preguntas directas e invasivas, como si fueran tan triviales como *«¿Eres vegetariano?».*

Hay que reconocerle que apenas reacciona.

—Sí. ¿Por qué lo preguntas?

—He escuchado cómo esas mujeres comentaban algo al respecto cuando pasaba por allí.

Él sonríe.

—Cuando estabas espiando.

—Vale, está bien. Estaba escuchando a escondidas. No me delates. —Sonrío tímidamente.

—No lo haré.

—¿Y eso qué significa?

Carraspea y se acomoda en la almohada.

—Significa que me gusta tener el control, pero también me gusta dar placer a mi pareja. Me gusta poder controlar cuándo se corre, cómo se corre y con qué frecuencia. —Me obligo a respirar con

calma cuando tomo aliento. Bajo las mantas, muevo los pies uno contra otro, un pequeño tic nervioso que tengo, porque, en este momento, la parte más pervertida de mi mente se está volviendo loca—. Sin embargo, la persona con la que estoy tiene que ser sumisa. No todo el mundo puede desempeñar ese rol.

—¿Tienes… pareja? ¿Alguien con quien haces algo así a menudo?

—No. Ya no.

—Entonces, ¿buscas mujeres al azar en el club? —pregunto.

—Daisy, llevo mucho tiempo en esto. He disfrutado de un montón de sexo convencional y he probado casi todos los fetiches que hay. Al final, he decidido que esto es lo que me gusta. No me avergüenzo de ello y no tengo ningún problema para encontrar pareja.

Me incorporo sobre el codo, abro mucho los ojos y empiezo a sentir pánico.

—No quería entrometerme. Lo siento. No te estoy juzgando, te lo juro.

Con una suave sonrisa, Ronan calma mis preocupaciones. Luego coloca una mano firme sobre mi hombro y la desliza por mi brazo, y yo permito que me haga recostarme de nuevo sobre la almohada. Sé que no es más que un gesto amistoso para consolarme, pero soy muy consciente de ello y noto cómo reacciono a su contacto.

—Sé que no me estás juzgando. Me alegro de que me lo hayas preguntado. Está bien ser curiosa. —Cuando retira la mano siento la ausencia de su contacto al instante. Pero rápidamente me distrae con su siguiente pregunta—. ¿Has experimentado alguna vez con algún fetiche, Daisy?

—No. —La palabra sale precipitadamente de mis labios y él se da cuenta de que no he vacilado un momento.

—¿Por qué no? ¿No te interesa? —No me está presionando ni intenta entrometerse: siente verdadera curiosidad.

—Eeeh…, no es que no me interese, supongo. Es solo que….

—¿Te intimida?

—Sí.

—Lo entiendo. Bueno, si alguna vez te interesa, Eden es una persona estupenda a la que dirigirte.

¿Por qué leches, por un momento, he esperado que se ofreciera como guía? Pero al mencionar a Madame Kink, recuerdo mi siguiente pregunta.

—¿Te importa si te pregunto…?

—¿… si nos hemos acostado? —Termina la pregunta por mí, lo que debe de significar que se la hacen a menudo. Asiento y él suelta una risita—. No, Eden y yo solo somos amigos. —Suspiro, aliviada, hasta que añade—: Aunque de vez en cuando jugamos juntos.

Mis pies dejan de moverse nerviosamente, y se me ponen los ojos como platos.

—¿Qué?

Su risa es suave y tranquila.

—Siempre se me olvida que no todo el mundo se siente cómodo con estas cosas. Significa que Eden y yo a veces compartimos un sumiso o alquilamos una sala juntos.

—No, si ya sé lo que significa —respondo—. Es solo que me lo he representado en mi mente y todo eso.

Se ríe con más ganas.

—Intenta dormir, Daisy. Creo que ya hemos hablado bastante por esta noche.

—Oh, vamos… —respondo con un gemido. Cuando vuelve a tocarme, me parece menos un consuelo y más una conexión. Su enorme mano me aparta el pelo rebelde de la cara y luego me acaricia la cabeza durante unos minutos; nuestras miradas están clavadas una en la otra, y es un contacto intenso.

—Eres tan inocente e ingenua, Daisy… Y creo que me gustaría que siguieras siéndolo.

Dejo que esas palabras se repitan una y otra vez en mi mente hasta que los dos nos quedamos dormidos. No sé si me gusta que me valore tanto, o si me decepciona terriblemente que Ronan Kade no tenga ningún interés en robarme esa inocencia.

Regla nº 12

Llámalo «papi»

DAISY

—Por supuesto… Tenía que ser un *jet* privado —digo con una sonrisa sarcástica.

Él sonríe, orgulloso, mientras atravesamos la pista, con los ojos ocultos tras unas gafas de sol oscuras.

—¿Prefieres coger un vuelo comercial?

—No, gracias —respondo cuando llegamos al avión. Hay una auxiliar de vuelo esperándonos en lo alto de las escaleras, y Ronan me indica que pase primero mientras él se detiene para hablar con el piloto, que está en tierra.

—Bienvenida —me saluda la mujer alegremente.

Mis labios esbozan una sonrisa tensa al subir al avión. Inmediatamente siento una oleada de vergüenza por lo impresionante que es esta aeronave, como si no me mereciera algo así. No debería aceptar nada de Ronan, pero aquí está, tratándome como a una reina.

Cuando nos hemos despertado hoy, pasado el mediodía, estábamos enredados en un abrazo, y he podido sentir al instante lo tenso que estaba Ronan. Yo estaba usando su brazo como almohada, mi cuerpo estaba pegado al suyo y mi trasero se acomodaba contra su ingle. Al darme cuenta de la postura he abierto los ojos a toda prisa, mortificada, y he saltado de la cama escondiendo mi expresión avergonzada para que no me acompañara el resto del día.

Enamorarme de Ronan está totalmente descartado. Estoy aquí para buscar respuestas, no para enrollarme con el mismo hombre con el que tal vez se enrollara mi madre. Él solo quiere mimarme un poco, y yo se lo voy a permitir. Eso es todo.

La auxiliar me coge el bolso que llevo colgado del hombro.

—Gracias —digo.

—Póngase cómoda y avíseme si necesita algo.

—Gracias —repito. Hay dos filas de asientos y, al fondo, unos cuantos más que están frente a frente, con una mesita en el medio. Justo cuando acabo de acomodarme en uno de los asientos, Ronan sube a bordo e inmediatamente busca mi mirada.

—¿Estás bien? —pregunta.

—Por supuesto —respondo con una sonrisa, sonrojada. Cuando se sienta al otro lado del pasillo, siento su vista clavada en mi rostro y me vuelvo hacia la ventanilla para reprimir las ganas de sonreírle.

Mantén la cabeza alta, Daisy.

Cuando me doy la vuelta, está sentado con las piernas cruzadas, riéndose.

—¿Qué te hace tanta gracia?

Se adelanta hacia mí hasta que nuestras cabezas casi se tocan.

—Esta auxiliar es nueva. No la había visto antes. Y al parecer cree que eres mi hija.

Abro mucho los ojos y levanto la vista para mirarlo a la cara.

—¿De verdad?

—Sí. Me ha dicho: «Avíseme si puedo traerles algo a usted o a su hija durante el vuelo».

Me sonrojo.

—¡Estaba coqueteando contigo! —susurro.

—No, de eso nada. —Frunce el ceño en señal de negación mientras mira el teléfono.

—Sí, lo estaba haciendo. Estaba comprobando si ibas a corregirla, y no lo has hecho.

Cuando se echa hacia atrás, dejando libre el pasillo para que pase la auxiliar, me invade una abrumadora sensación de celos que se extiende por mi cuerpo como fuego. Cuando ella se acerca para ofrecernos unas copas de champán que lleva en una bandeja, levanto la vista hacia su rostro y veo que estudia a Ronan con interés.

Él le sonríe y yo tenso la mandíbula en un acto reflejo.

Extiendo la mano y le rozo la manga de la camisa sin ningún motivo. Bueno, sí hay un motivo: quiero reafirmar mi dominio. Me fijo en cómo él sigue el movimiento con la mirada, y eso me complace.

—¿Debo preparar una cama doble o dos individuales para el vuelo? —pregunta ella.

—Una cama —respondo antes de que Ronan tenga tiempo de hacerlo.

La mujer me dedica una sonrisa falsa y yo reprimo mi irritación. No tengo ningún derecho sobre Ronan ni ninguna razón para impedirle que coquetee con quien quiera. Pero que me parta un rayo si esta mujer se va a meter entre nosotros mientras yo estoy aquí.

Retiro la mano de su brazo y cojo la copa de champán de la bandeja.

—Podemos ir directamente al apartamento cuando lleguemos para que puedas refrescarte —dice Ronan—. Y si te apetece, creo que ir al Louvre por la mañana sería perfecto. —Por fin levanta la vista de su teléfono, y antes de que pueda evitarlo las siguientes palabras escapan volando de mis labios.

—Lo que tú quieras, papi.

Los ojos de la auxiliar se dirigen hacia mi rostro al mismo tiempo que los de Ronan, y me muerdo el labio con tanta fuerza que temo que me he hecho sangre. Miro al frente mientras me llevo la copa de champán a los labios y le doy un sorbo, satisfecha.

Pero cuando me vuelvo hacia él me quedo paralizada al ver su expresión: es seria, casi de *shock*. Carraspea, se acomoda en su asiento y desvía la mirada.

La sonrisa se borra de mi rostro. Tras un momento de tensión, la auxiliar vuelve a la zona del avión reservada al personal, donde no puede oírnos.

—No vuelvas a hacer eso —murmura.

Me sonrojo.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Ya sabes por qué —responde con aire severo.

Mientras el avión avanza por la pista el ambiente entre nosotros está tenso y permanecemos en silencio, y yo estoy tan perdida en esta neblina de confusión y extraño anhelo que no sé dónde tengo la cabeza.

¿Tanto le ha afectado a Ronan que lo haya llamado «papi»?

No puedo quitarme esta extraña sensación en el estómago por haber sido reprendida por él. Ronan siempre ha sido cálido y amable conmigo, pero ese tono frío tan repentino me ha helado la sangre.

Durante todo el tiempo que tardamos en alcanzar la altitud de crucero me quedo enfurruñada en mi asiento. Ni siquiera sé por qué estoy enfadada con él o qué es lo que quiero, pero estoy furiosa, tanto que quiero dar una patada en el suelo y montar una escena. Quiero que esa auxiliar sepa que soy yo la que está aquí con él, y que no soy su puñetera hija. Yo soy el centro de su atención, es a mí a quien debe hacer caso. Aunque no tengamos una relación romántica ni nos acostemos, ahora mismo él me pertenece.

Estamos volando a diez mil pies de altura cuando siento la mirada de Ronan posada en mi rostro, y sé que se da cuenta de lo enfadada que estoy. Odio estar bajo su escrutinio, así que, con un bufido, me desabrocho el cinturón y salgo disparada de mi asiento.

Pero no llego muy lejos.

—¿Adónde vas? —dice, extendiendo un brazo para detenerme.

—Al baño —respondo secamente, pero está claro que no le gusta mi respuesta, así que me rodea la cintura con un brazo y hace que me siente en su regazo. Suelto un gritito al caer sobre sus piernas y lo miro, sorprendida—. ¿Qué estás…?

Su mano me agarra por la nuca y hace que mi cara se acerque tanto a la suya que creo que va a besarme.

—Para —murmura con los labios cerca de los míos.

—¿Que pare qué?

—Deja de poner morritos porque te haya dicho que no me llames así —responde.

—¿A qué te refieres? —pregunto, obstinada—. ¿A que te llame papi? ¿Por qué no? ¿Porque te gusta demasiado?

Apoya una de sus fuertes manos en mi cadera y mueve mi cuerpo sobre sus piernas, y cuando siento el bulto duro en sus pantalones, dejo escapar un grito ahogado.

—Sí, Daisy, me gusta. Me gusta demasiado.

Me quedo paralizada por la sorpresa. No sé qué decir ni cómo responder. Lo único que sé es que mi cuerpo arde de deseo y que

solo quiero que vuelva a restregar su erección contra mí. Una y otra vez, y otra, y otra.

A juzgar por cómo rechina los dientes y por su expresión nerviosa, él también lo desea.

Entonces, ¿por qué no lo hace? ¿Qué lo detiene? ¿De verdad se trata de que yo siga siendo inocente e ingenua, como me ha dicho esta mañana? ¿O es que Ronan le tiene miedo a algo más?

Con un largo suspiro, me suelta el cuello y la chispa entre nosotros empieza a desvanecerse.

—Daisy, me gusta cómo están las cosas ahora mismo. No las compliquemos. ¿Entiendes?

Se refiere al sexo. Cree que, una vez que empecemos a acostarnos, me convertiré en otra aventura más.

—No. No lo entiendo, Ronan —murmuro.

Con un resoplido, me levanto y me libero de su abrazo. Casi choco con la auxiliar cuando atraviesa la cortina llevando nuestra cena en una bandeja. Me mira con aire de suficiencia y yo correspondo al gesto con una mueca.

Me hierve la sangre al darme cuenta de que él preferiría acostarse con ella porque no siente nada por ella, pero no se acostará conmigo… porque sí siente algo.

Regla nº 13

Un buen papi siempre escucha sin juzgar

RONAN

La auxiliar prepara dos camas, probablemente al darse cuenta del trato frío que Daisy me ha dedicado durante todo el vuelo.

Después de cenar, Daisy sale del diminuto baño con un pijama azul claro, con los pantalones tan cortos que puedo ver la curva de su culo por debajo del dobladillo. Aprieto los puños cuando pasa junto a mí.

Me está volviendo loco, lo quiera o no.

Si fuera cualquier otra mujer, ya habríamos follado una docena de veces; la habría puesto sobre mis rodillas por su comportamiento de malcriada. Si fuera alguien del club o una cita de la aplicación, no tendría este puto conflicto. Pero ella no es solo otra mujer. Es joven, ingenua y tan dulce que me mata.

Y me gusta. Cuanto más habla y más cosas dice, más me gusta, y eso me enfurece.

Ya he pasado por esto antes. Conozco la rutina. Y no quiero volver a pasar por ella.

No sobreviviré a otro desengaño amoroso.

Daisy se mete en la cama sin mirarme, sin siquiera darme las buenas noches. Sigue enfadada porque no he reaccionado como ella quería ante toda la situación que ha provocado que me llamara «papi», y porque no ha podido demostrarle a la auxiliar que le pertenezco.

No puedo culparla. Yo habría reaccionado mucho peor que Daisy si otro hombre hubiera estado compitiendo contra mí por su atención y ella me hubiera rechazado. Habría perdido la cabeza.

Pero cuando se trata de Daisy, siempre pierdo la cabeza.

Daisy no tiene ni idea de la fantasía en la que me mete al llamarme así y de lo mucho que estoy dispuesto a decir «Que le den» y demostrarle lo que significa para mí. Si no me importara una

mierda lo que nos pase después de esto, lo haría. Dejaría que me llamara como le diera la gana.

Tampoco es que sea la primera mujer que pronuncia esa palabra, pero sí es la primera que la usa de una forma tan auténtica.

A lo mejor soy un puto enfermo, pero quiero ser su papi. Le enseñaría todo lo que quisiera saber. La cuidaría, la protegería y la haría sentir muy bien.

Mi pene se tensa en mis pantalones, así que salto de mi asiento para evitar que mi cerebro siga torturándome de esa manera.

El avión está en silencio cuando me encierro en el pequeño baño. Me miro en el espejo y veo a un hombre demasiado viejo para una chica como ella. Un hombre que ha tenido una vida larga y decente y que sería un cabrón avaricioso si deseara algo más. Daisy se merece algo mejor que un polvo rápido con un tío como yo o, Dios no lo quiera, quedarse atrapada conmigo cuando le queda tanto camino por delante.

He pasado los últimos años en ese puñetero club de sexo y mi cerebro está totalmente jodido, pero no necesito follar con todas las personas con las que me relaciono.

Cuando salgo del baño vestido con un pijama de satén azul, las luces están apagadas y Daisy está de espaldas a la pared. Pero cuando llego a las dos camas separadas, una a cada lado del pasillo, no me atrevo a meterme solo en la mía.

Así que, en contra de mi buen juicio, me meto en la suya. Ella se tensa cuando me tiendo a su lado y me pego a ella.

—¿Qué estás haciendo? —murmura.

—Duermo mejor contigo cerca.

—Anoche fue la primera noche que dormimos juntos —argumenta.

—Lo sé, y dormí de maravilla —respondo con frialdad.

—Está bien —contesta, con un bostezo, y no puedo evitar sonreír.

Después de taparnos con la manta, hago que se acerque más a mí para que repose contra mi cuerpo, para que quede igual que cuando me he despertado hoy.

Estoy jugando con fuego. Para ser un hombre que teme encariñarse y que le rompan el corazón, la verdad es que no estoy

actuando como tal. En algún lugar de mi mente, creo que puedo mantener a Daisy en este punto, sea el que sea.

—Duerme, y nos despertaremos en París —susurro.

Bajo las mantas, siento el suave roce de sus pies, lo mismo que hizo anoche, y me sorprendo sonriendo, con la cara prácticamente enterrada en el desorden de rizos rubios que hay sobre la almohada.

—Buenas noches, Ronan —responde ella.

—Buenas noches, Daisy.

Daisy y yo estamos paseando por los Jardines de Luxemburgo, mi lugar favorito de París y el primer sitio al que la he llevado cuando nos hemos despertado en la ciudad esta mañana. Después de una breve parada en el apartamento, claro está.

Me encanta ver la expresión de asombro y la emoción en su rostro. Creo que incluso se le han escapado algunas lágrimas mientras el coche nos llevaba por la ciudad. El placer que me produce verla tan feliz me empuja a querer hacer cosas como esta para siempre.

—¿Qué te llevó a mudarte a una furgoneta? —pregunto mientras paseamos.

Ella le da un mordisco al *croissant* que lleva en la mano y medita la respuesta.

—Vas a pensar que es una estupidez… —responde, y le da un sorbo a su café.

—No, no lo creo.

—¿Prometes no reírte de mí?

—Nunca me reiría de ti —contesto, frunciendo el ceño.

Tras un largo y profundo suspiro, arruga el papel en el que estaba envuelto el cruasán y se limpia las migas de la cara con el dorso de la mano. Luego se detiene junto a una gran fuente antes de hablar.

—Hace tres años mi madre falleció. Tenía cáncer de mama.

—Lo siento mucho, Daisy —la interrumpo, y ella esboza una sonrisa de compromiso, algo que he notado que hace a menudo. Se obliga a parecer valiente e imperturbable.

—Gracias. —Baja la mirada hacia sus manos y continúa—. Se suponía que yo iba a ir a la universidad. El plan era estudiar música,

pero ella falleció justo después de que yo terminara el instituto. Fue un golpe demasiado grande y me quedé estancada durante un tiempo. Y pensé que la única manera de salir de ese estancamiento era escapar. Mi vida era muy aburrida, y yo solo quería que fuera… poética.

Me acerco tanto a ella que casi quedo apoyado contra su cuerpo; su cadera está pegada a la mía, y su cabello, cerca de mi nariz. Inhalo su delicado aroma.

—¿Poética?

Cuando levanta la vista y sus ojos se encuentran con los míos, siento que algo cambia en el ambiente.

—Ya sabes…, algo aventurero, con arte, música y poesía. Tenía grandes sueños de recorrer el país en mi furgoneta y acumular experiencias enriquecedoras. Ir a museos y escuchar a músicos tocar, y luego poder escribir mi música, llevar un diario de mis aventuras y ser verdaderamente libre, sin saber adónde me llevaría todo.

—Creo que eso suena precioso —murmuro, sin apartar los ojos de su rostro ni un momento. Luego le toco su pequeña nariz respingona —. Eres una soñadora, Daisy.

Pero entonces su expresión se ensombrece.

—Sí, bueno, los sueños son solo sueños, y la vida no es nada poética. He acabado sirviendo martinis en un club de sexo, así que…

Da un paso atrás, y odio la expresión apática de su rostro.

—La vida puede ser muy poética, Daisy. Pero eso no significa que siempre vaya a ser bonita.

Se encoge de hombros y me dedica una pequeña sonrisa.

—Supongo.

—Dale una oportunidad. Puede que te sorprenda. —Me muero de ganas de cogerle la mano. Sería inapropiado hacerlo, pero me cuesta mucho pasar una hora sin tocarla. Esa noche se metió en mi cama y para mí todo quedó sentenciado: despertarme con ella en mis brazos ha sido el golpe de gracia.

Actuamos como amigos, pero los amigos no sienten la necesidad abrumadora de proteger al otro, al menos así no. Quiero cuidar de ella. Quiero que sea mía de una forma que no he deseado en mucho

tiempo. Quiero poseer a Daisy. Apuesto a que se sometería maravillosamente.

Pero si follamos como deseo con desesperación, ¿puedo prometerme a mí mismo que después no haré que se aleje de mí? ¿Puedo prometerle a mi estúpido corazón roto que no volverá a sufrir?

No.

Aprieto los puños con disimulo mientras seguimos paseando. Dejo que ella marque el ritmo, deseando tener la oportunidad de volver a tocarla.

—¿Creciste en Briar Point? —pregunta, entablando una conversación ligera mientras paseamos por el parque. El sonido de los niños jugando se hace más fuerte a medida que nos acercamos a la fuente más grande; hay barquitos teledirigidos surcando sus aguas.

—Sí —respondo—. En realidad, cerca del club.

—¿De verdad? —pregunta, acercándose tanto que nuestros brazos se rozan.

—Solo estábamos mi madre y yo. Ella tenía que trabajar en dos sitios para llegar a fin de mes. Quería compensarla cuando creciera, pero en lugar de ir a la universidad, conocí a Julia y nos casamos muy jóvenes. Un par de años más tarde llegó Miles. Yo acababa de empezar en el mundo de los negocios y me iba bastante bien. Lo bastante bien como para mantenerlos. —Hago una pausa e inspiro hondo antes de continuar. Ya no me cuesta hablar de ellos, pero me intranquiliza un poco. Cuando me siento preparado, sigo—: Entonces, una mañana, ella salió con él para ir a la tienda y un conductor que iba a toda velocidad en sentido contrario por su carril se les echó encima. Y así, sin más, se fueron.

—Ronan… —murmura, como para decirme que no tengo por qué hablar de ello.

No sé por qué siento la necesidad de contarle esta parte de mi vida. Supongo que nunca me había sentido tan cómodo con las demás mujeres, pero con Daisy es muy fácil.

—No pasa nada. Puedo hablar de ellos.

Esboza una pequeña sonrisa, entrelaza su brazo con el mío y yo lucho por reprimir la sonrisa que me sale espontáneamente. La tensión se desliza por mis hombros como cera caliente.

—Sigue —musita.

Poco a poco nos abrimos paso hacia una de las concurridas calles de la ciudad.

—Después de que murieran mi mujer y mi hijo, me sumergí en el trabajo. Eso me permitió esconderme del dolor y de la soledad, de modo que mi vida se convirtió en nada más que negocios, dinero y éxito.

Me aprieta el brazo

—¿Volviste a casarte?

—Unos años más tarde. Se llamaba Lydia. Fue un error y terminó en tres meses.

—¿Tuviste más hijos?

Trago saliva.

—No.

—¿No quieres tener más? —pregunta con una ligera curiosidad, como si eso fuera a ofenderme, cosa que no es así. Su dulce audacia es refrescante.

Me vuelvo hacia ella y la miro a esos grandes ojos azules e inocentes.

—Ojalá hubiera tenido más. Me temo que ahora es un poco tarde para mí. Pero siempre pienso en eso, en quién lo heredará todo cuando yo ya no esté.

Ella no dice nada: tiene la boca cerrada en una fina línea. Le pongo la mano en el brazo al darme cuenta de que nos hemos metido en otro momento de silencio incómodo.

—¿Volviste a enamorarte? —pregunta en voz baja, apenas lo suficiente para que yo la oiga.

—Sí —respondo sin dudar, pensando inmediatamente en aquel verano con Shannon.

—¿Qué pasó? —dice, con ternura en los ojos.

—Era la persona adecuada, pero el momento inadecuado.

Vuelve a estrecharme el brazo y, después de unos minutos, cambia de tema por uno al azar.

—¿Cómo se dice «Tengo hambre» en francés?

—*J'ai faim* —respondo en mi torpe francés.

Ella deja escapar un adorable gritito ahogado.

—Dios mío. ¿Hablas francés?

Me echo a reír.

—Un poco.

—Debes de pasar mucho tiempo aquí —comenta mientras nos dirigimos a una calle llena de turistas y restaurantes. Hago que se quede cerca de mí, atento por si veo a alguien sospechoso.

—Antes solía pasar mucho más tiempo en esta ciudad, pero de eso hace mucho.

—¿Cuál es tu lugar favorito?

Me río y la abrazo con más fuerza.

—¿De verdad quieres saberlo?

—Sí, claro.

—Bueno, ¿y si te dijera que hay un club como Juegos Prohibidos aquí, en París?

Jadea. Se detiene, y cuando me mira con sus grandes ojos color cielo y la boca abierta, ya sé cuáles van a ser las siguientes palabras que escapen de sus labios.

—¡Quiero ir!

—No —respondo sin dudarlo. No sé por qué se me ha ocurrido mencionarlo.

—Oh, vamos. Ronan, trabajo en un club sexual. Creo que puedo soportar ir a uno.

—Este es un poco diferente a Juegos Prohibidos.

—¿En qué sentido? —pregunta ella. Cruzamos la calle cogidos de la mano y la guío hasta un restaurante que hay en la otra acera.

—No importa. No quiero hablar más de eso. —Mi tono es seco e impaciente, porque me he dado cuenta de que he sido yo el que ha provocado esta situación. La verdad, no creía que Daisy estuviera interesada en un club sexual.

—Bueno, tienes que llevarme —argumenta obstinadamente—. Quiero verlo. Cuando llegue a casa tengo que presumir ante todos de que he ido a un club sexual parisino.

Refunfuño para mis adentros y ella sonríe, radiante, a mi lado. ¿Por qué coño le he hablado de ese club? Ni de coña voy a llevarla. Porque, en el fondo, sé que, si lo hago, romperé todas mis reglas.

Regla nº 14

Si juegas con fuego, te quemarás

DAISY

Claro que me va a llevar a ese club, le guste o no. No puede seguir tratándome como a una niña ingenua.

Tampoco es que vayamos a acostarnos, pero aun así quiero verlo. Quiero decir, ¿quién no querría?

Después de comer en la terraza de un coqueto restaurante repleta de pequeñas sillas de mimbre marrón bajo un toldo, hace que el chófer nos recoja para llevarnos de regreso a su apartamento.

Es aún más bonito que la vivienda que tiene en su ciudad natal, con esos techos altos y las intrincadas molduras blancas. Echo un vistazo al lugar, contemplando las antiguas obras de arte e intentando averiguar cómo leches he acabado en París con Ronan Kade. Parece un sueño. Durante todo el día he intentado memorizar hasta el más pequeño detalle. Cada momento era como una estrofa de una canción: el crujiente *croissant* aún caliente, el sonido de los niños jugando en el parque, la sensación de su fuerte brazo cuando lo enlacé con el mío, la comodidad de su protectora mano en mi espalda…

La puerta del dormitorio de Ronan está abierta, así que entro y lo encuentro abriendo el balcón, con una barandilla de hierro forjado y unas vistas casi perfectas de la Torre Eiffel. Doy dos pasos dentro de la habitación y me quedo sin aliento.

—Se suponía que era una sorpresa —murmura cuando me ve—. Esta habitación tiene unas vistas increíbles.

Me acerco a él, boquiabierta.

—Es impresionante.

Señala las dos sillas y la mesita.

—Puedes tomar el café aquí. Es un lugar estupendo para escribir en tu diario o tus canciones.

Me muerdo el labio inferior y deslizo los dedos por la barandilla de hierro.

—Suena genial. ¿Me llevarás esta noche a la Torre Eiffel para que la vea iluminada? —pregunto, y él se acerca a mí. Últimamente he notado cómo acorta la distancia entre nosotros, y me encanta. Es como si su voluntad de mantenerse apartado de mí se estuviera desvaneciendo. Son los pequeños detalles los que me lo dicen: los roces disimulados y las largas miradas.

Como ahora mismo, que se ha acercado a mis espaldas hasta quedar tan cerca que podría apoyarme en él. Pero no cede. Es como si eso fuera lo único que quisiera: cercanía, contacto, conexión.

—Por supuesto —responde, y siento sus dedos acariciando suavemente mi cabello.

De repente, suena su teléfono y acaba con este tierno momento. Lo saca del bolsillo y mira la pantalla un instante antes de pulsar el botón para responder y darse media vuelta.

—Hola —saluda abruptamente. Oigo la voz de un hombre al otro lado de la línea y me siento en la cama. Contemplo a Ronan con un extraño nudo de ansiedad en el vientre. Es absurdo que sienta celos de quienquiera que esté al otro lado de la línea o que me preocupe que me robe la atención de Ronan, pero no puedo evitarlo.

¿Y si el hombre al otro lado de la línea quiere quedar con él? ¿Y si me deja sola? ¿Y si va a ese club y encuentra a una mujer que sabe cómo ser su sumisa? ¿Y si se cansa de mí?

¿Ya me he vuelto tan dependiente? Esto es ridículo.

Aun así, espero, incómoda, mientras hablan de negocios.

—¿Esta noche? —dice él, y yo dejo de respirar.

Ronan me mira un momento, y yo espero que mi rostro transmita lo patética que me siento.

—Sí, podemos vernos esta noche. A las once está bien.

—Pero has dicho…

Tensa la mandíbula y frunce el ceño, mirándome apenado.

—Nos vemos entonces. Adiós.

—¿Quién era? —pregunto, como si tuviera derecho a saberlo.

—Era un viejo amigo y antiguo socio —responde con delicadeza, como si temiera decepcionarme. Demasiado tarde.

—¿Vas a quedar con él esta noche?

—Sí.

—¿Dónde? —insisto, temiendo la respuesta.

—En un club. —La palabra suena dura al salir de sus labios. Es como si me hubiera abofeteado con ella.

—¿Un club sexual? —inquiero con un hilo de voz.

—Sí.

Palidezco y me trago la rabia. Soy idiota. Mis miedos eran fundados: no le importo. Quiere encontrar una mujer mejor. ¿Qué leches estoy haciendo aquí?

Me levanto de la cama, furiosa.

—No pasa nada. Iré a ver la Torre Eiffel yo sola.

Cuando intento salir corriendo de la habitación, me agarra por la muñeca y me hace retroceder, y me entran ganas de pegarle. Estoy muy enfadada con él, ¿y por qué? ¿Por no prestarme la atención que quiero? ¿Por no desearme? Todo esto ha ido demasiado lejos. Cuanto antes me vaya de aquí, mejor.

—No, de eso nada —replica él.

—No puedes decirme lo que tengo que hacer, Ronan. Soy una adulta y no eres mi papi de verdad.

Un grito agudo sale de mi boca cuando de repente me lanza sobre la cama; aterrizo en ella, reboto y él se echa sobre mí. El peso de su cuerpo es una sensación agradable, pero en este momento estoy demasiado alterada y enfadada como para disfrutarlo.

Me agarra de las muñecas y me las clava al colchón, cerniéndose sobre mí.

—Te dije que no me llamaras así, ¿recuerdas? —dice entre dientes, tensando la mandíbula.

El poder que tengo sobre él es embriagador. Y en ese momento me doy cuenta de cuánto control tengo. Puedo disponer de su atención y de su tiempo, aunque tenga que provocarlo para conseguirlo.

—¿O qué? ¿Qué vas a hacer, Ronan? —respondo con una sonrisa maliciosa.

Se acerca más a mí, hasta que su boca queda a solo unos centímetros de la mía.

—Te pondré sobre mis rodillas y te daré unos azotes en el trasero hasta que aprendas.

Una risa maliciosa brota de mis labios y le sonrío.

—Eso me parece algo que haría un papi —lo provoco.

Con una expresión tensa, deja escapar un gruñido y se restriega contra mí. Mi cuerpo se enciende de deseo y mis piernas se abren para darle la bienvenida entre ellas; estamos tan cerca que sé que ahora no podrá echarse atrás.

Dejo escapar un gemido y levanto las caderas para sentir la prueba de su excitación contra mi centro: dura como una roca.

—¿Qué me estás haciendo, Daisy? —susurra; se agacha y lleva su boca a mi cuello, en lugar de a mis labios, que es donde de verdad me gustaría que estuvieran. Cuando siento su cálido aliento sobre mi piel, temo volverme loca de deseo. Me sujeta las muñecas con fuerza, hundiéndolas contra el colchón por encima de mi cabeza. Me retuerzo salvajemente debajo de él, y, aun así, sus labios no vuelven a acercarse a mi piel.

—Por favor, papi —suplico con voz aguda. Sé que es una forma de manipulación esto de usar contra él lo único a lo que no puede resistirse, pero estoy desesperada.

Y funciona. Eso es lo que lo convence. Su mirada encuentra la mía, y es salvaje y hambrienta; clava en mí esos iris de un marrón intenso y me doy cuenta de que nunca he deseado tanto a alguien en toda mi vida.

Su boca cae sobre la mía a la velocidad del rayo. Sabe a *bourbon* y a él, a algo cálido y embriagador. Devoro su beso como si lo necesitara para sobrevivir. Nuestras caderas chocan, sus dedos me agarran, me clava los dientes… Somos un caos de deseo y lujuria.

Ya estoy prácticamente muriéndome de placer solo por la pura satisfacción de su contacto y lo bien que sienta experimentar cómo por fin se ha dejado llevar. Esto está sucediendo, y no voy a permitirle que se detenga.

Pero justo cuando voy a desabrocharle el cinturón, él se libera de mis brazos, y es como si me echaran un jarro de agua fría.

—¡Joder, Daisy! —exclama; se aparta de la cama, mirándome con ira.

—Ronan, no pares —le suplico. Me levanto y me acerco a él.

—Te he dicho que no me llames así. ¿Por qué no me escuchas?

Pasea de un lado a otro de la habitación, con aspecto frustrado y desorientado, nada que ver con el dom seguro y sensato que suele ser.

De repente, me invade la culpa. Ronan parece estar castigándose mentalmente por cada paso que da conmigo, y es culpa mía por aprovecharme de su debilidad. Quizás quiera de verdad proteger mi inocencia. O quizás ha sufrido tanto que prefiere el sexo sin emociones.

En cualquier caso, me mata verlo sufrir, porque sé que yo soy la causa.

Acorto rápidamente la distancia que nos separa. Me apoyo contra él, coloco las manos sobre su pecho y lo miro con expresión dulce y suplicante.

—Está bien, está bien. Lo siento —susurro. No hago ningún movimiento para besarlo o tocarlo, como hemos hecho hace un momento.

Con un gran suspiro, se relaja. Mantengo mis manos sobre su pecho y me acerco más para apoyar la mejilla donde puedo sentir los latidos erráticos de su corazón.

Sus brazos me rodean, y me estrecha con fuerza. Y así, sin más, volvemos a ser amigos. O lo que sea que seamos: no somos amigos exactamente, pero tampoco amantes. Después de unos instantes, se dirige a mí.

—No es que no te desee, Daisy. Tienes que entender *lo mucho* que te deseo. —Pone sus dedos bajo mi barbilla y me levanta la cara hasta que lo miro a los ojos. Sus siguientes palabras hacen que deje de ser de carne y hueso y me convierta en un charquito a sus pies —. Pero las cosas que quiero hacerte, cariño, son perversas y obscenas. Y tú eres demasiado dulce para mí.

Abro la boca para discutir, pero no me sale ni una sola palabra. Porque no importa cuáles sean esas cosas perversas y obscenas ni cuánto desee que las hagamos: lo único que importa es que él sabe lo que es mejor para él, y yo confío en él. Es extraño que haya sucedido en solo unos días, pero confío en él. Confío en que cuidará de mí. En que me protegerá.

Incluso si eso significa protegerme de él mismo.

Regla nº 15

Sigue las reglas

DAISY

—¿También tienes criadas en París? —pregunto al despertarme de la siesta y encontrar a una mujer cocinando en el apartamento de Ronan. Él está tomándose una copa de lo que supongo que es *bourbon,* sentado en el enorme sillón de cuero del salón.

—Se llaman empleadas de hogar, no criadas. Y no. Ella trabaja para un amigo. Le pago bien y, al mismo tiempo, te doy de comer. —Levanta la vista del libro que tiene en las manos. Me alegra encontrar un toque de calidez en su expresión, lo que significa que ya no está enfadado conmigo—. ¿Alguna pregunta más? —dice con una sonrisa burlona.

Me muerdo el labio inferior.

—¿Puedo ir al club contigo?

Él deja escapar un gruñido y su sonrisa desaparece; vuelve a bajar la mirada al libro.

—No.

Maldita sea. Atravieso la habitación con el ceño fruncido y me apoyo en el brazo de su sillón. Deja el libro y me recorre con la vista la piel desnuda de los muslos antes de subir hasta mi cara. Luego se da una palmada en la pierna a modo de invitación y me encuentro sentándome en su regazo.

No se parece en nada al incidente del avión, cuando él me hizo sentir su erección en la cadera para ganar la discusión. Esto es mucho más inocente. He dejado de intentar manipularlo y de forzar sus reacciones. Además, me gusta poder acurrucarme en su pecho, con la cara cerca de su cuello, para poder inhalar el aroma de su colonia, para sentir sus brazos musculosos a mi alrededor, estrechándome con fuerza.

—Me portaré bien —insisto en voz baja—. Me quedaré contigo todo el tiempo. No hablaré con nadie. Solo quiero verlo. Y no quiero quedarme aquí sola.

Apoya la cabeza contra la mía y me acaricia el brazo, pero no responde. Y me cuesta tener que preguntarle esto porque me aterroriza la respuesta.

—¿Es porque quieres estar con… otra persona allí?

Él aparta la cabeza para mirarme.

—Por supuesto que no.

—Entonces, llévame contigo.

Nos quedamos sentados en silencio un rato mientras él se lo piensa y, por fin, deja escapar un gemido.

—Está bien, pero habrá reglas, Daisy. Sé que trabajas en un club de sexo, pero este no es como Juegos Prohibidos y no estarás allí como camarera, sino como clienta. —Por dentro, estoy prácticamente gritando. Una emoción estremecedora crece en lo más profundo de mi ser. Solo de pensar en estar toda la noche del brazo de él y ver Dios sabe qué… No puedo ni creerlo—. ¿Ya estás contenta? —pregunta, y vuelve a coger su libro.

—Sí, Ronan. Gracias —respondo con una sonrisa.

—De nada, Daisy.

Apoyo la cabeza en su pecho.

—¿Me lees algo mientras esperamos la cena?

Me acaricia la espalda con suavidad y se pone a leer algo sobre la historia de Francia durante la guerra. No les presto mucha atención a las palabras, pero dejo que el tono grave de su voz me relaje mientras sueño despierta con todas las posibilidades que podría depararme la noche.

El conductor se detiene frente a un edificio antiguo en una zona algo turística de la ciudad. Cuando salimos, mi vestido largo casi roza los adoquines; Ronan se acerca en un santiamén y me pone la mano en la parte baja de la espalda, como siempre hace.

—¿Es aquí? —pregunto, mirando a la gente que pasa. Hay restaurantes y discotecas a lo largo de la calle, pero nada que se parezca a un club sexual.

—Por aquí —responde, guiándome por una estrecha calle lateral. Cuando llegamos a un viejo bar que parece más un club de jazz clandestino que uno sexual, me vuelvo hacia él, confundida. Sin

responder a mi mirada interrogativa, me hace pasar al interior sin más preámbulos y me guía entre la multitud hasta que llegamos a la parte trasera, donde nos espera un ascensor. Hay un hombre vigilando la puerta.

—He quedado con Matis —explica Ronan.

El hombre del traje asiente, pulsa un botón y el ascensor se abre. Ronan me guía al interior y hace que me quede cerca de él cuando se cierran las puertas.

—¿Quién es Matis? —pregunto.

—El propietario —responde sin inflexión en su tono de voz.

—¿De qué lo conoces?

Enarca una ceja.

—Por negocios.

Eso me deja más confundida.

—¿Qué tipo de negocios tienes con el dueño de un club sexual? ¿No trabajas con corporaciones multimillonarias o algo así?

Él se ríe entre dientes.

—Soy dueño de una parte de este club, Daisy. ¿Es eso lo que querías oír?

Separo los labios, conmocionada. Por supuesto que es dueño de parte de un club sexual. Probablemente tiene dinero invertido en todo. ¿Hay algo que no sea suyo?

Sin previo aviso, hace que me vuelva hacia él y me obliga a levantar la cabeza.

—Te quedarás a mi lado todo el tiempo, ¿entendido?

Me muerdo el labio para no sonreír y asiento.

—Sí, señor.

Sus fosas nasales se dilatan y deja escapar un murmullo grave que suena como un gruñido.

—¿Tampoco puedo llamarte «señor»? —pregunto.

Ignora mi pregunta y continúa con la explicación.

—Aquí no hay tanta seguridad como acostumbras a tener en Juegos Prohibidos.

—¿Qué significa eso?

Me estrecha con más fuerza y me pega a él.

—Significa que el que te vean conmigo no significa que la gente no vaya a intentar ligar contigo de todos modos.

Una sonrisa burlona se dibuja en la comisura de mis labios.

—¿Y qué debo decir si lo hacen?

Una expresión amarga y sombría transforma sus rasgos; me suelta la cintura y lleva una mano hasta mi rostro para acariciarme la mandíbula. Echo la cabeza hacia atrás para mirarlo a los ojos.

—Diles que tu papi ha dicho que no.

—Ah, ¿así que tú puedes decir que eres mi papi, pero yo no? —pregunto en tono burlón.

Cuando suena el timbre del ascensor y se abren las puertas, se aparta de mí y se estira las mangas del traje.

—Sí, Daisy.

Sigo sonriendo cuando él sale del ascensor y se dirige a la pista de baile. Nada que ver con la estética ruidosa pero relajada de Juegos Prohibidos: este club es enérgico y está lleno de vida, con música y baile.

La pista, dividida en secciones, está oscura y abarrotada, con cuerpos dando vueltas y tocándose al ritmo de la música. Todo en este club tiene un aire *art déco* antiguo, y me recuerda a algo sacado de *El gran Gatsby* o *Moulin Rouge.*

En la pared, en un gran letrero de neón en cursiva, se lee *«L'Amour»,* que supongo que es el nombre del club. Mientras estoy ocupada mirando el letrero, casi me pierdo las sombras y siluetas de la gente que se mueve en la pista de baile, que sin duda se lo están pasando en grande, al estilo sala vip.

Me sonrojo al mirar a Ronan, que me estudia con una sonrisa pícara.

—Vale, no es tan diferente de Juegos Prohibidos —dice con un murmullo ronco y siniestro.

Lo sigo por la gran sala hasta que llegamos a unas mesas redondas situadas junto a la pared del fondo del club. Está claro que están destinadas a los clientes importantes y los propietarios. Cuando llegamos a la segunda mesa, un hombre mira a Ronan y se le ilumina el rostro de la emoción.

—¡*Monsieur* Kade! —exclama con un marcado acento francés.

Ronan le sonríe al hombre, que está tan rodeado de mujeres que ni siquiera puede levantarse de la mesa. Ronan le tiende la mano y el hombre se la estrecha con énfasis.

—Matis, me alegro de verte de nuevo —saluda antes de volverse hacia mí—. Esta es mi amiga, Daisy —añade, y yo me llevo tal sorpresa por la palabra «amiga» que me quedo mirando a Ronan demasiado tiempo antes de tenderle la mano a Matis.

—Encantado de conocerte, Daisy —dice el hombre, sosteniéndome la mirada mientras me da un beso en los nudillos.

Es muy guapo y, sorprendentemente, mucho más joven que Ronan, quizá treintañero. Lleva el pelo negro hasta los hombros y rizado detrás de las orejas peinado hacia atrás; tiene una mandíbula cincelada y los pómulos muy marcados.

Cuando no me suelta la mano, siento la de Ronan en mi cadera; me pega a él, y recuerdo lo que ha dicho sobre que la gente de este club ignora los límites dentro de las relaciones.

¿Por qué esa idea me excita de repente?

—¡Champán! —vocea Matis cuando una de las camareras pasa junto a su mesa. Ella le hace un gesto con la cabeza antes de dirigirse rápidamente hacia la barra.

Hay que hacer algunos cambios en los asientos, pero pronto Ronan y yo estamos sentados a la mesa redonda con Matis y algunos de sus amigos. Pero mientras nos acomodamos, no sé cómo, he acabado al lado de Matis, con dos personas entre Ronan y yo, quien ahora mismo está flanqueado por dos mujeres impresionantes.

Y así, de repente, soy yo quien se siente territorial.

Matis me rodea con el brazo.

—¿Es tu primera vez en un club sexual, florecilla?

Mis labios se tensan en una sonrisa forzada.

—*Trabajo* en un club sexual —respondo, volviéndome hacia él. Abre los ojos de par en par y mira a Ronan.

—¿Eres artista? —pregunta, y yo me echo a reír.

—Soy camarera.

Extiende una mano y me aparta el pelo de la cara, mirándome a los ojos.

—Podrías ser una artista. Eres una florecilla muy dulce —murmura.

Me quedo prácticamente en trance, sin apartar la vista de él mientras me acaricia el pelo. A nuestro alrededor hay gente conversando, pero por un momento parece que solo existimos nosotros dos. Entonces noto que un par de ojos marrones muy serios siguen cada uno de nuestros movimientos.

Cuando me vuelvo hacia Ronan no puedo evitar admirar lo sereno que parece. Está reclinado en el asiento, con un brazo apoyado en el respaldo y las piernas cruzadas. Su lenguaje corporal dice que no le preocupa nada, pero ya conozco sus expresiones lo suficiente como para saber que, si Ronan no sonríe, es porque está enfadado.

Bueno, en realidad, no sé si «enfadado» es la palabra adecuada para describirlo. Es más como si estuviera… inquieto. Nervioso. Tenso. Si no quisiera que Matis me tocara o me hablara, me sacaría de aquí a rastras. Ya he aprendido eso de él.

Pero no me está levantando de mi asiento, y su amigo no me ha quitado las manos de encima desde que me he sentado, así que, o bien Ronan no quiere molestar a su socio, o bien no le parece mal que un desconocido me toque. O eso creo.

—¿Qué te parece París hasta ahora, florecilla? —pregunta Matis.

Me doy la vuelta en su dirección, mordiéndome el labio inferior, y saboreo el brillo de labios rosa que llevo puesto.

—Me encanta.

—¿Ya te ha llevado a la Torre Eiffel?

—Todavía no —respondo, dedicándole a Ronan una mirada juguetona—. Pero me ha prometido que lo hará.

—Oblígalo —dice Matis con sinceridad—. Esta es la ciudad más romántica del mundo. Un lugar perfecto para enamorarse.

Me quedo sin aliento, concentrada en las palabras de Matis, que me parecen demasiado importantes… y aterradoras.

Cuando lo dice así, suena emocionante y terrorífico a la vez. Transformador y traumático.

Quizás porque sé que yo sería la primera en enamorarme. Quizás ya lo estoy.

Lo que es una locura, si pienso en la enorme diferencia de edad que hay entre nosotros. Estaría mucho más emocionada por enamorarme de Ronan si no estuviera guardando un secreto sobre él que puede echarlo todo a perder.

Estoy construyendo un castillo de naipes alrededor de mi corazón, y cuando él descubra la verdad, se derrumbará.

—No te asustes tanto —susurra Matis, acercándose más a mí—. Nunca te has enamorado, ¿verdad? —Niego con la cabeza y lo miro a los ojos—. Conozco al señor Kade desde hace muchos años y puedo decirte que he visto a muchas mujeres enamorarse de él. Él hace que resulte muy fácil.

Si eso se supone que debe hacerme sentir mejor, no funciona. Estoy dispuesta a apostar que todas y cada una de esas mujeres, probablemente incluso mi propia madre, querían sentirse especiales para Ronan. Como si fueran diferentes. Como si merecieran todo su tiempo y su atención. Pero ¿dónde están ahora?

No quiero enamorarme de él si eso es lo que me va a pasar. Seré sustituida por la siguiente chica ilusionada que aparezca en su camino.

—Aunque debo admitir —añade Matis— que nunca le he visto mirar a ninguna otra mujer como te está mirando a ti ahora mismo.

Me vuelvo hacia Ronan y lo veo echado hacia delante, con los ojos fijos en mi rostro y la boca formando una línea recta.

Cuando siento los dedos de Matis deslizarse sobre mi hombro desnudo, un escalofrío me recorre el cuerpo.

—Eres tan exquisita, florecilla…

No aparto la vista de Ronan cuando los labios de Matis me rozan el lóbulo de la oreja. Y me quedo esperando. ¿Por qué no detiene todo esto? ¿Por qué no reacciona?

No se trata de que quiera que Matis pare. Es guapísimo y, sin duda, me atrae. Y está claro que yo le gusto. Entonces, ¿por qué iba a detenerlo?

¿Es eso lo que Ronan está esperando? ¿Que yo sea la primera en poner fin a esto? ¿Como una especie de juego de celos? Si es así…, ganaré con mucho gusto.

Acerco los labios a Matis, tanto que puedo sentir su aliento con aroma a champán en mi cara.

—Déjame hacerte el amor, Daisy —susurra con naturalidad.

Dios mío. Mis ojos casi se salen de sus órbitas y sus palabras dan vueltas en mi cabeza. Nunca me han hablado de forma tan directa en mi vida, y es increíblemente desconcertante. Acabo de sentarme y solo llevo cinco minutos hablando con Matis. Y ya me ha pedido que me acueste con él con el mismo tono que habría usado para invitarme a cenar. Lo que, al menos, debería haber hecho primero.

—Ya basta —clama una voz oscura y familiar, y me alejo de Matis para ver a Ronan, que se ha levantado, con la mandíbula tensa y los puños apretados a sus costados.

—Vaya, Ronan… Antes se te daba mejor compartir —se burla Matis, riendo; se recuesta en el asiento y le da un sorbo a su copa con una sonrisa de satisfacción.

—Con ella no —responde él, y tengo que recordarme a mí misma que debo respirar—. Vamos, Daisy.

Me tiende la mano, pero yo dudo.

—Pero si acabamos de llegar…

Sus ojos se oscurecen.

—Ahora, Daisy —ladra, y yo me levanto en silencio, salgo a duras penas del estrecho reservado y voy hacia el hombre que me mira con el ceño fruncido, más como un padre descontento que como un amigo cariñoso.

—*Au revoir* —murmura Matis con tono cantarín antes de acercarse a una de las otras chicas de la mesa.

—Hasta la próxima —responde Ronan con indiferencia, despidiéndose con un gesto de cada uno de los presentes.

Luego me lleva fuera prácticamente a rastras, y mi corazón se hunde ante la perspectiva de que nos vayamos tan pronto. Acabamos de llegar. No he visto nada.

—Ay, Daisy —murmura con más suavidad de la que mostraba en la mesa.

—¿Qué? Yo no he hecho nada. Era tu amigo el que me estaba tirando los tejos. —Arrastro los pies mientras él me empuja hacia la

entrada del club. Al ver a la multitud de bailarines en la pista, no puedo evitar desear estar entre ellos.

Ronan y yo llegamos a una zona abarrotada cerca de la barra y él me lleva hacia un rincón vacío.

—Eres una malcriada, Daisy.

Echo la cabeza hacia atrás y lo miro fijamente con los ojos muy abiertos. ¿De verdad me acaba de llamar así?

—¿¡Perdón!? —le respondo con un gritito, a la defensiva.

Él se echa a reír.

—Malcriada es como se llama a una sumisa que hace lo que sea para llamar la atención. Y tú nunca me escuchas.

—Funciona, ¿no? —respondo con una media sonrisa, y él se ríe entre dientes, negando con la cabeza y apartando la vista—. Tienes mucho que aprender, pequeña.

—Pues enséñame —respondo.

—Esa sería una decisión peligrosa, Daisy.

Me siento como si hubiera dado otro paso atrás, pero no insisto. Después de lo de hoy, prefiero no hacerlo.

Pero esa sensación de decepción en mi estómago sigue ahí.

—No quiero irme todavía, Ronan —suplico.

Una mano grande me toca la parte baja de la espalda y el sentimiento de rebeldía empieza a desvanecerse.

—No vamos a irnos. Solo quería alejarte del charlatán de Matis. Te habría tirado sobre la mesa y te habría devorado como si fueras su comida en cuestión de minutos si no hubiera intervenido.

Frunzo el ceño, confundida, mientras él me guía hacia el interior del club.

—Vaya —respondo con sarcasmo—, gracias por salvarme de eso.

Regla nº 16

Ayúdala cuando puedas

RONAN

—¿Adónde vamos? —pregunta ella cuando llegamos a la parte trasera del club. Hay algunas cosas que me gustaría que viera. Cosas que son más que simples muestras explícitas de libertinaje carnal.

L'Amour es profundo y complejo, como un laberinto. A diferencia de Juegos Prohibidos, que obviamente fue bien planificado para ser un club sexual, este establecimiento se parece más a una discoteca reconvertida que se fue improvisando sobre la marcha. Toda la planta es oscura y cavernosa, con luces tenues que brillan alrededor del perímetro. Funciona de manera muy similar a la sala vip de Juegos Prohibidos, pero de forma menos discreta y a una escala mucho mayor.

No es ahí adonde voy a llevar a Daisy porque no aguantaríamos ni un minuto. Tendría que esconderla bajo mi abrigo para mantener las manos de los demás apartadas de ella, y esta noche no tengo paciencia para eso.

En cambio, quiero que Daisy valore la otra cara del fetichismo.

Esta zona fue mi aportación. Es una sección más pequeña del club y muy parecida al pasillo *voyeur* de Juegos Prohibidos, pero, en lugar de un pasillo, es una gran sala con grandes cabinas separadas en su interior. Todas están abiertas, sin siquiera una ventana de plexiglás entre el participante y el público. Aunque aquí no se trata de voyeurismo y exhibicionismo, sino de algo más profundo y significativo. Casi como si fueran obras de arte de un museo, y Daisy me ha dicho que quería más arte en su vida.

Al entrar en la sala BDSM veo cómo se le ponen los ojos como platos. Se abraza a mí con más fuerza mientras andamos, y me veo obligado a recordar que yo me he insensibilizado, pero Daisy no, y al principio cuesta un poco asimilarlo.

Así que nos lo tomamos con calma. Empezamos a una buena distancia y dejo que su curiosidad nos guíe. Hay una actuación de *bondage* que le llama la atención por un momento; después se acerca a una intensa escena de juego de impacto, que sorprendentemente despierta su interés.

Contempla con gran atención cómo el hombre atado a la cruz de san Andrés recibe unos latigazos. Su amo es atento y lento con el látigo, y comprueba el estado de su sumiso después de cada serie de azotes.

—¿Le gusta eso? —me susurra mientras atravesamos la sala para alejarnos de los dos hombres que parecen estar llegando al final de la escena.

No estoy muy seguro de cómo responder a esa pregunta.

—En resumen, sí. Pero… a veces no se trata siempre de lo que les gusta. Los ayuda a comprenderse mejor a sí mismos…, o a curarse de un trauma, a reforzar su confianza o a fortalecer la comunicación con su pareja. Hay muchas razones muy positivas por las que a la gente le gustan estas cosas.

—¿Te ha ayudado ser un dom? —pregunta con expresión triste. Y sé a qué se refiere: ¿me ha ayudado a curarme del trauma de perder a mi familia?

¿Cómo leches le explico que no solo me ayudó a curarme? También me salvó.

—Sí, así fue. Lo que comenzó como solo sexo se convirtió con rapidez en algo mucho más poderoso. Incluso yo lo dudaba al principio. Pensaba que ser un amo consistía en sentirse poderoso y superior, pero la dominación se trata de control. Y me permitió controlar las cosas que podía y aceptar las que no podía.

Sus dulces ojos azules se clavan en mi rostro y asiente con cara de comprensión. Cuando llegamos a una pared oscura a un lado de la sala, apoya lentamente la espalda contra ella, frunce el ceño, reflexiva, y yo me muero por saber qué está pasando por esa adorable cabeza.

—¿Incluso las partes placenteras? —pregunta, y esbozo una leve sonrisa ante la inocencia de su pregunta.

Apoyo mi brazo contra la pared por encima de su cabeza y me acerco más a ella.

—Sí, incluso esas partes. Cuando murió mi familia, perdí mi propósito. Encontrar este estilo de vida y convertirme en un amo me devolvió mi motivación para seguir adelante, por extraño que parezca.

—No me parece tan extraño —responde ella, acercándose a mí—. Eres… generoso. —Hay una sonrisa juguetona en su rostro que es demasiado tentadora. Así que desvío la mirada y me concentro en el mechón de pelo que cae sobre su frente.

—La mayoría de los dominantes obtienen su propio placer de sus sumisos, y eso está bien. Sus sumisos lo disfrutan. Eso es lo que necesitan. Pero el control y el poder que siento cuando puedo hacer que una persona se corra no solo una vez, sino una y otra y otra vez, hasta que es como si controlara su cuerpo más que ellos mismos… son embriagadores. —Se muerde el labio inferior como suele hacer, pero sus ojos están clavados en los míos, con un destello de la luz roja del techo reflejándose en el azul de sus iris—. Creo que eso me ayuda a sanar —continúo—. Cuidar de alguien. Hacer que se sienta bien. Proporcionarle lo que necesita. Y darme un propósito que había perdido por el camino.

Traga saliva y asiente suavemente.

—Tiene sentido.

Nuestras miradas se cruzan durante unos instantes, y desearía poder retenerla aquí para siempre. En París. En este club. Mía.

Pero eso es imposible, así que saborearé cada dulce momento que se me presente.

Deslizo mi mano por su espalda y le susurro al oído:

—Ya es suficiente por esta noche. Vámonos a casa.

Daisy está inquieta durante todo el trayecto en coche de regreso al apartamento, pero no de una forma preocupada o ansiosa. No deja de reacomodarse en su asiento, acariciando el medallón que lleva alrededor del cuello. Estoy a punto de preguntarle si necesita ir al baño, pero me contengo.

Cuando tararea una melodía y murmura una pequeña canción para sí misma, me vuelvo hacia ella.

—¿Qué es eso?

—Nada —responde, mirando por la ventanilla.

—¿Estabas componiendo una canción en tu cabeza? —le pregunto con una sonrisa descarada en los labios.

—Sí —responde con un ligero rubor de vergüenza en las mejillas.

—¿Sobre mí?

Ella se ríe.

—Sobre París.

—Déjame escucharla —le digo, dándole un codazo en el brazo.

—¡Ni hablar! Solo son… pensamientos e ideas. Ni siquiera está acabada todavía.

—¿Cuánto tiempo tardas en escribir una canción? —pregunto.

Ella se encoge de hombros y frunce sus bonitos labios rosados.

—Unos días, quizá. A veces menos.

—¿Por qué nunca las grabas o las interpretas?

—Es solo un pasatiempo tonto —argumenta.

—No, no lo es —respondo bruscamente—. Tienes un talento poco común y no deberías desperdiciarlo.

—No lo estoy desperdiciando si lo disfruto —responde con aire de suficiencia.

—Bueno, lo único que digo es que otras personas también podrían disfrutarlo. Yo, desde luego, lo haría.

Ella gira la cabeza hacia mí.

—¿Quieres escuchar mis canciones?

—Muchísimo —digo; el coche se detiene frente al edificio de apartamentos y el conductor sale para abrirme la puerta. Al igual que la última vez, Daisy abre su puerta, que da a la calle, antes de que yo pueda encargarme de ello.

—¿Quieres dejar de hacer eso? —susurro con severidad.

—Soy capaz de abrir mi puerta, Ronan. —Su tono es dulce pero obstinado.

—Lo sé —respondo con un suspiro, y la acompaño a la puerta. Aun así, me gustaría abrirla por ella, y tal vez debería hacerlo. Pero

Daisy no tiene por qué saber todas las cosas que me gustaría hacer por ella (de todo) si pudiera.

Cuando llegamos al apartamento, la veo bostezar al entrar, y me sorprendo cuando va hacia la habitación de invitados. Puede que por ahora mantengamos una relación estrictamente amistosa, pero ya hemos compartido cama casi tres veces, si contamos el viaje en avión y la siesta de cuatro horas que nos hemos echado hoy por el *jet lag*.

—¿Adónde vas? —pregunto, esperando no parecer demasiado desesperado. Me apetecía tenerla a mi lado esta noche.

Está arrastrando los pies hacia el dormitorio cuando noto algo extrañamente errático en su comportamiento. Como si estuviera sopesando, preocupada, en qué cama dormir, como si fuera una cuestión de vida o muerte.

—Yo… eeeh, creo que debería dormir en la habitación de invitados esta noche —balbuce.

—De acuerdo —respondo, aflojándome la corbata—. No pasa nada. ¿Va todo bien?

Suspira profundamente y me mira con incredulidad.

—¿No necesitas… estar solo? —pregunta con torpeza.

—¿Estar solo? —repito, confundido.

Parece exasperada conmigo cuando finalmente se decide a expresarlo con palabras.

—Acabamos de estar en un club sexual, Ronan. No sé tú, pero yo estoy muy excitada y me muero por aliviarme.

No suelo quedarme sin palabras, pero ella ha conseguido que ocurra. No sé qué es más sorprendente: que ella haya admitido que tiene planes de masturbarse o que yo me dé cuenta de que está excesivamente excitada.

—Vale —respondo tontamente antes de que ella se escabulla a la habitación de invitados, probablemente avergonzada por lo que acaba de declarar que va a hacer. En estado de *shock* y confusión, voy hasta el dormitorio principal y empiezo a desvestirme.

Mientras me preparo para irme a la cama, las preguntas no dejan de rondarme por la cabeza. ¿Lo está haciendo ahora mismo? ¿Está Daisy en algún lugar de mi apartamento tocándose bajo las

sábanas? ¿Cómo lo hace? ¿Se masturba con los dedos, curvándolos para encontrar su punto G? ¿O se acaricia el clítoris con los muslos apretados? ¿Tiene algún juguete ahí dentro? ¿Está viendo porno?

Me estoy volviendo loco. Absolutamente loco.

Mi cuerpo está tenso, nervioso y ansioso, listo para derribar las puertas del apartamento y ver qué está haciendo. Ahora tengo claro que cuanto más me niegue lo que quiero con Daisy, más intenso se volverá. En poco tiempo, me volverá literalmente loco de deseo por ella.

Intento meterme bajo las sábanas de mi cama y dormir solo, ignorando lo que sé que está haciendo un par de puertas más allá en el pasillo. Lo intento, pero fracaso estrepitosamente.

¿Por qué ha tenido que decírmelo?

Furioso, aparto las mantas y atravieso la habitación a toda prisa. No hay ningún pensamiento racional en mi mente que justifique lo que estoy a punto de hacer. No tengo absolutamente ningún derecho en el mundo, pero no me importa.

No sé lo que me voy a encontrar cuando entro en su habitación como un salvaje y soy plenamente consciente de lo grosero y brutal que es por mi parte irrumpir así, pero ella me ha sacado de quicio. Al abrir la puerta de la habitación de invitados, me sorprende encontrarla tumbada en silencio e inmóvil bajo las sábanas, de lado.

Ella jadea cuando entro en la habitación y se incorpora para mirarme con sorpresa.

—¿Qué estás haciendo?

—¿Qué estás haciendo tú? —respondo con tono acusador.

Ella pone los ojos en blanco y vuelve a recostarse sobre la almohada.

—Tranquilo. No voy a hacer nada. Me he sentido tan humillada al contártelo que se me han quitado las ganas. —Frunce el ceño y me contempla desde la cama, recorriendo con la vista mi cuerpo semidesnudo. Estoy plantado en su habitación con nada más que unos calzoncillos grises ceñidos, y mi erección, dura como una roca, apunta hacia arriba. Es obvio que he estado pensando en ella masturbándose durante los cinco últimos minutos.

—¿Por qué estás aquí? ¿No puedo tener un poco de intimidad? —se queja.

No le respondo. No hay respuesta para esa pregunta o, al menos, ninguna lógica.

Así que rodeo la cama en silencio y me meto detrás de ella, deslizándome bajo las sábanas hasta que mi cuerpo casi toca el suyo.

—Déjame —le pido con atrevimiento.

Ella me mira por encima del hombro, con una expresión de perplejidad justificada en el rostro.

—¿Que te deje qué?

Me acerco más a ella.

—Déjame que te alivie, Daisy. —Su respiración se entrecorta, sus ojos se encuentran con los míos, y la esperanza y la expectación tiñen sus rasgos. Cuando separa los labios, sé que está deseando decir algo, pero se detiene. Ladea la cabeza y asiente lentamente—. Quiero oírtelo decir, cariño —le pido con un tono suave y autoritario.

Sus ojos están húmedos y sus pupilas, dilatadas; se lame los labios y murmura suavemente:

—Quiero que me toques, Ronan. Quiero que hagas que me corra.

Mi erección crece dentro de mis calzoncillos y todas las razones que me he dado para mantener las distancias me parecen ahora triviales e inútiles. Los mecanismos de autoprotección y defensa no pueden competir con esas palabras maravillosamente lascivas que salen de sus preciosos labios.

—Túmbate, Daisy. —No me puedo creer que esto esté a punto de suceder, incluso cuando la pego tanto a mi cuerpo que prácticamente nos fusionamos. Deslizo mi mano derecha bajo las sábanas, sobre su suave cadera; solo lleva una camiseta corta y un tanga de encaje. Cuando mis dedos se deslizan sobre su vientre y bajan hasta el calor entre sus piernas, ella deja escapar un grito ahogado—. Pararé si quieres —le susurro.

Pone la mano sobre la mía y lleva mis dedos hacia el centro húmedo de su tanga.

—No te atrevas a parar.

Tenso la mandíbula, aparto la tela y paso el dedo por los delicados labios de su precioso sexo. Ya está empapada, con charcos de excitación en la entrada, y su clítoris está tan hinchado y sensible al tacto que se estremece y jadea cada vez que lo rozo.

—Ah, Daisy —murmuro—. Estás sufriendo, pequeña. ¿Quieres que papi te haga sentir mejor?

¿Qué coño estoy haciendo? Estoy tirando la precaución por la ventana. Me estoy lanzando de cabeza a una tormenta y no sé si saldré vivo. Pero esas palabras se me escapan de los labios con facilidad, como si estuviera destinado a decírselas. Y no es erróneo ni perverso ni enfermizo: me parece lo correcto.

A juzgar por la forma en que gime y empuja su trasero contra mi miembro, ella tampoco cree que esté tan mal.

—¡Sí, papi! —exclama con un gemido de necesidad—. Por favor, ayúdame.

Mi dedo medio se hunde profundamente en ella; me agarra del antebrazo y sus uñas se clavan en mi piel; lo muevo lentamente para encontrar el ritmo que ella ansía.

—¿Así, cariño? —Mi tono es tenso, y me cuesta mantener la compostura. Me siento genial, con la mano entre sus muslos, empapada y temblorosa. Joder, llevo deseando esto más tiempo del que debería. Pero esto no se trata de mí y de lo que yo quiero. Por mucho que me guste.

—Sí —jadea, prácticamente cabalgando sobre mi mano. Decidido, añado un segundo dedo; empujo en su interior y lo curvo hasta que ella gime ruidosamente.

Mi autocontrol empieza a flaquear cuando mis labios encuentran su cuello y dejan un reguero de besos hambrientos por su mandíbula y su mejilla hasta llegar a su oreja. Se retuerce contra mí y, por la forma en que se roza contra mi mano, sé que lo que quiere es que le estimule el clítoris.

Así que saco mis dedos empapados de su interior y los llevo hasta su clítoris hinchado, acariciándolo con círculos rápidos y fuertes que la hacen jadear y temblar.

Está impresionante: vulnerable y auténtica. Su melena rubia cae en cascada sobre la almohada y unos hoyuelos aparecen en sus

mejillas rosadas cuando cierra los ojos con fuerza. Sus piernas se mueven inquietas bajo la manta, y ella se retuerce y se contorsiona, desesperada.

Un grito agónico se escapa de sus labios y sé que ha llegado al clímax.

—Así se hace, mi niña —le susurro al oído—. Córrete en la mano de papi.

Los gritos de placer se hacen más fuertes, sus muslos me aprietan la mano y su cuerpo se contorsiona de placer. Su sexo palpita contra mis dedos mientras se corre, y todavía está aferrada a mi brazo con tanta fuerza que ya puedo sentir las marcas de sus uñas.

Llevaré con orgullo esas marcas.

Nos quedamos así un rato mientras le beso el cuello de nuevo, escuchando solo el sonido de su respiración acelerada. Su cuerpo encaja con el mío tan perfectamente que no quiero moverme.

Espero a que se recupere completamente del orgasmo antes de apartarme a regañadientes de entre sus piernas y volver a ponerle el tanga en su sitio. Creo que se ha quedado dormida cuando oigo un susurro.

—¿Y tú?

Su mano se desliza por mi cadera como si quisiera alcanzar mi pene, pero le agarro la muñeca para detenerla. La vuelvo a dejar sobre su pecho y la abrazo con fuerza.

—No te preocupes por mí, pequeña —le respondo, reconfortándola.

No dice ni una palabra; escucho cómo su respiración se hace más profunda y sé que se ha dormido. Me quedo despierto un rato, reviviendo todo lo sucedido, escuchando en mi mente cómo sonaba la palabra «papi» en sus labios, una y otra vez, hasta que me arrulla y me duermo.

Regla nº 17

Si tu «sugar daddy» quiere mimarte, permíteselo

DAISY

Esto debe de ser un sueño. O el paraíso. O algún extraño giro del destino, porque es el segundo día que paso en París con Ronan Kade y todavía no me puedo creer que esto esté ocurriendo.

Joder, no me puedo creer lo de anoche: tener su mano entre mis piernas. Esos dedos expertos que sabían exactamente qué hacer. Me corrí más rápido y con más intensidad que en toda mi vida.

Por supuesto, estuve prácticamente al límite todo el día, con el viaje en avión, el rato que pasamos en su cama y luego el club de sexo. La necesidad era tan dolorosa… Odio la analogía, pero literalmente me sentía como una gata en celo.

Y solo con su mano fue suficiente.

Bueno, tanto como suficiente… No sació por completo el deseo que siento por él.

Pero no voy a presionarlo.

Hoy, después de despertarnos, con mi cuerpo aún acurrucado contra el suyo, no hemos hablado de ello: hemos seguido como antes, sin más.

Me había prometido llevarme a comer, así que hemos ido a una pequeña y bonita cafetería a una manzana de su apartamento. Debe de ser buena, porque está llena hasta los topes de clientes y las camareras corren de un lado a otro como locas.

—¡Ronan! —exclama una de ellas desde detrás de la barra cuando nos ve.

—*Bonjour,* Ilsa —saluda él con una sonrisa.

—Cuánto tiempo sin verte —dice ella en un inglés perfecto; siento la mano de Ronan en la espalda, guiándome hacia una mesa junto a la ventana. Le sonrío a la camarera, que nos observa, y me siento como si estuviera paseando con una celebridad.

—¿Por qué parece que, vayamos donde vayamos, todo el mundo te conoce? —le pregunto cuando nos sentamos.

Él coge su teléfono para leer un mensaje y responde sin mirarme.

—No sé a qué te refieres.

—Aquella noche en la gasolinera hablabas con la dueña como si supieras su nombre.

—Se llama Sherie.

—Vaya. ¿Cómo lo sabes?

Deja el teléfono y me mira con una sonrisa burlona.

—Porque me tomo el tiempo necesario para conocer a la gente. ¿Por qué te parece tan raro?

Abro la boca para responder, pero no se me ocurre nada. Un momento después, la camarera, Ilsa, nos trae las cartas, pero Ronan las rechaza con un gesto.

—No hace falta, Ilsa. Ya sabes lo que me gusta.

—¿Una *raclette* y dos platos? —pregunta ella con una sonrisa.

—Sí, por favor. —Él le dedica una sonrisa encantadora y yo me muerdo el labio, mirándolo fijamente desde el otro lado de la mesa —. Y también champán.

—*Oui, monsieur.*

Después de que ella se marche, él se vuelve hacia mí y apoya los brazos en la mesa.

—¿Qué acabas de pedir? —le pregunto con curiosidad.

—Ya lo verás.

Unos quince minutos más tarde, Ilsa trae un artilugio a nuestra mesa, y casi no me puedo creer lo que ven mis ojos. Es media rueda de queso sobre una llama, de modo que se derrite lentamente sobre una fuente de patatas cocidas, pan y salchichas en rodajas.

—Vale, me he muerto y esto es el cielo —digo tan pronto como el primer bocado de queso caliente y pegajoso toca mi lengua. Ronan me contempla con expresión satisfecha mientras saboreo cada delicioso bocado.

—¿Te gusta? —pregunta después de dar un sorbo de champán.

Tengo la boca llena; contengo una risita y me tapo con una servilleta.

—Ahora mismo soy muy feliz —respondo, y cuando él corresponde a mi sonrisa es aún más cierto. No se trata del lujo, ni de la diferencia de edad ni de nada más que de lo increíblemente bien que

me siento a su lado. La felicidad de otra persona nunca me había importado tanto en toda mi vida. Y está muy claro, por las lujosas comidas y lo que pasó anoche, que Ronan disfruta mimándome. La forma en que me mira, con esa satisfacción, lo demuestra. Pero no puedo evitar preguntarme quién lo mima a él—. Voy a escribir una canción sobre este queso —digo con la boca llena, y él se echa a reír.

—Me alegro de que te guste, y estoy deseando escuchar esa canción.

Me rellena la copa de champán y me guiña un ojo antes de dármela.

—Come, pequeña —murmura.

—Sí, papi —respondo con aire irónico.

Mientras paseamos por la ciudad todavía me siento un poco achispada por el champán que hemos tomado con el almuerzo. Cerca del apartamento de Ronan hay una antigua librería en la que pasamos más de una hora. Es como un sueño hecho realidad, con esas pilas de antiguos libros de bolsillo polvorientos en cada rincón. Compro un cancionero francés como recuerdo y él encuentra una vieja edición de poemas de Emily Dickinson. Cuando intenta pagar, casi lo empujo para apartarlo de la caja registradora. No es mucho, solo un par de libros, pero significa algo que al menos pueda regalarle esto.

Cuando terminamos en la librería, seguimos con el paseo. Me pican los dedos por tocarlo, así que cuando nuestras manos se rozan, aprovecho la oportunidad para entrelazarlas, lo que a él no parece importarle. Su mano grande es suave, y casi me derrito cuando me acaricia el dorso de la mía con el pulgar.

De vez en cuando, la gente que pasa junto a nosotros nos mira fijamente durante un momento demasiado largo, pero en realidad me encanta. Estoy segura de que piensan que soy demasiado joven para él, pero no me importa. Siento que soy suya y quiero que todos lo sepan.

Al llegar a una calle cerca del Louvre, oigo música en la distancia y ni siquiera me doy cuenta de que voy hacia ella hasta que vemos a

un joven tocando un piano vertical morado y cubierto de grafitis. Una pequeña multitud se ha congregado a su alrededor mientras el músico hace todo lo posible por tocar una sencilla pieza clásica.

No puedo evitar sonreír mientras lo contemplo. Sus dedos tropiezan con ciertos acordes y transiciones, pero está claro que tiene formación clásica.

Cuando termina la canción, la multitud aplaude y él se levanta del banco y se aleja con un pequeño grupo que supongo que es su familia.

El piano permanece en silencio sobre los adoquines mientras la multitud de espectadores se dispersa.

—Adelante —me anima Ronan, dándome un codazo.

—No —protesto, negando con la cabeza, sorprendida.

—Está ahí para que lo toque quien quiera, así que hazlo.

—No me gusta actuar delante de los demás —explico, apartándolo.

—Entonces, toca para mí. —Levanto la vista hacia su rostro y compartimos una mirada íntima; él me pasa un mechón de pelo detrás de la oreja—. Vamos, Daisy.

Y no puedo hacer otra cosa que obedecerlo. Mientras todos los transeúntes pasan sin mirarme dos veces, me acerco lentamente al solitario piano y me siento en el banco. Está lleno de abolladuras y arañazos, pero cuando pongo los dedos sobre las teclas, el sonido es sorprendentemente hermoso.

A pesar de todo lo que ha debido de pasar en las calles de París, este instrumento produce un sonido perfecto. Así que, con la vista clavada en Ronan, que está al otro lado de la calle, toco una canción. Es alegre, rápida y melódica. No pienso en la gente que pasa ni en que pueden oír los pequeños fallos que cometo en alguna nota, solo lo veo a él. Incluso cuando miro las teclas, imagino que él es el único que me escucha.

Pero al poco tiempo, él ya no es el único. Por el rabillo del ojo veo que la gente empieza a reunirse en círculo a mi alrededor, pero mantengo la calma. Al igual que en su apartamento, dejo que la música me transporte a otro lugar.

Y no puedo parar. Me siento como una versión antigua de mí misma, como si flotara, mientras sigo tocando. Cuando levanto la vista y veo que alguien deja caer un billete sobre el piano, abro mucho los ojos. Miro a Ronan, que está radiante de orgullo.

Cuando termina el tema, todos los que están a mi alrededor estallan en vítores y aplausos. Me sumerjo en la celebración, me levanto del asiento, recojo las monedas y los billetes que han dejado sobre el piano y corro a los brazos de Ronan.

—Ha sido increíble —dice, abrazándome con fuerza.

—Gracias —le susurro al oído. Cuando me separo de él, lo miro a los ojos—. Por todo.

Regla nº 18

París es la ciudad de las luces (y de los orgasmos)

DAISY

—No brilla —me quejo; Ronan extiende una gran manta a cuadros sobre la hierba.

—En cuanto oscurezca, lo hará.

El sol se ha puesto sobre la ciudad, pero su luz aún ilumina el cielo, y estoy ansiosa por ver el famoso alumbrado de la torre. Aunque podíamos verlo desde el apartamento, él ha insistido en que lo disfrutáramos desde aquí.

—Ah. —Me siento a su lado e intento doblar las piernas a un lado con este vestido que me llega hasta las rodillas sin enseñar nada a la gente que está sentada a nuestro alrededor. No hay una multitud, pero sí han venido unas cuantas personas con la misma idea que nosotros. Mientras descorcha la botella de vino que ha traído, me tapo las piernas con la manta. Él me pasa una mano por los hombros y nos quedamos acurrucados el uno junto al otro.

Me pasa una copa de vino blanco frío y hacemos un brindis silencioso; nos quedamos ahí, en un silencio cómodo, con el murmullo de las conversaciones de la gente que está a nuestro alrededor sirviendo de relajante telón de fondo. La torre se alza en el cielo nocturno y, de repente, siento una ola de emociones inesperadas que me invaden.

A mi madre le habría encantado esto.

El pensamiento me sacude como un puñetazo, sobre todo porque viene acompañado de una sensación de angustia que preferiría no sentir en este momento tan romántico. Se me hace un nudo en la garganta y se me llenan los ojos de lágrimas.

Ahora no, me ruego a mí misma.

Aparto la vista de Ronan e intento secarme las lágrimas a toda prisa. Por el amor de Dios, estoy en París. Debería estar eufórica, pero no consigo entender por qué toda esta felicidad se ha convertido en tristeza.

Las manos de Ronan se deslizan suavemente por mis brazos. Espero que me pregunte si estoy bien o que me insista para que le diga qué me pasa. Pero en lugar de eso hace que me acerque a él.

—Estás pensando en tu madre, ¿verdad? —me pregunta, y me siento momentáneamente destrozada al oír cómo la menciona. ¿Cómo es posible que haya adivinado mis pensamientos sin pestañear?

Asiento. Tensa la boca; sus labios carnosos se comprimen en una línea recta, como si de repente lo entendiera todo.

—Viajar hace que afloren los malos recuerdos. Es normal. Me llevó tres años hacer un viaje después de que muriera mi familia. Durante mucho tiempo, la culpa que sentía por ser feliz me impidió ser verdaderamente feliz. Pero tú no tienes por qué sentirte culpable, Daisy. Tienes derecho a disfrutar de la vida.

—Lo sé —susurro, y las lágrimas se deslizan por mi rostro. Hace que me siente entre sus piernas abiertas, como si su cuerpo fuera mi manta, y me abraza con fuerza.

—Pero estar triste también está bien, pequeña.

Inspiro profundamente y me siento como si fuera la primera vez que lo hago en mucho tiempo. Con la espalda apoyada en su pecho, miro hacia la torre e intento disfrutar del momento. Con él, así, me siento segura, tanto física como emocionalmente.

¿Cuánto tiempo puede durar esto? ¿Es una estupidez por mi parte desear que se prolongue más? Ni siquiera hemos definido lo que somos, pero sé que somos algo. Para mí, lo es todo.

Pero ¿qué soy yo para él? ¿Un momento fugaz? ¿Una compañera momentánea? ¿Una aventura de una semana?

Me siento como si fuera más. Tiene que ser más.

De repente, me doy cuenta de que una mujer nos está mirando fijamente desde su manta, a unos tres metros de distancia. Su atención va de la cara de Ronan a la mía, y, como está más cerca de mi edad que de la él, supongo que la expresión severa de su bonito rostro se debe a que nos está juzgando.

Puede juzgarme todo lo que quiera. He dejado de *ver* su edad. No veo sus años, sus arrugas, sus canas, nada de eso. Solo lo veo a él. El número de años que una persona ha vivido parece un detalle

trivial cuando encuentras a alguien que enciende una chispa en tu alma y hace que la vida vuelva a valer la pena.

Él tiene un brazo sobre la manta que sostengo contra mi pecho y yo hago que lo pase por debajo para estrecharlo contra mi vientre. En lugar de apartarse, me abraza con más fuerza.

Cuando ladeo un poco la cabeza, siento su aliento en mi mejilla. Estamos al borde de algo grande. Por mucho que odie presionarlo, creo que los dos estamos listos para dar el salto.

—Ronan —susurro.

—Sí, Daisy —responde, con la boca pegada a mi oreja.

—No estoy triste. Ya no. De ese modo no. —Mis dedos descansan sobre los suyos hasta que nuestras manos se entrelazan, y me pregunto si él puede sentir lo mucho que lo deseo, lo mucho que anhelo su contacto.

—Yo tampoco. —Me besa en la sien.

Prácticamente puedo sentir los latidos de su corazón y la cadencia lenta pero intensa de nuestras respiraciones sincronizadas cuando me reclino sobre él y le aprieto la mano antes de guiársela hacia abajo. Lo recorre un escalofrío.

—Cariño, me vuelves loco —suspira con voz ronca.

—¿Por qué te resistes tanto? —musito.

—No lo sé. Tú has hecho que se me olvide.

—Entonces, tócame. Tócame como sé que quieres hacerlo.

—Joder —murmura sombríamente en mi oído, en un tono tan bajo que sé que solo yo puedo oírlo.

Su mano desciende de mi vientre y yo lo suelto cuando llega al dobladillo de mi vestido y me lo sube hasta dejar al descubierto mis bragas. Por suerte, la manta que nos tapa lo oculta todo.

A medida que el crepúsculo comienza a convertirse en oscuridad a nuestro alrededor, sus suaves dedos se acercan hasta la fina tela de mis bragas.

—Quítatelas —me susurra al oído.

—¿Aquí? —pregunto, mirando a mi alrededor.

—Ahora, Daisy. Quítatelas.

Trago saliva, meto los brazos bajo la manta y, con la mayor elegancia posible, me bajo las bragas por las piernas y me las saco

por mis pies desnudos. Las sostengo en el puño hasta que él me las quita de las manos y se las lleva a la nariz, con sus ojos voraces clavados en mí; Se las guarda en el bolsillo y hace que me recueste contra su pecho.

—Abre las piernas para mí, cariño. —Dejo escapar un gemido silencioso y me reclino contra él; sus dedos llegan a mi centro, entre mis piernas. Su tacto es celestial, suave y delicado, y me provoca hasta que me retuerzo—. Quédate quieta, Daisy. No queremos que nadie sepa lo que te estoy haciendo bajo esta manta.

Tengo que morderme el labio para no gemir cuando sus dedos rodean mi clítoris por un momento antes de deslizarse lentamente en mi interior. Muy despacio, juega conmigo, explorándome sin prisas con sus caricias. Cierro los ojos, saboreando la delicada intimidad entre nosotros. Puede que estemos en público, rodeados de gente y frente a una de las atracciones más famosas del mundo, pero en este momento solo existimos Ronan y yo.

Casi suelto un grito cuando me penetra con los dedos con más fuerza, y mi cuerpo tiembla de deseo. Me toca como si fuera un instrumento, y sus dedos conocen todas las notas correctas.

—Echo de menos tus gemidos —me susurra al oído—. Dime cómo te sientes.

—Me siento muy bien… —respondo sin aliento, entre jadeos.

—Me encanta cómo me empapas la mano, Daisy. Estás tan húmeda para mí…

Contengo un gemido.

Cuando añade un segundo y luego un tercer dedo, me siento muy llena y estirada a su alrededor. Aumenta la velocidad y sus movimientos son breves pero intensos, para que no sea demasiado obvio. Pero pronto me tenso; no poder moverme, contonearme ni gritar lo hace todo diez veces más excitante, y estoy a punto de explotar.

Cuando cierro los ojos con la cara apoyada en su cuello, él me da un codazo para que los abra.

—Mira la torre, Daisy.

—No puedo —susurro—. Voy a…

En ese momento la Torre Eiffel se ilumina con una luz blanca brillante que resplandece en el oscuro cielo nocturno. En ese mismo instante, Ronan mueve sus dedos hacia mi clítoris, y traza círculos con rapidez, y me corro tan violentamente que dejo escapar un grito ahogado. Afortunadamente, la multitud está aplaudiendo por las luces, y eso oculta mis gemidos.

Cierro los ojos con fuerza y me apoyo en su pecho, con el placer recorriéndome todo el cuerpo. Ola tras ola, cabalgo el orgasmo hasta que estoy completamente agotada y trato de recuperar el aliento. La torre brilla durante unos minutos más y, antes de que se apague, siento la mano de Ronan, todavía húmeda por mi excitación, deslizarse alrededor de mi cuello.

Hace que eche la cabeza hacia atrás y me mueve la cara para darme un beso ávido. Estoy embriagada por su contacto cuando finalmente se aparta. Sus labios siguen tocando los míos cuando vuelve a hablar.

—Tenemos que irnos al apartamento. Ahora mismo.

Regla nº 19

Las reglas están para romperse

RONAN

Prácticamente la saco a rastras del parque. Desde mi apartamento hay unas vistas estupendas de la torre, pero aun así tenemos que llegar allí en coche. El conductor nos está esperando, y Daisy y yo subimos apresuradamente.

Menos mal que la mampara ya está levantada, porque en cuanto mi trasero toca el asiento, ella se sienta en mi regazo, a horcajadas sobre mis caderas, y yo hago que acerque sus labios a los míos, ávido de su boca. Su sabor es delicioso y muy dulce cuando nuestras lenguas se entrelazan, y yo me bebo cada pequeño gemido y cada grito que ella deja escapar.

Que les den a las reglas. Que le den a intentar protegerme del dolor. Que le den al pasado y que le den al futuro.

Ahora mismo, solo existimos ella y yo, y esta pasión ardiente que ninguno de los dos puede ignorar más tiempo.

Necesito a Daisy. Me siento como si pudiera morir si no me toca, porque la vida sin eso no vale la pena. Ha llegado al orgasmo dos noches seguidas gracias a mí, y no creo que pueda esperar ni un segundo más antes de hacer que se corra con mi pene.

Ahora se acurruca contra mí, restregando su sexo ávido contra la dura longitud que esconden mis pantalones, y es lo más bonito y lo más sexy que he visto en mi vida.

—Me estás manchando los pantalones, cariño —digo entre risas y besos.

—No me importa —responde, sin romper apenas el contacto entre sus labios y los míos—. Te necesito, Ronan.

—¿Ronan? —pregunto; la beso hasta llegar a su cuello y lamo el sabor salado y dulce de su piel.

Con una risa sensual, me clava los dedos en el cuero cabelludo.

—Te necesito, papi.

—Dios, me encanta cuando me llamas así —mascullo contra su cuello.

—Pensaba que lo odiabas —responde ella; deja de contonear las caderas y se aparta un poco.

La agarro por la cintura y hago que se acerque a mí.

—No, cariño. El problema es que me gusta demasiado.

El coche se detiene frente al apartamento y ella se baja ansiosa de mi regazo cuando el conductor le abre la puerta. Yo voy justo detrás de ella y entramos juntos en el edificio a toda prisa, cogidos de la mano hasta llegar al ascensor. En cuanto se cierran las puertas, ella se apoya contra las paredes cubiertas de espejos y yo vuelvo a devorar esos labios perfectos.

Solo con saber que no hay nada debajo de su vestido, que no hay ninguna barrera entre su sexo perfecto y yo me vuelvo loco. Todo lo relacionado con Daisy me vuelve loco. Su lado dulce y su lado obstinado. Cómo suena en sus labios la palabra «papi». Esos pequeños gemidos que deja escapar cuando la beso.

Me hace querer algo más que murmullos.

Mi cuerpo toma el control y, antes de darme cuenta, estoy de rodillas frente a ella. No me importa que estemos en un ascensor que podría detenerse para cualquiera. Necesito sentir su sabor en mi lengua. Le levanto el dobladillo del vestido, hago que alce la pierna izquierda y, de repente, dejo de controlarme.

Me abalanzo sobre ella, deslizando mi lengua por sus perfectos pliegues rosados. Como un animal salvaje que prueba por primera vez a una mujer, no lamo su dulce sexo para darle placer, como haría normalmente. Lo hago porque estoy desesperado por saborearla. Se lo advertí. Le dije que lo que quería hacerle era obsceno, y esto no es nada comparado con lo que de verdad tengo en mente.

—¡Ronan! —grita; hunde sus dedos temblorosos en mi cabello.

Pero no me detengo. Lamo su centro como un hombre hambriento, y cuando hundo mi lengua en su interior deja escapar un gemido ronco que enciende mi cuerpo.

Dios, necesito más. Lo necesito todo.

Demasiado pronto, oigo la campanilla del ascensor que suena al llegar a nuestro piso. Me levanto de un salto, la echo sobre mi

hombro y la llevo al apartamento con el culo al aire. Voy al dormitorio, la tiro sobre el colchón y la agarro por las piernas para hacer que se quede en el borde de la cama.

Tiene las mejillas sonrojadas y me mira con una expresión llena de lujuria. Todo en ella es perfecto.

Mantiene la vista clavada en mi rostro mientras la levanto y le quito el vestido; encuentro el cierre de su sujetador y lo desabrocho rápidamente para quitárselo y así poder verla por completo.

—Mi chica perfecta —le digo con adoración, recorriendo todo su cuerpo con la mirada. Le acaricio con la punta de los dedos sus pechos turgentes y bajo por su suave vientre. Ella se estremece y se muerde el labio inferior. Me deshago rápidamente de mi ropa, demasiado ansioso por sentir la piel desnuda de su cuerpo contra la mía. Mi erección tensa la parte delantera de mis pantalones y me los bajo apresuradamente; su mirada desciende cuando la libero de los calzoncillos—. Ponte a cuatro patas, Daisy —le ordeno en voz baja. Sus ojos se iluminan con anticipación; se arrodilla y se coloca cerca del borde de la cama para mí. Me agacho para besar sus dulces labios. Luego me enderezo y guío suavemente su boca hacia mi pene. Ella acerca su boca a mí con expresión ávida, pero yo la detengo sujetándola por la barbilla—. Despacio, cariño —mascullo a modo de advertencia. Abre la boca, saca la lengua y acerco mi pene contemplando cómo sus ojos se oscurecen de lujuria mientras me abro paso entre sus labios. Succiona y tira de la punta y me arranca un gruñido de placer. Cuando suelta un dulce gemido, casi pierdo el control—. ¡Ah, joder! —exclamo con tono grave y ronco—. Tu boca es el paraíso, cariño. —Ella desliza sus labios arriba y abajo por mi dura longitud como un lento y cálido éxtasis. Ojalá pudiera quedarme así para siempre, pero cuando ella lame la tensa corona, pierdo el control. La aparto, sujetándola de nuevo por la barbilla—. Date la vuelta para papi —le pido con tono controlado. Se pone rápidamente a cuatro patas de espaldas a mí y yo me subo a la cama detrás de ella. Cuando veo su precioso sexo rosado, temblando de anticipación, me obligo a detenerme un instante—. Daisy…

—¿Sí? —responde, melosa.

—Tengo condones en el cajón de la mesita.

Ella duda un momento.

—Yo… no quiero —responde, y frunzo el ceño, preocupado.

—¿Qué quieres decir con que no quieres?

—Te has hecho pruebas, ¿verdad? Yo también. Y tomo anticonceptivos.

Tengo las manos sobre sus sensuales caderas redondeadas mientras la miro fijamente. No debería hacerlo. Pero cuando se trata de esta chica, no puedo pensar con claridad. Y justo cuando abro la boca para discutir, ella pronuncia las palabras que finalmente me convencen.

—No quiero que haya nada entre nosotros. Quiero que te corras… dentro de mí.

Joder. ¿Cómo lo hace? ¿Cómo, con solo unas pocas palabras, desmantela por completo mi determinación y me convierte en un hombre desesperado y lascivo?

—Ah, pequeña. Papi también quiere eso. —Mi voz está tan tensa que suena como el crujido de la grava. Estoy al límite, a punto de explotar. La pego a mí y pongo mi miembro cerca de su entrada; ella se retuerce y se contonea. Deslizo mi mano por su espalda y la mantengo quieta mientras entro en ella, saboreando la visión de su cuerpo absorbiendo cada centímetro de mí. Ella deja escapar un grito de placer cuando llego lo más hondo posible, y pega sus caderas a mí—. Me acoges tan bien, Daisy… —gimo. Cuando me retiro y vuelvo a empujar, esta vez con un poco más de fuerza, ella deja escapar un grito ronco y lascivo—. Eso es, cariño. Déjame oírte. —Me aferro a sus caderas, la embisto de nuevo, y ella me hace saber cuánto le gusta. Sus gemidos son obscenos y hermosos, y se agarra a las sábanas con fuerza mientras follamos. Me muevo despacio pero con brío, y cuando me paro, ella contonea el trasero —. Joder. Mi chica está ansiosa. Hazlo otra vez.

Ella obedece, empalándose en mi miembro, y sus gemidos y sus gritos son cada vez más fuertes. Es una puta maravilla, pero sé lo que mi chica necesita de verdad.

Sin previo aviso, me retiro y ella deja escapar un grito desesperado. Rápidamente, hago que se ponga boca arriba, le meto

una almohada debajo del trasero y vuelvo a penetrarla.

Luego, le acaricio el clítoris con mi pulgar, en círculos, y vuelvo a moverme. Contemplo con deleite cómo la expresión de su rostro se transforma en una de placer celestial.

—Córrete para papi, Daisy —susurro sin aliento—. Déjame verte.

Y así, sin más, el orgasmo la invade como un asalto. Sus piernas se tensan, su columna se arquea y veo cómo su cuerpo alcanza el clímax por segunda vez en el día.

En ese mismo momento, me doy cuenta de algo. Podría no volver a correrme nunca más, pero pasaría el resto de mi vida haciéndola llegar al orgasmo y moriría como un hombre muy feliz. Me encanta cómo se corre. Todo, desde cómo cierra los ojos hasta el modo en que arquea los dedos de los pies. Me encanta todo.

Su sexo palpita alrededor de mi pene, llevándome al límite. Un gemido carnal se escapa de mis labios mientras me derramo en su interior, y la intensidad de ese instante me sacude hasta lo más profundo.

Estamos sin aliento y agotados; me acerco lentamente a ella y apoyo la cabeza sobre su pecho para escuchar los latidos de su corazón.

Una felicidad como esta no dura mucho, eso lo sé. Pero voy a hacer todo lo posible para saborear cada segundo.

Me va a doler muchísimo cuando me rompa el corazón, pero, joder…, ella lo vale.

Regla nº 20

Disfruta de las vistas

DAISY

Cuando abro los ojos a la mañana siguiente, todo me parece distinto. Estoy acurrucada bajo las sábanas en la cama de Ronan. Pero cuando me doy la vuelta para tocarlo, encuentro su lado frío y vacío.

Normalmente, me entraría el pánico o me poseería la paranoia, pero con él no es así.

Me siento y miro alrededor de la habitación. Las ventanas están abiertas y bañan el dormitorio con una luz cálida, y cuando cojo mi teléfono de la mesita de noche, leo la hora: solo son las nueve de la mañana. Y es impresionante, teniendo en cuenta que nos quedamos despiertos media noche intercambiando orgasmos, con nuestros cuerpos abrazados hasta que nos invadió el cansancio.

Mi ciclo de sueño está alterado, sin duda, pero ¿a quién le importa? He tenido la noche más increíble de mi vida y he disfrutado del sexo más increíble, y me siento como si solo hubiera arañado la superficie de lo que podríamos ser.

Por primera vez en meses, me siento viva.

Salto de la cama y me aseo en el baño; me pongo uno de los vestidos de primavera que he traído en la maleta y echo un vistazo al apartamento. Hay un escritorio en el dormitorio, junto a las puertas francesas que dan al balcón.

Lo que me llama la atención en el escritorio es mi cuaderno de letras. Hay un lápiz en el centro que lo mantiene abierto y me acerco para encontrar la letra de otra persona garabateada en la página.

> «Quieres que tu vida sea poética, así que aquí estoy. No soy poeta, pero me moría de ganas de decirte esto: "Tus ojos no son tan azules como el cielo. El cielo es tan azul como tus ojos". Escribe tú el resto».

Una sonrisa se dibuja en mi rostro mientras mis dedos recorren las finas líneas grises de la página, releyéndolas una y otra vez. Ronan ha escrito esto.

No puedo dejar de sonreír mientras cojo el diario y miro las líneas en blanco debajo de su nota. Cojo el lápiz, llevo el diario al balcón, me acurruco en la silla de mimbre y apoyo los pies contra la barandilla de hierro forjado. Acompañada a lo lejos por la Torre Eiffel, dejo que las palabras broten de mí como agua y empapen las páginas.

No recuerdo la última vez que me sentí tan en sintonía con mi pluma ni con la letra que estoy garabateando. Siento como si otra persona estuviera escribiendo esta canción. Como si estuviera poseída.

Escribo sobre librerías polvorientas y la Torre Eiffel por la noche. Incluso escribo una línea sobre queso fundido sobre una fuente de patatas.

Todo fluye con facilidad y sin esfuerzo. Y en mi mente no hay espacio para el dolor ni el sufrimiento. Ya ni siquiera pienso en mi gran secreto. La noche llegará tarde o temprano, pero por ahora quiero disfrutar del sol.

Apenas percibo que la puerta principal se cierra de golpe. Estoy terminando una estrofa cuando él llega junto a mí.

—Ha funcionado —susurra, y por fin levanto la vista para sonreírle.

—¿Qué ha funcionado? —pregunto. Es entonces cuando me doy cuenta de que lleva unos pantalones de deporte y una camiseta ceñida y sudada. ¿De verdad ha salido a correr después del maratón sexual de anoche? ¿De qué está hecho este hombre?

—Mi notita. Aunque ya te lo he dicho: no soy poeta.

Lo miro con el sol de la mañana brillando sobre la ciudad y, por centésima vez desde que conocí a Ronan, admiro lo increíblemente guapo que es. En su cabello gris hay algunas mechas negras, tiene una mandíbula marcada, pómulos fuertes y ojos tan dorados que irradian calidez.

—Me ha encantado —respondo, y se agacha para besarme.

—Bien.

Se aparta de mí, se levanta la camiseta y se la quita; la tira al cesto de la ropa sucia junto al armario y yo me quedo mirando los

marcados músculos de su espalda, repasando en mi memoria los acontecimientos de los últimos días.

¿Debería avergonzarme de todo este asunto de llamarlo «papi »? Lo que comenzó como una broma se ha convertido en algo que no solo nos excita mucho a los dos, sino que también me ha dado una sensación de seguridad y comodidad que no había sentido en mucho tiempo… Si es que alguna vez la he sentido.

¿Es peor que llame «papi» a Ronan porque me cuida y me trata como a su pequeña?

Y aunque así sea, ¿a quién le importa?

Está claro que él y yo compartimos ese fetiche y que los dos lo disfrutamos, así que ¿por qué debería sentirme rara por llamarlo así? No tiene nada que ver con que Ronan sea mi padre de verdad, sino con que nos damos el uno al otro algo que está claro que anhelamos los dos. Él se siente mejor cuando lo necesitan, y yo me siento más segura cuando él está ahí para protegerme. Si la gente piensa que eso es raro, que les den.

Cuando oigo que se abre el grifo de la ducha en el baño, dejo mi diario y mi lápiz en la mesa de la terraza y me guío por el sonido.

Doblo la esquina hacia el baño; las paredes de cristal de la ducha están empañadas por el vapor del agua caliente. Sin decir palabra, me quito el vestido y abro la puerta. Él está de espaldas a la pared de azulejos, como si me estuviera esperando.

Me quedo paralizada contemplando su rostro; el agua corre en regueros desde su espeso cabello gris hasta su barba áspera. Mordiéndome el labio inferior, desvío la vista hacia su pecho bronceado y musculoso, cubierto por una fina capa de vello, y a través de sus suaves abdominales, hasta llegar a su pene endurecido. El vello de su pecho pasa de blanco a negro a medida que desciende por su cuerpo.

Nunca en toda mi vida había visto a un hombre mayor tan atractivo, pero Ronan Kade, de alguna manera, ha reconfigurado mi cerebro.

—¿Disfrutando de las vistas? —pregunta con tono burlón.

—Sí —respondo con una sonrisa—. ¿Te acuestas con muchas mujeres de mi edad? —La pregunta me viene a la mente y ni

siquiera entiendo del todo por qué.

Él frunce el ceño.

—Con muchas no. No solo me interesan las chicas de veintiún años, si es eso lo que te estás preguntando. ¿Tú solo sales con hombres de mi edad?

Me río.

—Hasta ayer, el hombre con más años con el que me había acostado tenía veinticinco.

Él resopla, burlón. Se acerca a mí, me abraza por la cintura y me pega a su cuerpo.

—Qué vergüenza. Por suerte, ahora tus estándares son mucho más altos —responde, y yo vuelvo a reírme.

Ronan interrumpe mi risa con un beso. Murmuro contra sus labios, encantada con la forma en que su barba bien recortada me raspa la nariz y la barbilla. Su cuerpo es duro y suave a la vez, con músculos tonificados que está claro que se esfuerza por mantener, pero también con una ligera capa de grasa que demuestra que, al mismo tiempo, se entrega a los placeres de la vida. De todos modos, creo que prefiero las partes blandas, sobre todo cuando me abraza con fuerza.

Nos damos la vuelta, de modo que mi espalda queda contra la pared de azulejos; me abro para él, que pasa un brazo bajo la pierna que he levantado y, con la mirada clavada en mis ojos, se desliza en mi interior, provocándome un largo y entrecortado gemido. En este ángulo, con la presión contra mi clítoris, puedo sentir cómo mi cuerpo se calienta de placer.

—Me haces sentir tan bien, Daisy… Es como si estuvieras hecha para mí.

Paso mis dedos por su cabello mojado mientras se mueve lentamente dentro de mí. Me encanta la idea de que me saboree, de que haga crecer el placer en mi cuerpo. Es una tortuosa escalada hacia algo explosivo. Me dejo llevar por esta lenta y suave ola junto a él durante lo que parece una eternidad.

—Más fuerte. —Mi voz no es más que aire y gemidos, pero cuando Ronan me penetra con fuerza, empotrándome contra la pared, pierdo por completo la capacidad de hablar.

—¿Te gusta, cariño? —gime—. Quiero que me digas exactamente cómo lo quieres.

—Sí. —Espero un sonido, algo parecido a una respuesta, mientras mi cuerpo se tensa como un resorte a punto de explotar.

—¿Sí qué? —responde él, y yo estoy demasiado ocupada conteniendo la respiración ante sus implacables embestidas, esperando que el clímax me derribe, como para escuchar su respuesta—. ¿Sí qué, Daisy? —Su voz es fuerte y profunda, ronca por el esfuerzo y el deseo.

Cuando las palabras por fin escapan de mis labios, son prácticamente un grito.

—¡Sí, papi!

Los fuegos artificiales detonan detrás de mis párpados cerrados mientras disfruto del orgasmo, deseando que dure para siempre. Pero se acaba demasiado pronto; él gime ruidosamente en el hueco de mi cuello, temblando contra mí. Los dos respiramos entrecortadamente cuando por fin sale de mí y su cálido semen resbala por mis piernas.

Sus dedos encuentran el hilo de semen en la parte interior de mis muslos y lo deslizan hacia arriba, como si intentara volver a meterlo.

—Ver cómo se derrama mi semen de ti me da ganas de follar otra vez, cariño.

Lo miro, sin palabras, consumida por el incendio que arde dentro de mí solo por esa frase. Él levanta sus dedos cubiertos de semen y me los pasa por el labio inferior. Rápidamente me paso la lengua por los labios para saborearlo. Se agacha y me besa, mezclando su propio semen entre nuestros labios.

Es tan erótico y sexy que me hace desearlo de nuevo.

—¿Crees que soy un depravado por querer llenarte siempre que pueda, Daisy?

Niego con la cabeza, emocionada. Yo también lo deseo.

—Si tú eres depravado, entonces yo también lo soy —respondo.

Con una sonrisa, me besa de nuevo, esta vez más profundamente, con un toque de desesperación. Cuando por fin nos separamos, hay algo en su expresión que me preocupa. Algo que me hace sentir como si él no estuviera tan entusiasmado con esto como yo.

—¿Va todo bien? —le pregunto. Como si fuera a decírmelo…
Él duda.
Pero un momento después, asiente y me da un beso en la frente.
—Mejor que bien, Daisy. Mucho mejor que bien.
Y con eso, sonrío e intento alejar mis preocupaciones.

Regla nº 21

No le tengas miedo a la esperanza

DAISY

—¿Qué estás leyendo? —pregunto. Estamos sentados en un banco en el mismo parque que visitamos el primer día, que es su favorito. Es nuestro último día en París antes de regresar mañana a casa, y no estoy preparada para marcharme. Aquí me siento ligera. Como si por fin hubiera encontrado la libertad que anhelaba tras la muerte de mi madre. Es la ciudad y es él. Estoy viviendo una instantánea de la vida que siempre he querido vivir, y mañana tendré que despertar de este sueño.

Tengo los pies en su regazo y mi cabeza descansa en el respaldo del banco mientras contemplo a la gente que pasa. Él le da la vuelta al viejo libro que tiene en la mano para mostrarme la portada. Son las obras completas de Emily Dickinson que le compré ayer, y siento cómo un rubor calienta mis mejillas.

—¿Estás releyendo su poesía?

—Por qué no —responde.

—¿Me lees algo?

—Por supuesto —dice; hojea unas cuantas páginas y cuando encuentra algo que le gusta, carraspea y lee en voz alta con un tono suave. En la primera línea, se me hace un nudo en la garganta y me pican los ojos—. «La esperanza es esa cosa con plumas que se posa en el alma y canta una melodía sin palabras, y nunca se detiene».

Era el poema favorito de mi madre. Escucharlo con su voz es como una invasión. Dos mundos que chocan.

Mientras habla, el pulgar de su mano libre recorre la parte superior de mi pie hasta el tobillo y luego vuelve a subir, y yo lo miro como si me estuvieran arrancando lentamente el corazón del pecho.

Incluso sin tener nada que me lo confirme, he aceptado la posibilidad de que mi madre amara a Ronan. Y odio ese recuerdo porque significa que no tengo derecho a amarlo de la misma manera. Él no es mío. ¿Cuánto daño le haría saber que él y yo

estamos juntos? ¿Saber lo que hemos hecho? Si estuviera viva, ¿estaría enfadada conmigo? ¿Celosa?

Su voz me ofrece calidez y consuelo mientras lee, y yo intento encontrar algo nuevo en el poema, algo que nunca haya visto. Pero la esperanza me sienta mal. Desperdicié la esperanza en mi madre moribunda, así que me parece una tontería esperar algo ahora.

Deseo que esta felicidad dure más de una semana en París. ¿Es demasiado pronto para esperar más? ¿Es una tontería esperar el perdón cuando decida confesarlo todo?

Cuando me vuelvo hacia Ronan, él termina el poema y me mira.

—¿Qué te ha parecido?

—Ha sido precioso —respondo, reprimiendo la creciente desesperación que siento en mi interior.

—Sí —coincide él—. Es uno de mis preferidos.

—¿Puedo hacerte una pregunta personal?

Él ladea la cabeza, deja el libro en su regazo y entrelaza sus dedos con los míos.

—Por supuesto.

—¿Sigues sufriendo por haber perdido a tu familia?

Sus dedos aprietan los míos, y entrecierra los ojos.

—Sí. El dolor nunca desaparece. Hay momentos en los que me siento como si estuvieran aquí. Como si aún debieran estar aquí. —Me obligo a tragar saliva, viendo cómo cambia su expresión al mencionar el dolor; sus rasgos se endurecen y parece cansado—. Pero con el paso de los años, esos momentos son menos frecuentes. Y todo va bien.

—¿Solo bien? —pregunto, apoyando la cabeza en el respaldo del banco.

—A veces, mejor que bien —responde con una suave sonrisa. Cuando lleva mis nudillos a sus labios, vuelvo a sentir ese tirón en el corazón—. Te seré sincero, Daisy. Solía pensar que podía reemplazarlos. Que, si me volvía a casar y tenía otros hijos, eso eclipsaría el dolor que sentía. Pero me enamoré, muchas veces, y me volví a casar, y nada lo disipó por completo, así que dejé de intentarlo.

—¿Dejaste de intentar encontrar el amor?

Una sonrisa se dibuja en sus labios.

—No quieres oír hablar de las mujeres que he amado, Daisy. Sé que no quieres.

Me incorporo un poco.

—Sí que quiero. Sé que tenías una vida antes de mí.

—¿De verdad? —Su rostro se contrae en una expresión confusa, y me doy cuenta de que no tiene ni idea de que mis motivos son dos: por un lado, quiero saber todo lo que pueda sobre Ronan Kade por mi propia curiosidad de enamorada; pero también porque sé que en algún lugar de esas historias hay un recuerdo de mi madre que nunca he visto, y Ronan es una caja fuerte que me muero por abrir.

—Sí, de verdad —respondo con confianza.

—Para serte sincero, Daisy —dice con cautela, y levanta la mano para tirar suavemente de uno de mis rebeldes mechones rubios que se ha soltado de la horquilla que lo sujetaba—, hace casi una década que me propuse no seguir buscando el amor para reemplazar lo que había perdido, y fue precisamente entonces cuando lo encontré. Pero no funcionó, así que entonces dejé de intentarlo de forma definitiva.

—¿Qué pasó? —respondo, entusiasmada, esperando que se refiera a mi madre.

—Ella ya tenía una vida en la que yo no encajaba. Por mucho que la quisiera, tuve que aceptar que echar a perder lo que ella tenía no era forma de demostrarle mi amor.

—¿Estaba casada?

—No, tenía una hija. —Tengo que contener el grito ahogado que quiere escapar de mis labios. Lo sospechaba. Sabía que era posible, pero oírle hablar de ella, sabiendo lo mucho que la quería…, me hace daño—. No pasa nada. Ese barco ya zarpó y yo lo he aceptado. ¿Te imaginas cómo sería mi vida ahora? Si nos hubiéramos casado y hubiéramos tenido una hija, probablemente no me habrías conocido en Juegos Prohibidos.

Me cuesta mucho esfuerzo mantenerme tranquila, sin llorar, mientras él habla, aunque sé que la niña a la que se refiere es muy probable que sea yo.

—¿Te arrepientes? —le pregunto, con un hilo de voz que apenas es un susurro.

—No —responde sin dudar. Luego se echa hacia delante y me acaricia la mejilla con el pulgar—. Que la quisiera no significa que la mereciera. Y tampoco significa que estuviéramos destinados a estar juntos. La quería. Mucho. Pero me niego a vivir en el pasado. Ahora estoy aquí, y es exactamente donde quiero estar.

No puedo contener las lágrimas que ahora anegan mis ojos. Cuando él se da cuenta, hace que me acerque hasta que por fin me siento en su regazo; me besa las mejillas, primero una, luego la otra, antes de besarme los labios. Sin presionarme ni entrometerse; solo me abraza y me acaricia el pelo mientras yo lloro.

En momentos como este, la muerte de mi madre sigue siendo como una herida abierta. Una herida abierta que intento ocultar.

—No estés triste, pequeña. Por mí no.

—No lo estoy —respondo. —Es solo que… no quiero irme a casa mañana. Quiero quedarme así para siempre.

—Yo también, Daisy.

—¿Qué va a pasar cuando volvamos a casa? —Mi voz suena débil y vacilante.

—Lo que tú quieras que pase —responde él.

Inspiro hondo y siento el alivio que me produce esa respuesta. Me vuelvo para encontrar su mirada.

—Quiero esto. Que haya un nosotros.

Sus ojos brillan con satisfacción cuando me aparta un mechón de pelo de la frente.

—Yo también.

—¿En qué piensas? —le pregunto.

Suelta una suave risa y me besa en la sien.

—En todas las salas de Juegos Prohibidos a las que quiero llevarte cuando lleguemos a casa —susurra.

La sangre de mis venas se calienta con ese pensamiento.

Después de unos momentos, nos levantamos del banco y paseamos de la mano por el parque, de regreso al apartamento. Si la gente nos mira, no les presto atención. Solo pienso en lo bien que me sienta ser suya.

No sé cuándo empezó todo esto, pero sé que estamos a punto de embarcarnos en algo que seguro que será increíble. Siempre y cuando no se eche todo a perder antes.

Regla nº 22

Escucha lo que ella quiere

RONAN

—No quiero irme a casa —protesta, sentada junto a mí en el avión que está sobrevolando el Atlántico.

—Ya regresaremos en otra ocasión —susurro, besándole la sien. Su cabello huele muy bien, a lavanda y menta. Es un aroma que he llegado a amar en menos de una semana. Ahora todo lo que tiene que ver con ella me resulta familiar, como si se hubiera grabado en mi piel, como si ya fuera una parte esencial de mi vida cotidiana.

Sin embargo, hoy Daisy está algo rara. Lo noté ayer, y me temo que, cuando dice que no quiere irse a casa, lo que de verdad quiere decir es que no quiere volver a la realidad.

Por mi parte, me preocupa que este sueño termine en París y que, en cuanto volvamos a nuestras vidas normales, ella pierda el interés. La novedad de un hombre mucho mayor desaparecerá y la intensa conexión que compartimos se esfumará.

Es difícil confiar en tus emociones cuando hay lujo de por medio. ¿De verdad está interesada en mí? Si no pudiera llevarla en *jets* privados ni alojarla en una *suite* en un ático, ¿seguiría sintiendo esa chispa entre nosotros?

Además de todo eso, me temo que Daisy todavía está lidiando con el trauma de haber perdido a su madre, y, si ese es el caso, probablemente esté tan desesperada por escapar que hará cualquier cosa para conseguirlo.

En cualquier caso, estoy nervioso. Esta semana ha sido como un sueño, pero nos espera un camino difícil a los dos si queremos convertir ese sueño en realidad.

Cuando la auxiliar nos trae unas copas, Daisy se anima y me agarra afectuosamente del brazo. Está claro que le encanta la idea de poner celosa a esa mujer, y no voy a impedírselo.

—¿Ha disfrutado de su estancia en París, señor Kade? —pregunta la mujer.

—Sí, mucho. Gracias.

—Por favor, prepare solo una cama —interviene Daisy.

La auxiliar esboza una sonrisa forzada y asiente.

—Sí, señora.

Entonces Daisy entrelaza sus dedos con los míos y me dedica una dulce sonrisa. Un momento después, la mujer se ha ido y yo me río para mis adentros. Es bonito que sea tan posesiva. ¿Será así también en casa? Si voy al club, ¿seguirá agarrándome del brazo o le dará vergüenza que la vean conmigo? Una cosa es estar rodeada de desconocidos, pero otra muy distinta es mostrar su interés por un hombre mucho mayor delante de gente que conoce.

—¿Vas a estar así en Juegos Prohibidos? —pregunto con un tono un poco humorístico.

Le da un sorbo a su champán y, antes de dejar la copa sobre la mesa, frunce el ceño, pensativa.

—Supongo que la verdadera pregunta es por qué vas al club.

—Bueno, a veces voy porque me gusta estar allí. No siempre voy por el sexo. —Enarca las cejas, expectante, como si esperara que continuara, así que lo hago, porque sé lo que me está preguntando en realidad—. La única persona con la que pienso acostarme en el club eres tú, cariño. —Sus labios dibujan una sonrisa de satisfacción —. ¿Te parece bien que todo el mundo sepa que estamos juntos?

—Por supuesto —responde con un suspiro—. ¿Y a ti?

—Joder, sí. —Me echo hacia delante y me acerco su rostro para besarla. Su expresión es seria, como si de repente se diera cuenta de que acaba de embarcarse en una auténtica relación con un hombre de cincuenta y tantos años. Solo espero que lo que veo sea emoción y no arrepentimiento.

—Entonces —susurra—, ¿qué tienes pensado hacer conmigo en Juegos Prohibidos?

Ah, ¿así que ahora vamos a tener esta conversación?

Mi erección se despierta dentro de mis pantalones solo con pensarlo, así que le doy un largo trago al champán antes de responder.

Pongo la mano sobre su rodilla y la aprieto suavemente.

—Si hablamos de eso, no podré quitarte las manos de encima.

—¿Quién te ha dicho que no quiero que me toques? —replica con una sonrisa pícara. Estamos sentados uno al lado del otro, frente a una mesa; tiene su mano sobre la mía y abre un poco las piernas.

—La auxiliar podría entrar en cualquier momento, cariño. Eres un poco exhibicionista, ¿no? —le respondo, deslizando mi mano por su muslo.

—Bueno, tú hiciste que me corriera la otra noche delante de medio París, así que diría que sí. —Deja escapar un gritito ahogado cuando mis dedos rozan la tela de sus bragas.

—¿Eso significa que me dejarías llevarte a la sala vip?

—Quizás… —murmura.

—¿O a la sala de *voyeurs*? —insisto, acariciándola más fuerte.

—Sí. —Le cuesta mantener la compostura mientras la provoco, acariciándola por encima de las bragas durante un segundo; las aparto para sentir lo mojada que está—. ¿Y qué hay de…? —Un pequeño gemido se escapa de sus labios cuando meto mi dedo un centímetro en su interior, lo justo para volverla loca. Tarda un momento en recuperar el control.

—¿Y qué hay de las salas de castigo? —pregunta.

Me quedo parado y la miro, sorprendido.

—¿Eso te gustaría, Daisy?

Se muerde el labio y asiente.

—Bueno, me gustaría probarlo.

Mi pene palpita en mis pantalones con solo pensarlo. El castigo no es mi estilo. No es lo que me suele gustar…, pero si es lo que desea, haré cualquier cosa por ella.

La siento ligera como una pluma sobre mi mano. Se remueve en su asiento y veo cómo se debate entre hacerme otra pregunta o animarme a continuar.

—¿Qué pasa, cariño? ¿Qué más quieres? —pregunto, retomando las lentas caricias.

—Todo. Quiero que me lo enseñes todo —responde con una mirada lujuriosa y sombría.

Tengo que hacer un esfuerzo para tragar saliva. Retiro mi mano del calor de su sexo y hago que se levante de su asiento y que se

acomode en la mesa, frente a mí, con las piernas a los lados de las mías. Me mira fijamente con el ceño fruncido.

—Daisy, te enseñaré todo lo que quieras aprender. Sabes que puedes confiar en mí, ¿verdad?

Asiente con calidez en la mirada y esos salvajes mechones rubios enmarcando su rostro.

—Quiero aprender todo lo que sabes. Quiero ser lo que necesitas.

—Cariño —respondo con tono suave—. Eres todo lo que necesito.

Se encoge de hombros.

—Ronan, ya sabes a lo que me refiero.

—Sí, sé lo que quieres decir —respondo, deslizando mis manos por sus muslos—. Y, como te he dicho, te enseñaré todo lo que quieras saber. Lo que sea que quieras probar lo probaremos.

—Eres un dom, ¿verdad? Entonces, hazme tu sumisa.

—¿Es eso lo que quieres? —pregunto, intrigado.

—¿Crees que soy lo bastante sumisa? —responde.

Me echo hacia delante para acercarme a su rostro.

—Ser sumisa no es un tipo de personalidad, Daisy. Es un papel, uno que tienes que querer desempeñar. Y no necesito que lo asumas, si es lo que te preocupa. Lo que me gusta, cariño, es hacer que te sientas bien dándote todo el placer que pueda. —Le estrecho los muslos con los dedos para hacer que se acerque más a mí, y me quedo sin aliento al tenerla tan cerca—. Nada me excita más que pensar en tener el control total sobre tu cuerpo, para jugar con él, para probarlo, para… follar. —Pronuncio esa última palabra con un murmullo y espero su reacción. Ella deja escapar un pequeño gemido, con los ojos muy abiertos, llenos de deseo—. Si establecemos los límites y las palabras de seguridad y nos comunicamos, creo que podemos hacerlo. ¿Te excita ese tipo de sumisión, pequeña?

—Sí, papi —musita, y casi pierdo el control. Veo el movimiento en su cuello cuando traga saliva y deja escapar un delicado suspiro con la mirada clavada en mí.

—Bien. —Me acerco aún más y la beso con tanta fuerza que se derrite como cera sobre la mesa. Al separarme, le susurro al oído—: Ahora quédate calladita para que nadie te oiga.

Hago que ponga sus piernas sobre mis hombros y la acerco hasta el borde de la mesa; le aparto las bragas y doy un lento y largo lametazo a su sexo.

Ella reprime sus gemidos y yo pienso en lo hermosa que estará atada a mi cama, completamente a mi merced. La abrumadora confianza que deposita en mí me excita, y, por un momento, el miedo al futuro desaparece. Solo estamos nosotros, mi cara entre sus piernas y sus gritos ahogados.

Ahora que estamos así, me permito creer que Daisy y yo podríamos ser algo más que una aventura que, por una vez, no tenga por qué terminar en dolor y arrepentimiento. Su alma pura y sincera, que anhela poesía, libertad y color en su vida, coincide lo suficiente con la mía como para darme a entender que ella se preocupa más por mí que por el dinero o el placer.

Lo que tenemos podría ser mucho más.

Soy tonto por tener esperanzas.

Pero ya he sido tonto antes. Y sería aún más tonto si dejara pasar la oportunidad de jugar la mano que tengo con la esperanza de ganar el bote. Lo arriesgaría todo por ella.

Sus piernas tiemblan alrededor de mi cabeza, su respiración se vuelve entrecortada y desesperada, y sé que cuando deja escapar un chillido —*«Sí, papi»*— es su forma de reclamarme. De marcar lo que es suyo. De dejar claro a quién pertenezco, un mensaje para la única persona que está al alcance de su voz. Y aunque es un poco excesivo, me hace sentir orgulloso de cojones porque es lo mínimo que deseo.

Y eso me da más esperanzas que cualquier otra cosa.

Regla nº 23

Todos los sueños llegan a su fin, algunos más abruptamente que otros

DAISY

Regresar al apartamento de Ronan es como llegar de unas vacaciones y empezar otras inmediatamente. En algún lugar del aparcamiento subterráneo del edificio hay una furgoneta blanca que precisa urgentemente de una limpieza, llena hasta los topes de cosas que no quiero volver a ver nunca más. Todo lo que necesito está en mi vieja mochila raída.

Estoy mirando por el ventanal con vistas a la ciudad cuando siento que un par de brazos me rodean por detrás.

—¿Estás bien? —me susurra al oído.

Asiento. Estoy mejor que bien, la verdad. Estoy en este lujoso apartamento con un hombre que está loco por mí y un diario repleto de canciones que he escrito.

La vida es maravillosa.

Entonces, ¿por qué me siento inquieta? Como si mis pies hubieran tocado tierra pero yo aún no hubiera aterrizado del todo.

—Estoy bien —respondo, haciendo una mueca mientras muevo el cuello de un lado a otro—. Pero un poco cansada. —He dormido mucho en el avión, pero no puedo quitarme la sensación de agotamiento que empieza a apoderarse de mí.

—¿Por qué no te acuestas un rato? —sugiere.

—Vamos a ir al club esta noche, ¿verdad? —respondo con entusiasmo.

—No. Vamos a tomarnos la noche libre, Daisy. Ahora ve a descansar.

—¿Y si no quiero? —replico con una sonrisa tímida.

—Entonces, te pondré sobre mis rodillas —gruñe en mi oído.

—Perro ladrador…

—Vete ya, cariño —dice, esta vez con tono sincero.

—Vale, vale, me voy. —A regañadientes, me separo de su cálido abrazo y voy hacia el dormitorio, su dormitorio.

Me siento patética por no tener una habitación propia. Ni una casa propia. ¿Él piensa que soy patética? Si ahora no está harto de tener que cuidar de mí, ¿cuándo lo estará?

Intento alejar esos pensamientos, cierro la puerta y voy tambaleándome hacia su cama. Me siento en el borde y me doy cuenta demasiado tarde de que mi repentina oleada de debilidad y agotamiento se debe a que, aunque he dormido en el avión —y he disfrutado de dos orgasmos—, no he comido nada excepto un *croissant* de chocolate con mantequilla antes de despegar. Estaba tan absorta en la conversación que hemos mantenido y en sus dedos expertos que ni siquiera he pensado en ello.

Para ser sincera, en realidad me siento un poco aliviada. Prefiero que sea mi puñetera hipoglucemia y no algo más grave. Así que, en lugar de acostarme, me levanto de la cama y voy hacia la puerta.

—Ronan —lo llamo, dispuesta a explicarle lo sucedido, y es entonces cuando me doy cuenta de que me he levantado demasiado rápido. Me pitan los oídos, veo borroso, me da vueltas la cabeza y me desplomo en el suelo.

Intento amortiguar la caída como puedo y me agarro a la cómoda, pero solo consigo tirar casi todo lo que hay encima, con un estruendo ensordecedor. Todo lo que me rodea se vuelve borroso y la habitación se reduce a un pequeño círculo hasta que me hundo en la oscuridad.

Cuando vuelvo a abrir los ojos, sigo en el suelo del dormitorio de Ronan, y me duele la cabeza en el lugar donde debo de haberme golpeado contra la alfombra. Veo borroso, como si tuviera los ojos llenos de agua, y escucho una voz familiar y frenética.

—No lo sé. La he encontrado en el suelo. Se ha desmayado. —Ronan. Dios, parece aterrorizado—. ¿Está bien?

—Señora, ¿me oye? Una luz enfoca hacia mis ojos, y los entrecierro para protegerme.

—Estoy bien —murmuro para responder al hombre que está junto a mí.

—¿Recuerda lo que ha pasado? —pregunta él—. Señora, ¿ha tomado algo?

¿Tomar algo? ¿Quién es este hombre? Me siento como si llevara horas inconsciente. Me duele tanto la cabeza que el pulso me late en los oídos.

—Azúcar en sangre —murmuro, pero mis palabras son ininteligibles y me resulta imposible mover los labios.

—¿Azúcar en sangre? —pregunta el hombre—. ¿Es usted diabética?

Niego con la cabeza, lo que hace que me duela aún más. Nunca me había sentido tan mal después de uno de mis desmayos. El golpe que me he dado ha debido de ser bastante fuerte.

—Tengo… bajo… el nivel de azúcar en sangre —balbuceo. Estoy tan débil que apenas puedo terminar una frase. Me pesan hasta las palabras. Me pesa todo.

Veo a Ronan detrás del hombre vestido de azul. *«Lo siento»,* intento decir con solo la expresión de mi rostro, pero por la forma en que tensa la mandíbula y entrecierra los ojos, sé que está enfadado.

Debo de haberlo asustado mucho. Solo de pensar que me ha encontrado así hace que se me llenen los ojos de lágrimas y que sienta un nudo en la garganta.

El médico me hace más preguntas mientras yo sigo aquí tumbada, odiándome a mí misma. A lo patética que me sentía antes tengo que añadir la vergüenza y el bochorno. Soy tan mala cuidando de mí misma que apenas puedo mantenerme con vida. Comer es la necesidad humana más básica y ni siquiera soy capaz de hacerlo.

—Tiene que ir al hospital —anuncia Ronan, enfadado.

—No —respondo con esfuerzo, tumbada en el suelo—. Estoy bien.

—No estás bien, Daisy.

—Solo necesito….

—Daisy. —Su voz es severa, y pronuncia mi nombre con dureza. Cuando lo miro, siento que las lágrimas me inundan los ojos y, en un abrir y cerrar de ojos, resbalan por mis mejillas y caen al suelo.

Sintiéndome derrotada, me limito a asentir.

Un momento después, alguien deja mi cuerpo inerte sobre una camilla y tengo que taparme los ojos con el brazo para ocultar que ya no puedo contener las lágrimas.

Sabía que el sueño terminaría después de París, pero no sabía que iba a ser tan abruptamente.

En el hospital no hay salas para multimillonarios ni trato vip. Me llevan en silla de ruedas a la abarrotada sala de urgencias, me meten en una pequeña zona separada por cortinas y me colocan una vía intravenosa que debe de estar bombeando glucosa en mis venas, porque en cuestión de minutos vuelvo a sentirme humana.

Ronan está todo el tiempo a mi lado, pero no me dirige la palabra.

Quiero pedirle que se vaya a casa, pero una parte de mí tiene pánico a que, si lo pierdo de vista, volveré a vivir en mi furgoneta. Se acabaron los fines de semana en París. Se acabó la poesía. Se acabó él.

Soy demasiado joven y demasiado irresponsable. Estoy demasiado enferma, triste y destrozada para un hombre como él.

—Daisy… —susurra cuando se da cuenta de que estoy llorando en silencio en la cama del hospital.

—Lo siento —respondo sin dejarle terminar.

—¿Tienes idea de lo asustado que estaba? Te he encontrado en el suelo. Parecías…. —Se frena en seco, y lo único que puedo ver antes de que se dé media vuelta es la tensión en su mandíbula al apretar los dientes.

—Te he dicho que lo siento —insisto con voz temblorosa.

Él suspira profundamente.

—Quiero cuidar de ti, Daisy, pero tú también tienes que cuidarte. Tengo que saber que puedes hacerlo.

—No soy una niña, Ronan —respondo con firmeza—. Solo ha sido un error. Me pasa a menudo.

Nunca lo había visto tan enfadado, y, por un momento, pienso que se ha acabado. En ese preciso instante se da cuenta de que es demasiado mayor para cuidar de una mujer irresponsable que ni siquiera se acuerda de comer.

Así que cuando se abalanza sobre mí, me pilla por sorpresa. Sus fuertes manos me agarran la cara y me obligan a mirarlo.

—No vas a permitir que vuelva a suceder, ¿me entiendes? Vas a comer mejor. Tres comidas completas al día. ¿Queda claro?

—Lo haré. Lo prometo —digo con voz entrecortada.

—No puedo…. —Lo que fuera que iba a decir se pierde, sus palabras se desvanecen cuando aprieta los labios. Después de apartar la mirada por un momento, como si estuviera recomponiéndose, se vuelve de nuevo hacia mí con una expresión severa en el rostro. Parece que está a punto de decir algo, pero justo entonces se descorre la cortina y entra la doctora.

Habla rápido y repasa los resultados de mis pruebas a toda prisa. Se dirige más a Ronan que a mí, y eso me irrita un poco. No sé si cree que es mi padre o si lo está evaluando, y no puedo culparla: incluso bajo las luces del hospital es guapísimo.

Pero quiero gritarle que es mi salud. Mi culpa. Mi problema. Por supuesto, no lo hago.

Básicamente, dice que estoy bien. No hay signos de diabetes ni de conmoción cerebral. Solo he tenido una bajada importante de azúcar en sangre y tengo que aprender a comer mejor. El estrés y los viajes pueden desequilibrarme; no me dice nada que no supiera.

Transcurre otra hora hasta que por fin me dan el alta y cogemos el coche de Ronan para ir a casa. No sé si sigue enfadado conmigo, pero cuando me abraza en el asiento trasero, lo tomo como una buena señal. Sin embargo, todavía está un poco irritado, se lo noto.

Tiene que haber alguna forma de compensárselo. No puede seguir molesto conmigo para siempre.

Regla nº 24

Dale una lección

RONAN

Aprieto los puños por décima vez desde que salimos del hospital. Me pican las palmas de las manos, pero no es porque quiera descargar mi ira sobre Daisy o hacerle daño de alguna manera. No soy un puñetero monstruo.

Cuando estábamos en el hospital he visto la expresión triste y arrepentida de su rostro y me he dado cuenta de lo mal que se sentía por dejar que la encontrara así y por asustarme tanto.

Tengo planes para ella cuando lleguemos a casa. Sobre todo, me gustaría abrazarla. Besarla. Sentir los latidos de su corazón y su respiración y empaparme de lo viva y sana que está, pero no puedo. Todavía no.

Daisy quiere saber qué se siente al ser mía, y yo pienso enseñárselo.

Pero antes de hacerlo debo cuidar de ella.

—Tienes que comer —digo con tono autoritario cuando entramos en el apartamento. Está junto a la puerta con aire abatido. Su larga melena rubia está recogida en un moño suelto en la parte superior de la cabeza.

—De acuerdo —responde dócilmente antes de desaparecer en el baño para asearse.

Saco el táper con la comida que Agatha nos ha preparado y lo meto en el microondas siguiendo sus instrucciones, y pienso en lo mucho que han cambiado las cosas con Daisy en tan poco tiempo.

En apenas una semana ha dejado de ser solo una chica misteriosa que me fascinaba y se ha convertido en mucho más para mí. Ha ocupado un lugar en mi vida con tanta rapidez que me asusta. Más que Julia. Más que Shannon. Más que mi exmujer y que cualquier otra mujer entre medias. Ojalá pudiera entender por qué, aparte de porque es guapa, inteligente y divertida. Se trata de algo más que

sus buenas cualidades. Se trata de cómo me hace sentir cuando estamos juntos. De cómo me hace sentir respecto a mi propia vida.

La esperanza es esa cosa con plumas que se posa en el alma y canta una melodía sin palabras y nunca se detiene…, en absoluto…

Así es como me hace sentir Daisy. Como si me quedara más vida por vivir de lo que me permito pensar. Como si me quedara más amor por dar.

El microondas pita, saco el plato y lo pongo sobre la mesa para Daisy, con cubiertos y un vaso de agua. Cuando sale del baño, le señalo el plato.

—Come —digo con tono frío y desapasionado.

Ella traga saliva y se sienta a la mesa sin discutir.

Quizás me esté pasando de la raya, pero Daisy me dijo que quería que fuera su amo. Joder, me llama «papi», como si se muriera por hacerlo desde el momento en que nos conocimos. Bueno, si quiere que la trate como si me perteneciera, eso es lo que va a conseguir.

Y aún no ha visto nada.

Espera a que la lleve al dormitorio.

Estoy dejándome llevar por la ira al tomar mis decisiones, y no debería. Tengo que calmarme y pensar con claridad.

Pero sigo viéndola en el suelo del dormitorio, sigo temiéndome lo peor. No se cuida. Se trata como si fuera prescindible, y eso me irrita más de lo que esperaba.

Después de hoy podremos dejar todo esto atrás y volver a ser como antes. Pero, por ahora, me debe una.

Cuando termina de comer, le quito el plato y le doy un beso en la coronilla.

—¿Sigues enfadado conmigo? —pregunta, y eso casi me rompe el corazón. Debe de sentirse muy mal, porque esta no es la misma chica que se resistió cuando intenté llevarla a mi casa después de encontrarla durmiendo en su furgoneta. El remordimiento en su rostro es auténtico.

—No, Daisy. No estoy enfadado contigo.

—Sí que lo estás —argumenta débilmente.

—No —respondo bruscamente—. No lo estoy. —Pero entiendo por qué lo piensa: mi tono es airado.

Clava en mí sus inocentes ojos bien abiertos, como si esperara algo más.

—Pero… —susurra.

—Pero sigo queriendo castigarte.

Frunce el ceño.

—¿Castigarme? —murmura.

Mi erección crece dentro de mis pantalones.

—¿Qué te he dicho que iba a hacer si te portabas mal, Daisy?

Ella traga saliva y separa los labios, echándose un poco hacia mí.

—Ponerme sobre tus rodillas.

—Creo que te lo mereces. ¿Tú qué opinas?

—Sí —responde sin dudar. Está petrificada; tiene los ojos muy abiertos y la respiración entrecortada—. Sí, papi —añade en voz baja, y ante eso mi pene casi salta de mis pantalones.

—Buena chica, Daisy. —Le doy un beso en la frente—. Ahora ve a quitarte la ropa y espérame en mi cama.

Ella asiente, inspira hondo y se va.

En cuanto desaparece dentro del dormitorio me tomo un tiempo para fregar los platos de la cena. Quiero que espere. Quiero ir despacio porque, si me apresuro demasiado, voy a derrumbarme, y no puedo permitir que ella lo vea.

Así que, cuando estoy listo, me desabrocho las mangas de la camisa y entro en el dormitorio. Ella está sentada en el borde de la cama, mirando al suelo mientras espera. Al oír mis pasos, levanta la cabeza y me mira con expectación.

Me quedo parado en la puerta. Estamos haciéndolo todo al revés, pero las cosas con Daisy ha sido poco convencionales, así que no me sorprende demasiado. Aun así, tengo que asegurarme de no hacerle daño.

—Tengo que saber que estás de acuerdo con esto, Daisy.

—Lo estoy —responde al instante. Su voz es una dulce bocanada de aire cálido. Eso hace que esto sea más difícil para mí, pero también más atractivo. Sé que detrás de esa expresión inocente y esa bonita voz hay una chica dura como el acero. Ha pasado por un infierno. Ha sobrevivido por sí misma y no me necesita, pero sé que quiere fingir que sí.

Y lo que es más importante, sé que ella quiere esto: el castigo, la penitencia y el perdón.

—Si no puedes soportarlo, di «rojo» y yo me detendré. ¿Entendido? —Ella asiente, con esos grandes ojos azules mirándome con deseo—. Tienes que decir «rojo», Daisy. Si me dices que pare o que te duele, no voy a parar. ¿Está claro?

Su pecho sube y baja con cada aliento. Sus nudillos se vuelven blancos cuando se aferra al edredón, y puedo ver cómo tiembla desde aquí.

—Sí. Lo entiendo.

Cuando me acerco a ella, su respiración se acelera, pero no aparta la vista de mi rostro. Me mira como si estuviera buscando algo. Me siento en la cama, a su lado, y no digo nada. Solo me doy una palmadita en el regazo y espero.

Sin pronunciar palabra, se tumba sobre mis piernas, mostrándome su trasero desnudo. Se me hace la boca agua al verlo.

Todo esto me parece muy diferente a lo habitual. No estamos en el club. Esta no es una mujer con experiencia en ser sumisa o en que la castiguen. Es alguien por quien siento algo profundo. Y, de algún modo, me siento tan poco preparado para esto como ella.

Pero sigo deseándolo, y puede que diez veces más de lo normal.

Mi mano dibuja grandes círculos sobre cada nalga, disfrutando de cómo se contonea y tiembla bajo mis dedos.

—Van a ser veinte azotes y tú vas a contarlos. ¿Está claro?

—Sí, papi —murmura.

—Bien alto —le digo; levanto la mano derecha y la dejo caer con fuerza en su trasero. Ella deja escapar un chillido, pero se muerde la lengua para reprimirlo.

—Uno —anuncia.

Sin darle tiempo para recuperarse, lo vuelvo a hacer. Y otra vez. Y otra vez. Y con cada azote cuenta entre dientes, gimiendo por lo bajo.

Empieza a retorcerse, soltando un grito cada vez. Su trasero está ahora completamente rojo, y hago una pausa para acariciar la zona en carne viva, contemplando cómo se vuelve blanca con mis atenciones.

Estoy tan duro que me duele, y cuando se mueve es a la vez el cielo y el infierno.

—Sabes por qué estoy haciendo esto, ¿verdad, Daisy?

—Porque hoy no he comido —responde con un gemido agudo.

—Porque me has asustado, cariño. Me has asustado muchísimo. Ahora quiero oírte gritar y llorar y ver cómo te retuerces, porque al menos así sabré que estás viva y bien. Grita para mí, Daisy.

Tiembla bajo mis manos.

—Sí, papi —susurra.

Levanto la mano y le doy otra palmada en la carne enrojecida. Es la palmada más fuerte, incluso me duele la mano, pero ella hace lo que le he pedido: deja escapar un grito de dolor, dando patadas en la cama, por lo que tengo que sujetarla más fuerte contra mí con mi mano libre.

—Así se hace, mi niña —apruebo antes de darle otra palmada.

—¡Me duele! —grita contra el colchón.

—Cuenta, Daisy. O tendré que empezar de nuevo.

—Dieciséis —solloza.

Las cuatro últimas palmadas me duelen tanto a mí como a ella. Sé que quiere que termine. Sé que aborrece todo esto, pero, por las gotas de sudor en su espalda y por que es consciente de que, aunque me suplique que pare no voy a hacerlo, sé que a Daisy le gusta el castigo.

Puede que no esté en mi naturaleza querer hacerle daño, pero me excita ver lo bien que aguanta.

Ella se retuerce contra mí, gritando contra las sábanas cuando le acaricio el trasero. Al deslizar mis dedos entre sus piernas, me encuentro un charco de excitación y dejo escapar un gruñido. Sus gritos se vuelven salvajes, bajos y necesitados. Llevo de nuevo la mano hacia su trasero y ella levanta las caderas para buscar mis dedos.

—Dime lo que quieres, cariño —le pido, dándole un apretón en las nalgas.

—¡Tócame! —exclama.

—¿Has aprendido la lección?

—Sí, papi —gime—. Por favor, tócame.

—Mi chica está tan necesitada… —murmuro, deslizando mis dedos de nuevo hacia su excitado centro. Extiendo la humedad de su sexo por sus pliegues, abriéndola y provocándola con mi contacto. Se retuerce y gime, jadea y suspira. Estoy siendo suave cuando sé que ella quiere que sea más duro.

Cuando le meto un dedo, deja escapar un gemido ronco, acompasando ese sonido con el movimiento de mi mano al penetrarla lentamente. Cuando jadea, sé que he encontrado el punto, y le meto un dedo más y la embisto con los dedos, con un ritmo que le roba el aliento.

—¿Es ese el punto? ¿Justo ahí? Dímelo, Daisy.

—Sí —responde, jadeante—. Ahí mismo. No pares.

Tiene las piernas abiertas, y su peso sobre mi pene, tendida sobre mi regazo, es una sensación exquisita. Los músculos de sus piernas se tensan y sus dedos se curvan; siento cómo su cuerpo se paraliza y su sexo palpita en mi mano.

—Sí, cariño. Córrete para papi.

Ella deja escapar un jadeo en busca de aire, se relaja y vuelve a respirar.

No puedo aguantar ni un momento más. La tumbo boca abajo en la cama, me levanto y me desabrocho los pantalones a toda prisa para liberar mi erección. Ella deja escapar un grito cuando hago que deje el trasero en el borde del colchón; me acerco a su húmedo núcleo y me abro paso a la fuerza.

La sensación de su cuerpo aceptando mi pene es impresionante. Sus gritos y gemidos mientras follamos con ganas, mezclados con el sonido de mi cuerpo chocando contra el suyo, son el sonido más hermoso que he oído nunca.

—Mira lo que me haces, Daisy. Me vuelves loco, joder. —Mis palabras escapan como gruñidos entrecortados con cada embestida. Voy a perder el control si no reduzco la velocidad. Así que me retiro, dejando solo la punta en su entrada, y me quedo quieto allí por un momento. Ella gime y se retuerce, y se echa hacia atrás para empalarse en mi pene, y un gemido se escapa de mi pecho al verlo —. Dios mío, cariño. —Me retiro de nuevo y ella vuelve a acercarse

al instante, como si su sexo necesitado persiguiera mi miembro—. Joder —gimo—. Dime que lo quieres, cariño.

—Lo quiero todo, papi —lloriquea. La ropa de cama está hecha un desastre porque Daisy se aferra a ella con todas sus fuerzas y hace palanca contra el colchón para que la embista.

Mis testículos se tensan y estoy a punto de explotar, así que la agarro con fuerza por las caderas y la penetro con una embestida. Su cuerpo cae sobre el colchón, y yo grito y me corro dentro de ella.

Cuando por fin me relajo, me dejo caer sobre ella. Debe de sentir los latidos de mi corazón en su espalda; cuando nota mi aliento en su oreja, gira la cabeza, encuentra mi boca y me besa con suavidad con esos labios perfectos.

Ha sido lo más excitante que he hecho nunca, y he hecho muchas cosas. Daisy me ha hecho replantearme todo lo que creía saber sobre mí mismo. Y aunque no quiero volver a hacerle daño así nunca más, tengo que admitir que verla crecer al sentir ese dolor, verla luchar, me ha cambiado. Y yo que pensaba que era demasiado mayor para aprender cosas nuevas…

Regla nº 25

La edad es solo un número

DAISY

—No está demasiado caliente, ¿verdad? —Ronan me coge de la mano cuando meto los pies en el agua de la bañera y mis piernas quedan envueltas por burbujas con aroma a lavanda.

—Está perfecta —respondo. Lo bastante caliente como para sentir el picor, pero no tanto como para que me haga daño.

Por supuesto, cuando mi trasero toca el agua, cambio de opinión. Suelto un chillido al sentir la quemazón del agua caliente en mi dolido trasero, y noto la sonrisa maliciosa de Ronan cuando lo hago.

—Te pondré algo después del baño que debería ayudarte, pero no puedo prometerte que no te salga un moratón.

—En cierto modo, espero que sea así —respondo, apoyando la barbilla en el borde de la bañera.

—¿Por qué? ¿Quieres tener el trasero magullado? —Sonríe y coge una toalla blanca y mullida del armario.

—Más o menos. Como un trofeo.

Se queda paralizado por un momento y cierra los ojos antes de volver a abrirlos e inspirar hondo, lo que me hace reír. Me gusta la idea de que me deje marcas en el cuerpo, y no estoy del todo segura de si eso es bueno o no. Ha sido la primera vez que me han dado unos azotes de verdad como adulta, y, aunque estaba un poco aterrada, no era por el dolor. Tenía más miedo de lo que eso iba a suponer para nuestra relación. ¿Iba a enfadarme con él por castigarme? ¿Iba a enfadarse más él porque no le gusta castigar?

Evidentemente, no ha pasado nada de eso. Mientras me tenía inmovilizada en la cama, con su mano azotándome con fuerza el trasero, me encantaba la idea de que me hiciera pagar por lo que había hecho. Todos nuestros problemas no se pueden resolver con unos azotes, pero el fuego que ardía en mi interior era como un infierno, y creo que nunca en mi vida me había excitado tanto, aunque fuera una excitación sucia y degradante.

No se trata de algo que quiera sentir todo el tiempo, y ahora necesito que me mime un poco para compensarlo, pero la culpa y la vergüenza por lo que ha pasado antes han desaparecido.

De ahí el baño de burbujas y el comportamiento cariñoso. Las cosas entre nosotros han vuelto a la normalidad, y estoy muy agradecida. Odiaba que estuviera tan enfadado conmigo.

Nunca he tenido una relación como esta, una que me haga sentir tan cómoda. Sí, Ronan actúa como mi papi de vez en cuando, pero en todos los momentos en los que no lo hace me trata como a una igual. No se ríe de mí ni me habla con condescendencia ni me trata como si fuera una inútil. Nuestra relación es refrescantemente equilibrada.

Y por mucho que me preocupara antes, sé que Ronan no cree que sea demasiado joven o irresponsable para él. Todos los temores que tenía sobre él han resultado infundados.

Darme cuenta de eso me recuerda que me estoy enamorando cada vez más y que esta relación está condenada al fracaso cuando él descubra la verdad.

La cruda realidad es que ahora me enfrento a dos opciones.

Una, confesar lo de mi madre. Al final, se va a saber. Si seguimos juntos el tiempo suficiente, él descubrirá quién es mi madre, así que no puedo ocultárselo para siempre.

Dos, engañarlo y fingir que no sé nada. Pero esa opción me repugna solo de pensarlo. Aborrezco mentir. Y la sola idea de adulterar descaradamente la verdad me resulta impensable.

Así que tendré que ser sincera… tarde o temprano. Y es muy probable que, cuando lo sea, lo que hay entre nosotros cambie y él ya no me quiera. Tengo que estar preparada para eso, pero no sé si podré hacerlo.

No solo me estoy enamorando de Ronan Kade: también me he vuelto adicta a él. Lo deseo de una manera que no termino de entender. Él no hace que mi pena desaparezca, pero sí consigue que la olvide durante un rato. Y cuando estoy con él, no me siento sola. Él está ahí, a mi lado.

—¿Te metes conmigo? —le pregunto, extendiendo una mano cubierta de burbujas hacia él—. Esta bañera es lo bastante grande

para los dos.

Está apoyado contra el lavabo del baño, cruzado de brazos y mirándome con el ceño fruncido. Se lo está pensando.

Tras unos instantes se desabrocha los botones de la camisa uno por uno, se la quita y luego se encarga de los pantalones.

Cuando está desnudo se desliza en el agua caliente detrás de mí, hace que pegue la espalda a su pecho y yo me relajo en sus brazos. Nos quedamos en silencio un momento, relajándonos en el agua caliente.

—No ha sido demasiado para ti, ¿verdad? —pregunta, refiriéndose a los azotes.

Niego con la cabeza.

—En absoluto.

—¿Cómo te sientes ahora?

Inspiro hondo y me tomo un momento para pensar. Solo se me ocurre una palabra.

—Contenta.

—Bien —responde él—. ¿Hay algo más que te gustaría probar? ¿Quizás hay algo en el club que te despierte el interés?

Con la cabeza apoyada en su pecho, lo medito un poco. Antes de conocer a Ronan, todo lo relacionado con el club me parecía impersonal e intimidante. Ahora, la idea de estar allí con él lo ha cambiado todo. Me encanta la perspectiva de explorar todas las posibilidades, sabiendo que con él estaré protegida y que me hará sentir bien.

—¿Qué te gusta a ti? —le pregunto, volviendo la cabeza hacia él.

—No se trata de lo que me gusta a mí. Te lo estoy preguntando a ti.

Mi rostro se ilumina con una sonrisa.

—Bueno, tú también debes de tener tus propios gustos.

—Me gusta ver cómo se corre la persona con la que estoy, Daisy. Si te corres con látigos y paletas, quiero hacerlo. Si te corres cuando la gente te mira, también quiero hacerlo. —Cuando suelto una pequeña risa, me coge de la barbilla para que lo mire—. ¿De qué te ríes?

—De nada —respondo—. Es solo que… no creo que te apetezca recibir unos latigazos. Al menos, no creo que te guste.

—Tienes razón. No me gusta. —Su respuesta es muy directa y pragmática.

—¿Pero lo harías si yo quisiera?

Frunce el ceño y se lo piensa. Se lame los labios.

—¿Dejarías que alguien más se uniera a nosotros? ¿Alguien a quien le gustara eso?

Se me desencaja la mandíbula.

—¿Como un trío?

Se queda callado un instante.

—No tiene por qué serlo. Pensaba más bien en una escena. Creo que me encantaría verlo, pero no sé si yo sería capaz de hacerlo.

Se me pone la carne de gallina al imaginarlo e intento controlar mis emociones cuando respondo con entusiasmo:

—Sí, creo que me gustaría. Siempre y cuando sea alguien en quien confíes. Y que se lo tome con calma conmigo.

—Tú marcas el ritmo, pequeña. Nunca dejaría que nadie te hiciera daño. —Me aparta el pelo empapado de sudor de la frente.

—¿No te molestaría verme con otra persona?

—Una vez más: no se trata de sexo —responde—. Pero sí, la idea de que quieras estar con otra persona me molesta.

Me deja caer agua por el brazo y mira cómo los chorritos resbalan por mi piel y caen entre la espuma, y yo repito esas palabras en mi mente. Se ha mostrado increíblemente vulnerable, y, por mucho que me haya gustado oírlo, me ha hecho sentir culpable. Por mucho que transmita confianza y control, hay una parte de Ronan que se siente insegura, y eso me parte el corazón.

Busco sus dedos y se los estrecho con fuerza entre los míos.

—Entonces, a mí tampoco me gustaría —aclaro, besándole el dorso de la mano—. No necesito a nadie más.

—¿No? —pregunta con indiferencia—. ¿No quieres a alguien más joven?

Esa pregunta me provoca una punzada en el pecho.

—No. ¿Tú quieres a alguien mayor?

Él me besa en la sien.

—No.

Me recuesto contra él y me deleito con su cuerpo firme rodeándome.

—Cierra los ojos, Ronan.

Su cabeza descansa junto a la mía y siento su aliento en mi mejilla.

—Vale, están cerrados —dice con una risita, deseoso de complacerme.

—Los míos también —susurro. Nuestros dedos se entrelazan, se rozan, se acarician. Nuestras piernas se tocan y puedo sentir los latidos de su corazón en mi espalda, así que estamos prácticamente fusionados—. Aquí mismo, en este momento, ¿sientes algo diferente a lo que yo siento porque eres mayor?

—No —me susurra al oído, y me abraza con fuerza.

—Son solo años —digo—. ¿A quién le importa la diferencia de edad cuando te sientes así?

—Así es, pequeña. —Su voz es reconfortante en mi oído mientras me abraza.

Nos quedamos ahí juntos, en silencio, hasta que el agua se enfría, sin decir nada más ni tocarnos de ningún otro modo. Nunca en mi vida había disfrutado tanto del silencio junto a alguien.

Al final, sale, se seca, me envuelve en una toalla y estrecha su cálido cuerpo contra el mío. Luego me levanta en el aire como a una niña y me lleva a la cama.

Cuando nos metemos juntos bajo las sábanas, escribo otra canción en mi cabeza mientras me quedo dormida. Esta trata sobre un hombre muy guapo bajo las luces de un hospital y la carga de un secreto tan grande que casi me ahoga en un baño de burbujas.

Regla nº 26

Los mejores amigos lo saben todo

DAISY

—¿París? —pregunta Geo, con los ojos y la boca muy abiertos—. ¿París, Francia?

—*Oui* —respondo con una sonrisa. Tengo los codos apoyados en la barra y apenas puedo mantenerme quieta. No recuerdo la última vez que me sentí tan feliz.

—La mayoría de las chicas solo consiguen pasar con él una hora arriba, en la sala vip —comenta él, y mi sonrisa se amplía tanto que me duelen las mejillas—. Mírate… —Deja la botella que tiene en la mano y me mira con ternura—. Estás enamorada. —Me sonrojo, me muerdo el labio e intento ocultar mi cara de tonta enamorada, y eso solo hace que Geo se burle aún más—. Joder. ¡Sí que estás enamorada!

—Ah, para —contesto, mirando a mi alrededor para asegurarme de que nadie nos ha oído—. No estoy enamorada.

Él se echa a reír, coge una botella y sirve una copa.

—Sí, lo estás.

Me encojo de hombros con una sonrisa.

—Vale, quizá un poco.

—Lleva esto a la mesa dos y luego me lo cuentas todo —dice Geo, señalándome la bandeja repleta. Voy con las seis copas de champán en equilibrio sobre la bandeja y, mientras ando, pienso en qué detalles voy a compartir con mi amigo y cuáles son demasiado personales.

¿Debería contarle lo de L'Amour? ¿O lo de que me metió los dedos delante de la Torre Eiffel? ¿Debería contarle que me dio unos azotes como a una niña mala y que me gustó? Va a ser mucho…

Bueno, quizá sea mejor que pase por alto esos temas y omita los detalles.

Después de servir la mesa dos, me doy la vuelta y veo a Ronan atravesando la pesada cortina negra de la entrada del club y me da

un vuelco el corazón. No importa que haya pasado una semana entera a su lado: llevo una hora en el trabajo y ya lo echo de menos.

Me muerdo el labio inferior y lucho por reprimir la sonrisa de oreja a oreja que amenaza con aparecer en mi rostro. De repente, recuerdo lo que hicimos anoche antes del baño, y después del baño, y lo que hemos hecho esta mañana, y justo antes de venirme al club.

Al ver a Ronan al otro lado de la sala con ese traje entallado, me quedo paralizada en mi sitio, admirándolo. Tiene la mano derecha en el bolsillo y con la izquierda se acaricia la barba, recorriendo la sala con la mirada. Nunca hace eso. Así que me quedo quieta, esperando a que sus ojos me encuentren, y al cabo de un momento, nuestras miradas se cruzan.

Mientras viene lentamente hacia mí, miro de reojo a Geo, que sonríe y niega con la cabeza. Ronan y yo acordamos que no íbamos a ocultar nuestra relación, pero tampoco estábamos ansiosos por hacerla pública. De todos modos, los secretos son más divertidos. Bueno, al menos esta clase de secretos. Le dije a Ronan que tendría que contárselo a Geo, pero que, aparte de eso, no hacía falta hacerlo público todavía.

Sin embargo, estoy dispuesta a romper esa promesa ahora mismo. No sé si seré capaz de mantener las manos apartadas de él. Ese traje le queda tan bien…

—El apartamento estaba demasiado tranquilo y me aburría —murmura cuando nos encontramos en medio del pasillo.

—Solo he estado fuera una hora —respondo, sonriendo como una tonta.

—Ha sido una hora muy larga.

—Entonces…, ¿qué vas a hacer? —le pregunto. Sé que no está aquí para participar en ninguna actividad con nadie, pero no puedo evitar asegurarme.

—Tomar una copa. Mirarte. Admirar lo bien que se ve tu culo con esa falda. —Se acerca un poco más hacia mí—. Luego, cuando termines tu turno, te llevaré arriba y te ataré a una cama.

Me arden las mejillas con esas palabras y lo que prometen.

—Entonces, espero que sea una noche muy tranquila.

—Le pagaré a Emerson para que cierre el club ahora mismo —responde con una sonrisa, y yo me echo a reír.

—Puede esperar, señor Kade. Todavía tengo trabajo que hacer.

—Bien —murmura; pasa junto a mí para sentarse en su mesa habitual, cerca del fondo. La misma mesa en la que se sentó la noche en que ganó una cita conmigo.

Siento su mirada ardiente en mi trasero mientras voy hacia la barra para encontrarme a Geo riéndose solo; me acerco para coger el *bourbon* que ha preparado para Ronan.

—¿Qué te hace tanta gracia? —pregunto.

—Me encanta ver cómo te tragas tus palabras.

—¿De qué estás hablando?

—Hace solo una semana me dijiste que no te gustaban los hombres mayores —se burla.

—He encontrado a uno que me ha hecho cambiar de opinión. —Incluso yo puedo percibir el tono soñador de mi voz.

—Obviamente.

—Ronan me dio un argumento convincente —replico con una sonrisa.

—Sí, con su polla.

Me quedo boquiabierta.

—¡Geo! —exclamo antes de mirar a Ronan para asegurarme de que no me ha oído. Aunque supongo que, si lo ha hecho, no se habrá ofendido demasiado. Geo tiene razón, pero en realidad no fue el sexo lo que me hizo cambiar de opinión. Ya había cambiado antes.

La noche en que intentó llevarme a hombros a su apartamento.

El día en que escribió un verso en mi diario.

Cómo me sentí en sus brazos anoche, en la bañera, cuando nos abrazamos con los ojos cerrados.

Todos son argumentos muy convincentes por los que ya no me importa la edad de Ronan Kade.

Pongo su *bourbon* en mi bandeja y lo llevo a su mesa. Me encanta cómo me mira mientras voy hacia él, como si fuera la única persona en la sala. Como si hubiera venido a un club sexual solo para verme servir copas toda la noche.

Le tiendo el *bourbon* con una sonrisa pícara.

—¿A qué viene esa mirada? —pregunta.

—Nada —respondo, pensando en el comentario de Geo.

—¿Cómo te encuentras? ¿Has comido lo suficiente antes de tu turno?

Así es como va a ser ahora, ¿no? Siempre va a estar comprobando que he comido bien y que no me he saltado ninguna comida.

Me agacho, pongo las manos en los reposabrazos del sillón y acerco mis labios a su oído para susurrarle.

—Sí, papi.

Él responde con un gemido.

Antes de que pueda apartarme, me agarra de una pierna y hace que me acerque a él hasta que quedo entre sus muslos, con nuestras caras a solo unos centímetros de distancia. Menuda discreción.

—No tengo por qué esperar hasta que termine tu turno —dice con una advertencia fría y sexy.

—Perdería mi trabajo.

—¿Crees que me importa? Si sigues llamándome así, vamos a follar aquí mismo.

Le sonrío antes de agacharme un poco más y acercarme a sus labios para darle un beso rápido.

—Puede esperar, señor Kade. Bébase su *bourbon* y compórtese.

Tensa la mandíbula y sus dedos recorren mi pierna de arriba abajo. Odio tener que marcharme ya: soy demasiado adicta a su contacto. Pero tengo que hacerlo. El bar se está llenando de clientes sedientos.

Pero cuando me yergo y me aparto de Ronan, veo que alguien me está mirando al otro lado de la sala. Es Clay, el hombre que intentó ganar una cita conmigo; está solo junto a una mesa alta, estudiándome con curiosidad. Pasea la vista de Ronan a mí.

De repente me siento expuesta e incómoda, así que me obligo a esquivar su mirada y regreso a la barra. Mientras sirvo copas y tomo pedidos, siento que los dos me miran, pero intento concentrarme solo en Ronan. Cada pocos minutos le dedico una sonrisa, y, para mi alivio, no creo que se dé cuenta de la atención que Clay me está prestando.

Pero no voy a poder esquivarlo para siempre, así que me paro frente a Clay después de servir la mesa contigua a la suya.

—Hola —saludo con mi voz de atención al cliente y una sonrisa—. ¿Quieres algo de beber?

No responde de inmediato: entrecierra los ojos y se muerde el labio inferior.

—Hola, Daisy. Hacía unos días que no te veía —dice, acercándose a mí.

—He estado de viaje —respondo alegremente.

—Qué bien. ¿Adónde has ido? —Mi sonrisa se desvanece. Él debe de darse cuenta, porque suelta una risita nerviosa—. Lo siento. Ha sido una pregunta inapropiada. No respondas.

Me río y trato de parecer lo más natural posible.

—No pasa nada. Yo… He estado en París.

Abre los ojos de par en par.

—¡Vaya! ¿París? Suena genial. Me alegro por ti.

—Gracias —respondo con una sonrisa forzada—. ¿Te apetece tomar algo?

—Claro… —Asiente y, por la forma en que duda y se muerde el labio, intuyo que está armándose de valor para preguntarme algo—. A lo mejor podríamos tomar una copa esta noche.

Cuando veo la ansiosa esperanza en sus ojos, me invade un sentimiento de simpatía. Me tomo un momento para evaluar la dulce naturaleza y el atractivo rostro de Clay.

¿Esta es la clase de hombre con el que la gente cree que debería estar? Si saliera con un hombre como Clay, no habría ansiedad ni miedo al juicio ajeno. No dudaría en llevarlo a casa para presentárselo a mi padre y nadie se cuestionaría si estoy con él por las razones correctas.

Pero no hay nada en él que despierte mi alma. Es guapo, objetivamente dulce y está en un club sexual, así que estoy dispuesta a apostar a que tiene un lado travieso.

—Eso es muy amable por tu parte —respondo, mirando hacia mis pies—. Pero no puedo.

Después de un momento, asiente con complicidad.

—Es por ese tipo rico, ¿verdad?

—Sí —digo en voz baja.

Sus ojos se pasean lentamente de Ronan a mí, e imagino lo que está pensando: que es injusto que los tipos ricos sean quienes se lleven a las chicas. O que solo estoy con él por su dinero.

—Sé sincera —dice, apoyando el codo en la mesa—. Si yo hubiera ganado esa noche… —Antes de terminar la frase, aprieta los dientes —. ¿Sabes qué? No importa. No quiero saberlo.

Recuerdo el día después de la subasta, cuando vi a Clay y pensé en lo diferente que habría sido mi noche si él hubiera ganado. Me entristece solo pensarlo: me habría perdido la semana más maravillosa y romántica de mi vida. Esa subasta cambió mi vida para siempre. O, al menos, eso es lo que me dice el corazón.

—Lo siento —susurro, pero no estoy segura de por qué.

Cuando se agacha como para decirme algo íntimo, me sonrojo y empiezo a sentir pánico. Solo puedo pensar en que Ronan nos está mirando, y no quiero que se ponga celoso o se enfade al ver que alguien me habla durante tanto tiempo.

De repente, una mano se posa sobre el pecho de Clay y alguien se interpone entre nosotros. Por un momento pienso que es Ronan, pero entonces veo las largas uñas negras y los delicados dedos de una mujer que le toca el pecho a Clay.

—Tranquilo, chico —dice con una orden suave y sexy.

Vuelvo la cabeza para encontrarme con Eden St. Claire; ella le está dedicando a Clay su expresión más dominante, y él se rinde en ese momento, con las manos en alto y una sonrisa burlona en el rostro.

—Sí, señora.

Me arden las mejillas mientras los miro a los dos. ¿Qué puñetas está pasando aquí?

—Dile a Daisy lo que quieres tomar y déjala volver al trabajo.

Cuando Clay levanta lentamente la vista hacia mi rostro, parece arrepentido y mucho más pequeño que hace un momento.

—Un *gin-tonic,* por favor.

Asiento y miro a Eden.

—Para mí nada. Gracias, Daisy.

Abro la boca, pero no me salen las palabras, así que correteo en silencio hacia la barra para pedir la bebida. Para ser sincera,

Madame Kink me intimida. Tanta confianza y destreza me asustan porque no puedo dejar de pensar que yo debería ser tan segura de mí misma, pero no es así.

Ella es un icono en Juegos Prohibidos: hermosa, amable, dominante, sexy, intrépida. Es todo lo que yo desearía ser.

De camino al bar, cruzo la mirada con Ronan y él frunce el ceño con expresión inquisitiva. Me limito a encogerme de hombros por toda respuesta y a sonreírle.

Cuando regreso a la mesa donde Clay y Eden siguen hablando, le tiendo a él la copa y ella me agarra del brazo antes de que me vaya. Vamos juntas unos pasos hasta que nos alejamos del alcance del oído de Clay.

—Ven a la sala diecinueve cuando salgas. —Se me ponen los ojos como platos y mi corazón parece bombear hielo en lugar de sangre. De repente, Eden se echa a reír—. ¡Dios mío, tu cara! —exclama—. Pareces aterrorizada. Me refería a que pasáramos un rato juntas y tomáramos una copa de vino. Quiero hablar contigo.

—¿De verdad? —respondo, todavía aturdida por la confusión.

—Bueno, estás saliendo con mi mejor amigo y he pensado que podríamos conocernos mejor.

—Ah….

¿Esto está pasando de verdad?

Me pone la mano en el brazo y se aproxima a mi oído.

—Tú le cuentas todo a Geo —susurra— y Ronan me lo cuenta todo a mí.

Tras eso, se va; me vuelvo hacia Ronan, todavía con los ojos muy abiertos y en estado de *shock,* y lo encuentro sonriendo descaradamente, todavía sentado en su sillón.

Regla nº 27

Si quieres conquistar el corazón de un hombre,primero tienes que ganarte a su mejor amiga

DAISY

Son más de las dos cuando termino el turno y subo nerviosa las escaleras hacia la sala diecinueve.

—¿Tiene una sala privada, como tú? —le pregunto a Ronan. Su mano descansa delicadamente en mi espalda mientras andamos.

—Sí —responde.

—¿No te molesta que quede con ella? —inquiero al llegar al pasillo, entre las habitaciones diecinueve y veintiuna. Él hace que me acerque para darme un beso.

—Tenía planes para ti, pero pueden esperar.

En ese momento, la puerta se abre y Eden aparece allí, mirándonos con una sonrisa torcida.

—Ah, planes. ¿Puedo unirme?

—Quizás la próxima vez —responde él con un guiño.

—Puedes quedarte, ¿sabes? —le dice ella.

Él niega con la cabeza.

—No. Probablemente querrás hablar de mí.

—Sí —replica ella con una sonrisa maliciosa.

—¿Dónde vas a estar? —le pregunto.

—En la sala que hay aquí al lado. —Rebusca en su bolsillo trasero y saca una tarjeta negra mate—. Ven cuando hayas terminado. No hay prisa. Diviértete. —Luego me da un beso en la mejilla, como si me hubiera llevado a casa de una amiguita para jugar.

Cuando entro con Eden, intento relajarme lo máximo posible. Cuando me dijeron que tenía una sala privada, esperaba encontrarme con una auténtica mazmorra sexual, pero esta estancia es acogedora y femenina. La cama es de un intenso azul con pinceladas de dorado, repleta de cojines, y a la derecha hay un sofá de aspecto mullido y un gran sillón con una gruesa alfombra blanca delante.

—Esto no es lo que esperaba —murmuro mientras entro lentamente y miro a mi alrededor. Ella está en la barra que hay al otro extremo, descorchando una botella de vino.

—Bueno, si solo miras por encima… —responde ella con una sonrisa—. Lo que esperas está bien disimulado. —Me río para mis adentros cuando me acerco a la cama y veo los anillos metálicos atornillados al cabecero—. Siéntate —me pide con tono dulce, y lleva dos copas de vino al sofá. No puedo dejar de mirar a mi alrededor, preguntándome la clase de cosas que debe de hacer aquí. He oído suficientes historias sobre Madame Kink como para saber que debe de ser muy…, bueno, perversa—. Espero que no te importe que te haya apartado de Ronan esta noche. Estaba emocionada por conocerte, ahora que estáis saliendo. —Hay algo en la palabra «salir» que me hiela la sangre. Tampoco es que no quiera salir con Ronan. Joder, a estas alturas, mi corazón es suyo. En este caso, no hay miedo al compromiso. Pero ese secreto que le oculto se hace más fuerte y siniestro cada vez que pienso en lo bien que van las cosas con él. Mi felicidad es como sal en la herida.

—No sé si lo llamaría así —digo torpemente; me siento en el sofá y cojo la copa de vino que me ha servido.

—Bueno, si no tenemos en cuenta que vives con él y que te acaba de llevar a París… —Se ríe, da un sorbo y me mira por encima del borde de la copa.

—Vale, tienes razón —respondo.

—Parece muy feliz, y es obvio que se preocupa mucho por ti. —Esa afirmación me sienta como un puñetazo en el estómago. Trago saliva, con el corazón latiéndome con fuerza en el pecho.

—¿Y quieres asegurarte de que no lo estoy engañando y que solo estoy con él por su dinero? —pregunto.

—Bingo —responde antes de dar otro sorbo.

—No es así —digo, tratando de sonar convincente, lo cual no es difícil porque es la verdad. No estoy utilizando a Ronan por su dinero, que ni siquiera me interesa. Quiero decir, si ella supiera la verdad, se daría cuenta de que ya tengo dinero más que suficiente a mi nombre. Pero eso no es algo que quiera que nadie sepa en este momento—. No tiene nada que ver con su dinero.

Ella ladea la cabeza.

—Es difícil tomar un *jet* privado a París y afirmar que el dinero no importa. —Cuando voy a defenderme, ella levanta una mano—. Escucha, esto no es personal, te lo prometo. Estoy segura de que Ronan te importa de verdad, pero yo soy su amiga desde hace siete años. Él me sacó de una situación muy mala y me dio la oportunidad de empezar de nuevo, y eso significó para mí más de lo que puedas imaginar. Nunca me ha pedido nada a cambio porque todo lo que hace es desinteresado. Y por esa razón le han roto el corazón una y otra vez. Actúa como si fuera un tío duro, pero es…

—Lo sé —la interrumpo bruscamente. De repente, me siento territorial al oírla hablar de él como si yo no tuviera ni idea de quién es Ronan ni de cómo es. Por un momento, parece ofendida y abre mucho los ojos, pero luego relaja la expresión y asiente. Así que continúo—. Sé lo generoso que es. Sé de lo que es capaz. Los dos hemos intentado mantenernos a distancia sin conseguirlo, y me da igual su dinero. Sí, lo disfrutamos porque podemos, pero si Ronan se despertara mañana sin un centavo, seguiría queriéndolo. —Abro mucho los ojos y la miro con sorpresa por las palabras que acaban de salir de mi boca.

Ella también tiene una expresión atónita.

—¿Él sabe lo que sientes?

Cojo la copa de vino de la mesa y casi me la bebo de un trago.

—No —respondo.

Debería sentirme feliz o emocionada por esta revelación. Lo amo, y en realidad no es tan sorprendente. Ronan no ha conquistado mi corazón: me lo ha robado sin piedad. Ni siquiera ha tenido que esforzarse. Lo ha hecho siendo sincero. Siendo él mismo.

Puede que sea la mejor persona que he conocido en mi vida.

No, lo es. Definitivamente lo es.

Entonces, ¿por qué me invaden el miedo y la ansiedad?

Porque le estoy mintiendo. Todos los días le miento por omisión debido a este secreto que guardo desde que empecé a trabajar en el club. Entonces no había problema porque no había razón para revelarlo, pero ahora… Ahora lo amo. Y voy a perderlo.

—¿Te preocupa lo que pensará la gente? Es mucho mayor que tú —pregunta Eden, mirándome fijamente a los ojos.

—Un poco —respondo, lo cual es cierto. Ronan es mayor que mi padre, un detalle que dudo que le guste a este último cuando los presente. Pero mi mente ni siquiera me deja llegar tan lejos, porque Ronan nunca conocerá a mi padre. En cuanto Ronan se entere de lo de mi madre y de que yo sabía que estaban juntos y lo he sabido todo este tiempo, romperá conmigo.

Solo de pensarlo me cuesta respirar.

—¿Estás bien? —pregunta Eden, entrecerrando los ojos y mirándome fijamente.

Me obligo a asentir; aparto los pensamientos oscuros y esbozo una sonrisa falsa.

—Sí. Estoy bien.

—Entonces… —dice, rellenando mi vaso—, lo amas, ¿eh?

Mi sonrisa falsa se transforma lentamente en una auténtica.

—No le digas que te lo he confesado —respondo, y me muerdo el labio inferior.

—De acuerdo.

Durante un momento, nos quedamos sentadas en un cómodo silencio; miro la sala y por fin me fijo de nuevo en ella. Eden no se parece a nadie que haya conocido, pero de alguna extraña manera me recuerda a mi madre. Mi madre era testaruda, como Eden, y no tenía miedo de coger lo que quería y decir lo que pensaba. La echo mucho de menos.

Así que por un momento imagino que es mi madre la que está sentada frente a mí en el sofá, compartiendo una copa de vino conmigo, hablando con naturalidad sobre el hombre con el que salgo y del que me estoy enamorando profundamente. Me resulta muy natural imaginarla en esta situación.

—¿Alguna vez has estado enamorada? —le pregunto para entablar conversación.

Eden pone cara de sorpresa.

—Vaya, no.

Suelto una carcajada.

—¿No? ¿Nunca?

—Nunca. El amor es una trampa, sin ánimo de ofender, y no pienso caer en ella.

Me hundo en el sofá y vuelvo a reírme. Quizás sea el vino o quizás lo fácil que fluye la conversación, pero de repente veo a Madame Kink como Eden, solo una mujer que se enfrenta a los mismos miedos e inseguridades que el resto de nosotros.

—Quieres a Ronan, ¿verdad? —le pregunto.

Da un sorbo a su copa y asiente.

—Sí, pero eso es diferente. Es mi amigo. Es fácil quererlo.

—En realidad no hay diferencia. Entre amar a un amigo y estar enamorado —respondo—. Solo hay que añadir el sexo.

Esta vez, ella se ríe.

—Verás, cuando el sexo entra en la ecuación, el amor es lo último en lo que pienso.

Doblo las piernas y me siento más erguida.

—Hablando de eso… —digo, sintiéndome atrevida por el vino—, ¿qué leches ha pasado con Clay abajo? ¿Vosotros dos habéis…?

Ella me hace un gesto con la mano.

—¿Clay? Compartimos sala hace un par de días.

Se encoge de hombros y sé que probablemente no obtendré más información de ella. Dudo que Madame Kink lo cuente todo. Pero oírle decir a Clay *«Sí, señora»* antes ya es confirmación suficiente.

Si eso es lo que le gusta, lo nuestro nunca habría funcionado.

Cuando miro hacia mis manos, me doy cuenta de que mi copa de vino está vacía. Así que la dejo sobre la mesa y le sonrío.

—Gracias por el vino… y por la conversación.

—Gracias por acompañarme —responde ella—. No tengo muchas amigas por aquí. Así que espero que podamos volver a hacerlo.

—Me encantaría.

Cuando me levanto, lista para dirigirme hacia la puerta, me sorprende que Eden me dé un abrazo. Al principio es dulce, pero cuando se separa sus ojos verdes se encuentran con los míos.

—Por favor, no le hagas daño a mi amigo.

Su tono es solemne y serio, y se me cae el alma a los pies. No quiero hacerle daño. Me horroriza hasta pensarlo. Pero estoy

bajando una cuesta sin frenos y sé que al llegar abajo chocaré con algo.

—No lo haré —murmuro, y espero que ella pueda sentir lo desesperadamente convencida que estoy.

Prefiero morir antes que hacerle daño a Ronan, pero en este momento no sé si podré evitarlo.

Regla nº 28

Devuelve el favor cuando puedas

DAISY

Estoy frente a la sala de Ronan, con la tarjeta negra en la mano. Solo puedo pensar en lo mucho que me estoy hundiendo, en que sé que, cuanto más lejos vaya, más daño me va a hacer. Tengo un nudo en la garganta, y me lastiman las lágrimas que no derramo. Si esto es lo que se siente al amar, lo detesto.

Lo amo. Cuando estaba sentada en la habitación de Eden ha sido la primera vez que lo he dicho en voz alta, pero no la primera vez que me he dado cuenta. Esto no es un capricho ni un enamoramiento ni una adicción. Me importa este hombre más que cualquier otra persona en el mundo.

Y creo que él siente lo mismo. Cuando entra en una sala llena de gente, me busca con la mirada. Soy especial para él. Eso es lo único que siempre he deseado.

Ronan se deja llevar por su corazón. Así que sé que para él esto no es una aventura pasajera ni un simple ligue.

Pero seguro que podemos solucionarlo. Lo superaremos. Puede que se enfade por el secreto que le oculto y que le cueste tiempo aceptarlo, pero tengo fe en que lo arreglaremos.

Tenemos que hacerlo.

Acerco la tarjeta negra al panel de la puerta y suena un pitido antes de oír el clic de la cerradura. Cuando entro en la sala, lo veo sentado al fondo, en un sillón grande, mirando su teléfono. Cuando me ve, se dispone a levantarse, pero le hago un gesto con la mano.

—No —le pido con voz suave—. Quédate ahí. —Ladea la cabeza, confundido, pero no se mueve. Podría contárselo todo ahora mismo… O podría saborear este momento y disfrutar del presente. No es una decisión difícil de tomar—. Déjame mirarte —murmuro con un tono lento y sensual.

En su expresión aparece una suave media sonrisa; se recuesta en la silla y me mira desde el otro lado de la estancia con los ojos

entrecerrados. Es tan perfecto que solo quiero adorarlo. Quiero caer rendida en sus brazos, entregarme a él, hacer de su placer mi único propósito en el mundo. Aunque solo sea por esta noche.

Lentamente, me arrodillo cerca de la puerta, y sus ojos se oscurecen al verme. Cuando voy gateando hacia él sin decir nada, saca la lengua para humedecerse los labios antes de morderse el inferior con fuerza, sin apartar la vista de cómo me aproximo a él a cuatro patas.

Cuando llego junto él, apoyo la mejilla sobre su muslo y lo miro con adoración.

—Mi chica preciosa… —susurra, acariciándome el pelo con la punta de los dedos. Podría quedarme así para siempre, pero estoy desesperada por complacerlo. Necesito hacer que Ronan se sienta bien.

Deslizo mis manos por sus piernas y alcanzo su cremallera. Él me agarra la mano y la mantiene quieta en su sitio.

—¿Qué estás haciendo, Daisy?

—Déjame, Ronan —le suplico en voz baja.

—No tienes por qué hacer esto. —Su tono es inexpresivo, así que sé que habla en serio. Está claro que los demás no suelen mimarlo. Ronan está tan acostumbrado a cuidar de los demás que se siente incómodo cuando otros lo cuidan a él. Eso consigue que yo desee complacerlo todavía más.

—Lo sé —respondo—. Quiero hacerlo. Déjame hacerte sentir bien, papi.

Hay algo embriagador en usar ese término de una manera que no es juguetona ni con el fin de ser sexy. Cuando sale de mi boca, es auténtico, y a juzgar por su expresión, a él también se lo parece.

Tras un momento de vacilación, me suelta la mano, pero no deja de tocarme mientras le desabrocho lentamente los pantalones. Su pene ya está duro dentro de sus calzoncillos. Bajo el elástico, encuentro su sólida longitud y la saco suavemente hasta rodearla con mi mano.

Su respiración se vuelve superficial y entrecortada cuando lo acaricio lentamente. Me encanta ver lo que esto le provoca: gruñidos, escalofríos, temblores. Estoy desesperada por más. Me

echo hacia delante, paso mi lengua por su miembro e inmediatamente él sisea y aspira entre los dientes. Así que lo hago de nuevo, provocándolo, y noto cómo se contiene. Estoy embriagada por sus reacciones.

Luego tomo su glande hinchado entre mis labios y él pierde un poco el control.

—Joder, cariño —murmura, ronco, hundiendo los dedos en mi cabello.

Sigue siseando y gimiendo mientras yo sigo moviendo la cabeza arriba y abajo. Todo esto es por él, por lo que hace conmigo: cómo se excita con mi placer, cómo juega con mi cuerpo para hacerme llegar al orgasmo, cómo busca mi clímax como si fuera un tesoro enterrado.

Le chupo más fuerte la punta del pene, contemplando su reacción. Él deja escapar un gemido largo y fuerte, con la cabeza echada hacia atrás, así que lo hago una y otra vez. Noto humedad entre los muslos por la excitación al verlo desmoronarse lentamente.

Levanta la cabeza y no aparta la vista de mí mientras succiono, lamo y juego con su pene, disfrutando de sus reacciones con cada pequeña cosa que hago.

—Dios, cariño. Mírate —murmura—. Eres mi pequeña, ¿verdad? —Suelto un murmullo ininteligible sin apartar los labios de su miembro y asiento. Está perdiendo el control, como si fuera mi Jekyll y Hyde personal y sexy; deja salir su lado vulgar cuando normalmente es dulce y amable—. Te gusta chupársela a papi, ¿verdad? —dice entre dientes.

La excitación me recorre la columna vertebral, estimulada por sus palabras obscenas, y acelero el ritmo a modo de respuesta. Está claro que me encanta chupársela a papi.

Su miembro está ahora resbaladizo por la saliva; lo envuelvo con fuerza con mi mano y lo acaricio con entusiasmo mientras juego con la punta. Una de sus manos se agarra con fuerza al brazo de su asiento, mientras que la otra me sujeta suavemente por la nuca.

Desearía que me empujara la cabeza hacia abajo. Quiero que me ahogue con su pene.

Pero no lo hace. Así que me lo meto tan profundamente en la garganta que me atraganto, tosiendo al subir, y él gruñe en respuesta. Entonces toco la mano que sujeta mi cabeza y le muestro cómo quiero que me mueva.

—¿Quieres que te folle la boca, cariño?

Jadeando, me separo un poco.

—Sí, papi.

—No quiero hacerte daño —murmura rechinando los dientes.

—Confío en ti —respondo, acariciándole la pierna. Veo cómo se le contraen los músculos de la mandíbula al apretar los molares. Entonces, su mano guía mi boca hacia su pene de nuevo y yo relajo la garganta mientras él me empuja la cabeza hacia abajo. Vuelvo a tener arcadas, la saliva cubre su miembro y siento cómo la corona se hincha contra mi lengua.

Sus gemidos y gruñidos roncos inundan la estancia mientras me sujeta la cabeza y me folla la boca. Ardo de deseo. Ojalá entendiera por qué me encanta dejar que me utilice así. Quizá sea una forma de expiar mi culpa. O quizá sea porque Ronan es perfecto y me encanta sentir cómo utiliza mi cuerpo para su propio placer.

Pero sé lo que le cuesta dejarse llevar así. Cuánto me va a mimar después para compensarlo, más por él que por mí.

Más que nada, quiero que Ronan sepa que anhelo su placer tanto como el mío. Lo quiero todo: lo bueno, lo malo, todo.

De repente, él gime fuerte antes de intentar apartarme.

Esquivo sus manos y me aferro a su pene, acariciándolo hasta que siento que su cuerpo se tensa.

—Daisy, me voy a correr, joder. —Mi gemido vibra a su alrededor. Mis caricias se aceleran, y, cuando siento que la corona se tensa aún más, sé que ha llegado. Con la boca abierta y la lengua fuera, dejo que se corra sobre mí. Los chorros salados de su semen aterrizan en mi lengua y en mi cara—. Ah, joder —murmura, temblando por el orgasmo. Se arranca la corbata y la usa para limpiarme la cara, acariciándome las mejillas y la barbilla; yo cierro la boca y me trago lo que ha caído sobre mi lengua. Su mirada se oscurece al verlo—. Eres la niña de papi, ¿verdad, Daisy?

Respondo con una sonrisa y me siento en su regazo, a horcajadas. Ronan me besa el cuello, el pecho y la boca. No es apasionado, no pretende llegar a ningún lado: solo quiere adorarme.

Hacerle sentir bien calma la vergüenza y la culpa, pero solo temporalmente. Porque al sentir su amor por mí, vuelven a aflorar.

Regla nº 29

Siempre debes confiar en tu pareja… y en tu instinto

RONAN

La acuno en mi regazo durante todo el camino a casa. Le acaricio el cabello suave mientras ella se recuesta contra mi pecho, y reprimo el arrepentimiento por haber utilizado a Daisy de forma tan vil. No la estoy corrompiendo, lo sé, pero no puedo evitar temer que sus razones para querer que la utilice así no estén relacionadas únicamente con el fetichismo.

Daisy me está ocultando algo.

Cuando estábamos en París todo iba bien. Ella era feliz, incluso estaba eufórica. Pero cuanto más nos acercábamos el uno al otro, más intentaba distanciarse. Pude ver una sombra de ansiedad y miedo en sus ojos.

No la presiono para que me dé respuestas, sobre todo porque espero estar equivocado; confío en que no haya nada que amenace con separarnos.

Ahí está otra vez mi estúpida esperanza.

Cuando regresamos al apartamento, Daisy se queda dormida en mis brazos. Está claro que todavía está recuperándose del *jet lag,* así que la llevo dentro. Se despierta, pero solo se acurruca más en mis brazos.

Al llegar al dormitorio, la pongo en la cama.

—Quédate conmigo —murmura, y yo intento resistirme, pero no soy capaz. Me quito la ropa hasta quedarme en calzoncillos, me meto bajo las sábanas con ella y dejo que se duerma contra mi pecho.

Pero yo no consigo conciliar el sueño. Me elude mientras yazgo despierto con ella en mis brazos, pensando en todo lo que podría salir mal, proyectando todos los escenarios posibles hasta sentirme desesperadamente seguro de que la perderé, basándome solo en sospechas e instinto.

No puedo quedarme aquí tumbado sin hacer nada. Antes de que salga el sol, me levanto de la cama y voy a mi despacho.

Lo primero que hago es buscar las cuentas de Daisy en las redes sociales, pero las tiene todas privadas. Y como yo no tengo ninguna cuenta activa, no puedo pedirle amistad.

Mientras redacto un correo para un viejo amigo, que de vez en cuando hace trabajos de investigación para mí, me trago el sentimiento paralizante de culpabilidad. Es el dinero lo que me ha llevado a esto. El dinero y el desamor, porque no he sabido nunca si el interés de una persona es auténtico. Nunca sé qué ven cuando me miran. Ese miedo punzante de que nunca seré nada más que una fuente de ingresos para alguien vive siempre en el fondo de mi mente.

Así que rápidamente le pido un favor: que investigue a Daisy. Le doy toda la información que tengo, pero se me revuelve el estómago mientras escribo. Me parece una traición.

Y cuando mi ratón se sitúa sobre el botón de *«Enviar»* recuerdo estar tumbado con ella en la bañera, con los ojos cerrados, sintiéndome más unido a ella que a nadie en mi vida.

Joder, ¿qué estoy haciendo?

Sin pulsar el botón, cierro la aplicación de correo y apago el ordenador.

¿Qué pensaba que iba a encontrar? ¿Un pasado delictivo que me está ocultando? ¿Algún secreto familiar o vital que yo desconozca? No. Daisy no.

Salgo de mi despacho y regreso al dormitorio. Ella sigue durmiendo plácidamente en mi cama, así que vuelvo a meterme debajo de las sábanas con ella y disfruto de su calor cuando le doy un beso en la cabeza.

Se mueve y se acurruca contra mi cuerpo. Daisy confía en mí. Me necesita. No solo para que la cuide, sino también para que le proporcione un espacio seguro en el que explorar sus deseos y esa nueva parte de sí misma sin tener que preocuparse por que alguien se aproveche de ella.

El dolor y humillación que ella ansía podrían ser parte de su proceso de curación. Quiero darle todo lo que necesita, pero no sé si

seré capaz de hacerlo: no es mi estilo.

Quizás si lo hago, si satisfago esos deseos de Daisy, mis dudas y miedos se acallarán. Sé exactamente a quién puedo pedirle ayuda, pero no sé si Daisy estará dispuesta a ello.

—¿Qué pasa? —susurra, abriendo lentamente los ojos para mirarme.

—Nada, pequeña —susurro.

—Estás inquieto.

—Solo estoy pensando. Vuelve a dormirte.

—¿Pensando en qué? —murmura, ignorando mi orden.

Decido dejar de lado la discreción y responder a sus preguntas.

—En quién confío para cuidarte.

Abre los ojos de par en par y se incorpora sobre el codo para mirarme fijamente.

—Te refieres a Eden, ¿verdad?

Mi expresión se vuelve solemne cuando asiento.

—Daisy, ¿puedes decirme por qué te gusta la idea del dolor? ¿Es curiosidad o algo más?

Frunce el ceño.

—¿No debería?

—No, pequeña. No importa. No debes sentirte mal por lo que quieres probar. Siento haberte preguntado eso.

Sus rasgos se relajan mientras descansa la cabeza contra mi pecho.

—Confío en ti, Ronan. Y mientras estés ahí para protegerme, confiaré en cualquier otra persona que quieras que se una a nosotros.

—Siempre te protegeré, Daisy. —Dicho esto, le doy un beso en la frente y la abrazo con más fuerza.

Solo pasan unos minutos antes de que escuche cómo su respiración se ralentiza hasta alcanzar la pesadez del sueño. Confía en mí con todo su corazón, ¿por qué no puedo confiar en ella? ¿Qué me pasa?

Estoy dejando que mi corazón hastiado eche a perder algo perfecto. Así que ignoro mis preocupaciones y cierro los ojos. Esta

vez, mi miedo y mi ansiedad han desaparecido, así que en cuestión de minutos me quedo dormido.

Regla nº 30

Dale orgasmos en el trabajo. Si la despiden, habrá valido la pena

RONAN

Mientras remuevo el *bourbon* en mi vaso, aguzo la mirada para observar la sala *voyeur*. Necesito hablar con Eden, pero ahora mismo está un poco ocupada en la sala cinco. Así que espero el momento oportuno, tomando una copa en el bar y manteniendo una conversación informal con Geo y con Emerson.

Cuando escucho el nombre de Daisy, mi interés se despierta y levanto la vista hacia Geo, que limpia una copa con un paño, sonriente.

—¿En serio? —pregunta Emerson con curiosidad. No estaba prestando atención, así que no tengo ni idea de lo que han dicho, pero estoy dispuesto a apostar a que Geo le está contando al dueño del club todo sobre Daisy y sobre mí.

—Supongo que Garrett no te ha dicho que Ronan se llevó a nuestra camarera a París durante una semana —dice Geo.

Emerson sonríe maliciosamente y le da un sorbo a su copa. Le dedico una mirada furiosa a Geo.

—Tú eres el único que está difundiendo esos rumores —susurro.

—No es ningún secreto —responde Geo—. Los dos tenéis los ojos llenos de corazoncitos desde que regresasteis.

No puedo discutírselo. Me encojo de hombros y apuro mi copa. Emerson me da una palmada en la espalda y se ríe. Parece satisfecho consigo mismo, como si de alguna manera fuera el responsable de todo.

—Me alegro por vosotros —dice con perspicacia, y yo asiento.

—Gracias.

Para él es fácil mostrarse tan indiferente. Está felizmente casado y asentado, pero a mí mi felicidad sigue pareciéndome tan frágil como si pudiera desvanecerse en un abrir y cerrar de ojos.

Por el rabillo del ojo veo a Eden salir del pasillo *voyeur,* con un aspecto un poco más cansado y enrojecido de lo habitual, así que

aprovecho la oportunidad.

Me despido de Emerson y Geo, dejo un billete en la barra y salto del taburete para encontrarme con mi amiga al otro lado de la sala.

—Oh, oh —dice cuando me ve llegar—. ¿A qué viene esa cara?

Sonrío.

—¿Tienes un minuto? Quiero hablar contigo.

—Claro. Vamos a mi sala para que pueda relajarme un rato.

Subimos juntos las escaleras y veo a Daisy llevando una bandeja al segundo piso. Le guiño un ojo y ella se sonroja; después, desaparezco por el pasillo.

En cuanto nos encerramos en la sala de Eden, me quito el abrigo y voy directamente al bar, donde sé que guarda un buen vino, y le quito el corcho a una botella que estaba abierta.

—Déjame adivinar —dice detrás de mí—. Tienes curiosidad por saber de qué hablamos Daisy y yo ayer.

—Entre otras cosas.

—Ah. ¿Hay algo más? —Inspiro hondo. ¿Por qué me pone tan nervioso todo esto? Eden y yo hemos hecho cosas así docenas de veces. Tampoco es que sea algo fuera de lo habitual, pero es que en esta ocasión es diferente: se trata de alguien que me importa, alguien a quien quiero—. Solo quería asegurarme de que sus intenciones son buenas.

La respuesta de Eden es muy directa y nada sorprendente, pero aun así me desconcierta un poco; me siento a su lado, con la copa en la mano.

—Lo son —respondo muy seguro—. Y tú sabes que ya no soy un niño y que no necesito que mi madre examine a las mujeres con las que salgo.

Eden se ríe y apoya la cabeza en mi hombro.

—Soy una buena madre. Un poco posesiva, eso sí.

—Ya lo sé —respondo; le paso un brazo sobre los hombros y hago que se acerque más a mí.

—Pero, oye, ella también lo es.

Levanto la cabeza.

—¿Posesiva?

Eden sonríe y echa a reír.

—Casi me arranca la cabeza cuando le insinué que me importabas mucho. Incluso dijo: «Si Ronan no tuviera ni un centavo, seguiría queriéndolo», lo que es un poco cursi, si me preguntas, pero dulce.

Se me pone la carne de gallina y frunzo el ceño.

—¿Te dijo eso?

Eden se tapa la boca con la mano.

—Joder. No debía habértelo contado, ¿verdad?

—No pasa nada. Me imaginé que era eso lo que sentía.

—Entonces, ¿dónde está el problema? —pregunta ella, al ver mi expresión tensa.

—El problema es que ya he escuchado eso antes.

—Sí, y de verdad que no quiero verte sufrir otra vez —dice, tocándome el hombro.

—Gracias, mamá —respondo con una sonrisa.

—Si yo no te cuido, ¿quién lo hará?

—Sí, desde luego necesito que me protejas de las veinteañeras guapas —bromeo.

Nos echamos a reír y, después de unos segundos, se hace el silencio y prácticamente puedo sentir su preocupación en el ambiente.

—Es muy joven, Ronan.

—Soy muy consciente de ello.

—Ten cuidado de no permitir que desarrolle dependencia. Las cosas nunca salen bien cuando eso ocurre.

Esbozo una sonrisa forzada y me vuelvo para mirar a mi amiga; veo a la dulce mujer que nadie más ve, la que se esconde bajo esa apariencia dura. Pero, por muy dura que sea, Eden también tiene un lado tierno, y cuando ama, lo hace con intensidad.

Aún recuerdo a la joven que encontré hace casi siete años, maltratada y asustada, pero no vencida. Hasta cuando tenía veintisiete años, parecía más sabia de lo que correspondía a su edad. Y ha recorrido un largo camino desde entonces.

—Gracias por cuidar de mí —le respondo, besándole la frente.

—¿De qué más querías hablarme? —pregunta; me quita la copa de vino de las manos y le da un sorbo. —Cuando suspiro a modo de

respuesta, capta la indirecta—. Ah… —Se vuelve hacia mí, interesada—. ¿Tu chica quiere jugar?

—Se siente segura conmigo. Lo bastante segura como para pedirme cosas que no sé si podré darle.

—Claro que puedes —responde Eden con sinceridad.

—Necesito tu ayuda. Para mí es difícil, y lo sabes.

Asiente y una sonrisa forzada se dibuja en sus labios.

—Lo sé. Y tú sabes que te ayudaré a darle lo que necesita, pero ¿es lo que quieres?

—Quiero lo que ella quiere —respondo con sencillez, y ya puedo ver cómo se endurece la expresión de Eden.

—Ronan…

—¿Ha sonado a desesperación? —pregunto, incómodo.

—Ha sonado a miedo. ¿Te asusta perderla si no puedes darle lo que desea?

—Sí —respondo, con un gesto de asentimiento—. Tengo miedo de muchas cosas, Eden.

—¿Como qué?

—Por ejemplo, no sé si está utilizando el fetichismo para enmascarar el daño que le hace algo grande. ¿Y si solo está conmigo porque le hago la vida más fácil? ¿Y si se recupera… y ya no me necesita?

Eden no aparta la mirada de mí, y se le llenan los ojos de lágrimas. Es como si me hubieran abierto un agujero en el pecho y todo lo que temía que saliera a la superficie se derramara sin cesar de mi corazón.

—Ay, Ronan —susurra, y una lágrima resbala por su mejilla. Levanto una mano y se la seco rápidamente—. Eres muy cariñoso, y eso es algo que todo el mundo adora de ti, pero no es lo único. Yo ya no te necesito, y sigo queriéndote. Ella también lo hará.

Desde luego, tiene dos dedos de frente en esa bonita cabeza. Una sonrisa se dibuja en mi rostro tenso.

—Gracias.

—Tienes que hablar con ella. Los dos debéis tener las cosas claras antes de hacer algo como lo que me pides.

—Lo sé —respondo con severidad.

—Y si decides que eso es lo que quieres, ya sabes dónde estoy.

Inspiro profundamente y al soltar el aire siento como si me quitara un peso de encima. Me siento más ligero.

Eden se seca la cara y se recompone rápidamente antes de ponerse de pie; yo también me levanto del sofá.

—Gracias, Eden —le digo, estrechándola contra mi pecho.

Ella me abraza con fuerza. Siempre olvido lo pequeña que es para ser una mujer tan dominante.

—¿Dónde está tu chica? —pregunta cuando nos separamos.

Señalo hacia la puerta con la cabeza.

—Han vuelto a asignarle la sala vip.

—¿La sala vip? —repite Eden con una sonrisa. Con los labios alrededor del borde de la copa de vino que me ha robado, añade—: Crecen tan rápido…

—Muy graciosa —respondo, dándole un suave empujón—. Voy a buscarla. ¿Estás ocupada mañana por la noche?

Ella se encoge de hombros.

—No. Soy toda tuya.

—De acuerdo. Entonces, hablaré con ella.

Eden se despide con un gesto cuando salgo de su sala. Mientras voy por el pasillo hacia el bar de la zona vip, me siento inquieto. Al llegar la veo inmediatamente, pero ella a mí no. Está demasiado ocupada hablando con un grupo de mujeres, con una sonrisa radiante en el rostro, tan luminosa como un rayo de sol.

Mientras la contemplo, rememorando la conversación que acabo de tener con Eden, me doy cuenta de que estoy enamorado de Daisy. Sin remedio. Sin dudas. Tontamente.

Ya me había enamorado antes así de rápido, pero nunca había sido tan difícil aceptarlo.

Sin dejar que ella me vea, atravieso la multitud que rodea la barra vip y me deslizo a través de la cortina hacia la enorme sala privada. La exhibición abierta de sexo ya ni siquiera me perturba. En todo caso, me calma los nervios. Es raro, pero los sonidos de placer ahogan los murmullos de mi mente.

Pero la única razón por la que he entrado esta vez es porque quiero que ella me encuentre. Necesito verla en este entorno. Y

cuando termine su turno, la llevaré a mi sala. Mañana por la noche, haremos lo que ella quiere, pero esta noche haremos lo que deseo yo.

Hay una mesa vacía cerca del centro de la sala, así que me siento y miro hacia la puerta, esperándola.

No tarda mucho en acercarse a mí una hermosa mujer de ojos oscuros y cabello negro. Solo lleva unas braguitas finas, y sus pechos quedan frente a mi cara cuando se agacha y pone las manos sobre el respaldo de mi silla.

—Hola, ¿quieres compañía? —me pregunta.

Es preciosa. Hace dos semanas la habría dejado sentarse. Habría dejado que mis manos recorrieran su cuerpo, explorando cómo respondía a mis caricias. La habría dejado arrodillarse a mis pies y, si me hubiera apetecido, la habría llevado a mi sala y me habría divertido con ella.

Pero ya no hay ni una pequeña parte de mí que desee hacerlo. Es preciosa, pero no es la delicada rubia de bonitos labios rosados que yo quiero.

—Esta noche no, cariño —le respondo con una sonrisa.

Ella se encoge de hombros, decepcionada por un instante.

—Qué lástima.

Me río mientras ella se incorpora. La luz del bar ilumina la sala cuando se abre la cortina y entra Daisy. Ve a la mujer semidesnuda que está junto a mí y abre mucho los ojos.

La mujer de cabello oscuro se marcha y yo me lamo los labios, mirando fijamente a Daisy. Lleva unas copas en la bandeja y las deja en otra mesa. Un momento después se detiene frente a mí.

—¿Qué haces aquí? —pregunta.

Quiero tocarla, así que hago que se siente a horcajadas en mi regazo. Sin decir palabra, deslizo mis dedos por la parte delantera de su ajustada falda negra y paso el pulgar por la suave tela que cubre su cálido sexo.

Ella gime y aprovecho la oportunidad para besar la suave y palpitante piel de su cuello.

—Estoy trabajando, Ronan.

—No podía esperar —murmuro. Le aparto las bragas y paso un dedo por su dulce y cálido centro, haciéndola jadear.

—¡Ronan! —protesta ella, pero no hace ademán de levantarse. En cambio, abre un poco más las piernas para mí.

—La gente te está mirando —le susurro al oído—. ¿Te molesta?

—No —musita. No puedo quitarme de la cabeza lo rara que ha estado esta semana. Sé que esto no es una solución, pero quiero fingir que lo es. Si consigo que su cuerpo se sienta bien, podré aliviar lo que sea que le esté atormentando la mente. Podré hacer que todo vaya bien. Se le cae la bandeja al suelo con estrépito cuando deslizo mi dedo medio dentro de ella, empujando con fuerza porque sé que así es como le gusta—. ¡Dios mío, Ronan! —exclama —. Me van a despedir.

—No, no te van a despedir —respondo, deslizando el dedo fuera de ella y volviendo a entrar—. No te vas a levantar de mi regazo hasta que te corras.

—Que le den —murmura; me sujeta la cara con las dos manos y me besa con ganas en los labios—. Vale la pena.

Sonrío contra sus labios y la estrecho contra mi cuerpo. Ella se contonea, buscando su propio placer, y yo le acaricio el clítoris con el pulgar. El profundo gemido que deja escapar es impresionante.

—Escucha a todos los que follan a nuestro alrededor. ¿Te excita, cariño?

—¡Sí, papi!

—Esa es mi chica —le susurro al oído.

Me deja acariciarla, penetrarla y masajearla entre las piernas hasta que arquea la columna y tensa las piernas. Cuando llega al clímax y se queda sin aliento por un momento, disfruto de cada segundo. Me encanta su aspecto cuando alcanza la cima, cómo se tensan los delicados rasgos de su rostro, cómo se forma una diminuta y preciosa arruga entre sus cejas.

—Eres la puta perfección, Daisy. Dime que eres toda mía.

—Soy toda tuya —dice; abre los ojos y me mira con adoración.

—Después de tu turno, te llevaré a mi sala y vas a ser toda mía. ¿Lo entiendes, Daisy? —Ella parpadea y asiente—. Te someterás a mí. ¿Me dejarás hacer lo que quiera contigo?

Otro parpadeo. Luego, asiente de nuevo.

—Sí, papi.

No puedo contenerme. Me acerco a sus labios y le doy un beso feroz. Si pudiera, la haría mía para siempre. Nunca la dejaría marchar.

Pero ya siento que se aleja. Quizás sea la diferencia de edad lo que le preocupa. Tal vez hablar con un hombre como Clay le hace darse cuenta de que podría tener a quien quisiera, a alguien de su edad. Puede que piense que no hay motivos para conformarse con un hombre más de treinta y cinco años mayor que ella.

O tal vez hay algo más que le preocupa.

Sea lo que sea, esta noche voy a hacer que se olvide de todo.

Regla nº 31

Incluso el placer puede parecer una tortura

DAISY

El club está en silencio cuando me deslizo por el pasillo. Estoy en el piso de arriba, donde Ronan tiene su sala privada, justo al lado de la de Eden, y él ya está allí. Esperándome.

No sé por qué estoy nerviosa, pero esta noche me parece importante. Esta noche es la primera en la que voy a someterme de verdad a él. Así que, sí, estoy nerviosa. ¿Y si no me gusta? ¿Y si no se me da bien?

¿Y si es perfecto y me enamoro aún más de él? No sé por qué, eso casi me parece peor.

En algún momento tendré que confesarlo todo, y cuanto antes, mejor.

Mañana. Mañana no trabajo y estaremos solos todo el día. Se lo contaré todo y le rogaré que no me odie por haberle ocultado ese secreto. Se enfadará un poco, quizá incluso me dé unos azotes, pero luego lo hablaremos y haré lo que sea necesario para compensárselo.

Y entonces podremos seguir con nuestra vida juntos.

Cuando llego a la puerta de la sala, saco del bolsillo trasero la tarjeta que me dio anoche. Después de pasarla, abro la puerta y noto que hay algo diferente.

Las luces son tenues y hay unas correas negras sujetas a cada poste de la cama. Ronan está sentado en una silla al otro lado de la estancia, y me quedo paralizada bajo su intensa mirada, sin saber si ya debo mostrarme sumisa o si primero va a repasar las reglas o algo. Ya me ha hecho contarle mis límites y me ha explicado el sistema de palabras de seguridad: rojo, amarillo, verde. Parece bastante fácil.

Pero tengo mucho miedo de estropearlo todo.

Atraviesa la habitación y me pega con suavidad a él para besarme a modo de saludo. En el momento en que sus labios se posan

delicadamente sobre los míos, mi ansiedad se disipa. Ronan tiene la habilidad de calmarme con su sola presencia.

Y me doy cuenta de que, aunque de alguna manera lo estropee, él estará ahí para ayudarme. No me hará daño ni me humillará ni me tratará con condescendencia. Me dijo que siempre iba a protegerme, y yo lo creo.

Me derrito en sus brazos, sintiéndome de repente un poco más emocionada que nerviosa.

—Te he comprado algo —me susurra al oído.

Arqueo las cejas.

—¿Qué es?

Cuando levanta la mano veo una pequeña bolsa de regalo, y mi corazón se acelera.

—Si no te gusta, no tienes por qué ponértelo.

Cojo la bolsa de sus manos y le sonrío.

—¿Puedo abrirla?

—Ve al baño a probártelo. Luego déjame verte con él puesto.

—Vale —respondo, y me muerdo el labio.

Cuando llego al baño, cierro y saco el papel de seda de la bolsa. Dentro veo algo negro, pero no vislumbro qué es. Al apartar el papel me quedo mirando lo que no puede ser más que un puñado de seda negra con forma de camisón. Tiene unos tirantes suaves de marta cibelina y la delicada tela es muy suave. Es precioso a la vez que atrevido, y me pongo tensa por un momento cuando me doy cuenta de que… esto no va conmigo en absoluto.

No quiero decepcionarlo, así que me quito la ropa y me pongo la lencería, y me sorprende gratamente cómo me queda. Con mi trenza rubia pálida y mi piel de porcelana, prácticamente brillo en contraste con la seda oscura.

Me miro en el espejo durante unos instantes. Me suelto la trenza y dejo que las ondas se deslicen sobre mis hombros, y me permito imaginar que no soy Daisy, la afligida, la que no tiene un hogar, una causa perdida que necesita orientación. Soy Daisy, la mujer sexualmente segura, viajera, intrépida.

Es absurdo, pero me ayuda a no sentirme tan fuera de lugar.

Cuando salgo del baño, Ronan está cerca de la barra, sin camisa, y nos quedamos mirándonos. Estoy deseando poner mis manos sobre él, tocarlo y empaparme de la calidez de su cuerpo como si fuera un fuego reconfortante en una noche fría.

—Daisy —susurra—. Ven aquí.

Voy hacia él, sintiendo de nuevo una oleada de nerviosismo. Cuando estoy a su alcance, me pasa una mano por el cabello y acerca mi boca a la suya para darme un beso ardiente. Su lengua se desliza contra la mía, y me maravilla cómo sus besos pueden ser tan intensos y apasionados, pero a la vez tan tiernos y amorosos. Me besa como si quisiera saborearme. Como si quisiera que yo lo sintiera.

Me besa con toda su alma.

Ah, eso sería una letra estupenda. Dios, espero no olvidar esa frase antes de tener la oportunidad de escribirla. Porque los besos de Ronan Kade no puedo olvidarlos: están grabados en mi memoria para siempre.

Aunque espero no tener nunca la oportunidad de olvidarlos, no sé qué pasará mañana.

—¿Te gusta? —pregunta, apartándose.

Aprieto los labios y bajo la vista.

—Sí —digo, pero él hace que levante la cabeza poniéndome los dedos bajo la barbilla.

—¿Pero?

—¿De verdad soy yo? De negro y tan sexy… —respondo con una sonrisa.

—Así es como te veo. —Me hace girar hasta que quedo frente al espejo, con él detrás de mí—. Puede que te trate como a mi niña pequeña, pero así es como te veo, Daisy. No quiero una chica que se doblegue fácilmente. Quiero saber que he hecho que una mujer se arrodille alegremente ante mí. Y cada vez que me llamas papi, eso es lo que siento.

Frunzo el ceño.

—¿De verdad?

—De verdad —murmura con los labios pegados a mi cuello.

Durante todo este tiempo he pensado que Ronan me veía como una mujer que necesitaba orientación. Como a una niña no, pero tampoco como a una adulta. ¿Pero esta persona que está frente al espejo es lo que él ha visto todo este tiempo? ¿Cómo no me he dado cuenta?

Repaso nuestra relación hasta este preciso instante, tratando de verme a mí misma a través de sus ojos: cuando dormía en la furgoneta y me peleé con él porque intentaba llevarme a la fuerza a su apartamento; cuando toqué el piano en la calle; cuando me dejé caer en sus brazos frente a la Torre Eiffel.

De repente, la idea de someterme a él con esta nueva perspectiva me provoca una oleada de excitación. Sobre todo cuando me doy cuenta de que para mí es lo mismo. Ronan Kade es el hombre más rico de la ciudad. Podría tener a cualquiera que quisiera, pero soy yo quien le hace ponerse de rodillas.

Me doy la vuelta para mirarlo a la cara y besarlo. Este beso es más hambriento, más apasionado, y me hace mojarme entre los muslos.

—Quiero esto —le susurro, después de separarme de él—. Quiero que hagas lo que desees conmigo.

—¿Quieres ser mía? ¿Mía de verdad?

—Sí —jadeo sin dudarlo—. Toda tuya, Ronan.

Usar su nombre en lugar de «papi» me parece significativo. Esto no es un juego y no me lo estoy tomando a la ligera. Hablo en serio cuando digo que no quiero nada ni a nadie más. Soy toda suya mientras pueda serlo. Sin dudarlo.

—Voy a atarte a la cama. No voy a hacerte daño, pero te vendaré los ojos. Y luego jugaré con tu cuerpo, Daisy. —Su voz es cálida pero autoritaria, y la encuentro reconfortante—. Te haré sentir bien, pero en algún momento me suplicarás que pare, y no lo haré a menos que uses la palabra de seguridad. Quiero ver hasta dónde puedo llevarte, y te prometo que no se parecerá a nada que hayas sentido antes.

Mis manos tiemblan de expectación cuando las deslizo por su pecho y siento los latidos de su corazón bajo mi palma.

—Tú también vas a correrte, ¿verdad? Vamos a… hacerlo, ¿no?

Él me sonríe.

—No te preocupes por mí, Daisy. Esto no tiene que ver con el sexo, pero si quiero follar contigo, lo haremos.

Trago saliva, encantada con cómo han sonado esas palabras en sus labios: con una pizca de dureza y frialdad, cuando su comportamiento normalmente es amable y cálido.

Dios, espero que lo haga. La idea de correrme tanto que le suplique clemencia suena bien, pero lo que de verdad quiero es a él. Que pierda el control y no pueda contenerse. Yergo los hombros y sonrío.

—Estoy lista.

—A la cama —dice con un tono autoritario. Inspiro hondo y me acerco a la cama. A diferencia de la última vez que estuve aquí, las almohadas y el edredón han desaparecido y solo hay unas sábanas negras. Me siento y espero más instrucciones—. Túmbate. —Obedezco. Me coge las manos y me las ata con la cinta de velcro antes de pasar a mis piernas. Luego coge la venda que está sobre el colchón y me la pone sobre los ojos. El corazón me late con fuerza en el pecho. Estoy completamente a su merced y, aunque sé que Ronan nunca me haría daño, sigue siendo inquietante y da un poco de miedo. Sus manos se deslizan por una pierna y bajan por la otra, como si solo quisiera hacerme sentir su contacto. Como si solo quisiera que sintiera la conexión—. Estás tan guapa así, Daisy… Voy a grabar esta imagen en mi memoria. —Quiero decirle que no tiene que grabarla en su memoria. Estaré así para él siempre que quiera. Para siempre. Pero no digo nada. Me concentro en sus manos y en el sonido de su voz—. Esto es solo un estimulante. Te va a dar frío.

Doy un respingo cuando sus dedos recorren mis pliegues y extienden algo frío sobre mi clítoris. Inmediatamente, la piel entre mis piernas palpita y me vuelvo hiperconsciente incluso del aire que toca mi punto más sensible.

—Ah… —jadeo, empezando a retorcerme.

—¿Te gusta, cariño?

—Sí —susurro.

Entonces sus dedos desaparecen de mi piel y yo espero. Hay silencio, por lo que casi salto cuando siento algo suave contra mi

pecho. Es un toque ligero como una pluma, pero no saber qué es me hace entrar en pánico.

—Relájate, Daisy. Confía en mí.

Esa cosa suave se desliza hacia arriba, hasta mi cuello, y luego pasa por mi mejilla. Siento que sus dedos se pasean por la cara interna de mi muslo.

Pero justo cuando espero que se deslice sobre mi sexo extremadamente sensible, se aleja. Lo hace una y otra vez, como si estuviera activando mis músculos en lugar de hacerme llegar al clímax.

De repente, percibo el aroma de algo y lo entiendo todo. Está echándome aceite sobre la piel. Me está dando un masaje. Y la anticipación me está matando.

Debería estar muy relajada y disfrutando de esto, pero, en cambio, soy un manojo de nervios mientras aguardo a que llegue el siguiente acto. Todos mis miedos y mi ansiedad están flotando en el aire, impidiéndome conectar con esto de la manera que él quiere.

—Estás tensa —dice, y yo me trago las lágrimas.

Déjate ir, Daisy. Está bien sentirse bien. Está bien ser feliz.

Hago todo lo posible por acallar mi mente y centrarme solo en sus manos, en el sonido de su respiración, en su cercanía. En el cosquilleo de calor entre mis piernas. En ese embriagador aroma a lavanda y sándalo. Es estimulante y sexy, y me repito a mí misma que no hay nada más que esto. Nada más que esto. Nada más que esto.

Casi he silenciado las voces cuando algo empieza a vibrar suavemente cerca de mi cabeza y trago saliva.

Desliza algo por el interior de mis piernas siguiendo el mismo patrón que sus manos hace un momento. Y, al igual que sus manos, desvía el vibrador antes de colocarlo donde de verdad lo deseo.

Dejo escapar un gemido y levanto las caderas, tratando de perseguir con mi cuerpo lo que tiene entre los dedos. Pero él solo se ríe en voz baja antes de volver a provocarme.

—Mi chica está tan ansiosa… —susurra con voz oscura—. Lo deseas, ¿verdad, cariño?

—Sí —suspiro.

—¿Sí qué?

—Sí, papi —suplico con tono dulce.

En la siguiente pasada por mis piernas se acerca un poco, pero no lo suficiente para llegar donde yo ansío. Me retuerzo y le suplico que me toque, y casi no puedo creer lo mucho que me muero por correrme ya. Solo con tener sus dedos por todo mi cuerpo y por lo que sea que me haya puesto en el clítoris. Deseo tanto un clímax que podría llorar.

Cuando por fin pone el vibrador contra mi clítoris, dejo escapar un chillido y me debato contra las ataduras. Me corro rápido y con fuerza, y el placer termina tan súbitamente como ha llegado. Demasiado pronto, me quedo jadeando y preguntándome qué pasará después.

La cama se hunde y siento que Ronan apoya su peso entre mis piernas atadas.

—No tienes ni idea de lo hermosa que estás cuando te corres, Daisy. No me canso de verlo.

Necesito que me toque más que nada en este mundo. Sus manos se deslizan por mis piernas y luego siento que sus labios trazan el camino que acaba de recorrer con sus dedos. Me besa hasta que siento algo cálido y húmedo que limpia mis pliegues. Hay un ardor residual por lo que sea que haya puesto allí, pero está desapareciendo rápidamente con el calor de sus labios. Un gemido agudo brota de mi cuerpo cuando lame mi clítoris hipersensible. Me tiene desesperada y necesitada, así que no tarda mucho en chupar el punto sensible y ya estoy corriéndome otra vez.

Las ataduras me impiden disfrutar plenamente del placer, lo que significa que el orgasmo vuelve a llegar y a desaparecer demasiado rápido. Flexiono las piernas y lucho contra las ataduras.

Entonces vuelve el vibrador y rompo a sudar. Me provoca durante un rato, poniéndolo sobre mis pezones, mi vientre, mis muslos, antes de llevarlo a mi clítoris. Entonces, vuelvo a correrme.

Y otra vez.

Y otra vez.

Hasta que el placer empieza a parecerme una tortura.

Pierdo la noción del tiempo y ya no sé cuándo termina un orgasmo y cuándo empieza el otro. Me pierdo en mí misma hasta que no soy más que sensación y ya no puedo definir lo que está bien y lo está mal. Solo están su voz, sus manos, su boca… Es como si Ronan se hubiera convertido en mi dios y yo solo pudiera obedecerlo.

En algún lugar de este abismo de placer, pierdo por completo el sentido de mí misma.

Regla nº 32

Un buen amo no pierde el control

RONAN

Es exquisita. Tal y como sabía que sería.

Mi chica obstinada, llena de pasión y fuego… Verla retorcerse y gritar es todo lo que había deseado y aún más.

Aunque hoy no tengo intención de llevarla más allá de sus límites, me fascina la idea de que no tenga ninguno. O al menos eso es lo que ella cree.

Todo el mundo tiene un límite. Lo divertido es conseguir encontrarlo.

Algunos dominantes utilizan el dolor. La degradación. La humillación.

Yo utilizo el placer.

Para cuando se vaya de aquí, quiero que sienta más de lo que se creía capaz; algo que su cuerpo presentía, pero que nunca había estado cerca de experimentar.

Una pequeña y agradable idea aparece en el fondo de mi mente mientras hago que Daisy alcance el clímax por décima vez. ¿O es la undécima? Esa idea es un recordatorio de que ella y yo tenemos tiempo. No tengo por qué apresurarme ni quebrarla de inmediato. Podemos avanzar delicadamente en este proceso, sesión a sesión, hasta que ella diga que hemos terminado o encontremos nuevas formas de jugar, incluida la suya.

Daisy es tan curiosa como inocente. No tiene miedo de decirme lo que le gusta o lo que no le gusta, lo que significa que podemos divertirnos todo lo que queramos. Confío en que me avisará cuando haya alcanzado el límite, lo que significa que puedo divertirme de verdad sin tener que preocuparme. Y todo eso con una gran ventaja: estoy enamorado de ella.

Estoy completamente fuera de mí, entregado y embriagado por lo que hay entre nosotros, por esta relación que no existía hace un mes, pero que por sí sola le ha devuelto la vida a este viejo. Este

vínculo no se parece en nada a cualquier cosa que haya sentido antes. Mi corazón ha pasado por mucho, pero nunca ha encontrado a su media naranja como lo ha hecho con Daisy.

—Lo estás haciendo muy bien, pequeña —le susurro al oído, agachándome para besarle la piel empapada en sudor—. ¿Cómo estás? Dale un color a papi.

—Verde —dice sin aliento.

—Esa es mi niña. —Ella gime cuando la beso en la boca y le lamo los labios para saborear su desesperación—. Has empapado la cama, Daisy. Pero creo que puedes correrte una vez más.

Ella gime de nuevo.

—No, no puedo. Más no, por favor.

Paso mis dedos por sus pliegues, abriéndola bien antes de acariciarle el clítoris hinchado solo para verla retorcerse.

—Aún no has terminado, pequeña.

—¡Quiero follar! —exclama—. Por favor, papi.

Me quedo paralizado, con la boca a medio camino de su palpitante núcleo. Mi pene se tensa dentro de los calzoncillos, desesperado por darle lo que quiere, desesperado por alcanzar la liberación, pero esto no va de mi propio placer. Su placer es mi placer. Pero saber que lo que ella quiere es que follemos hace que todo sea mucho más potente y surrealista.

Un buen amo no pierde el control. No debería permitirle que me exigiera nada cuando se supone que ella es la sumisa, pero soy un hombre débil cuando se trata de ella. Después de arrancarme los calzoncillos, me recuesto entre sus piernas. Mi erección apunta directamente hacia su sexo reluciente, húmedo y listo para mí.

La agarro con fuerza de los muslos para que se quede quieta.

—Repítelo, Daisy. Dime lo que quieres.

Sus labios se separan, inspira y suelta con un delicado jadeo.

—Quiero follar, papi.

Llevo la mano a mis espaldas y tiro de una de las correas de velcro para desatarle la pierna izquierda.

—Dilo otra vez —le ordeno velozmente.

—Quiero follar, papi, por favor. —Esta vez suena más como un gemido, y sé que se está metiendo en el papel. Sé que va a ser la

hostia cuando por fin me hunda en ella. Mi pene ya está goteando por la anticipación.

Rápidamente arranco la otra correa y le suelto la otra pierna, y ella me las pone alrededor de las caderas para que me acerque a ella.

—Menuda lengua tienes, Daisy. ¿Lo sabías?

—Sí —responde, y luego deja escapar un grito ahogado cuando siente la punta de mi miembro provocándola.

—Cochina… —digo con voz ronca mientras la penetro. Ella deja escapar un grito en cuanto me hundo profundamente en ella. Su sexo es el paraíso, cálido y palpitante. Y una vez dentro, no puedo parar. La empotro contra el colchón, con sus muslos ciñéndome con fuerza las caderas. Apenas puedo respirar por la opresión en el pecho cuando pierdo el control—. Me vuelves loco, cariño. Mira lo que me haces —gruño sin aliento.

Cuando noto que tira de las ataduras de sus brazos, la libero y sus manos encuentran mi rostro e intentan que me acerque para besarla.

Por un momento, respiramos el mismo aire. Nuestros corazones laten al unísono. Y nos sentimos como uno solo. Llegamos al clímax exactamente al mismo tiempo, gimiendo y temblando juntos.

Ninguno de los dos se mueve durante mucho tiempo. Tenemos las manos entrelazadas y los cuerpos unidos. No quiero salir nunca de este lugar.

Pero me doy cuenta de que ella necesita cuidados y al final creo que he sido un poco brusco, así que me retiro y veo que tiene las mejillas enrojecidas y que todavía lleva la venda en los ojos.

Con una sonrisa, se la quito y ella me mira con los ojos entrecerrados. Tiene el maquillaje corrido, pero nunca ha estado más guapa.

—¿Cómo te sientes?

Suelta un suspiro dulce y suave, y sonríe.

—Bien.

Le doy un beso en la nariz.

—Bien. —A regañadientes, me levanto de la cama y voy a buscarle una botella de agua al minibar. Luego mojo una toalla en agua tibia

y regreso para tumbarme a su lado—. Ven aquí, cariño —susurro, envolviéndola en mis brazos. Se incorpora y coge el agua, y se la bebe casi toda de un trago. Una vez que termina, uso el paño tibio para limpiarle la cara y el cuerpo, mimándola con delicadeza.

Se tumba sobre el colchón, aturdida por el sueño, la tapo con una manta y la pego a mí. No podemos dormir aquí, pero quiero dejar que se calme un poco antes de llevarla al apartamento.

—¿Qué tal ha ido? —le pregunto, ansioso por conocer sus primeras impresiones.

Su voz es suave y tranquila cuando responde.

—Ha estado genial. ¿Qué tal lo he hecho?

Me río y le doy un beso la coronilla.

—Has estado perfecta, pequeña. ¿Te gustaría volver a dejar que haga lo que quiera contigo?

—Sí —responde dulcemente.

—Hoy he hablado con Eden —comento—. Mañana podríamos probar lo que tú quieras con ella.

Gira la cabeza y me mira a los ojos.

—¿Mañana?

—Si quieres.

Ella no contesta y veo que vacila. Cuando habla, no me dice lo que yo esperaba.

—Ronan —susurra, con la mejilla ardiente apoyada en mi pecho—, tengo que decirte algo.

El silencio se hace pesado mientras espero, aunque sé lo que va a decir. Prácticamente puedo oír la frase que va a escapar de sus labios, pero, como no soporto la idea de que la pronuncie antes de que yo tenga la oportunidad de hacerlo, antes de que pueda articular palabra, me adelanto.

—Te quiero, Daisy —suelto rápidamente.

Se tensa en mis brazos, y siento contra mi piel el movimiento de su garganta al tragar.

Luego se incorpora y me mira a los ojos, con las lágrimas empapando sus espesas pestañas. Sus labios se separan y espero a que hable; si no me corresponde, no pasa nada. No la amo para

recibir amor a cambio. Solo con sentirlo es suficiente, con darle vida a la emoción que corre por mis venas.

Cuando parpadea y una lágrima solitaria se derrama de sus ojos y se desliza por su mejilla hasta caer sobre mi brazo me apresuro a secarla.

—Yo también te quiero —susurra, con mi pulgar sobre su mejilla.

Las palabras que vienen a continuación se deslizan por mis labios sin vacilar. Es un impulso, y mi cerebro racional sabe que después del sexo no es el momento de hacer compromisos emocionales, pero no puedo evitarlo. No es la primera vez que lo pienso, pero sí es la primera vez que me atrevo a decirlo en voz alta.

—Cásate conmigo.

Esas dos palabras caen como un trueno, sonoras e impactantes, incluso para mí. Pero no me arrepiento. En absoluto. Al contrario: me invade una sensación de alivio por haber reunido por fin el valor para volver a amar.

—¿Qué? —Se le ponen los ojos como platos y su respiración sale en un tembloroso susurro.

—Sé que parece una locura, cariño. Y tal vez lo sea. Pero quiero cuidar de ti. Y quiero cuidarte durante el resto de tu vida. Cuando yo ya no esté, no te faltará nada.

—Me faltarás tú —responde ella en voz baja y sin dudar, mientras otra lágrima se desliza por su mejilla—. Ronan, no me importa el dinero ni nada por el estilo.

—¿Eso es un no? —digo, intentando inspirar hondo, porque me siento como si apenas pudiera respirar.

Ella abre la boca para responder a mi pregunta, pero se detiene, y yo la miro con expectación desesperada.

—Yo… —Está indecisa, y leo en su rostro que hay un torbellino de pensamientos arremolinándose en esa cabecita perfecta—. ¿Me lo has pedido porque quieres que tenga estabilidad económica?

—Te lo he pedido porque te quiero. Daisy, tú le has devuelto el color a mi vida. Tú, con toda tu poesía, tu música y tu felicidad. Sé que debería conocer a tu familia y comprarte un anillo. Sé que todo esto va muy rápido, pero estoy loco por ti. Y quiero casarme contigo.

Otra lágrima se desliza por su mejilla sonrojada.

—Sí —balbuce con una risita—. Sí, me casaré contigo.

El corazón me late con fuerza en el pecho cuando la estrecho entre mis brazos y la beso; ella se aferra a mi cuerpo y deja escapar un grito de emoción, y siento la calidez de esa energía recorrerme como un rayo.

Creo que en algún momento de los veinte últimos años renuncié a tener una vida auténtica. Dejé de lado la idea de volver a ser feliz, de vivir los mejores días de mi vida. Daisy me ha dado algo que creía haber perdido.

Tras unos momentos, nos miramos y vuelvo a sentir la emoción de estar vivo. No recuerdo haber estado nunca tan eufórico y entusiasmado por mi propio futuro.

Cuando Daisy y yo nos vestimos y salimos juntos del club, doy cada paso con una energía renovada. Cuando llegamos a casa, me ducho con ella y le lavo todo el cuerpo con mucha atención. Luego le doy de comer en la cocina, saboreando cada momento.

Mi vida podría ser así todos los días. Eso sería el paraíso.

Cuando se queda dormida en el sofá, con la cabeza apoyada en mi regazo, cojo el teléfono y empiezo a hacer una lista de las cosas de las que tengo que ocuparme antes de dar el siguiente paso: redactar un nuevo testamento, añadir su nombre a la cuenta, concertar una cita con el joyero para comprar un anillo.

Abro el correo para concertar una reunión con Fitz y veo el *email* que le envié ayer a mi investigador. Pensaba que lo había borrado, pero debe de haberse quedado guardado entre los borradores. Me quedo con la mirada fija en ese correo y sé, en el fondo, que sería lo más sensato. Solo como precaución antes de que cualquiera de los dos nos casemos con secretos que ocultar. Quiero decir… Estoy seguro de que ella también me ha investigado porque mi vida es un poco más pública que la suya.

Pedirle que se casara conmigo ha sido impulsivo, así que enviar este correo es solo mi forma de ser prudente.

Sin pensarlo dos veces, pulso la tecla para mandarlo.

No me siento ni remotamente culpable. Daisy no tiene por qué saber que lo he hecho. Al menos, cuando reciba una respuesta en la que no va a haber nada alarmante, ella y yo podremos seguir

adelante con nuestras vidas sabiendo que nos amamos incondicionalmente.

Me guardo el teléfono en el bolsillo, levanto a Daisy del sofá y la llevo a la cama. Mientras duerme en la almohada a mi lado, me doy cuenta de que toda la angustia y las relaciones echadas a perder me han traído hasta este momento, y eso hace que todo haya valido la pena.

Regla nº 33

Está bien que te guste el dolor

DAISY

Llevo tanto tiempo tocando que me duelen los dedos. La música suena con fuerza en el apartamento vacío. Es preciosa, pero no calma mis sentidos.

Mi mente es un caos, un torbellino de euforia y temor que gira en mi cabeza y confunde todos mis pensamientos. En cuanto me he despertado esta mañana sin él a mi lado, he venido aquí. Necesitaba perderme en la música durante un rato, con la esperanza de que, si tocaba, las notas ahogarían mis pensamientos.

Pero aún no ha funcionado. Entre cada acorde, mi mente me lo recuerda.

Ronan me pidió matrimonio.

Le dije que sí.

Tengo que decirle la verdad.

Esas frases se repiten una y otra y otra vez en mi cerebro.

Cuando por fin regresa, a última hora de la tarde, me encuentra en el salón, todavía tocando en vano las teclas. Me acaricia el brazo hasta llegar a mis dedos y por fin se silencia todo: la música y los pensamientos aterradores. Así que dejo que siga, que baje por mi espalda y sobre mis pechos.

—Siento no haber estado aquí cuando te has despertado —me susurra al oído.

—No pasa nada —respondo; me echo hacia él y estiro el cuello con la esperanza de que me toque un poco más. Esta vez, es su boca la que dibuja un tierno sendero sobre mi piel.

—¿Cómo te sientes hoy, pequeña?

Respondo con un murmullo mientras su barba me araña el cuello.

—Genial —miento.

Hace que me dé la vuelta con suavidad hasta quedar frente a él, y se arrodilla entre mis piernas. Cuando nuestras miradas se cruzan, trago saliva.

Sigo llena de alegría y estoy emocionada por la propuesta, pero son el miedo y el temor de tener que decirle la verdad los que lo estropean todo.

—Daisy, lo digo en serio. Lo de anoche fue intenso. Si te arrepientes…

Le tapo la boca con la mano para que se calle.

—No me arrepiento de nada —respondo—. ¿Y tú?

Retiro la mano de su cara y él niega con la cabeza.

—No, cariño. No me arrepiento de nada.

Una sonrisa se dibuja lentamente en mi rostro cuando se agacha para besarme en los labios. Dejo que me abrace, buscando su contacto para sentirme reconfortada. No hay lugar más seguro en el mundo que este.

Sus labios vuelven a encontrar mi cuello; bajan más, me aparta el tirante de la camiseta y me besa los hombros. Sus manos recorren mis piernas desnudas y jadeo cuando rozan mi sensible centro.

—¿Todavía quieres quedar con Eden esta noche? Dos noches seguidas puede ser demasiado. Podemos cambiar la cita.

—Estoy lista —respondo con entusiasmo. Lo necesito. Si sus suaves caricias alivian mis preocupaciones, sé que el daño que ella va a hacerme las silenciará por completo.

—Si cambias de opinión, avísame.

—Lo haré —digo; separo las piernas cuando él vuelve a agacharse para besarme el pecho y el vientre.

—¿Y cómo estás después de anoche? —susurra.

—Un poco dolorida —respondo, mordiéndome el labio.

—Papi te va a dar un beso para que se te pase. —Me mira con una sonrisa pícara y yo correspondo al gesto. Me guiña un ojo y se pone entre mis piernas; deja escapar un gemido ronco cuando me chupa con avidez el clítoris.

Mi cuerpo se relaja contra las teclas, y mis codos tocan acordes desafinados que resuenan por toda la estancia. Y cuando me evado en el placer de su contacto, Ronan consigue lo que el piano no ha podido: me hace olvidar todo lo que me preocupaba.

Siento la calidez de la mano de Ronan en la mía cuando entramos en el club. Es mi noche libre, así que me resulta un poco extraño entrar por la puerta principal como si fuera una socia. Esta noche, técnicamente, soy su invitada.

Melody, la recepcionista con la que solo he hablado un par de veces, nos hace señas para que atravesemos la cortina de la entrada y me dedica una sonrisa cómplice y un guiño. Entrar en el club del brazo de Ronan me hace sentir como una reina. De entre todas las mujeres hermosas, sexys y seguras de sí mismas que podría elegir, él me quiere a mí. No tengo la autoestima baja, pero aun así eso me parece asombroso.

Y tal vez eso es el amor: sentirte indigna y asombrada de que el hombre que crees que es la mejor persona del mundo te quiera. Qué regalo es un amor así…

Ronan no se detiene en la barra para charlar con los clientes habituales. No me lleva a la zona vip ni a su propia sala.

Esta noche vamos a un nuevo lugar. Cuando llegamos a la sala contigua a la suya, inspiro hondo y enderezo los hombros. No estoy nerviosa, estoy emocionada. Quiero esto. Lo necesito.

Ronan pasa la tarjeta magnética por la cerradura y esta emite un zumbido antes de que él la empuje para abrirla. Pero vacila, me pega a él y apoya su frente sobre la mía.

—Aún no le he contado la noticia a nadie. Se lo diremos a todo el mundo cuando estemos preparados.

Asiento y él me da un beso rápido antes de empujarme suavemente hacia el interior de la estancia.

Eden ya está aquí, preparándolo todo, y cerramos la puerta. Hay varias cosas colocadas sobre la cama y me estremezco al verlas: todas tienen pinta de hacer daño y son un poco aterradoras. Eden está vestida como la he visto muchas veces antes: lencería negra atrevida, con tirantes, que queda preciosa sobre su piel bronceada.

Se gira al oír el clic de la puerta y nos dedica a ambos una sonrisa amenazante.

—Ahí estás —dice con calma, y me esfuerzo por ver qué está haciendo; me fijo en algunas cosas que hay sobre la encimera, frente a ella, y lo evalúo todo rápidamente: un frasco con algo que

parece crema o loción, unos objetos de metal plateado que supongo que son pinzas y una jarra de agua con la condensación acumulándose sobre el cristal.

Deja lo que estaba haciendo y viene hacia nosotros sin apartar la vista de mí.

—¿Cómo te sientes, Daisy? ¿Emocionada? ¿Nerviosa?

Yergo los hombros y trago saliva.

—¿Las dos cosas?

Me aparta un rizo rubio de la frente y suelta una leve risa como respuesta.

—Nos lo vamos a pasar bien. ¿Ronan te lo ha explicado todo? ¿La palabra de seguridad, los límites, las expectativas?

—Sí —respondo con confianza.

Eden se ríe de nuevo, esta vez con un tono un poco más siniestro que dulce.

—Sí, señora —me corrige—. Esta vez lo dejaré pasar, pero el próximo desliz te costará caro. ¿Entendido?

Me arden las mejillas cuando asiento.

—Sí, señora.

Ronan me pone la mano en la parte baja de la espalda y yo resisto el impulso de mirarlo. Intentará consolarme, y en este momento me temo que, si me dejo tentar por la seguridad de sus brazos, me echaré atrás.

—Quítate la ropa, Daisy —ordena Eden, con una voz dominante muy diferente a la de la mujer con la que compartí una copa de vino en esta misma sala hace solo unos días.

—Sí, señora —respondo. Cuando me aparto de Ronan, él atraviesa la estancia, se sienta en la cama y se afloja la corbata, observándome. Siento su mirada sobre mí mientras me quito el vestido y el sujetador. Cuando llego a las bragas de encaje, dudo un momento. Él me ha preparado antes de venir y me ha explicado que podía desnudarme tanto como me sintiera cómoda, sin presiones ni expectativas.

Pero me siento segura con los dos. Si él confía en ella, yo también.

Me quito las bragas, mirándolo. Me contempla con adoración, y eso aumenta mi confianza; recojo mi ropa y la dejo en el banco que hay contra la pared.

—Ven aquí, Daisy. —Cuando me doy la vuelta hacia Eden, trago saliva al ver una paleta en su mano. Cuando se acerca a mí, señala el suelo con la cabeza y yo, obediente, me arrodillo. Tengo la vista clavada en su rostro mientras ella me pasa las manos por el cabello.

—Tu papi me ha dicho que eres una malcriada. —Suelto un chillido cuando me tira del pelo y me hace daño—. No me gusta lastimarte… Eres muy guapa —murmura—. Como eres una principiante, vamos a ir despacio. Sé que Ronan te lo ha explicado todo, pero quiero oírtelo a ti. ¿Qué debes decir si quieres que vayamos más despacio?

—Amarillo, señora.

—Buena chica. ¿Y si quieres parar?

—Rojo, señora.

—Bien. Ahora, ¿estás lista para empezar?

—Sí, señora.

Las comisuras de su boca se curvan hacia arriba y sus labios dibujan una sonrisa.

—Eres una buena chica. —Luego, su voz adquiere un tono más frío—. Ahora, échate sobre el regazo de tu papi.

Voy gateando hacia Ronan y me pongo en su regazo, igual que hice ese día que me dio unos azotes en el dormitorio. Solo con adoptar la misma postura, siento un cosquilleo de excitación en la boca del estómago. Él me acaricia el pelo con una mano y me sujeta los brazos con la otra.

—Empezaremos con doce. Será tu papi quien cuente.

Me pongo tensa, temerosa del daño que va a hacerme incluso antes de que la paleta me golpee. Pero en el momento en que aterriza contra mi trasero desnudo, recuerdo por qué quería esto. Arde y duele de la leche, pero la repentina descarga de adrenalina me da algo que no sentía desde hacía mucho tiempo. Y aún no sé qué es, pero lo ansío como el aire que respiro.

—Uno —masculla Ronan.

Entonces, Eden me azota de nuevo, y esta vez el dolor es peor, y un grito se escapa de mis labios sin previo aviso.

—Dos —dice, con voz tensa.

Al tercer golpe de la paleta, mi cuerpo comienza a tensarse solo. Mis músculos abdominales se contraen, mis muslos tiemblan y el sexo me palpita.

Me encanta.

¿Tengo algo de malo en mi interior por disfrutar tanto? ¿Por reconocer que duele, pero disfrutarlo precisamente por eso? Con cada golpe seco de la paleta me siento como si me despojara de una capa, liberando una parte de mí misma que echaba de menos. Y consigue tantas cosas a la vez…

Me excita, lo cual es obvio por la humedad entre mis muslos.

Pero también me está devolviendo a la vida. Sacando de mí a una persona más fuerte, más segura e independiente, la que siempre pensé que estaba destinada a ser. Reemplaza el dolor de la pena y la pérdida con uno físico que se manifiesta en forma de fuerza. No puedo afrontar la angustia abrumadora de vivir sin mi madre, de vivir sola, pero puedo afrontar esto. Puedo soportarlo.

Y por último, después de nueve golpes con la paleta, sé en lo más profundo de mi ser que este es el castigo que me impongo a mí misma por lo que le he hecho a Ronan. Lo he engañado, lo he acosado y he dejado que se enamore de mí. Voy a romperle el corazón al único hombre cuya angustia me destroza más que la mía propia. Puede que nunca me perdone por ello, pero al menos el castigo me hace sentir mejor. Me lo merezco.

Cuando siento una mano suave acariciando mi delicado trasero, abro los ojos. Me doy cuenta de que me había desconectado durante la mayor parte de los azotes, concentrada solo en el escozor en mi trasero; casi he olvidado que no estaba sola.

Cuando la mano de Eden se desliza entre mis piernas, rozando la humedad de mi excitación, dejo escapar un gemido lascivo.

—Ay, Ronan, está empapada. Qué chica tan traviesa tienes.

—Sí, así es.

Entonces siento su mano en mi trasero y vuelvo a la realidad. Me masajea bruscamente la carne antes de darme una ligera palmada.

—Que se levante. Veamos qué más le gusta —dice Madame Kink con entusiasmo.

Es extraño lo mucho que me agrada oírlos hablar de mí como si no estuviera; están planificando meticulosamente mi castigo mientras yo me quedo aquí en silencio esperando lo que está por venir.

—¿Cómo te sientes, pequeña? Dale un color a papi. —Me pone un dedo bajo la barbilla, y hace que vuelva la cara hacia él. Cuando nuestras miradas se cruzan, me invade esa sensación de seguridad.

—Verde —respondo.

Él asiente y sonríe.

—Levántate, Daisy —dice Eden con firmeza, así que obedezco.

Me lleva al centro de la sala, donde hay un par de suaves esposas negras colgando del techo con dos cadenas plateadas. Sigo con la vista las cadenas, que están enganchadas a una polea y fijadas a la pared del lado opuesto mediante un mecanismo que permite ajustar su altura.

Después de atarme las manos por encima de la cabeza, Ronan tira de las cadenas para levantarme las muñecas hasta que quedo tensa de arriba abajo. Apenas puedo tocar el suelo, así que me apoyo en las puntas de los pies para mantener el equilibrio.

Eden me hace girar, de modo que quedo de espaldas a Ronan, y con su rostro cerca del mío, me sonríe.

—Deberías ver cómo te mira cuando no lo ves. Nunca lo había visto mirar a nadie así.

Tardo un momento en darme cuenta de que está saliéndose del personaje. No es Madame Kink quien habla: es Eden, su amiga. Mi amiga.

Trago saliva porque esas palabras me sacuden más fuerte que cualquier paleta o látigo. Con lágrimas en los ojos, asiento con una sonrisa triste.

—Creo que, con un poco de ánimo, podemos conseguir que sea él quien te castigue, aunque no le resulte fácil. No está en su naturaleza hacerte daño, pero tienes que hacerle entender lo mucho que lo deseas. Lo mucho que te ayuda el dolor. Lo bien que te sienta.

—Sí, señora —susurro.

—Cuando eso ocurra ya no me necesitaréis. Pero, por supuesto, si queréis, estaré aquí. ¿De acuerdo? —Su voz ha adquirido un tono más suave e íntimo, y me parte el corazón. Ella se preocupa por los dos.

Siento una conexión abrumadora que nunca había sentido con ella. De repente, no me parece tan extraño que me guste esto. Porque creo que… a Eden también le gusta.

—Sí, señora.

—Buena chica —responde con una expresión suave en el rostro. Entonces, de repente, la calidez desaparece y veo la vara de cuero negro que tiene en la mano. No sé cómo se llama ni cómo son los azotes con ella, pero creo que me va a doler. Con un brillo malicioso en los ojos, sonríe—. Ahora empieza la parte divertida.

Regla nº 34

No pasa nada si no te gusta el dolor

RONAN

He estado en este lugar docenas de veces, viendo a Eden infligir dolor y castigo. Pero nunca me ha molestado tanto. Es difícil, aunque Daisy lo aguanta todo maravillosamente. Cuando dice que está bien, la creo. Y puedo ver que Eden se lo está tomando con calma, pero también sé que Daisy podría aguantar más.

Mi preciosa chica desea esto.

Después de una ronda con la fusta, Daisy parece estar agonizando. Una brillante capa de sudor cubre su cuerpo. Tiene las mejillas rojas y respira con dificultad, con los ojos cerrados, y está prácticamente colgada del techo.

Eden le acaricia el cuerpo, masajeándole la espalda, donde empiezan a aparecer marcas rojas en su piel. Luego, sus manos se desplazan hacia el torso de Daisy; le acaricia los pechos y le pellizca los pezones, ya de por sí duros.

Rechino los molares con fuerza mientras intento controlar la oleada de celos territoriales que nunca había sentido. Normalmente, ver a Eden con una de mis sumisas me excita, pero esta vez es diferente. Especialmente cuando le susurra al oído a Daisy y mi chica responde con una sonrisa, echando su cuerpo hacia Eden como si la necesitara.

De repente, atravieso la sala, tomo el rostro de Daisy entre mis manos y me acerco a ella, que abre los ojos al instante y me mira con amor.

—Lo que te decía —comenta Eden con una risita.

Lo estaba haciendo a propósito para ponerme celoso, para provocarme. La mirada de Daisy sigue clavada en mí.

—Lo estás haciendo muy bien, pequeña.

Con un murmullo, se echa hacia mí; le beso la frente y bajo hasta su boca.

Cuando siento algo suave pinchándome en el costado, me alejo de Daisy y miro a Eden. Ella sostiene el látigo de cuero negro hacia mí, como si quisiera que lo cogiera.

—Si quieres recompensarla, tienes que hacer que se lo gane. —Lo que quiere decir en realidad es que *yo* tengo que ganármelo.

Me vuelvo hacia Daisy y me parece terriblemente irónico que sea ella la que tenga una expresión de ánimo. Como si eso fuera a hacerme más daño… Quizá sea así.

—Por favor, papi —susurra, y yo le hago un gesto con la cabeza antes de agacharme para besarle la cabeza de nuevo.

—Sí, cariño. —Hago que levante la cara para que nuestros ojos se encuentren—. Voy a darte diez, y más te vale que cuentes todos ellos.

Una sonrisa pícara se dibuja en sus mejillas sonrojadas.

—Sí, papi —responde; cierra los ojos y deja caer la cabeza hacia adelante. Cuando me pongo a su espalda, Eden me acaricia el brazo y va frente a Daisy. No he llegado a ver lo que llevaba en la mano, pero cuando Daisy lanza un grito desgarrador, sé que es por las pinzas que ahora pellizcan con fuerza sus pezones.

Aprieto el puño alrededor del mango del látigo, inspiro hondo y me recuerdo rápidamente que esto es lo que Daisy necesita y que darle lo que necesita es lo único que quiero. Si la amo y si soy un amo del placer, entonces depende de mí darle lo que le hace sentir bien.

Así que, con eso en mente, le doy un fuerte golpe que resuena contra la carne debajo de sus omóplatos. Sus gritos de angustia inundan la sala y jadea en busca de aire.

He sentido un golpe como este antes y sé lo impactante que es el primero, como si un montón de pequeñas chispas le picaran la piel.

—Cuenta, Daisy —exige Eden.

—¡Uno! —exclama Daisy.

Puedo hacerlo.

Cierro los ojos y le doy otro azote, esta vez un poco más suave que el anterior. Pero su grito es más fuerte.

—¡Dos! —grita.

Mi piel se calienta y me duele el pecho. Solo quiero abrazarla, decirle cuánto la quiero y apartarla de sufrir daño.

¿Por qué necesita esto? ¿Por qué le hace tanta falta sentir dolor?

—Tres —dice sin aliento, seguido de un gemido embriagador.

—Oh, Daisy, estás tan húmeda… —le susurra Eden al oído—. ¿Puedo hacer que te corras mientras papi te hace llorar?

Daisy vuelve a gemir ruidosamente.

—Sí, señora. Por favor, señora.

El cuarto golpe es fuerte, más fuerte de lo que pretendía. El cuerpo de Daisy tiembla e intenta liberarse de las ataduras, como si pudiera escapar del daño que le hacen las tiras de cuero del látigo.

—Tenías a todo el mundo engañado, Daisy. No eres una niña dulce e inocente en absoluto, ¿verdad? —murmura Eden; sus dedos desaparecen entre los temblorosos muslos de Daisy.

Aprieto el puño de nuevo. Ella es mi dulce niña. Con cada azote de esta cosa que tengo en la mano, siento que la estoy perdiendo; que pierdo a ese hermoso ángel que encontré hace solo unas semanas.

Me desconecto durante el quinto, sexto y séptimo golpe. Los gemidos de placer de Daisy se mezclan con sus gritos de agonía, y cuando me doy cuenta de que Eden está ahora de rodillas, con la cara hundida en el dulce y dolorido sexo de mi hermosa chica, vuelvo a perder el control.

Solo se puede torturar a un hombre durante cierto tiempo antes de que se quiebre.

La agarro por el pelo, le echo la cabeza hacia atrás y me acerco a sus labios resecos. Domino su boca con un beso apasionado hasta que se derrite en mis manos.

Luego me separo.

—Déjame ver cómo te corres, Daisy —murmuro con tono sombrío —, porque en cuanto ella termine contigo, serás mía. ¿Entendido? Puedes correrte para ella, pero tú me perteneces. —Ella deja escapar un grito, y su cuerpo se contorsiona durante el orgasmo.

Ni siquiera espero a que recupere el aliento. Alargo la mano para desatar las ataduras que le rodean las muñecas a toda prisa. Ella cae como plastilina, así que rápidamente la levanto en brazos; ella me rodea las caderas con las piernas y yo la llevo a la enorme silla

que hay en la esquina. Entonces vuelvo a tomar su boca, aliviado al sentir que me besa con tanta pasión y necesidad como yo a ella.

Todo lo que necesitamos es el uno al otro.

Todo lo que yo necesito es a ella.

Ella se retuerce contra mí, empapándome los pantalones.

—Desabróchame los pantalones y sácasela a papi, Daisy —digo con voz ruda, rodeándole el rostro con las manos.

Con las pinzas para los pezones aún colgando de su pecho, ella se acerca más a mí. Sus dedos juegan frenéticamente con el cinturón y la cremallera de mis pantalones. Mi pene gotea dentro de mis calzoncillos, desesperado por que ella lo toque. La respiración de Daisy solo son jadeos entrecortados mientras intenta apresurarse y liberarlo.

En el momento en que su suave mano se desliza a lo largo de mi rígida longitud, tiemblo.

—Eso es, pequeña.

Ella envuelve su mano alrededor de mí, acariciándome suavemente desde la base hasta la punta y mirando fijamente mi miembro en su mano. Cierro los ojos, dejando que su delicado toque me provoque solo un momento más.

Luego, me acerco su cara y le susurro al oído:

—Daisy…

—Sí, papi —responde obedientemente, y sé que lo hace porque me encanta que me llame así—. Cabálgame como una buena chica. —No lo duda un segundo. Levanta las caderas, coloca su sexo húmedo sobre la punta de mi erección y solo hace una pequeña mueca por el tamaño mientras me hunde lentamente en su interior —. Así se hace, pequeña —digo con tono grave y ronco, apartándole el pelo empapado de sudor de la cara—. Dios, qué bueno es esto. ¿Te gusta, cariño?

Le beso la mandíbula, las mejillas y luego la boca: mientras le lamo los labios, ella contonea las caderas.

—¡Sí! —exclama, con la voz cargada de lujuria—. ¡Mucho!

Una parte de mí desearía tener más disciplina. Podría haberme tomado mi tiempo con ella antes de follar, pero ver a otra persona lamerla entre las piernas ha sido más de lo que podía soportar.

—Ahora eres mía, Daisy. ¿Lo entiendes?

Me mira a los ojos mientras se mueve sobre mí. Hay más asombro y adoración en su rostro que pasión y necesidad. Para ella, esto no es parte de una escena ni una actuación. Es real.

—Sí —susurra.

Mis testículos se tensan ante esa respuesta. Es mía. Es toda mía.

—Lo digo en serio, cariño. Eres mía para cuidarte. Mía para conservarte. Mía para follar contigo. Mía para amarte.

—¡Sí! —grita de nuevo, y está claro que el placer la posee.

Sin previo aviso, le quito las pinzas de los pezones y ella deja escapar un grito ronco, mezcla de dolor y placer. La sensación la hace acelerar el movimiento de sus caderas.

—Eso es, Daisy. Córrete con papi. Luego te llevaré a casa y haré que te corras una y otra y otra vez. Porque eres mía.

—¡Soy tuya! —Se aferra con fuerza a mi cuello y restriega su clítoris contra mi cuerpo. Cuando noto que tiembla, pierdo el control.

La agarro con fuerza de las caderas, la penetro con más fuerza y me corro con tantas ganas que pierdo la capacidad de respirar.

—Joder, Daisy —gimo, pronunciando su nombre. Ella se desploma contra mí y nos corremos juntos, con nuestros corazones latiendo al unísono.

Con su cuerpo entre mis brazos, le acaricio suavemente el pelo y la pego más a mí.

Después de unos momentos de respiración agitada, oigo a Eden al otro lado de la sala.

—Bueno, eso ha sido una puta belleza.

Daisy sonríe y suelta una risa cansada, volviéndose para mirar a la mujer recostada en la cama.

Cuando me siento preparado, levanto a Daisy de mi regazo, la llevo a la cama y la dejo junto a Eden, que inmediatamente se pone a peinarla con los dedos.

—¿Cómo te sientes? —le pregunta Eden.

Daisy deja escapar un profundo suspiro.

—Me siento… genial.

—Bien —responde Eden. Mientras hablan en la cama sobre cómo bajar del subidón y los cuidados posteriores, me subo los pantalones

y me los abrocho antes de coger el agua de la encimera.

Estamos cada uno a un lado de Daisy y le hacemos beber casi la mitad de la jarra antes de hacer que se dé la vuelta para cubrirle la espalda con un bálsamo calmante que aliviará el dolor.

—Esta es su parte favorita —dice Eden, y, aunque me está tomando el pelo, tiene razón. Porque cada momento que paso mimando y cuidando a la chica que amo, pienso en lo mucho que detesto hacerle daño aunque a ella le guste. Aunque se haya corrido dos veces. Aunque lo necesitara.

Me destroza pensar que no puedo darle a mi chica todo lo que necesita.

Cuando creemos que Daisy se ha calmado y recuperado por completo, la animamos a que se levante de la cama y se vista. Ella abraza a Eden y se despide con un gesto. Vamos hasta el coche, entramos y, por fin, nos quedamos solos.

—¿Estás bien? —me pregunta, con la cabeza apoyada en mi hombro.

—Sí, cariño. Estoy bien. ¿Y tú?

—Estoy mejor que bien.

Sigo tenso y me pongo a mirar por la ventanilla. Y entonces es ella quien me agarra la cara y hace que me vuelva hacia ella.

—Crees que tengo algo malo, ¿verdad? Por gustarme tanto eso.

—No, cariño. Por supuesto que no. —Tomo sus dedos entre mis manos y le beso los nudillos con cariño.

—Entonces, ¿qué te pasa?

—Daisy, quiero darte todo lo que necesitas. Quiero ser lo único que necesites.

—¿Pero crees que no puedes hacerlo?

—Lo conseguiré —respondo.

—Si no te gusta, entonces no quiero que lo hagas.

—¿Y qué? ¿Buscarás a Eden cada vez que necesites… eso? ¿Tienes idea de cómo me hace sentir eso, Daisy? Lo haré yo.

—Lo siento —susurra, acurrucándose más contra mí—. No era mi intención insinuar eso.

Le acaricio la cabeza, que descansa contra mi pecho, e intento alejar todas mis preocupaciones.

—No pasa nada, cariño. —Le levanto la barbilla para que me mire a los ojos—. Te quiero —susurro.

—Yo también te quiero —responde.

Y la creo. Ella me quiere tanto como yo a ella. Solo espero que sea suficiente. Tiene que serlo.

Porque no sé qué haré si no lo es.

Regla nº 35

El desamor es el peor dolor que existe

RONAN

Por primera vez en años, duermo más allá de las siete. Al parecer, anoche me agoté más de lo que pensaba. El cálido cuerpo de Daisy está recostado sobre el mío como una manta y me ha mantenido anclado al sueño como si fuera una droga potente. Cuando por fin abro los ojos, veo cómo el sol brilla sobre el cabello de Daisy y forma un halo sobre su rostro dormido.

Mi cama nunca me ha parecido tan acogedora. Estoy medio tentado de despertarla con mi boca entre sus piernas, pero después de anoche, quiero que descanse. Daisy está conmigo, así que quiero que siempre esté bien descansada, bien alimentada y bien follada.

Recreo la conversación del coche en mi mente, y el mismo miedo y la misma ansiedad vuelven a aflorar. ¿Así es como va a ser? ¿Voy a estar preocupándome constantemente por no ser suficiente? ¿Por no complacerla lo bastante? ¿Por si ella necesita algo de otra persona y me deja con el corazón roto?

Tarde o temprano, tendré que relajarme. Ella me quiere. Estoy seguro de ello. Entonces, ¿por qué sigo tan preocupado?

Cuando finalmente salgo de la cama es con la intención de ir a mi despacho para ver si tengo respuesta de Fitz. Y me doy cuenta de que el deseo de casarme y de resolver nuestros asuntos lo antes posible no es más que otra forma de esa ansiedad e inquietud. Lo disimulo con la excusa de que solo quiero asegurarme de que Daisy esté bien cuidada.

Así que, después de una ducha rápida, me visto y me siento a la mesa de mi despacho para abrir el correo. Estoy escribiendo un mensaje cuando suena mi teléfono.

Al mirar el identificador de llamadas en la pantalla, reconozco el nombre del investigador; mi estómago se llena instantáneamente de plomo y me invade la vergüenza. Casi me había olvidado de ese correo, el que nunca debí enviar.

Por eso casi dejo que salte el buzón de voz.

Pero tal vez sea la curiosidad lo que me impulsa a contestar. No llamaría si no fuera por algo importante.

—John —digo a modo de saludo después de deslizar el dedo por la pantalla.

—Ronan —responde con frialdad. Y luego va directo al grano. Sin saludos ni charla trivial—. He investigado los antecedentes familiares de Daisy Bennett. Su padre, Alan Bennett, es quiropráctico en Chesapeake, Indiana. Su madre, Shannon Masters, era agente inmobiliaria. Murió de cáncer de mama hace tres años.

Mientras le escucho recitar los hechos, al principio me parece que no hay nada que no supiera ya. Pero cuando oigo un nombre que me suena, me quedo paralizado.

—Espera, ¿qué? Repite ese nombre.

—Shannon Masters. Si te suena familiar es porque le extendiste un cheque por un millón de dólares hace nueve años. He revisado tus finanzas y tu historial empresarial en relación con todos estos nombres, y ha aparecido el de Shannon.

Habla tan rápido que me cuesta seguirle el ritmo, y apenas me doy cuenta de que Daisy ha entrado en el despacho. Solo puedo imaginarme la cara de Shannon, paralizada en la puerta, con el corazón roto y asustada.

Muy parecida a la de Daisy ahora.

Largo cabello rubio, enormes ojos azules, labios carnosos… Es como un *déjà vu.*

—¿Ronan? —susurra Daisy, vacilante, mientras yo la miro con los ojos muy abiertos, asustado.

Al otro lado del teléfono, John continúa.

—Shannon Masters cobró el cheque y depositó los fondos en una cuenta de ahorros con tu nombre. La beneficiaria es Daisy Moon Bennett.

—¿Qué pasa? —murmura, mirándome con preocupación.

—Gracias, John —digo con voz ronca.

—Te enviaré el informe por correo. Adiós, Ronan.

La línea telefónica se corta y miro fijamente a Daisy.

Mi mente está en bucle y todavía no soy capaz de sentir nada. Solo veo sus caras, sus nombres, esta nueva revelación que da vueltas en mi cabeza.

Daisy es la hija de Shannon.

La hija de Shannon.

Shannon está muerta.

—Ronan, ¡¿qué está pasando?! —exclama, esta vez más fuerte, con la voz llena de desesperación. Cuando vuelvo a mirar su rostro, veo el remordimiento. El miedo. El arrepentimiento. Ella lo sabe. Lo ha sabido todo este tiempo—. Por favor, háblame —suplica, acercándose a mi escritorio.

Las emociones amenazan con dominarme mientras asimilo todo: vergüenza y asco por haber tocado a la hija de Shannon; ira y arrepentimiento por no haberlo sabido hasta ahora; decepción y miedo al darme cuenta de que todo lo que he tenido con Daisy hasta este momento ha estado impregnado de engaño.

Soy tonto.

Normalmente, no soy un hombre espontáneo. Hago planes meditados, estratégicos y cuidadosos. Mi negocio y mi éxito lo han demostrado. Entonces, ¿por qué soy tan idiota cuando estoy enamorado? ¿Por qué me enamoro tan fácilmente? ¿Por qué entrego mi corazón a la primera de cambio?

—Daisy —murmuro, con la mano cubriéndome la boca y los ojos llenos de hiriente desprecio. Ella está llorando. Los lagrimones se deslizan por su rostro y la preocupación está escrita en cada arruga de su frente.

—Supongo que quienquiera que estuviera al teléfono hace un momento te ha hablado de mi madre.

—No lo entiendo —murmuro, y ella solloza entre hipidos—. ¿Por qué? Ya te he dado dinero. ¿Querías más?

Su rostro se contorsiona de angustia.

—No. Ronan, lo que dije iba en serio. No quiero tu dinero. No se trataba de eso.

—Entonces, ¿de qué se trataba? —Mi voz es fría, sin emoción, vacía… Es exactamente como me siento por dentro.

—Solo quería saber quién eras. Ella me dejó tu nombre en esa cuenta, pero lo único que sabía de ti era que pasaste tiempo con ella. No sabía que os queríais… hasta que me lo dijiste. No tenía ni idea de por qué me dejaste tanto dinero.

Algo en mí se rompe. Una astilla en el escudo que rodea mi corazón.

Todo lo relacionado con Daisy ha sido… una mentira.

—¿Por qué no me lo dijiste? ¿Por qué no me lo preguntaste?

—No lo sé. Ronan, tú eras todo lo que me quedaba de mi madre. Creo que, en el fondo, temía que, si te lo preguntaba y tú no la recordabas, me haría daño. O que ella no significara nada para ti.

—La quería —espeto, dando un golpe con la mano sobre la mesa.

Daisy se estremece y más lágrimas caen por sus mejillas.

Y todos los recuerdos de lo que he hecho con Daisy, de lo que he hecho con la hija de Shannon, acuden a mi mente y me derrumbo, con la cabeza entre las manos.

—Por favor, vete —murmuro.

Daisy vuelve a sollozar.

—Para mí esto no cambia nada. —Su voz es débil y triste.

—Para mí lo cambia todo —respondo, mirándola fijamente a los ojos. Y veo cómo esas palabras la impactan, con su significado profundo y doloroso. La propuesta de matrimonio. Las promesas. Lo que sentía por ella… Todo ha desaparecido.

Ella inspira, temblorosa, y retrocede hacia la puerta. Antes de desaparecer, se detiene y se seca la cara.

—Me prometiste que nunca me harías daño —solloza—. Y esto me hace daño, Ronan.

No respondo. Ni siquiera levanto la vista. Con la mirada fija en el suelo, los codos apoyados en las rodillas y el cuerpo encogido como si me hubieran disparado, me quedo sentado en silencio mientras ella se marcha.

Oigo el sonido de la puerta principal al cerrarse de golpe momentos después, y me hace tanto daño como nueve años atrás.

Regla nº 36

No se puede disfrutar de la felicidad si no se conoce la tristeza

DAISY

¿Qué esperaba? ¿Un cuento de hadas? Quería que mi vida fuera poética, y ahora me siento como una idiota por haber soñado alguna vez que podría ser algo más que cruel y solitaria. La vida no es poética. Es injusta, despiadada. No es más que una lucha por la supervivencia en una existencia sombría y brutal. Solo toma, nunca da.

La vida no es más que una serie de días en los que trabajas, sufres, duermes y, finalmente, mueres. Nada más.

Estoy siendo dramáticamente pesimista, pero teniendo en cuenta que estoy tumbada en mi fino colchón de espuma, en el mismo aparcamiento de la ciudad en el que estaba cuando Ronan me encontró, ahora mismo tengo derecho a ser pesimista.

Tuve la oportunidad de sincerarme con Ronan, y, tal vez, si lo hubiera hecho desde el principio, como debía, habríamos seguido juntos. Habríamos podido solucionarlo. Tal vez.

O tal vez no. Es obvio que todavía está enamorado de mi madre. Está claro que la quería de verdad. No era una fascinación pasajera como la que sentía por mí. Y ahora no solo está asumiendo mis mentiras, sino que también está llorando su muerte de nuevo.

La he cagado. Soy un desastre.

Pero ¿a quién le importa? Es mejor así. Con Ronan tenía algo que perder. La felicidad es peligrosa. Cuanto más tienes, más está en juego. Cuanto más arriba subes, más dura es la caída. Antes era feliz, así que tendría que haberlo sabido. Justo antes de que le diagnosticaran el cáncer a mi madre, era feliz. Mi futuro parecía luminoso. Había recibido una carta de aceptación en la escuela de música de mis sueños. Iba a tener una vida hermosa y poética como siempre había soñado.

Pero eso también me fue arrebatado tras una larga y dolorosa batalla, y no hubo nada de hermoso en eso. Frascos naranjas de

pastillas, habitaciones de hospital estériles y el incesante pitido de esas máquinas. La silla de vinilo azul en la que se sentaba mientras le llenaban el torrente sanguíneo de veneno con la esperanza de que matara a lo que la estaba matando. Los programas de entrevistas diurnos sonando de fondo, con gente sonriendo y ganando coches y viajes, pletóricos con una felicidad que nosotras no íbamos a sentir más. Mi madre nunca iba a volver a sentir esa clase de euforia.

Porque la vida es injusta.

Ahora sus últimos días me parecen más cercanos que antes: la forma en que su cuerpo se marchitó tan rápido como su mente; ver cómo sus órganos se apagaban lentamente, saber que la habían drogado hasta el punto en que vivió sus últimos días en una confusión embriagadora.

Esos últimos momentos empaparon mi existencia, apagaron la luz del sol y la inundaron con tristeza, de modo que todos los días que existieron a partir de entonces quedaron contaminados hasta que él apareció. Hasta París y los pianos. Hasta los *jets* privados y el placer tan palpable que me ahogaba. Estaba cegada por esa felicidad. Estaba cegada por él.

Pero el cielo vuelve a ser gris porque fui una tonta que cayó en la pequeña trampa de la vida. Cometí el error de sentir una pizca de felicidad, porque ¿qué es la alegría si no conocemos lo contrario? Si nunca hubiera sentido la abrumadora oleada de angustia, la alegría habría sido plana y sin sentido.

Joder, debería escribir esto.

Pero ¿quién quiere escuchar una canción así?

Tengo la mochila raída a mi lado, la misma mochila que ha estado en salas de quimioterapia y luego en Francia. He metido todo lo que me había llevado a casa de Ronan a toda prisa después de que me hubiera echado de su despacho. Un montón de ropa sucia, mi neceser de maquillaje y mi diario. Seguro que me he dejado alguna cosa, pero unas mallas y un gel de baño son lo que menos me preocupa en comparación con lo que he perdido: la parte de mí que he dejado con él.

No puedo pensar en él, pero mi mente no me permite olvidarlo: su cálida sonrisa. La sensación de sus suaves manos sobre mi

cuerpo. El consuelo de sus caricias en mi espalda. Y el embriagador aroma de su colonia.

Él.

Y así, sin más, estoy pensando en él otra vez. Ni siquiera siento cómo las primeras lágrimas comienzan a brotar de mis ojos. Quizás si dejo que mi mente repita todas las cosas que amo de él, eso eclipsará la forma en que me ha mirado cuando me ha dicho que me fuera. La expresión de decepción en su rostro y cómo todo el amor se desvanecía mientras me miraba con ira.

No, borra eso.

Quédate con lo bueno.

Meto la mano en la mochila, saco mi cuaderno y lo hojeo sin pensar. Hay notas y letras de canciones garabateadas desordenadamente en cada página; recuerdos desbloqueados en cada línea. Casi puedo oler los *croissants* de París y el aromático *espresso* que servían en esas tazas diminutas, y sentir su mano sobre mi rodilla debajo de la mesa.

Ojalá pudiera plasmar ese sentimiento en una canción.

Incapaz de encadenar una línea coherente de palabras, paso a la página siguiente. Y ahí está.

Lo que él garabateó para mí. La poesía que escribió… para mí.

Inspiro hondo, cierro la libreta y la lanzo por el aire al otro lado de la furgoneta. Como no tiene mucho espacio para volar, se estrella contra la ventana trasera y cae con las páginas arrugadas. Me echo boca abajo sobre la almohada y grito como una niña. Ojalá nunca hubiera subido a ese escenario, así nunca habría sabido lo que es ser amada por Ronan Kade.

Regla nº 37

Tu felicidad no depende de un hombre

HACE NUEVE AÑOS

DAISY

—Daisy —me llama mi padre desde el pie de la escalera—, ¡tu madre está aquí!

Oigo sus voces apagadas y salto de la cama, donde estaba viendo un viejo episodio de *Judge Judy.* A toda prisa, cojo la mochila de encima del colchón, salgo corriendo de mi habitación y bajo las escaleras.

En cuanto veo a mi madre en el felpudo de la entrada —la primera vez que la veo en seis semanas—, noto que hay algo diferente. Para empezar, está más bronceada de lo normal. Pero también muestra una expresión de enorme alivio al verme.

Atravieso el vestíbulo a toda velocidad, paso junto a mi padre y me abalanzo sobre ella para rodearla con mis brazos; ella corresponde al gesto y me estrecha con tanta fuerza que casi me levanta del suelo, aunque ahora soy tan alta como ella.

—¡Daisy Moon, te echaba de menos! —exclama cerca de mi oído.

Por primera vez en todo el verano, me siento a gusto. Quiero a mi padre y me gusta pasar los veranos con él, pero odio estar lejos de mi madre. No hay nadie más en el mundo con quien pueda hablar con tanta facilidad. Quiero a mis amigos, pero dudo que alguna vez conozca a nadie que me haga sentir tan cómoda como ella.

Siempre es así entre nosotras. Es como si compartiéramos la misma alma. Puede gritarme pero al siguiente segundo puede reírse conmigo. Mi padre intenta que me sienta tan cómoda con él como con ella, pero siempre parece forzado, así que supongo que lo que tenemos ella y yo es especial.

—¿Has tenido un buen viaje? —le pregunto después de separarme por fin de ella.

Uno de sus brazos sigue rodeando mis hombros, estrechándome contra su cuerpo, y asiente.

—California es calurosa y la playa estaba bien, pero echaba de menos a mi niña.

—Yo también te he echado de menos. —La abrazo de nuevo.

—¿Por qué no te despides de tu padre y luego tú y yo vamos a comprar material escolar? Tenemos que prepararte para la secundaria.

—¿Podemos ir a comer a Hanson's también? —pregunto, emocionada. Es su hamburguesería favorita, así que sé que no dirá que no.

—Por supuesto —responde.

Después de darle un abrazo a mi padre y de que ellos se despidan, mi madre y yo nos montamos en su viejo coche y nos dirigimos por la calle principal hacia el centro comercial.

—¿Por qué has tardado tanto? —pregunto; enchufo mi teléfono al cargador de su coche y selecciono la lista de reproducción que he estado escuchando todo el verano.

Una suave sonrisa se dibuja en sus labios.

—Hice amigos y, como tú estabas con tu padre, decidí quedarme un poco más.

—¿Qué clase de amigos? ¿Un novio? —le digo en tono burlón, y ella suelta una carcajada.

Echaba de menos esa risa.

—Eso no es asunto tuyo, Daisy. Además, ¿de qué iba a servir tener un novio en California?

—Apuesto a que los novios de allí son mejores que los de aquí —replico, frunciendo el ceño al pensar en todos los padres de mis amigos. No hay ni un solo hombre en la ciudad al que pueda imaginarme saliendo con mi madre. Todos son viejos y aburridos.

—¡No voy a echarme novio! —exclama ella, riendo.

—Vale, bien —respondo, y en ese momento empieza mi canción favorita. Subo rápidamente el volumen de la radio y cantamos juntas.

—¿Has compuesto más canciones este verano? —pregunta, alzando la voz por encima de la música.

Respondo encogiéndome de hombros.

—Un par, pero no son buenas.

—Tonterías —espeta—. Seguro que son auténticos temazos.

Me río y pongo los ojos en blanco.

—El único viaje que he hecho en todo el verano fueron las dos noches que papá me llevó a ese viejo parque de atracciones a dos horas de distancia. No tengo nada emocionante sobre lo que escribir.

—Daisy Moon —protesta mi madre—. Podrías escribir una canción sobre hamburguesas y batidos, y sería perfecta.

—Solo lo dices porque eres mi madre.

—No he regresado de California para oírte hablar mal de mi compositora favorita. En cuanto lleguemos a casa, me tocarás esas nuevas canciones.

Pongo los ojos como platos y suelto una risita.

—Vaya, vale.

Cuando llegamos al aparcamiento de Hanson's, miro a mi madre y veo que parece más feliz que cuando se marchó. No puedo imaginar por qué alguien estaría tan feliz de regresar a este lugar después de haber estado en California.

Me dirijo a ella antes de salir del coche.

—¿Sabes?, si te echas un novio, por mí no hay problema. No me enfadaré.

Ella frunce el ceño y se vuelve hacia mí.

—¿Por qué dices eso?

Me encojo de hombros.

—No lo sé. ¿No quieres volver a casarte?

Me coge las manos y se acerca a mí.

—Si conozco a alguien adecuado, sí. Me volvería a casar. Pero no lo necesito. Tu felicidad no depende de los hombres, Daisy. Me encanta mi vida tal y como es ahora. Te tengo a ti.

Apoya su frente sobre la mía y se me hace un nudo en la garganta.

—Te he echado de menos —susurro.

Sus ojos se llenan de lágrima.

—Yo también te he echado de menos —contesta.

—Pero la próxima vez que vayas a California, tienes que llevarme contigo.

Con una risa, se separa y se seca rápidamente los ojos.

—No tengo pensado ir otra vez, pero si lo hago, sin duda te llevaré conmigo.

—Vale, bien.

—Pero en California no tienen Hanson's. No encontré ni una sola hamburguesa decente en todo el tiempo que estuve allí.

—¿En serio?

—En serio. Nada me haría más feliz que una hamburguesa doble con queso, aros de cebolla y un batido.

—Te echo una carrera —digo, y salgo del coche de un salto. Ella ni siquiera se molesta en cerrarlo con llave: corremos hacia la puerta principal de la hamburguesería, riéndonos histéricamente al entrar.

Todavía estamos sin aliento cuando pedimos, y yo la abrazo por la cintura. Ha sido el verano más largo de mi vida, pero al menos ha terminado. Ella está en casa y todo vuelve a estar bien.

Regla nº 38

Digas lo que digas, lo más probable es que el camarero haya oído cosas peores

DAISY

Geo no deja de mirarme. Sus curiosos ojos verdes me siguen entre trago y trago, con una pregunta en la punta de la lengua sobre lo que ha pasado. Pero no puedo decírselo. Es solo cuestión de tiempo que Ronan le cuente a Emerson Grant mi secreto y cómo lo seguí hasta el club, y perderé mi trabajo. Más me vale aprovechar para ganar unas cuantas propinas más antes de que eso ocurra.

En cuanto he entrado, Geo se ha dado cuenta de que me pasaba algo. No llevo ni una pizca de maquillaje en la cara. Estoy despeinada porque me he arreglado el pelo con los dedos y me he hecho un moño de forma descuidada antes de salir de la furgoneta, que tengo aparcada detrás del club. Sinceramente, mi aspecto podría ser motivo de despido de todos modos. Nadie quiere que un desastre con patas como yo le sirva un martini en un exclusivo club sexual.

No hago contacto visual con nadie y ni siquiera puedo forzar una sonrisa sincera mientras trabajo. Miro hacia la puerta siempre que puedo, pero Ronan nunca llega a atravesar esa cortina. Y no sé si quiero que lo haga o no.

Me muero por verlo, pero hasta yo sé que si viene al club esta noche, no la pasará conmigo.

Solo pensar en él con otra mujer me da ganas de vomitar.

Sin embargo, eso va a ocurrir.

Un hombre como Ronan no se queda solo. Espero por su bien que no esté destrozado mucho tiempo. La idea de que se sienta siquiera un poco infeliz me reconcome las entrañas.

—Vale, ¿qué coño pasa? —Geo me tiende una emboscada cuando salgo del almacén, y yo lo miro con los ojos muy abiertos.

—¿Qué? —finjo ingenuidad e intento esquivarlo, pero él se interpone en mi camino.

—¿Qué ha pasado con Ronan?

—Nada —respondo a toda prisa, y sé que no ha sonado muy convincente.

—¿Habéis roto? ¿Os habéis peleado?

—¡Geo! —espeto, pero en cuanto lo miro a los ojos se me hace un nudo en la garganta y me cuesta articular palabra sin perder el control por completo. Así que me limito a mirarlo con los ojos anegados en lágrimas y sin pronunciar palabra.

—Ay, Daisy. —Baja los hombros y hunde la cabeza; me pega a él y me abraza con fuerza. Y me derrumbo. En silencio, lloro sobre su camisa, con el pecho sacudido por los sollozos. Me abraza el tiempo suficiente para que se me pasen el llanto; luego se separa y me aparta el pelo de la cara—. No tienes que contármelo. A menos que te haya hecho daño —responde, clavando su intensa mirada en mi rostro empapado de lágrimas.

Niego con la cabeza y me seco las mejillas con la manga.

—No me ha hecho daño.

—Lo suponía, pero tenía que asegurarme.

—Ha sido culpa mía. Todo ha sido culpa mía.

Me pone las manos firmes sobre los hombros y agacha la cabeza.

—Todo el mundo la caga, Daisy. Todo el mundo.

Esbozo una sonrisa triste.

—Lo sé. Pero no todo el mundo la caga tanto como yo.

—Soy camarero. Escucho de todo, y créeme…, sí que la cagan tanto como tú. Y eso que ni siquiera sé lo que has hecho. —Una risa ahogada se escapa de mis labios. Me siento unos cien kilos más ligera, pero no mucho mejor. Todavía tengo que enfrentarme a esa sala llena de clientes, y no estoy preparada—. Tómate unos minutos para recomponerte. Y después del trabajo te llevaré a ese estúpido piano bar para animarte, ¿vale?

—No tienes por qué hacerlo.

—Quiero hacerlo. Marianna me cubrirá. Esta noche hay poco trabajo y le encantará hacer un turno extra.

—De acuerdo, está bien —respondo.

Geo me da un beso en la frente, desaparece por la puerta y regresa a la sala. Yo me quedo un rato en el pasillo, voy al baño para asearme y vuelvo al trabajo.

Marianna se ha hecho cargo del turno de Geo, y, cuando acabamos, alrededor de medianoche, paseamos del brazo por las calles oscuras hacia el bar.

No creía que estuviera de humor para beber y divertirme esta noche, pero en cuanto el camarero me sirve un whisky, me doy cuenta de que lo único que quiero es emborracharme lo más posible. El bar ya está lleno, y me da que todos me llevan mucha ventaja en su camino hacia la embriaguez, así que apuro la primera copa de un trago.

Geo y yo encontramos una mesa de milagro y nos sentamos a ver el duelo de pianos en el escenario. El público está enloquecido, cantando y bailando mientras los dos músicos tocan. Para cuando empieza la segunda canción, ya estoy pidiendo otra copa… pero en cuanto la camarera la deja sobre la mesa, no puedo ni darle un sorbo. Ya tengo ganas de vomitar. Me siento patética.

Geo me observa como un halcón hasta que se acaba la segunda copa, y entonces un hombre guapo sentado en una mesa llena de parejas ruidosas capta su atención. A juzgar por la gorra de camionero y los vaqueros acampanados, diría que se está equivocando, pero confío en que Geo tome la decisión correcta.

El piano bar no está aliviando mi angustia como esperaba. Si pudiera soportar tomar más que un par de sorbos de mi copa, a lo mejor soy capaz de no sentir. En cambio, estoy condenada a sufrir sobria el dolor de mi corazón. Estoy cantando como si mi vida dependiera de ello y garabateando una petición tras otra en los trozos de papel que dejan en la mesa con la esperanza de poder disfrutar de cierta distracción.

Geo y yo cantamos y reímos juntos. Más de una vez le veo enviando mensajes con el teléfono y me acerco para ver quién es, pero él lo aparta de mi vista.

—¿A quién le estás enviando mensajes? —le pregunto con una sonrisa burlona.

Su sonrisa es tensa y casi imperceptible mientras se encoge de hombros.

—A nadie.

Ante su negativa a confesarse, vuelvo a mirar al escenario para ver a los pianistas, y mi mente divaga por su cuenta, recorriendo sin permiso el camino de los recuerdos. Es la jarra de propinas la que lo provoca. Ver a alguien meter un billete en la jarra que hay sobre el piano me trae recuerdos de París, cuando toqué ese viejo y sucio piano en la calle y vi cómo alguien dejaba un billete para mí.

La sonrisa orgullosa de Ronan mientras me veía tocar.

Siento la quemazón de las lágrimas cuando uno de los músicos pronuncia mi nombre. Entonces empieza a tocar *Hey, Jude,* una de mis peticiones, pero en lugar de cantar con él, rompo a llorar.

—¿Estás bien? —me pregunta Geo, y trato de concentrarme en él, pero tengo el estómago demasiado revuelto.

—Estoy bien —respondo.

—¿Por qué no nos vamos a casa, Daisy? Es tarde.

—Vete tú, Geo. Estaré bien —respondo con voz tensa.

—Sí, claro —replica él con una sonrisa; el ruido, la música y las bebidas se vuelven insoportables.

Me levanto de un salto de mi asiento, pero lo hago demasiado rápido y la silla cae al suelo detrás de mí. Tropiezo al intentar recogerla y siento que voy a desmayarme de nuevo.

—¡Estoy bien! —le grito a Geo cuando intenta ayudarme. Me mira con cara de sorpresa.

La música de los pianos sigue sonando a todo volumen a nuestro alrededor, el ambiente en la sala sigue siendo alegre y vibrante, pero yo me siento como si me estuviera muriendo por dentro. Cuando el mareo se convierte en ganas de vomitar, me aparto de Geo y voy corriendo al baño.

Está abarrotado, las chicas se agolpan alrededor de los espejos y hablan en voz alta. Me meto rápidamente en un cubículo y, en cuanto veo el inodoro, me arrodillo y vomito todo lo que tengo en el estómago. Cuando termino, estoy sollozando y luchando por mantenerme en pie.

Llevo aquí un rato, pero no quiero salir. El tiempo deja de tener sentido y se transforma hasta dejar de existir, y yo descanso la cabeza contra la pared, deseando poder cerrar los ojos y no tener que enfrentarme más a la realidad.

Entonces, una voz grave me devuelve a la vida.

—Lo siento, señoras, discúlpenme —dice, y yo abro los ojos de par en par—. Daisy, ¿dónde estás?

Debía de haber algo en esa bebida, porque Geo se parece mucho a Ronan en este momento.

—¿Ronan? —murmuro.

La puerta del cubículo se bambolea.

—Abre la puerta, Daisy. Ahora. —Esa orden y el tono autoritario me provocan un escalofrío, y sollozo mientras alargo la mano para descorrer el cerrojo.

Un momento después, estoy mirando desde el suelo mugriento del baño al hombre más sexy de todo Briar Point.

Por supuesto que está guapísimo bajo la luz del baño de un antro.

—Dios —murmura, enfadado. Dos brazos fuertes me levantan en el aire y me encuentro derritiéndome contra su pecho. Trago saliva para disimular la vergüenza que siento. Su tono estaba tan cargado de decepción que necesito protegerme.

Todo me da vueltas mientras pasamos del baño al bar y al aire fresco de la noche. Y luego al interior del coche de Ronan.

Y, de repente, todo vuelve a parecerme perfecto.

Regla nº 39

A veces, lo que necesitas no es lo que quieres

RONAN

Como no podía dormir he ido al club con la única intención de verla. Sigo enfadado y no estoy preparado para perdonarla, pero necesitaba verla; lo anhelaba tanto que no podía soportar quedarme ni un momento más en ese apartamento vacío.

Cuando he visto que no estaba en el club, le he preguntado a Marianna si la habían mandado a casa y me ha dicho que se había ido con Geo.

He cruzado unos cuantos mensajes con Geo, solo para saber cómo estaba ella y asegurarme de que todo iba bien, y me han llevado a descubrir que estaban en el piano bar de la calle de abajo y que ella se encontraba tan mal que no salía del baño.

Y eso es lo que me ha conducido a este momento, en el que ella va dormida en mi regazo, en el asiento trasero de mi coche mientras mi chófer nos lleva al apartamento.

He tenido todo el día para arrepentirme de haberla echado. Estoy enfadado con ella, pero no quiero que vuelva a dormir en su furgoneta en plena calle. Sobre todo ahora que ya he visto cómo piensa comportarse. Encontrarla casi desmayada en el suelo del baño de un bar cutre no es en absoluto lo que esperaba ver esta noche.

Debería sentirme halagado. Romper conmigo la ha devastado.

Excepto que yo no quiero que esté devastada.

Tengo las emociones a flor de piel. Ese deseo innato de cuidar de Daisy sigue ahí. Ese anhelo de ser su papi sigue existiendo. Ese tipo de cosas no desaparecen sin más. Pero no puedo seguir salvándola una y otra vez. No puedo seguir lamiendo sus heridas. No puedo cuidar de Daisy si ella no se cuida a sí misma.

Cuando llegamos al apartamento la llevo inmediatamente arriba, al dormitorio; al dormitorio de invitados. Se mueve cuando la acuesto en la cama y le quito con cuidado la ropa hasta dejarla en

sujetador y bragas; voy al baño a mojar una toalla con agua tibia. Regreso con ella para limpiarla.

Mientras le limpio la cara y las manos con la toalla, mi corazón se acelera con cada delicado roce de su piel. Se despierta lentamente cuando le paso la toalla caliente por los ojos y me doy cuenta de lo hinchados que están.

Parpadea.

—¿Dónde estoy?

—En mi apartamento.

Recorre la habitación con la vista hasta caer en dónde está.

—¿Dónde está Geo?

—En casa, sano y salvo.

Me mira a la cara, más sobria de lo que esperaba.

—Siento estar tan mal —dice, con la voz quebrada por el llanto.

—No te disculpes, Daisy. Duerme un poco.

Cuando me levanto, ella se acerca a mí y me agarra del brazo.

—No me dejes.

Dudo. Una parte de mí quiere quedarse. No soy lo suficientemente fuerte como para decir que no. Pero tengo que hacerlo. Para proteger mi propio corazón, necesito establecer límites con ella. Al menos hasta que decida qué voy a hacer.

—Duerme, Daisy. Hablaremos por la mañana —le respondo. Se da la vuelta y se echa a llorar sobre la almohada, y la dejo así. Aunque hacerlo me rompa el corazón en mil pedazos.

No duermo nada en toda la noche. Por la mañana, oigo la ducha y el aroma de su champú que viene del cuarto de baño.

Hace dos noches, iba a casarme con ella. Quería hacerlo.

Todavía quiero.

Aunque esté mal. Mal de cojones.

Después de pensarlo toda la noche, rememorando todos los instantes de nuestra relación, he descubierto lo que tengo que hacer. Ahora sé lo que Daisy necesita de mí, pero no sé si seré lo bastante fuerte como para dárselo.

Cuando por fin sale del baño, lleva puesta la ropa que le he dejado encima de la cómoda, algunas cosas que se olvidó aquí. Se

queda paralizada al verme esperándola en la cocina.

Sin palabra, abro el frasco de ibuprofeno que está sobre en la encimera y saco dos pastillas. Luego se las llevo con un vaso de agua. Ella las mira con expresión triste.

—Gracias —susurra, tomándolas de mi mano.

—De nada —respondo.

Cuando sus ojos se posan en mi rostro, sé que está buscando en mi expresión algo de ternura y cariño, pero yo me muestro frío y me escondo tras un muro para protegerme. Si me derrumbo, aunque sea un poco, me haré pedazos.

—Lo siento mucho —dice, rompiendo a llorar. En un momento de debilidad, la pego a mí y la estrecho contra mi pecho. Pero eso es todo. No soy un monstruo, y solo un monstruo la habría rechazado en ese estado—. Podemos volver a lo de antes. Esto no tiene por qué cambiar nada —llora contra mi pecho.

Mientras le acaricio la espalda temblorosa, lo único que deseo es que esas palabras sean ciertas. Cuando no respondo, se aparta y me mira fijamente.

Aquí viene la parte difícil.

—No podemos.

—¿Qué? ¿Por qué? ¿Por mi madre? —Su voz es aguda y está llena de angustia y desesperación.

—Es más que eso.

—Entonces, ¿qué es? ¿Porque te mentí? Ronan, tenía miedo de perderte. Debería habértelo dicho, y lo siento.

—¿Alguna vez me quisiste de verdad? ¿O solo me necesitabas?

Abre la boca de par en par por la sorpresa y frunce el ceño. La ansiedad se refleja en sus rasgos.

—Ronan —solloza, con lágrimas corriendo por su rostro—, te necesito porque te amo.

—Daisy, por maravilloso que haya sido este último mes, ayer me di cuenta de algo. Me di cuenta de que no va a funcionar. Así no. Habría estado contigo mientras me necesitaras, pero ya no quiero que me necesites, Daisy. Quiero que te quedes porque tú quieres.

—Y quiero —solloza ella.

—Escúchame, pequeña. Los dos tenemos que madurar. Tú me necesitas de la misma manera que yo necesito sentirme útil.

—No quiero estar sola —solloza, y me rompe el corazón oírle decir eso porque sé que es cierto.

—Por mucho que quiera cuidar de ti, Daisy, quiero que seas capaz de cuidar de ti misma. —Se me quiebra la voz y las emociones me estrangulan.

—Por favor….

Me tiembla el labio inferior cuando la alejo de mí. Esto es lo más difícil que he tenido que hacer nunca. He perdido a seres queridos innumerables veces, pero nunca he tenido que echar a nadie, y eso hace mucho más daño.

Ella se resiste, con el rostro angustiado, y puedo ver que desea que este momento no sea real. Que tenga cualquier otro desenlace que no sea este, y, sinceramente, yo también.

Cuando se da la vuelta y esconde la cara entre las manos, dejando escapar más sollozos, noto cómo se me humedecen los ojos.

—Así que ni siquiera se trata de mis mentiras o de mi madre. Es porque ya no quieres cuidar de mí. Es porque soy un desastre.

—No eres un desastre, Daisy. Solo necesitas aclararte. Nunca has superado adecuadamente la pérdida de tu madre. Te has visto empujada a la edad adulta, sola, y me temo que te aferraste a mí y yo te lo permití. Lo de ayer fue una llamada de atención para mí. Quiero cuidar de ti más que nada en el mundo, pequeña. Pero si lo hago, nunca tendrás la oportunidad de curarte de verdad por ti misma.

Ella casi cae al suelo, y se acuclilla, llorando, y yo me siento consumido por la culpa. Ahora me resulta obvio que Daisy nunca se permitió sentir el dolor de perder a su madre, y mantener ese secreto era solo otra forma de mantener vivo su recuerdo. Lo que significa que le queda un largo camino por delante, y es uno en el que yo no puedo acompañarla.

Si pensara por un momento que Daisy se hundiría, no le haría esto, pero sé lo fuerte que es. Sé de lo que es capaz y sé que necesita que yo me aparte hasta que pueda valerse por sí misma.

Al poco tiempo, se levanta del suelo. Y cuando se vuelve hacia mí para mirarme por última vez, parpadeo para contener mis propias lágrimas.

—Adiós, Ronan —susurra, y juro que no vuelvo a respirar hasta que se ha ido.

Mientras no la tenga de nuevo entre mis brazos, no quiero respirar en absoluto.

Regla nº 40

Un gran riesgo conlleva una gran recompensa

DOS MESES DESPUÉS

DAISY

Hay una parte de la terapia para el duelo en la que debemos sentarnos en silencio durante unos momentos. Se supone que es para meditar y para calmarnos. Durante cinco minutos, no escuchamos nada, lo que nos permite concentrarnos en nuestro interior.

Es la parte que menos me gusta.

Es como estar encerrada en algún lugar con alguien a quien he estado evitando. Es doloroso, incómodo y tortuoso. Pero lo hago. Porque esa fue la promesa que me hice a mí misma. No voy a tomar atajos ni a fingir que me he recuperado. Voy a seguir el camino difícil.

Un gran riesgo conlleva una gran recompensa.

El temporizador de cinco minutos suena y todos abrimos lentamente los ojos. Esa es otra de las cosas que menos me gustan: contemplar los rostros afligidos de los supervivientes, como yo. Resulta que convencerte a ti mismo de que alguien más está peor no te hace sentir mejor. Porque la tristeza está… por todas partes. Y no me refiero a estas reuniones, sino a todas partes. Nadie es inmune o está a salvo de la tristeza.

Nadie tiene una vida perfecta y poética.

Me bastó un instante para darme cuenta de ello. Incluso en *jets* privados y balcones con vistas a la Torre Eiffel, la angustia y la pena que había estado reprimiendo y que había escondido en una vieja mochila raída se me pegaban como la electricidad estática.

Pero también aprendí, a través de estas reuniones angustiosas y a veces abrumadoramente tristes, que, si bien la congoja impregna el aire en casi todas partes, también lo hace la alegría.

Irónicamente, resulta que eso es lo que hace que la vida sea poética. No es un filtro de Instagram ni un tablero de Pinterest. Es

asquerosa, cruda, hermosa y deslumbrante, todo al mismo tiempo.

También tuve que aceptar que el amor podía ser solo un recuerdo, y eso no lo hacía menos perfecto o significativo.

Mi madre me quería tanto que dejó al hombre de sus sueños. Dejó el amor verdadero. Pero regresó siendo una mujer feliz. Puede que suene un poco raro, y no lo cuento en mi grupo de terapia, pero saber que me enamoré del mismo hombre que mi madre me hizo sentir extrañamente cerca de ella. Sin pensar en las partes desagradables, claro. Me encanta que su corazón latiera por la misma persona que el mío, y eso significa algo. Como si ella todavía estuviera aquí.

He dejado atrás a Ronan Kade.

Ya no lloro por él. Al menos, no lo hago todos los días, como al principio. Solo recuerdo los momentos verdaderamente perfectos y los sorprendentes. Sinceramente, he llegado a un punto en mi proceso de curación en el que estoy asombrada y atónita por que haya sucedido.

Me enamoré de un hombre treinta y cinco años mayor que yo. Que resulta ser multimillonario. Y que también resulta ser el hombre más romántico, apasionado, cariñoso, con los pies en la tierra y perfecto que he conocido jamás. La persona perfecta.

¿Cuántas chicas pueden decir que han vivido algo así a los veintidós años?

Soy afortunada. O al menos eso es lo que me digo a mí misma.

Cuando pienso en esa experiencia, intento recordar la razón por la que vine a Briar Point. ¿Por qué me esforcé tanto en encontrarlo? ¿De verdad era para entender por qué me había dejado el dinero? ¿O estaba, de alguna manera, retomando lo que mi madre había dejado?

Ya no lo veo en el club. Todo el mundo habla de ello, y empiezo a sentir la presión. Es como si todas esas miradas severas me dijeran *«¿Por qué no renuncias para que vuelva el multimillonario que tanto queremos?»*.

Pero no puedo dejarlo, porque necesito el trabajo. Aunque sé que Geo no va a perseguirme para cobrar mi parte del alquiler, tengo que pagarle o todo esto habrá sido en vano.

—Daisy, ¿quieres responder a la pregunta de hoy?

Levanto la vista del nudo de madera del suelo que he estado mirando fijamente desde que me he perdido en mis propios pensamientos.

—Lo siento… ¿Cuál era?

—¿Qué es lo que te emociona? Puede ser cualquier cosa. Un evento, grande o pequeño. O un hito, tal vez.

Miro el círculo de caras que me rodean. Por su energía nerviosa y agitada, me doy cuenta de que hoy no es un grupo muy hablador, y por eso la moderadora me pregunta a mí. Me gusta hablar e iniciar la conversación. Aunque normalmente acabe en lágrimas, al menos al final nos reímos y sonreímos.

—Eeeh… Esta noche tengo una actuación en un piano bar que me encanta. Es como… un escaparate que hacen una vez a la semana. Me van a dejar tocar mis propias canciones, siempre y cuando prometa tocar también versiones clásicas.

—¿Has terminado tu canción? —pregunta la moderadora.

—De hecho, he acabado un par.

Algunas personas del círculo aplauden y me dirigen sonrisas tensas con los labios apretados.

—¿Cómo crees que se sentiría tu madre con respecto a tus canciones? —pregunta ella a continuación. Esa pregunta me oprime el pecho.

—Mmm… —Sonrío para mis adentros, pensando en que algunas de mis canciones hacen referencia al mismo hombre del que ella estaba enamorada hace nueve años. Pero dejando todo eso a un lado…—. Ella siempre decía que yo era su compositora favorita. Así que sé que estaría muy orgullosa.

—Está orgullosa —dice una de las mujeres mayores del grupo, y yo le sonrío.

—Gracias —respondo.

A partir de ese momento, otra persona contesta, y luego otra, y pronto todos estamos hablando de las cosas que nos entusiasman, animándonos unos a otros, y casi no se nos reconocería como un grupo de terapia para el duelo.

Lo cual, supongo, es el objetivo.

Resulta que superar el duelo y una ruptura al mismo tiempo es absolutamente agotador. Lo que significa que, cuando no estoy en terapia, trabajando o componiendo una canción, estoy durmiendo. Y cuando no estoy durmiendo, desearía estarlo.

—Daisy —me llama Geo, dando unos golpecitos en la puerta de mi habitación. Me doy la vuelta y miro la hora en mi teléfono—. Son las siete. No querrás llegar tarde…

La verdad es que sí quiero.

Creo que mentí cuando le dije al grupo que estaba deseando que llegara esta noche, porque en realidad la estoy temiendo. Será la primera vez que interprete mis propias canciones ante un público que no sean mi madre o Ronan.

—Un gran riesgo conlleva una gran recompensa, Daisy —me digo a mí misma, imaginando que es la voz de mi madre, que me insiste para que me levante de la cama y vaya al bar. Solo tengo que repetirme la misma frase unas diez veces antes de sentarme por fin y ponerme los pantalones. Y como he tardado demasiado, ahora tengo que darme prisa y recoger mi rebelde cabello en una larga trenza sobre el hombro. Luego me pongo una de las viejas camisetas de mi madre, que he cortado para convertirla en un top corto.

Guardo mi diario en mi nueva mochila y salgo corriendo por la puerta. Geo está esperando en el pasillo. Va muy elegante esta noche, y me detengo para contemplar su *look*. Está guapísimo con unos pantalones de cuero negro y unas botas de tacón alto que hacen que sus esbeltas piernas parezcan más largas de lo que ya son. El delineador de ojos negro resalta el verde de sus ojos y la camisa le queda tan ceñida que deja intuir sus fuertes bíceps. Me hace desear que se vista así más a menudo para ir a la discoteca.

—Joder —digo arrastrando las palabras mientras recorro con la mirada su cuerpo de arriba abajo—. Señor Alto, Moreno y Sexy de Cojones.

—Oh, para —responde, y yo me echo a reír y le rodeo el cuello con los brazos.

—Te has arreglado para mí —le susurro al oído, y siento cómo sonríe contra mi mejilla.

—Por supuesto que sí, Daisy Moon. Esta es tu gran noche. Y todos sabemos que soy tu único amigo.

Me separo de sus brazos y le doy un empujón. Luego le cojo la mano, entrelazamos nuestros dedos, y hasta yo me sorprendo al descubrir que soy yo quien lo lleva a rastras hacia la puerta.

El apartamento de Geo está a pocos pasos del bar, pero siento que voy prácticamente corriendo todo el camino. No quiero llegar tarde, pero también me aterra llegar, así que cada paso me parece siniestro y emocionante al mismo tiempo.

Cuando por fin llegamos y Geo abre la puerta, me tiemblan las manos. No hay tanta gente como suele haber en las populares noches de duelo de pianos, pero sí veo un pequeño grupo de gente alrededor de las mesas. Entonces capto un rostro familiar junto a la barra y me quedo paralizada.

Eden St. Claire sostiene una copa de martini y está junto a una rubia sonriente. Me lleva un momento reconocer a la prometida de Garrett, Mia. Me acerco a ellas sin poder disimular la expresión de sorpresa en mi rostro.

—Dios mío, ¿qué haces aquí? —le pregunto a Eden, dándole un abrazo.

—Me lo ha dicho un pajarito —responde ella, mirando a Geo, que está detrás de mí.

Abro los ojos de par en par y él hace todo lo posible por parecer inocente. No puedo enfadarme con él. Tener a alguien más aquí para mí es… increíble. Me hace sentir un poco menos sola.

—Lo vas a hacer muy bien —dice Mia con una sonrisa radiante.

—Gracias.

En ese momento veo al organizador haciéndome un gesto desde la barra, así que me disculpo y me acerco corriendo. Me explica rápidamente el programa y lo que debo hacer cuando llegue mi turno.

Trago saliva para contener las náuseas.

—¿Quieres algo de beber? —me pregunta al ver que me he puesto pálida.

Niego con la cabeza. Me siento peor solo con pensar en el alcohol.

—No, gracias. Con mi suerte, se me olvidaría la letra o algo así.

—Vale, mucha suerte, chica —me dice cuando el presentador sube al escenario.

Oír mi nombre pronunciado a través del micrófono me parece un sueño. Subo lentamente al escenario, con todas las miradas clavadas en mí, y el momento transcurre en una extraña neblina de surrealismo a cámara lenta. Pero cuando me siento en el banco y el público se calla, bajo la vista porque me ciegan las brillantes luces del techo cegándome la vista.

Y de pronto me fijo en un rostro que destaca. Alguien sentado en la barra, con un vaso de *bourbon* en la mano, me contempla con una expresión cálida y reconfortante.

De repente, recuerdo aquel día en las calles de París. *«Toca para mí»,* me dijo.

Así que eso es exactamente lo que hago. Me imagino que estoy sola en la sala, con sus intensos ojos castaños y la mirada orgullosa de su rostro. Si solo estoy tocando para él, no voy a estropearlo ni queriendo.

—Gracias —murmuro al micrófono, y las voces del público se apagan hasta que se hace el silencio—. Me llamo Daisy Moon. Y esta canción se titula *Codíciame.*

Regla nº 41

Saber cuándo retirarte

RONAN

Escuchar a Daisy tocar es como encontrarnos por primera vez y revivir todos los momentos de nuestra relación. Canta sobre París y L'Amour y la Torre Eiffel y la terrible iluminación de la sala de urgencias. Incluso canta sobre el puñetero queso.

Algunas canciones son alegres, y reconozco las melodías de cuando tocaba en mi apartamento. Hay un par que son lentas y tristes, y sé que son sobre su madre. Sabe cómo manipular el estado de ánimo de la sala sin esfuerzo para hacer que todos sintamos lo mismo que ella.

Estoy increíblemente orgulloso de ella.

Cuando termina su actuación, la gente la aborda al bajar del escenario, y yo la contemplo henchido de orgullo mientras le piden autógrafos y fotos.

—Es bastante buena —comenta Eden, acercándose a mí en la barra. Me he quedado atrás mientras ella, Geo y Mia animaban a Daisy desde una de las mesas. No quería complicar las cosas mezclándome con los amigos de Daisy. Por mucho que desee formar parte de su grupo, sé que ya no es así.

—¿Bastante buena? —digo ofendido—. Es una puta estrella.

Eden se echa a reír y llama al camarero.

—Lo sé. Solo te estaba provocando.

—Muy graciosa —murmuro.

—Te vas a quedar para decírselo tú mismo, ¿verdad?

Suspiro larga y profundamente mientras remuevo el *bourbon* en mi vaso.

—No creo que sea una buena idea.

—Han pasado dos meses, Ronan. Ahora mismo te está demostrando que puede cuidar de sí misma. Eso era lo que querías, ¿no?

Me obligo a tragar saliva y asiento.

—Sí. Eso es exactamente lo que quería.

Eden suelta un largo suspiro.

—Uf, no me digas que vas a intentar convencerme de que ella está mejor sin ti, que es una tontería.

Tenso la mandíbula a modo de respuesta.

—Lo está haciendo bastante bien sola. No tengo por qué fastidiárselo.

—¿Cómo? ¿Dándole amor y apoyo? Ah, sí, mejor no lo hagas —ironiza Eden, sarcástica.

Niego con la cabeza y apuro el resto del licor. Lo que no le he dicho a Eden es que Daisy está progresando pero yo no. Ella me necesitaba y yo necesitaba que me necesitara.

¿Y eso en qué nos convierte ahora?

Lo mejor es dejar las cosas como están. Ella es feliz y le va bien. Eso es lo que más deseaba, y, si ella es feliz, yo también lo soy.

—¿Ese es Ronan Kade? —bromea Mia al acercarse a la barra—. Hace tiempo que no te veo. Estás empezando a preocupar a mi prometido, así que más te vale regresar al club.

Me echo a reír y saludo a la alegre rubia que se ha sentado a mi lado. No hace mucho que le daba consejos románticos en el bar del club, pero está claro que ella y Garrett han solucionado sus problemas.

—¡Vaya…! —exclama, emocionada, cuando sus ojos se encuentran con los de Eden.

—¿Qué? —pregunto con inquietud.

—Deberías participar en nuestra subasta benéfica de mañana por la noche.

Frunzo el ceño y me vuelvo hacia Eden.

—Ha sido idea mía. Vamos a hacer una especie de… subasta inversa. Les pediremos a nuestros miembros vip que subasten algo e igualen las pujas. Es para el refugio para las víctimas de violencia doméstica.

—¿Por qué no me lo has dicho? —le pregunto, sintiéndome un poco herido porque no haya pensado en mí.

Ella se encoge de hombros.

—Has pasado por muchas cosas y no sabía si estabas preparado para regresar.

Me vuelvo hacia Mia con una sonrisa.

—Igualaré todas las pujas, Mia, pero no subiré a ese escenario.

—Vamos —me suplica haciendo un puchero—. A todo el mundo le encantaría verte. No tienes que ir a ninguna cita ni nada por el estilo. Joder, podrías subastar un puñetero abrazo y la gente se volvería loca.

—Me lo pensaré —respondo con delicadeza.

Cuando vuelvo a levantar la vista, Daisy está aquí, detrás de Mia, y me dedica una pequeña sonrisa.

—Hola —murmura. Tiene las mejillas sonrojadas y parece sedienta, así que, sin responder a su saludo, paro al camarero cuando pasa por mi lado.

—Agua con hielo, por favor.

Él asiente y rápidamente llena un vaso. Cuando me lo pasa, se lo doy a Daisy. Ella me dedica una sonrisa con los labios apretados mientras lo coge.

—Gracias.

Lo primero que noto es que tiene buen aspecto. Le ha crecido el pelo. El flequillo que antes le cubría los ojos ahora lo lleva detrás de las orejas, y sus mejillas están más rellenas, lo que significa que está comiendo bien. Eso me hace sentir mejor.

Los demás charlan a nuestro alrededor mientras yo observo a Daisy. Hace tanto tiempo que no la veo que me siento bien con solo mirarla.

—Me perdí tu cumpleaños —le digo, y ella responde con un encogimiento de hombros.

—No pasa nada.

Se hace un momento de silencio incómodo.

—Lo has hecho muy bien esta noche, Daisy. Estoy orgulloso de ti —digo, con mucha seguridad.

Su sonrisa se desvanece, y aparta rápidamente la mirada.

—Gracias.

Quiero decir algo más, cualquier cosa. Quiero alargar esta conversación durante horas, días, años… El impulso de tenerla a la

vista es visceral, pero cuando Geo la rodea con el brazo y el resto la felicita a gritos, me levanto del taburete. Ya he pagado la cuenta, y estoy seguro de que quieren seguir de fiesta sin mí.

—Asegúrate de que llegue bien a casa —le susurro a Geo, y él me responde con una expresión tranquilizadora. Confío en él—. Buenas noches —les digo a todos, contemplando por un instante el rostro de Daisy. Sus labios se entreabren cuando me ve marchar.

Llego hasta la calle antes de oír su voz detrás de mí.

—Ronan —me llama antes de que me suba al asiento trasero del coche. Cuando me doy la vuelta está ahí, con esa camiseta recortada y esos pantalones ceñidos. Por su expresión, tengo la sensación de que lo que va a decirme ahora mismo no tiene nada que ver con nosotros ni con volver a estar juntos.

—Nunca conseguí las respuestas a mis preguntas. Y hay algo que nunca he llegado a entender.

—¿Qué es, Daisy?

—¿Era para ella o para mí?

—¿El dinero? —Ella asiente y yo doy un paso en su dirección, frunciendo el ceño, concentrado, mientras recuerdo aquel día y el daño que me hizo dejar marchar a Shannon. Recuerdo haber firmado aquel cheque como si fuera ayer. Y recuerdo claramente por qué lo firmé—. Era para ti, pequeña.

—¿Por qué?

Me tomo un momento para meditar la respuesta, sin saber muy bien cómo expresar exactamente lo que sentí ese día al firmar un cheque tan cuantioso para una niña a la que nunca había visto. Una niña que no debería haber significado nada para mí, pero a la que, sin embargo, quería darle el mundo.

—Porque quería cuidar de ti. —Las lágrimas brillan en sus ojos bajo la luz de las farolas. Como no responde, doy otro paso hacia ella y le seco una lágrima que le resbala por la mejilla—. Es tu dinero, Daisy. Haz lo que quieras con él. Ve a vivir tu gran vida poética y musical. Haz que sea la hostia de increíble.

Cuando ella suspira, otra lágrima se desliza por su rostro, pero no se la seco porque ella ya no me necesita. Ya no.

Regla nº 42

Menos palabras y más acción

DAISY

No he debido dejarlo marchar. Tenía tantas cosas que decirle… Pero me he quedado en el bar con Geo, Eden y Mia durante otra hora antes de que el cansancio me invadiera, y Geo me ha acompañado a casa.

Durante toda la noche, en lugar de revivir el tiempo que he estado en el escenario para cantar mis canciones en voz alta por primera vez, he recreado los momentos que pasé con él. Ojalá pudiera devolverle ese millón de dólares y recuperarlo a él.

Hoy me he despertado sin fuerzas y me he quedado en la cama todo el día, tratando de recuperar el sueño suficiente como para poder levantarme antes de mi turno en el club. Hoy está lleno y sigo con el ánimo por los suelos mientras trato de servir a todos los que han venido para asistir a la subasta benéfica.

Es bueno que él no esté aquí, porque si supiera que hoy me he saltado dos comidas, iba a estar muy decepcionado conmigo. Pero con todo lo que ha pasado últimamente, lo máximo que puedo hacer es tomarme un pequeño tentempié de vez en cuando sin que me entren ganas de vomitar o me desmaye.

Sí, iba a estar muy enfadado.

Esta noche hay tanto trabajo que tenemos dos camareros detrás de la barra y Mia ha venido a ayudarme a servir las mesas.

—Menuda afluencia —le digo al cruzarnos. Ella sonríe, orgullosa, y le echa un vistazo a la sala abarrotada. Como organizadora de eventos del club, Mia se esfuerza mucho en todos ellos, y todavía no he visto que uno salga mal.

—Si consiguieras que apareciera ese novio multimillonario tuyo, lo consideraría un auténtico éxito.

Me pongo tensa al oír esa palabra.

—No es mi novio —la corrijo con una expresión educada.

Ella frunce el ceño y se disculpa rápidamente.

—Lo siento. Estoy nerviosa. No quería decir eso.

—No pasa nada, Mia —respondo con una sonrisa—. No te preocupes.

Un momento después comienza la subasta, y estoy tan ocupada corriendo por la sala que apenas puedo ver cómo los ricos vip suben al escenario. En un lateral de la sala hay una pantalla que muestra las pujas, que van subiendo cada vez más hasta alcanzar las donaciones esperadas.

Hay más bullicio del que estoy acostumbrada, y me gusta el ambiente. Sobre todo porque esta noche me están dando unas propinas más generosas de lo normal. Cuando levanto la vista y veo a Clay en medio del escenario, él me dedica una mirada con los ojos muy abiertos y aspecto asustado, y yo me echo a reír mientras sirvo a una mesa llena de mujeres que pujan emocionadas por tener una cita con él.

Pujan durante un rato, pero justo cuando espero que él se decante por una mujer mayor y agradable que ha ofrecido seis mil dólares, una voz segura al fondo de la sala grita: *«¡Diez mil!»,* y todos nos damos la vuelta para ver a la mismísima Madame Kink levantando la mano con una sonrisa maliciosa.

Él corresponde a esa sonrisa, el presentador lo anuncia y todo el mundo aplaude cuando Clay baja del escenario. Tomo una nota mental para preguntarle sobre eso más tarde. Había supuesto que lo que había entre ellos era algo puntual, pero quizá me equivocaba.

Después de Clay, algunos hombres más suben al escenario, y yo me siento más y más mareada con cada paseo por la sala. Solo tengo que aguantar una hora más y luego podré pedir que me dejen irme antes y regresaré a casa a dormir para recuperarme.

—Muy bien, señoras. No van a querer perderse esto —dice el presentador, y apenas le presto atención hasta que escucho su nombre—. El señor Ronan Kade.

Me vuelvo tan rápido que la sala sigue dando vueltas cuando mi mirada se cruza con la suya. Está en el escenario, con un traje negro, y lleva los primeros botones de la camisa desabrochados. Tiene una mano metida en el bolsillo, saluda con la otra y niega con la cabeza al mismo tiempo.

—Lo siento —dice—, pero esta noche no voy a ser subastado.

—Oooh —dice el presentador, y el público lo corea.

—Solo estoy aquí para decir que igualaré el importe de las pujas de esta noche….

—¡Dos mil dólares! —grita una mujer de la mesa de al lado con una risita emocionada.

—¡Tres mil! —exclama otra mujer. Cuando la miro veo que tiene más o menos mi edad, y me hierve la sangre solo de pensar que ella pueda tocarlo.

—¡Cinco mil! —puja la primera mujer.

En poco tiempo, la sala estalla en pujas y vítores. En el escenario, Ronan parece humillado y ligeramente avergonzado mientras el presentador intenta controlar al público. Pero no hay forma de calmarlos. Las pujas son cada vez más altas, incluso sin el estímulo del presentador.

—¡Un millón de dólares!.

De repente, la multitud se calla y todas las miradas de la sala se dirigen hacia mí, sorprendidas, para verme con la mano levantada y actitud orgullosa. Un escalofrío de alegría me recorre el cuerpo al ver cómo la sonrisa de Ronan se amplía. La sala permanece en silencio durante tres largos segundos.

—Eeeh… vendido —dice el presentador, y la multitud estalla en carcajadas—. No creo que nadie vaya a superar eso.

En la pantalla junto al escenario, la cantidad de la donación se dispara, superando con mucho el objetivo de esta noche. Me siento aturdida y desorientada cuando Ronan baja del pequeño escenario y viene hacia mí.

Reconozco vagamente que tal vez debería estar nerviosa por haber gastado tanto o por haber derrochado el dinero que me dio, pero, sinceramente, es lo último en lo que pienso. Solo puedo concentrarme en que se está acercando a mí, y consigo esbozar una sonrisa cuando llega a mi lado.

—¿Por qué lo has hecho?

—No podía quedarme de brazos cruzados y dejar que otra persona ganara una cita contigo —respondo. Cuando me tambaleo un poco, Ronan extiende la mano y me sujeta del brazo.

—Daisy, ¿estás bien?

—Estoy bien —murmuro, pero las palabras apenas consiguen escapar de mis labios; se me nubla la vista y todo me da vueltas.

Entonces me desplomo. Al menos esta vez él está ahí para sujetarme.

Regla nº 43

Vive el momento

RONAN

Cojo a Daisy en brazos y ella ya está abriendo los ojos cuando salimos por la puerta principal. Garrett me sigue de cerca, seguido por otras personas preocupadas por Daisy.

—¿Tenemos que llamar a una ambulancia?

—Solo necesita tomar aire —respondo.

—Que alguien le traiga una botella de agua —sugiere otra persona.

Cuando salimos al aire cálido de la noche, Daisy inspira hondo y recupera un poco de color en las mejillas, pero yo ya estoy yendo hacia mi coche sin tener un destino en mente.

Repaso en mi mente lo que puede necesitar: puedo darle de comer, llevarla a urgencias, ofrecerle un cálido lecho. Mi cálido lecho.

—¿Está bien? —pregunta Garrett mientras la acomodo en el asiento trasero de mi coche.

—Estoy bien —murmura, con voz cansada. Mia aparece detrás de mí con una botella de agua fría y se la pasa a Daisy.

—Le ocurre muy a menudo —explico entre dientes, mirándola con expresión decepcionada. Apuesto lo que sea a que hoy no ha comido lo suficiente. Y, a juzgar por su mirada de disculpa, he acertado con mis sospechas.

—Me sentiría mejor si la viera un médico —responde Garrett, y entiendo que, desde el punto de vista de la responsabilidad del local, necesita asegurarse de que sus empleados estén sanos y bien atendidos.

—Yo la llevaré —respondo apresuradamente.

—¿Te parece bien, Daisy? —pregunta Garrett.

Ella apura la mitad de su botella de agua antes de responder.

—Sí. Puede llevarme. Lo siento mucho, Garrett…

—No te disculpes. Solo descansa y recupérate.

—Gracias —susurra.

—Gracias de nuevo por tu donación, Ronan —dice Mia, dándome un abrazo antes de que me monte en el coche para llevar a Daisy.

—De nada.

Acomodado en el asiento trasero junto a Daisy, miro por la ventanilla para despedirme con un gesto de la pareja. Mi chófer nos lleva al BP Medical Center. En cuanto Daisy y yo nos quedamos solos, me vuelvo para ver cómo se encuentra.

—Estoy bien, de verdad —dice, pero por la forma apática en que se recuesta en el asiento, me doy cuenta de que no es verdad.

No resisto el impulso de abrazarla: lo hago y punto. La rodeo con mis brazos y la estrecho contra mi cuerpo, e inspiro hondo, aliviado. Es increíble tenerla conmigo mientras ella me lo permita.

Cuando noto que está temblando como si llorara, la aparto de mí para mirarla a la cara.

—Pequeña, ¿qué te pasa?

—Te echaba de menos —solloza, aferrándose con fuerza a mi chaqueta.

La beso en la cabeza y la abrazo con más fuerza.

—Yo también te he echado mucho de menos.

—Siento haber sido tan dependiente y siento no haberte contado lo de mi madre. Haré lo que tú quieras para compensarte. —Solloza contra mi pecho—. He hecho todo lo que me dijiste y estoy mucho mejor. Voy a terapia y pago el alquiler a tiempo. Me cuido y ya no te necesito, Ronan. Pero te quiero más que a nada en este mundo.

Hago que levante la cara, le seco las lágrimas y le sonrío.

—Calla, pequeña —le susurro, besándole las mejillas para calmarla —. No voy a dejar que te vayas. Ni por un segundo.

Cuando se lame los labios, acorto la distancia y la beso en los labios. Le doy un mordisquito en el inferior y ella suspira, agarrándome con fuerza del cuello para que no me separe. Mientras nuestras lenguas se entrelazan en una suave caricia apenas puedo respirar.

Estoy tan aliviado de tenerla aquí que no quiero dejar de besarla nunca. Cuando ella se recuesta la sigo y quedo tumbado sobre su pequeño cuerpo en el estrecho asiento trasero. Siento la erección

que crece dentro de mis calzoncillos y me restriego contra ella solo para oírla gemir contra mis labios.

Echaba de menos el sabor de su boca, y estoy medio tentado de llevarla directamente a casa ahora mismo y volver a familiarizarme con el sabor entre sus piernas. Suelto un profundo gruñido al pensarlo.

La mampara de cristal se baja.

—Señor Kade, hemos llegado —anuncia el chófer en voz baja.

Mi mente tarda unos segundos en registrar dónde estamos: en el hospital.

—Llévame a casa —jadea Daisy sin aliento contra mis labios.

—Le he prometido a Garrett que iba a traerte al hospital para que te examinen. Están preocupados, cariño. Pero en cuanto lleguemos a casa, te lo compensaré, ¿vale?

—Pero me siento bien —se queja ella.

Me incorporo y la miro con severidad.

—Daisy.

Ella suspira, resignada, y asiente.

—Está bien, de acuerdo.

Nos lleva un momento recomponernos y arreglarnos la ropa —y esperar a que mi rígida erección baje un poco—. Daisy y yo salimos del coche y vamos a la sala de espera de urgencias.

Por suerte, esta noche hay poca gente y solo tenemos que aguardar unos minutos antes de que la enfermera nos llame. Con mi chaqueta sobre los hombros, Daisy le explica a la enfermera de triaje cómo se ha sentido últimamente, y empiezo a preocuparme un poco al saber que no se trata solo de un desmayo, sino de semanas de agotamiento y mareos.

La agarro de la mano cuando le sacan sangre para hacerle unos análisis y luego, a regañadientes, la suelto para que vaya al baño para proporcionarles una muestra de orina. Estas pruebas me parecen excesivas, y tengo que esforzarme por no entrar en pánico.

Había supuesto que, al escuchar los síntomas, iban a decirle que comiera mejor y que después nos iban a dar el alta. Pero cuando el médico menciona una tomografía y la posibilidad de que pase la noche en el hospital, siento un nudo en el estómago por el miedo.

—¿Es grave? —pregunto, y Daisy me aprieta los dedos con más fuerza.

—No sabremos nada hasta que lleguen los resultados de las pruebas. No deberían tardar mucho.

—Gracias —murmuro, obligándome a tragar saliva.

Cuando el médico nos deja solos, abrazo a Daisy. ¿Por qué he tenido que ser tan idiota? ¿Por qué la dejé durante dos meses? Y pensar que he estado a punto de ser tan estúpido como para alargar más la separación … Me odio a mí mismo por haber perdido tanto tiempo.

—Seguro que no es nada —me susurra al oído. Parece como si me estuviera consolando—. A lo mejor se trata de falta de hierro o de azúcar en sangre o algo así.

—Sí —murmuro con los labios en su cabello—. Dile a Geo que te vas a mudar.

Ella se ríe y se aparta.

—¿Me estás pidiendo que me vaya a vivir contigo?

—Bueno, acabas de gastarte todos los ahorros.

Esa vez se ríe con más ganas.

—Ha valido la pena cada céntimo.

Cuando el médico regresa unos instantes después, me aparto rápidamente de Daisy, pero me quedo junto a ella, que está sentada en la camilla cubierta con papel. Él estudia lo que dice en el portapapeles que lleva en las manos, y yo espero con gran expectación los resultados que nos va a dar. En mi mente, no dejo de rezar para que sea algo como lo que ella ha dicho: azúcar en sangre, hierro, cualquier cosa que se pueda remediar fácilmente para que mi niña vuelva a estar sana.

—Bueno… —dice, alargando la tensión. Levanta la vista y me mira a la cara, y yo frunzo el ceño. Es como si estuviera tratando de discernir si debo estar aquí, si soy un familiar, si puedo estar a su lado para escuchar lo que está a punto de decir.

—¿Qué pasa? —pregunta Daisy, y lleva nuestras manos entrelazadas a su regazo.

—La prueba de embarazo ha dado positivo.

La sangre se me va de la cara cuando sus palabras, a las que en un primer momento no les encontraba ningún sentido, calan en mi mente. Tiene los resultados equivocados o algo así. No hemos pedido una prueba de embarazo… Me vuelvo hacia Daisy y ella me mira con la boca abierta, con lágrimas en los ojos, y de pronto todo parece… bien.

—A juzgar por el HCG en el análisis de orina, diría que está de unas ocho semanas.

—Pensaba… —Las palabras se me quedan atascadas en los labios. Ahora mismo me parece trivial que Daisy tomara anticonceptivos o no.

Está embarazada.

En el momento exacto en que una sonrisa comienza a dibujarse en mi rostro, Daisy se tapa la cara con las manos y se echa a llorar. Ignoro al médico que está detrás de mí y la estrecho entre mis brazos.

—Lo siento, Ronan —solloza.

—¿Por qué lo sientes, cariño?

—Me olvidé de tomarlas durante unos días. Estábamos en París y yo… Soy tan estúpida…

Le rodeo la cara con las manos, la aparto un poco de mí y la miro con solemnidad.

—No eres estúpida, Daisy.

—¿Estás enfadado conmigo? —pregunta entre lágrimas.

Esa ridícula sonrisa regresa a mi rostro.

—¿Enfadado? ¿Estás de broma? No recuerdo la última vez que fui tan feliz.

—Pero… ¿qué vamos a hacer? —Su voz es tensa, y está temblando. Odio verla tan aterrorizada.

Me obligo a mantener la sonrisa y la miro a los ojos. De repente me doy cuenta de que Daisy es muy joven y que quizá esto no sea lo que ella había planeado para su futuro, independientemente de lo que yo piense al respecto.

—Cariño, haremos lo que tú quieras hacer, y, pase lo que pase, yo estaré aquí. ¿De acuerdo?

Asiente, todavía con los ojos llorosos. Cuando por fin sonríe, tiene los ojos muy abiertos y su expresión está llena de alegría y emoción, y no puedo evitar besarla allí mismo.

Los pensamientos se agolpan en mi cabeza hasta que nuestros labios se tocan, y entonces todo se queda en silencio. No hay más preocupaciones ni miedos. Solo estamos nosotros y un largo y hermoso futuro juntos lleno de incógnitas.

Quién sabe qué coño va a pasar a partir de ahora, pero en este momento todo es perfecto.

Regla nº 44

Todo va a salir bien

DAISY

He estado flotando en una nube desde el momento en que el médico pronunció esas palabras hasta ahora, que estoy sentada a la mesa en el apartamento de Ronan, terminando la cena que Agatha nos ha preparado.

Estoy… embarazada.

De repente, todo encaja. Todo lo que he sentido últimamente —las náuseas, el cansancio, los mareos— cobra sentido. Me siento idiota por no haber atado cabos antes.

Y ahora, aquí estoy, sentada en esta *suite* del ático. Aunque sé que no debería sentirme nerviosa ni preocupada en absoluto, no puedo evitar preguntarme qué significa exactamente esto para mi futuro, para nuestro futuro.

Tenemos opciones, lo sé, pero en mi corazón sé lo mucho que deseo esto, aunque no sé si él también.

Ronan dijo que era feliz, pero ¿se da cuenta del cambio que esto supondrá para él? Tiene cincuenta y seis años. ¿De verdad quiere formar una familia ahora? ¿Traer un niño al mundo revivirá los malos momentos del pasado, los recuerdos del niño que perdió?

¿Me ha perdonado lo suficiente como para querer un compromiso tan serio?

Hace nueve años mi madre me eligió a mí en lugar de a él. Si decido tener este bebé, ¿lo perderé?

Mi mente es un caos, como una pelota de ping-pong que va y viene entre una pura euforia y un profundo terror.

Agatha se marcha y cierra la puerta principal, y Ronan y yo nos quedamos solos. Me acaricia los hombros y se agacha para darme un beso en la coronilla.

—Pareces muy pensativa. ¿Estás bien? —me pregunta.

—Voy a tener al bebé —susurro con convicción. Me acaricia la espalda, pero permanece en silencio, y se me revuelve el estómago.

Siento como si estuviera canalizando el espíritu de mi madre, y de pronto entiendo lo que debió de sentir ella al elegirme a mí en lugar de a él. Pero yo no soy ni la mitad de fuerte de lo que era ella. En este momento, estoy aterrorizada—. Ronan, di algo, por favor —balbuceo nerviosa.

Me aparto para mirarlo a la cara y dejo escapar un pequeño grito ahogado. Hay lágrimas en sus ojos, y su expresión es de pura alegría.

—No sé ni qué coño decir, Daisy.

—Tengo que saber que estás seguro de esto —musito.

Hace que me levante de la silla y me rodea con sus brazos.

—Estoy seguro, Daisy. ¿Y tú?

—Estoy aterrorizada —respondo, con la voz quebrada por un sollozo.

Cuando su rostro se vuelve sombrío, me doy cuenta de que lo que lo sostiene en este momento es la esperanza. Ronan tiene todas los motivos para estar tan aterrorizado como yo, si no más. Ya ha pasado por lo peor que le podía pasar como padre. Pero sigue abrazándome, a mí y a nuestro hijo por nacer, como si estuviera dispuesto a volver a entrar en esa batalla con la esperanza de que todo salga bien.

—Todo va a salir bien, Daisy. —Es curioso cómo esas palabras, pronunciadas por alguien en quien confías, pueden significar tanto. Cómo, de alguna manera, calman todas esas preocupaciones y hacen que respirar sea un poco más fácil. No respondo, pero le hago un suave gesto con la cabeza—. Podría decirte cómo va a ir todo y podemos planear el resto de nuestras vidas para asegurarnos de que cada instante sea perfecto, pero lo único seguro en este mundo es que nada va a salir como tú crees, cariño. Lo único que podemos hacer es disfrutar del momento. —Suspiro de alivio. Le rodeo la cintura con los brazos y me acurruco contra su pecho. Siento los latidos de su corazón contra mi mejilla mientras nos abrazamos, y, poco a poco, el terror que sentía hace un momento empieza a desvanecerse—. Acompáñame a la ducha —me susurra, y siento un cosquilleo en el estómago por la emoción. Dos meses sin que me haya tocado… Ahora mismo es lo que más deseo.

Me coge de la mano y me lleva al cuarto de baño, y le dejo que me quite todas las capas de ropa hasta que me quedo desnuda delante de él. Sus manos recorren mi cuerpo y sus labios siguen el camino que van trazando, desde mis hombros hasta mis pechos. Y luego se detienen cuando descansan sobre mi vientre.

Cuando deja la mano ahí la emoción me invade de nuevo. En el momento en que su mirada encuentra la mía, se me hincha el corazón en el pecho. Recordaré este momento mientras viva.

Entonces, se arrodilla frente a mí, me besa en el vientre y yo paso los dedos por su cabello. Permanecemos así durante un rato, ambos adaptándonos a la nueva realidad que ha irrumpido en nuestras vidas sin previo aviso. Ha sido toda una sorpresa, pero es genial.

Cuando se levanta, lo beso en los labios y me siento como si hubiera vuelto al hogar. Quiero disfrutar cada segundo de este momento, saborear la intimidad entre nosotros.

El mundo me parece mucho más seguro cuando estoy en sus brazos, y no porque él me proteja de todo lo que me pueda pasar, sino porque sé que, pase lo que pase, él estará ahí.

El beso se vuelve más apasionado por momentos. Sin separar mis labios de los suyos, le desabrocho los botones de la camisa blanca y se la quito antes de ir a por sus pantalones. Nuestros dedos se entrelazan torpemente para bajárselos y, cuando sus calzoncillos ya están fuera de mi camino, alcanzo su miembro endurecido y él suelta un gemido cuando lo rodeo con mi mano.

Después de un par de suaves caricias, me levanta en el aire y yo le rodeo las caderas con las piernas mientras me lleva a la ducha llena de vapor. Mi espalda queda contra la pared y él restriega su erección con fuerza contra mi clítoris.

Entramos en un frenesí de deseo; nuestras bocas se devoran mutuamente, nuestras manos se prodigan caricias, y, cuando Ronan alinea su erección con mi ávido centro, lo pego a mí.

—Vamos a follar, por favor. —Gimo, busco su mirada y añado la única palabra que he estado deseando decir durante los dos últimos meses—: Papi.

Con un gemido gutural, se desliza dentro de mí y se mantiene quieto para que los dos podamos saborear esta sensación. Nuestros

cuerpos se funden como si fueran uno solo; él se retira lentamente y vuelve a deslizarse en mi interior, con un ritmo lento.

Es como volver a vivir el momento de la bañera. Los años que nos separan no importan. Nuestras edades no significan nada. En este diminuto espacio, nuestra conexión está por encima de todo eso.

Me penetra con más fuerza, más rápido, y gimo sin control. Mi cuerpo se tensa por el placer, así que bajo la mano para llegar hasta mi clítoris y me lo acaricio dibujando círculos pequeños y rápidos.

—Esa es mi chica —murmura entre las enérgicas embestidas de sus caderas. Lo estrecho con las piernas con más fuerza y el orgasmo casi me ciega.

—Córrete para papi, Daisy. —Su voz suena tensa cuando me penetra una última vez antes de estremecerse en mi interior.

Jadeamos en busca de aire; él hace que baje las piernas y sale lentamente de mí. Mareados por el vapor y por el esfuerzo, nos aferramos con fuerza el uno al otro mientras recuperamos lentamente el aliento.

—Te quiero —susurro contra la curva de su cuello.

Me acaricia la cabeza, me cubre la cara de besos y me susurra al oído:

—Y yo te quiero más que a nada en este mundo, pequeña.

Mi corazón se hincha en mi pecho cuando me besa en los labios. Y mientras lava cada centímetro de mi cuerpo, desde la cabeza hasta los pies, siento hasta la última pizca de ese amor.

En el fondo, sé que Ronan y yo estábamos destinados a encontrarnos. Puede que las probabilidades estuvieran en nuestra contra, pero había algo mucho más poderoso que nos unía. Por algún extraño motivo creo que mi madre se sentiría aliviada al saber que nos hemos encontrado. Puede parecer poco convencional, pero esto es lo que ella quería: que los dos encontráramos la clase de amor que hace que la vida merezca la pena.

Y lo que sea que nos depare esta vida cruel y poética, sé que él estará ahí para cuidar de mí. Y yo estaré ahí para cuidar de él.

Regla nº 45

Epílogo de Ronan

No se puede dejar embarazada a una mujer que ya lo está..., pero no pasa nada por intentarlo

El público de esta noche es el más numeroso que he visto. Espero que estén aquí para ver a mi hermosa esposa tocar sus nuevas canciones y no para maravillarse con la forma en que su vientre muy embarazado sobresale entre su cuerpo y las teclas del piano.

Daisy ha conseguido un puesto fijo en el piano bar, y no es de extrañar. El público la adora. Por lo general, mezcla sus canciones originales con algunas versiones clásicas, y las clava, todas y cada una de ellas.

La contemplo, con un *bourbon* en la mano, desde la barra mientras canta y veo cómo la gente de las mesas hace los coros. De vez en cuando me busca entre la multitud y yo le dedico una rápida y reconfortante sonrisa.

No podría estar más orgulloso.

Tampoco podría estar más nervioso.

Daisy lleva dos días de retraso y el médico está utilizando términos como «descenso», «dilatación» e «inducción. Por mucho que he intentado convencerla de que no actuara esta noche, ella me ha asegurado que se sentía bien y que un poco de emoción podría ayudar a que las cosas se pusieran en marcha.

Lo único que sé es que no la voy a perder de vista ni un momento.

Cuando termina la actuación, sale del escenario tambaleándose y se acerca al grupo de habituales que acuden cada semana a verla. Después de conversar con ellos un rato, se acerca y se bebe de un trago dos vasos grandes de agua con hielo. Me abraza, se recuesta contra mí y se balancea.

—¿Cómo te encuentras, cariño?

—Me duele un poco la espalda de estar sentada en ese banco, pero por lo demás estoy bien. No tengo contracciones.

Le acaricio el vientre redondeado. Mi pequeño me da una patada en la mano y el corazón casi se me escapa del pecho.

—Te juro que tiene un pie clavado en mi caja torácica. —Ella arquea la espalda, como si intentara hacer más espacio en su cuerpo para el bebé que crece dentro.

—Vámonos a casa —le susurro al oído. Después de despedirse del dueño del bar y de sus nuevos amigos, la acompaño de la mano hasta el coche que nos espera junto a la puerta.

En cuanto llegamos a casa, se va derecha a la ducha y se quita la ropa hasta quedarse desnuda de pies a cabeza en el cuarto de baño. Mientras la contemplo en el espejo, dejo escapar un gruñido ronco, lo que la hace sonreír de oreja a oreja.

Daisy siempre me ha parecido preciosa, pero verla así saca a relucir al cavernícola salvaje que hay en mi interior. Ahora no hay un solo momento del día en el que no quiera follar con ella hasta dejarla sin sentido, en que no quiera llenarla, aunque está claro que ya está a punto de reventar por culpa de mi hijo.

Pero follar en la ducha ya no es tan fácil como antes, así que la dejo sola bajo el chorro, miro cómo se ducha a través del cristal y espero pacientemente con una toalla limpia a que salga.

Cuando veo que hace una mueca de dolor al arquear la espalda, le hago la misma pregunta que hoy ya le he hecho cien veces.

—¿Cómo te encuentras?

Ella pone los ojos en blanco y esboza una sonrisa amenazante.

—Estoy bien, Ronan. Te prometo que te avisaré cuando empiecen las contracciones. Además —dice, pegándome a ella—, ¿sabes qué me ha dicho Eden que puede inducir el parto?

Dios, me encanta cuando se pone así. Me dan ganas de que esté embarazada para siempre.

—Sé exactamente lo que ha dicho —murmuro, poniéndole un dedo bajo la barbilla para que me mire.

—Y sabía de lo que hablaba.

Con una sonrisa burlona, la beso en los labios.

—Túmbate en la cama ahora mismo, pequeña.

—Sí, papi —responde ella; entra en nuestro dormitorio y se tumba de lado en la cama. Me dedica una mirada hambrienta mientras me

quito la ropa y me desabrocho el cinturón con un rápido movimiento.

—Sabes que en cuanto nazca ese bebé vamos a follar para que te quedes embarazada otra vez —anuncio, recorriéndole el cuerpo desnudo con la mirada.

Ella se muerde el labio; baja la mano hasta su clítoris y se acaricia, expectante. Me tumbo junto a ella, le aparto la mano y le sujeto la muñeca.

—Ese es mi trabajo —murmuro, y bajo por su cuerpo hasta hundir la cara en su húmedo calor. Le arranco un gemido con un largo lametón. Me pongo boca abajo y me tomo mi tiempo devorándola solo para hacerla sentir bien. Ella se retuerce y gime hasta que sus jadeos se vuelven entrecortados y necesitados. Chupando con fuerza su clítoris, deslizo dos dedos en su interior y la penetro con ellos al ritmo de mi lengua hasta que ella me agarra del pelo y sus muslos tiemblan alrededor de mi cabeza.

—Sí, papi. ¡Me corro! —exclama.

Siento cómo palpita mi pene contra el colchón; dejo escapar un gruñido y la ayudo con cuidado a ponerse a cuatro patas. Su sexo me estrecha con fuerza cuando la penetro hasta que mis caderas chocan contra su trasero.

Ella se aferra a las sábanas y se echa hacia atrás para responder a mis embestidas.

—Vuelves loco a papi, pequeña. Vas a tomar hasta la última gota, ¿verdad?

—¡Sí, papi! —vocea contra el colchón.

—Esa es mi niña —le respondo—. Dime que lo quieres.

—Llénаme, papi. Córrete dentro de mí. —Sus gritos suenan tan fuerte que me llevan al límite. Con el sonido de sus súplicas resonando en mis oídos, pierdo el control y me corro con tanta fuerza que me quedo sin aliento. Mi miembro palpita dentro de ella mientras gimo de placer.

Cuando abro los ojos la contemplo y veo que una fina película de sudor cubre su espalda y su pecho se hincha y desinfla con su trabajosa respiración. Apenas puedo ver su rostro a través del desorden de ondas rubias que lo rodean, así que deslizo mi mano a

lo largo de su columna vertebral hasta llegar a su cabeza para apartarle el pelo.

—¿Cómo te sientes, cariño?

Ella se ríe.

—Estoy bien. Genial.

—Bien —respondo, agachándome para besarla entre los omóplatos.

Salgo de su interior y bajo la vista para ver cómo mi semen se desliza por sus muslos. Es la hostia de excitante, y creo que jamás voy a cansarme de ello. Me levanto, voy al baño, cojo una toalla, la mojo con agua tibia y regreso a la cama para limpiarle delicadamente el cuerpo, besando su piel mientras lo hago.

Cada centímetro de su cuerpo es tan perfecto ahora como lo era antes. Hay finas líneas dispersas por sus caderas y pechos, y mis dedos bailan sobre cada una de ellas.

Pronto tendremos un hijo.

Hay días en los que me preocupa no estar preparado, pero sé cómo me sentiré en el momento en que lo vea. La abrumadora emoción que sentiré en mi corazón y la forma en que nuestras vidas se reorganizarán por completo para dar cabida a lo más grande y maravilloso que podríamos tener.

Nuestras vidas nunca volverán a ser las mismas. En lugar de tener que cuidar solo de ella, deberé cuidar de los dos.

Nunca he dejado de ser el padre de Miles, pero hay días en los que me preocupa haber olvidado cómo ser padre. Entonces recuerdo que la primera vez tampoco tenía ni idea. Me saldrá tan natural como a ella. Y si no es así, lo superaremos juntos.

Daisy parece haberse quedado dormida, acurrucada de lado con la enorme almohada de embarazo entre las piernas. Así que apago la luz y me meto en la cama detrás de ella, tapándole con las mantas el cuerpo aún desnudo.

Sé que no voy a poder dormirme fácilmente, pero lo intento de todos modos. Me pego a su cálido cuerpo y le pongo una mano sobre el vientre redondeado para sentir cómo mi hijo se mueve en su interior.

El sueño me vence mientras espero, aunque no sé por cuánto tiempo. Los gemidos de Daisy me despiertan. Tengo la mano sobre su vientre, pero en lugar de sentir las patadas del bebé, noto lo increíblemente duro que está.

—Daisy…, ¿cómo te encuentras?

—Me duele la espalda —se queja, tratando de cambiar de posición para aliviar el dolor. Con mi mano sobre su vientre duro como una roca, espero a que el dolor remita antes de entrar en pánico. Podría ser solo otra ronda de esas contracciones de Braxton Hicks. Después de unos momentos, se relaja de nuevo, esta vez mirándome.

Pasan los minutos antes de que vuelva a gemir, seis minutos para ser exactos. Una sonrisa se dibuja en mi rostro cuando le doy un beso a Daisy en la frente.

—Cariño, creo que ya está llegando.

Ella abre los ojos.

—Yo también lo creo.

—¿Estás lista? —le pregunto con la cabeza sobre la almohada.

—No —responde.

La beso en la frente de nuevo y le agarro la mano con fuerza.

—Todo va a salir bien, Daisy.

—Lo sé —murmura, tensando un poco más el cuerpo. Después de un momento, cuando creo que la contracción ha remitido, me dedica una sonrisa radiante—. Vale. Vamos.

Regla nº 46

Epílogo de Daisy

La vida es un sueño caótico

TRES AÑOS DESPUÉS

Julian sonríe tímidamente cuando Ronan se arrodilla a su lado y le tiende el mando a distancia del pequeño velero de juguete que baila sobre el agua de la gigantesca fuente situada en medio del parque. Me río al ver la escena y, cuando él mira hacia donde estoy amamantando a su hermanita en el banco, le dedico una expresión de ánimo.

—¡Bien hecho, cariño! —le digo con una sonrisa.

Amelia está dormitando en mis brazos; la aparto con cuidado de mi pecho y la recuesto sobre mi hombro para que eructe. Tiene casi un año y sigue mamando como loca. A esta edad, Julian ya estaba listo para explorar todo lo que estuviera a su alcance y ya no tenía tiempo para mamar. Pero a mi dulce niña le gusta tomarse las cosas con calma y se siente feliz de acurrucarse contra su mami.

Mientras la bebé duerme la siesta y mis chicos juegan, me relajo en el banco y apunto letras de canciones en la aplicación de notas de mi teléfono. Es curioso ver cómo han cambiado mis canciones desde que soy madre. Mi forma de ver la vida ahora es diferente a la que tenía antes. Ni mejor ni peor, solo diferente.

Por un lado, entiendo desde una perspectiva totalmente nueva por qué mi madre tomó la decisión de elegirme a mí en lugar de a Ronan: nunca fue un sacrificio, sino una elección basada en el amor.

También he aprendido a aceptar el caos como antes no podía hacerlo. Soñaba con una vida que se parecía más a un tablero de visualización o a una revista que a la realidad. Hay días en los que me cuesta encontrar algo poético cuando los niños gritan, la casa está hecha un desastre o no puedo concentrarme en mi música. Hay noches en las que me siento la persona menos sexy del planeta y

estoy convencida de que mi marido nunca volverá a tocarme. Hay momentos en los que me siento un fracaso.

Pero esos instantes se equilibran perfectamente con otros que parecen una fantasía, como cuando veo al hombre que amo abrazando a nuestra hija o riendo con nuestro hijo. Cuando las letras fluyen o cuando él me abraza por la noche, mimándome con deleite y amor, como si fuera la primera vez.

Sin el caos, esos hermosos momentos serían planos y sin sentido. Así que he aprendido a aceptarlo todo.

Oigo llorar a Julian al otro lado del parque y levanto la vista para encontrarlo tirado en el suelo; se le han caído las gafas y tiene el rostro empapado de lágrimas y contorsionado por el dolor. Debe de haber tropezado al venir hacia mí; Ronan llega en un santiamén, lo levanta y le limpia las rodillas raspadas.

Mi corazón se llena de emoción al verlo abrazar a nuestro hijo, acariciarle la espalda con ternura y besarle la cabeza. Julian se aferra a su cuello sin dejar de lloriquear.

—¿Está bien? —pregunto cuando los dos llegan al banco donde estoy sentada.

—Sí, está bien —responde Ronan, pero Julian no da señales de querer soltar a su papá.

—Deberíamos volver a casa para almorzar —digo, y coloco con cuidado a Amelia en su cochecito. Ella sigue dormida cuando la acuesto. Al levantarme, noto que los ojos de Ronan se desvían hacia mi pecho.

—A lo mejor quieres taparte antes —sonríe; al mirar hacia abajo veo que mi pecho sigue asomando por la parte superior de la blusa.

—Uy. —Tapo a la niña y me abrocho la blusa. Ya casi ni me afecta. Supongo que es bueno que estemos en París, donde nadie se sorprende al ver los pechos de una madre que amamanta.

Otra razón más por la que me alegro de habernos mudado aquí.

Decidimos hacer de París nuestro hogar permanente antes de que naciera Amelia. Nos encantaba Briar Point, pero ahí nunca nos sentimos como en casa. Esta ciudad es donde nació nuestra relación, donde nos sentimos más a gusto y donde queremos criar a nuestros hijos.

Así que vendimos el apartamento del Barrio Latino y compramos una casa más grande a las afueras de la ciudad. Es un sueño hecho realidad.

Ronan dejó su puesto en la empresa, pero no conseguí que se jubilara por completo y ahora se dedica a ayudar a Matis con L'Amour, algo de lo que no me puedo quejar. Tres noches a la semana, dejamos a los niños con la *au pair* y vamos juntos al club, a veces para trabajar y otras para divertirnos.

Ha empezado a ampliar sus horizontes aunque solo sea para complacerme en las cosas que me gustan, y cuando está dispuesto, invitamos a otros a unirse a nosotros.

Solo de pensarlo, me entran ganas de llevar a los niños a casa y prepararme para otra noche de fiesta. Mientras atravesamos el parque, con Julian todavía en brazos de Ronan, pienso en cómo nos conocimos Ronan y yo.

—¿Por qué no hacemos una subasta en L'Amour? —le pregunto.

Él pone su mano en mi espalda y le da vueltas a mi pregunta.

—Se lo puedo comentar a Matis. No sé por qué no se me había ocurrido.

—Podría ser un gran reclamo para los socios. Por no mencionar que son muy divertidas.

Él sonríe.

—Y puedes encontrar al amor de tu vida en una subasta.

—No creo que sea algo habitual —respondo.

—No, pero sucede.

—¿Qué es una subasta? —pregunta Julian, levantando la cabeza del hombro de Ronan.

—Eeeh… Es donde la gente puede comprar cosas muy valiosas —respondo, y mi voz se va a apagando con cada palabra.

—¿Como una tienda? —insiste.

—Más o menos —responde Ronan, con pinta de estar todavía más confundido que Julian.

—¿Papá tiene mucho dinero para gastar en esa tienda?

—Sí, papá tiene dinero para gastar en esa tienda —digo, apartándole el pelo castaño de los ojos.

—¿Porque papá es rico? —murmura Julian, haciéndonos reír a los dos.

Ronan le da la vuelta y lo levanta en el aire hasta que Julian se sienta sobre sus hombros y él le sujeta con fuerza una de sus piernas.

—Sí, colega. Papá es el hombre más rico del mundo —bromea con voz atronadora.

—¿Del mundo entero? —se sorprende Julian.

Entonces Ronan me rodea los hombros con su mano libre y me abraza con fuerza mientras paseamos lentamente por el sendero del parque. Con los labios pegados a mi cabeza, responde en voz baja.

—Sí, papi es el hombre más rico del mundo entero.

Y sé que no se refiere al dinero.

Regla nº 47

Epílogo extra Ronan

Has de ser lo que ella necesita

—¿Listo? —Daisy está en la puerta de nuestro dormitorio, con el largo cabello rubio sobre los hombros peinado en suaves ondas. Lleva un vestido ceñido de terciopelo negro con un escote muy pronunciado. Se pega a sus curvas como un guante y yo suelto un gruñido hosco al verlo.

—Menos mal que vamos al club, cariño. Porque lo que quiero hacerte con ese vestido no es apto para ningún otro sitio.

Ella sonríe con picardía, mordiéndose el labio inferior.

—Entonces vámonos.

Nos despedimos con un gesto de la *au pair,* que está lavando biberones en la cocina. Nos dedica una dulce sonrisa y nosotros desaparecemos por la puerta principal. Los dos niños están dormidos, así que sé que Daisy puede relajarse.

—Dios, la adoro —comenta Daisy, cogiéndome de la mano al llegar a la entrada. El coche nos está esperando, le abro la puerta a mi mujer y la ayudo a entrar antes de acomodarme junto a ella.

—Ella quiere a nuestros hijos, y eso es lo que de verdad me importa —respondo.

En cuanto se cierra la puerta y nos ponemos en marcha hacia el club, a solo veinte minutos en coche de nuestra casa, Daisy apoya la cabeza en mi hombro. Tararea una canción por el camino, una nueva melodía que le he oído ensayar una y otra vez durante los últimos meses. No soy muy entrometido en lo que respecta a su música. A ella le gusta compartirla conmigo cuando está lista.

Pero, Dios, me encanta escuchar su trabajo. Está llena de más magia y creatividad de lo que jamás imaginé antes de casarnos. Nunca he conocido una mente más cautivadora que la de Daisy.

Mi hermosa y perfecta Daisy.

Cuando llegamos al club, el chófer le abre primero la puerta a Daisy. Ella sale y me espera. Después de entrelazar mis dedos con

los suyos, entramos en L'Amour cogidos de la mano.

Matis está en el vestíbulo y nos dedica una sonrisa encantadora, separando las manos para abrazarnos.

—¡No sabía que ibais a venir esta noche! —dice con un saludo entusiasta.

—Ha sido idea suya —respondo con una sonrisa.

Matis le dedica a Daisy una mirada pícara.

—Siempre lo es.

—¿Cómo va todo esta noche? —pregunto, con tono informal y ligero.

—Tranquilo —responde con sencillez.

—¿Tranquilo en el buen sentido o en el malo? —pregunta Daisy.

Matis se encoge de hombros.

—No estoy seguro. Espero que sea en el bueno.

—Bueno, Daisy ha tenido una idea genial para el club. Podríamos organizar una subasta —digo, acariciándole la espalda a mi mujer.

Matis enarca las cejas.

—¿Una subasta?

Daisy interviene, emocionada.

—Sí, hicimos una en otro club. Creo que puede atraer a algunos miembros y animar a todo el mundo.

—Me encanta la idea. ¿Nos ayudarás a organizarla? —pregunta él.

Daisy me mira con una suave sonrisa.

—Lo hará Ronan.

En ese momento, alguien llama a Matis y él se disculpa con nosotros.

Me acerco a Daisy y le susurro:

—¿Qué te apetece hacer esta noche, mi pequeña?

Por la forma en que prácticamente se derrite en mis brazos, me doy cuenta de que Daisy está agotada y necesita desesperadamente que la mimen con delicadeza.

Se vuelve hacia mí y me pone las manos en las mejillas.

—Solo te quiero a ti.

—Haremos lo que tú quieras —respondo, besándola suavemente en la nariz—. ¿Quieres que tu papi te haga sentir bien?

Ella deja escapar un suspiro de placer.

—Sí, por favor.

—Sé exactamente lo que necesitas. —Sonrío y la beso de nuevo, esta vez en la frente. Cojo a mi esposa del brazo y la acompaño hasta nuestra sala, situada en la parte trasera del club. Una vez allí, utilizo mi llave para abrir la puerta. Las luces ya están atenuadas y huele de maravilla, a lavanda y rosas.

Me quito la chaqueta y la cuelgo en el gancho.

—Ven aquí, pequeña —le pido. Daisy se acurruca contra mi pecho, me abraza e inspira hondo para sentir mi aroma. Hasta ahora, nada me ha hecho más feliz que ser su apoyo. Daisy me ha demostrado que puede hacer cualquier cosa, pero que aún me permita cuidar de ella significa más de lo que jamás llegará a saber. Quiero apoyarla, amarla y protegerla hasta el día de mi muerte. Y mucho más allá, si puedo—. Quítate toda la ropa y túmbate boca abajo en la cama. —Le doy otro beso en la coronilla.

—Sí, papi —susurra; levanta la cabeza y la beso en los labios. Ella deja escapar un murmullo ininteligible cuando el beso se hace más profundo y me hunde los dedos en el pelo mientras restriega su cuerpo necesitado contra el mío.

No me gusta separarme de ella, pero no quiero que las cosas se calienten demasiado antes de haber tenido la oportunidad de mimar a mi chica.

—Vamos —la animo con suavidad.

Ella me da la espalda y se aparta el pelo para que pueda bajarle la cremallera del vestido.

Mientras se desnuda, me sirvo una copa y la contemplo con interés. Nunca me cansaré de mirarla. Y nunca, ni por un segundo, daré por sentado lo que tengo. Daisy es perfecta y me ha dado dos hijos perfectos, y creo que es posible que nunca me sienta digno de ella.

Cundo ya está tumbada en la cama, con su cuerpo desnudo ante mí, dejo la copa y cojo un par de cosas de los armarios.

Aceite. Venda para los ojos. Plumas. Molinillo de viento.

Lo dejo todo en la cama, junto a ella. Luego me quito la ropa, prenda a prenda, y me detengo cuando llego a los calzoncillos. Cojo primero la venda y se la ato con delicadeza sobre los ojos. Ella

suelta un gemido agudo para hacerme saber que está emocionada por lo que está por llegar.

Me echo en la cama detrás de Daisy, me siento a horcajadas sobre sus muslos y vierto una generosa cantidad de aceite en mis manos para después frotarlas para calentar el aceite; empiezo por sus hombros y masajeo lentamente sus músculos y sus articulaciones.

Ella deja escapar un gemido tras otro. Le deshago poco a poco los nudos de tensión de los hombros y del cuello, tomándome mi tiempo con ella. Con cuidado de no aplicar demasiada presión, le masajeo suavemente la espalda y los brazos hasta que queda como plastilina blanda en la cama.

—Qué bien sienta esto —murmura contra el colchón.

Bajo por sus piernas y masajeo con más aceite las nalgas y la parte superior de sus muslos. Cuando deslizo mis dedos entre ellos, acariciando sus húmedos pliegues, ella gime más fuerte, y levanta el culo en el aire.

—¿Te gusta, pequeña?

—Sí, papi. Más.

—Ya te daré más. Ten paciencia.

Mi erección es hasta dolorosa y tensa la tela de mis calzoncillos. Solo con pensar en penetrarla profundamente, se me escapa un poco de semen por la punta.

La provoco un poco más antes de sacar mis dedos de entre sus piernas. Termino el masaje bajando por sus piernas, pero puedo sentir lo inquieta que está. Quiere más, pero yo aún no estoy listo para follar.

Cojo una pluma y hago que Daisy se tumbe boca arriba. Ella levanta los brazos por encima de la cabeza y los apoya sobre la almohada, expectante. Cuando la pluma toca su piel, jadea. Son la anticipación y el misterio lo que de verdad la estimula. Sus pezones se endurecen con la excitación y yo sigo provocándola suavemente por cada centímetro de su cuerpo, sus pechos, su vientre, su clítoris…

Cuando termino, ella tiembla de deseo.

Cuando dejo la pluma, se retuerce, ansiosa por mi contacto. Como sé que a mi chica le gusta mezclar el placer con un toque de dolor,

primero presiono suavemente el molinillo de viento contra su muslo. Ella jadea, arqueando la espalda sobre el colchón, cuando lo deslizo rodando hacia arriba. Paso por sus caderas y me aproximo a sus pechos, pinchándola con cada giro del molinillo metálico.

Cuando lo levanto de su piel, ella suelta un gritito.

—¡Más! —Lo deslizo suavemente sobre la piel de su brazo, a través de su vientre y, finalmente, por la parte interior de su muslo. Mientras acerco delicadamente el metal cada vez más a su ávido sexo, deslizo lentamente un dedo dentro de ella. Eso hace que se contonee con más ganas—. Por favor, papi. ¡Te necesito! —exclama.

Le acaricio el clítoris con el pulgar mientras la penetro con mis dos dedos medios. El placer mezclado con el dolor la vuelve loca.

—¿Te gusta, pequeña?

Ella deja escapar un gemido salvaje.

—Sí. Por favor, Ronan. Necesito más.

—¿Más qué, Daisy?

Sus manos me buscan a ciegas mientras sigo torturándola, sin darle lo que quiere todavía. Su piel está cubierta de pequeñas manchas rojas que le ha dejado el molinillo, húmeda y brillante de sudor.

—Quiero follar, papi. Por favor. —Sus gritos son ahora desesperados, y no puedo soportar ese sonido agónico. Dejo caer el juguete metálico sobre el colchón, me bajo los calzoncillos y me pongo las piernas de Daisy sobre los hombros. Alineo mi pene con su núcleo empapado y la penetro con fuerza, saboreando el sonido de su grito de alivio—. ¡Sí! —gime ella.

Con sus muslos contra mi pecho, la penetro tan hondo como puedo. Ella arquea la espalda y vuelve a gemir ruidosamente. Su cuerpo es mi hogar, y cada momento que estoy dentro de ella soy el hombre más afortunado del mundo. Nada puede igualar esto.

Mantengo el ritmo mis embestidas lenta y profundamente, dejándola disfrutar de la excitación antes de que se corra. Porque una vez que empiece a moverme, no podré parar.

Mi pulgar vuelve a encontrar su clítoris, y lo acaricio con movimientos circulares, y entonces contemplo cómo su cuerpo se tensa de placer. No aguantará mucho más.

—Más rápido —suplica—. ¡Más fuerte!

La penetro con ímpetu hasta casi doblarla por la mitad. Muevo las caderas como un pistón y veo cómo va llegando poco a poco al clímax. Primero, su cuerpo se queda quieto. Luego, su respiración se acelera. Y, por último, es como una explosión que nace de su interior, y deja escapar un sonido agudo mientras se corre.

Me clava las uñas en los brazos como si se aferrara a mí para salvar su vida.

Un momento después, pierdo el control y el orgasmo me arrolla como un tren de mercancías. Un gemido recorre mi pecho mientras me corro dentro de ella.

Es perfecto. Y cuando todo termina, nos derrumbamos juntos sobre el colchón.

Me rodea con sus brazos, y, aunque todavía tiene la venda en los ojos, encuentra mi rostro y me besa profundamente. Se la quito suavemente de los ojos y le sonrío.

—Ha sido increíble —susurra.

—Sí, lo ha sido —respondo.

Daisy parece incapaz de entender cómo puedo disfrutar tanto haciendo que ella se sienta bien; su placer me hace disfrutar más que el mío. Ese masaje ha sido tan grato para mí como lo ha sido para ella, pero puede que nunca lo entienda, y no pasa nada.

Si he venido a este mundo para ser todo lo que ella desea, estoy encantado. He pasado gran parte de mi vida sumido en el dolor y huyendo de la sensación de pérdida. Daisy me ha hecho renacer, me ha dado un propósito. Ya no me importan el dinero ni el éxito.

Hacerla feliz me hace feliz. Y con eso tengo todo lo que necesito.

Agradecimientos

Gracias por leer *Codíciame*. Ha sido genial volver a Juegos Prohibidos, ¿verdad? Lo echaba de menos. Quién diría que un club sexual podría resultar tan reconfortante como el regreso al hogar.

No puedo expresar lo agradecida que estoy a todos los que han leído, han adorado y han compartido esta serie con el mundo. Puedo estar escribiendo una historia obscena sobre un hombre y la exnovia de su hijo para al momento siguiente estar conectando con gente de todo el mundo que siente lo mismo que yo por unos personajes de ficción.

Espero que hayáis conectado también con Daisy y Ronan.

Cuando conectáis con ellos, es como si conectaseis conmigo. Y, de repente, todos estamos conectados.

Eso es lo que me encanta de los libros.

Esta novela nunca habría llegado a tus manos sin un equipo increíble que mantiene el tren de Juegos Prohibidos en marcha.

Mi agente: Savannah Greenwell.

Mi equipo, mis chicas: Lori Alexander, Amanda Anderson y Misty Frey.

El mismísimo papi, Wander Aguiar, un hombre de inmenso talento, fotógrafo y modelo de portada.

Mi editora: Rebecca, de Fairest Reviews Editing Services.

Mi correctora: Rumi Khan.

Mi diseñadora gráfica: Kate Farlow.

Mis lectores beta: Adrian, Jill, Janine, Tits, Claudia y Heather. Gracias por acosarme y animarme hasta que el libro quedó perfecto.

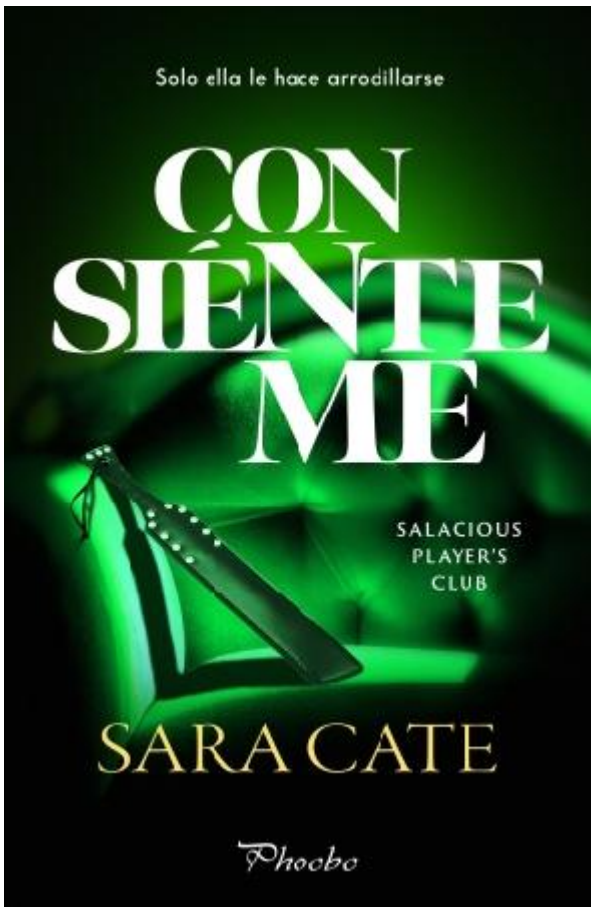
Mi equipo Shucky, el mejor grupo de amigos del mundo.

Mis Salacious Sluts, que me proporcionan un espacio seguro en el gran y aterrador mundo de internet.

Mi marido, por su amor y apoyo infinitos.

Y, por último, a todos y cada uno de los lectores, blogueros, *bookstagramers, booktubers* y *booktokers* que han ayudado a que el mundo conozca Juegos Prohibidos.

Gracias. Gracias. Gracias.



Consiénteme

Cate, Sara

9791387787103

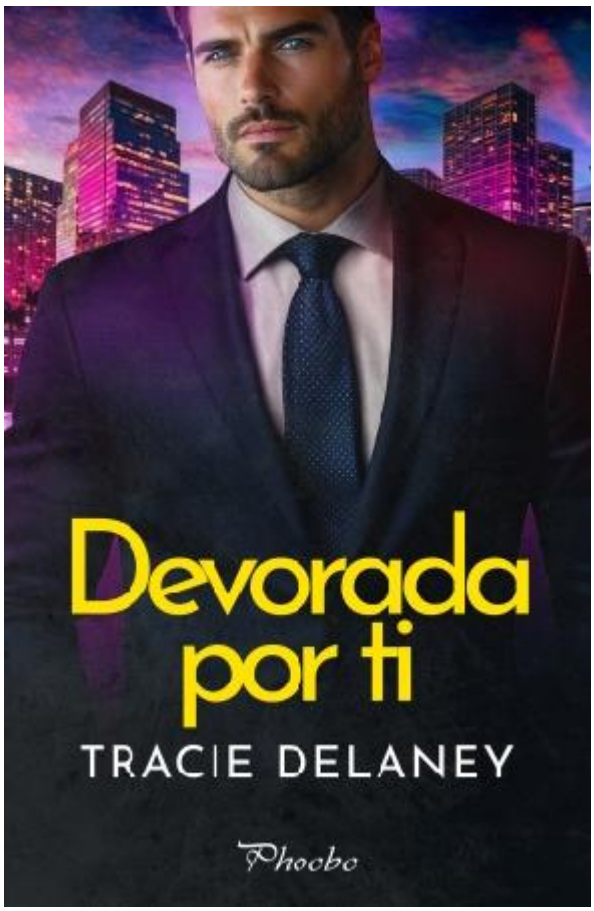
340

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

No quiero hacerle daño, solo quiero castigarlo. Ya es bastante malo ser la única mujer copropietaria de Juegos Prohibidos, pero es que encima también soy la única que no tiene ningún fetiche… o al menos eso era lo que pensaba. Imagínate mi sorpresa cuando hice

un test que dio como resultado que, después de todo, no soy tan convencional como imaginaba. Solo hay un obstáculo: no tengo ni idea de cómo ser una dominatrix, al menos hasta que la app me empareja con alguien dispuesto a ayudarme a aprender. El problema es que es demasiado joven para mí, demasiado terco y demasiado guapo. Ah, y es el hijo de mi amigo y socio Emerson Grant. Beau Grant es un malcriado y lo aborrecería si no me gustara tanto castigarlo, aunque no tardo en darme cuenta de que, debajo de esa fachada, hay un hombre incomprendido, generoso y que solo necesita a alguien que lo guíe. Pero si quiere piedad, tendrá que ganársela. Hay un millón de razones por las que debería alejarme de él, pero estoy cansada de hacer siempre lo que se espera de mí. Por fin sé lo que quiero y estoy dispuesta a conseguirlo.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Devorada por ti

Delaney, Tracie

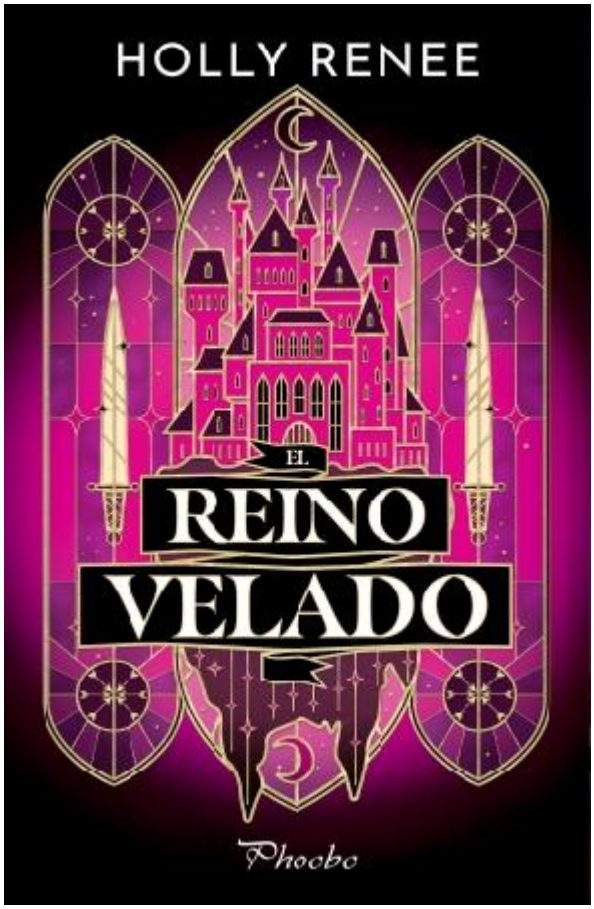
9791387787158

325

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

La vida está llena de sorpresas…, pero algunas preferiría evitarlas. Mi plan para estas vacaciones era sencillo: 1) Desconectar y disfrutar con las mejores amigas que una puede tener. 2) Recuperar la confianza que perdí después de que mi libro estuviera en lo más alto de las listas del New York Times. 3) Enviar de una vez algo a mi editora para que dejara de escribirme diecisiete veces al día. 4) Ponerme morena. Cosas que no esperaba que ocurrieran: 1) Convertirme en miembro del mile-high club. 2) Acabar enfrentándome a un aspirante a Hugh Hefner. 3) Verme en una situación de vida o muerte. 4) Y, por supuesto…, enamorarme. Tampoco esperaba que mi final feliz se me escapara de las manos por un retorcido golpe del destino. Pero si algo sé es que he llegado hasta aquí luchando. Y no pienso perder esta batalla.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



El reino velado

Renee, Holly

9791387787196

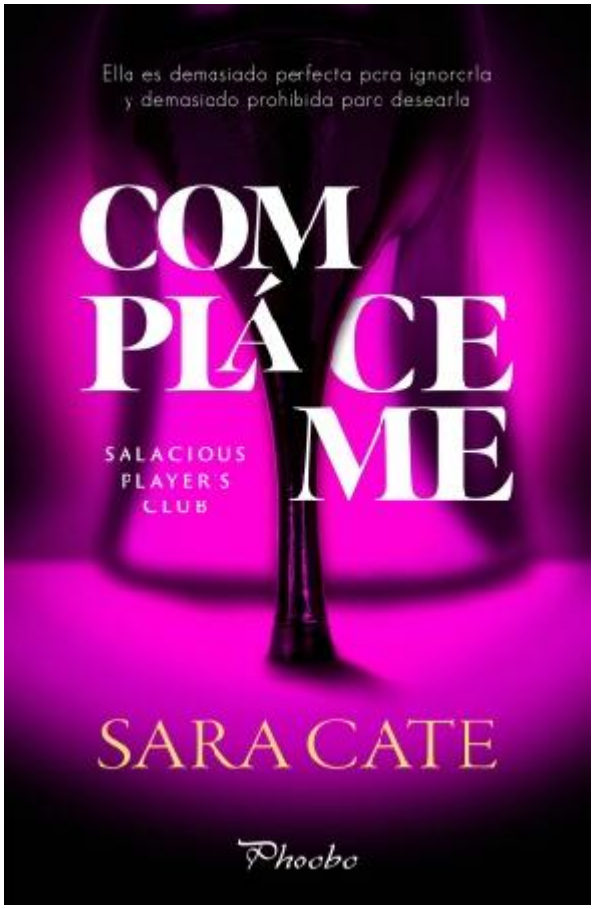
320

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Huyo de la crueldad de mi padre, el rey malvado que me robó el futuro. En las calles, la muerte me acecha, atrapada entre una rebelión y el reinado de un tirano. Capturada por aquellos que juraron acabar conmigo, los rebeldes ignoran mi verdadera identidad: soy la hija desaparecida del rey al que odian. Frente a

una elección imposible, debo decidir: unirme a ellos… o caer bajo el filo de sus espadas. Pero Dacre, el hijo del implacable comandante rebelde, se debate entre la desconfianza y un deseo que refleja el mío. No permite que nadie me toque e intenta protegerme, pero me amenaza a cada paso que damos. A medida que los secretos se entrelazan más allá del Reino Velado, una batalla feroz se libra en mi interior. Cuanto más convivo con los rebeldes y con su causa, más choca mi lealtad al reino con la innegable devoción que siento por Dacre y más fuerte se hace la llama que arde entre nosotros. En un mundo donde el amor y el odio son las dos caras de una misma moneda, me descubro atrapada en una delicada danza entre el deseo prohibido y el destino que me persigue.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Compláceme

Cate, Sara

9788410070738

320

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Él dice que soy perfecta.

Su mascota sin mácula.

Su chica buena.

Cuando mi tóxico exnovio me abandonó, me quedé hundida y destrozada, y solo ansiaba encontrar a alguien que me dijera que yo valía la pena.

Entonces **encontré un nuevo trabajo con un jefe que hace que me ponga de rodillas…** literalmente.

Emerson Grant me incita a hacer cosas que una verdadera secretaria nunca haría. Pero también me hace saber que valgo la pena de verdad. Que soy digna de sus halagos. Hay un millón de razones por las que debería mantenerme alejada de él. El dueño del Club Juegos Prohibidos no es solo mi nuevo jefe, sino que también me dobla la edad… y es el padre de mi exnovio.

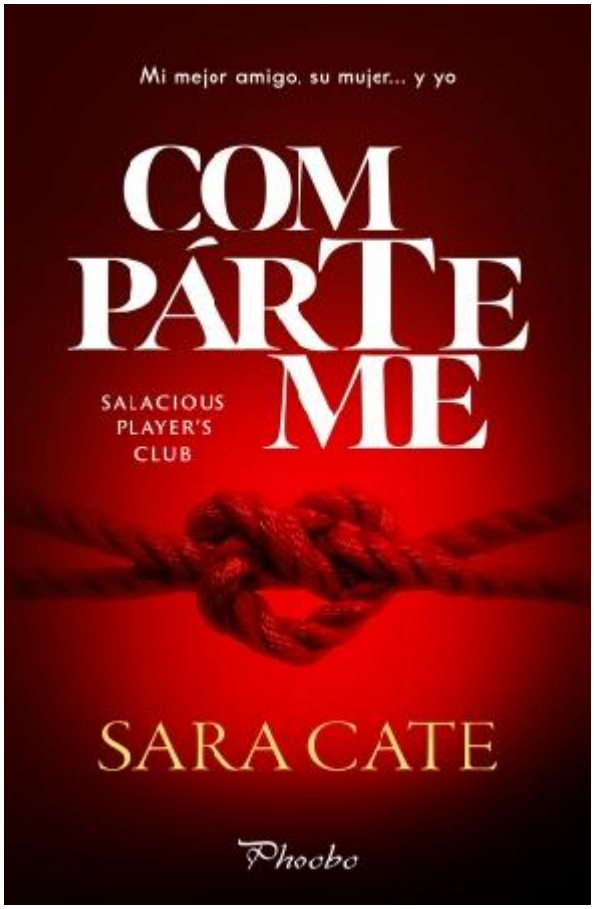
Con él **me siento valorada, adorada… Suya**.

Soy una buena chica, pero me he enamorado del hombre equivocado.

Emerson Grant sabe lo que quiere, y ahora me quiere a mí.

Pero **¿hasta dónde estaré dispuesta a llegar para conseguir su aprobación?**

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Compárteme

Cate, Sara

9791387787028

320

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Soy un sinvergüenza, un playboy, un golfo… Siempre he sido un mujeriego y no me importa reconocerlo, así que cuando mi mejor amigo decidió abrir el Club Juegos Prohibidos y me propuso que dirigiera las obras, no iba a decirle que no. Ahora estamos viajando por todo el país para visitar otros clubes de fetichismo, y soy feliz. La vida es maravillosa. Pero de pronto Hunter me pide que me acueste con su mujer mientras él mira, y, aunque haría cualquier cosa por él, lo sensato sería negarme; Isabel es la mujer de mis sueños… y es suya. Al final, la razón por la que debería decir que no se convierte en la que me hace aceptar. Isabel y Hunter son las dos personas más importantes de mi vida, y una vez que emprendamos ese camino no habrá vuelta atrás.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Table of Contents

Nota de la autora
Advertencia de contenido
Prólogo
Regla nº 1
Regla nº 2
Regla nº 3
Regla nº 4
Regla nº 5
Regla nº 6
Regla nº 7
Regla nº 8
Regla nº 9
Regla nº 10
Regla nº 11
Regla nº 12
Regla nº 13
Regla nº 14
Regla nº 15
Regla nº 16
Regla nº 17
Regla nº 18
Regla nº 19
Regla nº 20
Regla nº 21
Regla nº 22
Regla nº 23
Regla nº 24
Regla nº 25
Regla nº 26
Regla nº 27
Regla nº 28
Regla nº 29

Regla nº 30
Regla nº 31
Regla nº 32
Regla nº 33
Regla nº 34
Regla nº 35
Regla nº 36
Regla nº 37
Regla nº 38
Regla nº 39
Regla nº 40
Regla nº 41
Regla nº 42
Regla nº 43
Regla nº 44
Regla nº 45
Regla nº 46
Regla nº 47
Agradecimientos